La representación de la realidad

Discurso, retórica y construcción social

Jonathan Potter

Temas de Psicología
Paidós



Temas de Psicología/4

Colección dirigida por César Coll y Fernando Gabucio

1. M. Romo, *Psicología de la creatividad*
2. M. J. Rodrigo y J. Arnay (comps.), *La construcción del conocimiento escolar*
3. R. P. Abelson, *La estadística razonada: reglas y principios*
4. J. Potter, *La representación de la realidad*
5. M. Moreno Marimón, G. Sastre, M. Bovet y A. Leal, *Conocimiento y cambio*
6. C. Rodríguez y C. Moro, *El mágico número tres*
7. J. A. García Madruga y otros, *Comprensión lectora y memoria operativa*
8. A. Estany, *Vida, muerte y resurrección de la conciencia*
9. E. Gracia y G. Musitu, *Psicología social de la familia*
10. F. Vázquez, *La memoria como acción social*
11. J. Delval, *Descubrir el pensamiento de los niños*

Jonathan Potter

La representación de la realidad

Discurso, retórica y construcción social



Título original: *Representing Reality. Discourse, Rhetoric and Social Construction*
Publicado en inglés por SAGE Publications Ltd., Londres, Thousand Oaks y Nueva Delhi

Traducción de Genís Sánchez Barberán

Cubierta de Ferran Cartes y Montse Plass

ISBN 84-493-0541-1
Depósito legal: B-28.731/2006

Impreso en Book Print Digital, S.A.,
Botànica, 176-178 - 08908 L'Hospitalet de Llobregat (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

A Michael Mulkay y Peter Stringer

SUMARIO

AGRADECIMIENTOS

Ésta es la primera descripción de un libro que trata de lo que se hace con las descripciones. En este libro nos preguntamos cómo construyen su mundo las personas mediante el habla y los textos, y qué hacen con estas construcciones. Los agradecimientos cumplen muchos fines y suelen dar pie a expresiones psicológicas y sociológicas bastante ambiciosas dado su carácter convencional: ¡hasta las ironías sobre las convenciones son convencionales! ¿Cómo se pueden agradecer las influencias y las deudas? ¿Qué es visible y qué transparente? ¿A qué discursos debemos recurrir para constituir el mundo del agradecimiento?

Permítaseme empezar, en un plano más psicoanalítico, con mis padres Mary y Percy. Naturalmente, si esto fuera un relato psicoanalítico serio mencionaría su empeño en que controlara mis esfínteres, pero dado que esto interesaría poco fuera del ámbito familiar, optaré por destacar su maravillosa combinación (casi) cabal de escepticismo y sentido de responsabilidad social.

Pasando a un período de socialización algo más reciente, deseo dar las gracias a los supervisores de mi doctorado. De hecho, les he dedicado el libro. Con Peter Stringer y Michael Mulkay fui bendecido con dos supervisores (en épocas diferentes) que combinaron una enorme originalidad propia con un extraordinario apoyo hacia mí, tanto en el plano personal como en el intelectual. Aunque de vez en cuando los cito en este libro, ello no hace justicia al impacto perdurable que han tenido en mi pensamiento y en mi modo de abordar la ciencia social.

Desde una vertiente más sociológica e ideológica, me gustaría dar las gracias a mi esposa por quedarse en casa y brindarme un apoyo tan extraordinario. Pero no lo puedo hacer, porque no estoy casado. Margaret Wetherell, que inicialmente iba a escribir este libro conmigo, se cansó de esperar y optó por escribir un libro sobre los hombres y la masculinidad (¡seguramente por pura coincidencia!). Así que achaco los defectos de mi libro a su falta de estímulo, aunque tengo que acep-

tar que muchos de sus aciertos se deben a sus detallados comentarios sobre los borradores de los capítulos, así como a su ejemplo intelectual en general.

Sue Jones y Ziyad Marar, de Sage, deberían constar de derecho en la vertiente práctica y económica. Pero, por casualidad o por lo que fuera, he sido bendecido con dos editores que además son académicos y que han hecho valiosas aportaciones al contenido de este trabajo.

Mi red social inmediata ha sido fantástica. Recientemente, he escrito tantas cosas con Derek Edwards que me parece extraño escribir algo sin él. Por fortuna siempre ha estado ahí, con propuestas detalladas y largas discusiones sobre las ideas aquí desarrolladas. Este libro hubiera sido muy diferente sin su intelecto, su apoyo y su ingenio. Mick Billig y Malcolm Ashmore también me han brindado su humor y su intelecto en abundancia.

Durante años, el Loughborough's Discourse and Rhetoric Group ha proporcionado un entorno enriquecedor, siempre lleno de controversia, para la exploración de estas ideas. Soy particularmente consciente de las aportaciones de Anne Smith, Ava Horowitz, Belinda Cripps, Dave Middleton, Jon Fong, Katie Macmillan, Mick Roffe, Mike Gane y Sumiko Mushakoji. Fuera de Loughborough, recibí útiles comentarios sobre diversos borradores de Anna Madill, Alexa Hepburn, Kathy Doherty, David Bamberg, Hedwig te Moulder, Nancy Budwig y Nigel Edley.

En términos puramente institucionales, el UK Economic and Social Research Council ofreció su apoyo (beca R000231439) para un trabajo sobre la realización de un programa televisivo de actualidad que se cita de vez en cuando en diversas partes del libro. Más importante aún, el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de Loughborough me ha alojado, pagado y apoyado de principio a fin.

En último lugar, aunque no en importancia, estoy especialmente agradecido a las personas que han dado su permiso para que su habla fuera grabada y utilizada en la investigación de la que depende este libro. Sin ellos, nada hubiera sido posible.

INTRODUCCIÓN

Virtualmente en cualquier situación, apelar a los hechos, a lo que realmente ha sucedido y a lo que sólo es una invención, puede constituir un potente mecanismo. La cuestión de la factualidad se encuentra en la base de arcanas disputas científicas sobre la detección de los neutrinos, de conflictos domésticos cotidianos sobre quién ha lavado los platos por última vez y de intereses ideológicos en la elaboración y la socavación de determinadas versiones de la economía. Las descripciones están ligadas tan estrechamente a nuestras vidas que virtualmente cualquier conversación incluye relatos de sucesos y acciones. Leemos periódicos y vemos programas de televisión que rebosan de historias de la vida real y de afirmaciones factuales. Los informes factuales son moneda común en profesiones tan variadas como la medicina, la enseñanza, la ingeniería y la policía. Y, de manera irónica y a la vez interesante, también la ficción está llena de descripciones realistas que se afanan por hacer que los personajes sean creíbles y que las tramas parezcan coherentes.

En este libro nos centraremos en dos grupos de cuestiones estrechamente vinculadas entre sí. En primer lugar, ¿cómo se produce una descripción para que se considere factual? Es decir, ¿cómo se la hace parecer sólida, neutral e independiente del hablante, un mero reflejo de algún aspecto del mundo? ¿Cómo se puede socavar una descripción factual? Y, ¿qué hace que una descripción sea difícil de socavar? En segundo lugar, ¿cómo se construyen las descripciones factuales para que puedan desempeñar determinadas acciones? ¿Qué tipos de actividades es normal llevar a cabo mediante el empleo de descripciones? Y, ¿por qué unas descripciones pueden ser adecuadas para llevar a cabo estas actividades?

En este libro nos fijaremos tres objetivos fundamentales. En primer lugar, ofrecer una descripción general de las principales tradiciones de investigación sobre la construcción de hechos: la sociología del conocimiento científico, las perspectivas estrechamente relacionadas de la etnometodología y el análisis conversa-

cional, y la «tradición estructural» de la semiología, el postestructuralismo y el posmodernismo. La cobertura será necesariamente selectiva. Intentaré exponer el núcleo de los argumentos junto con los aspectos que sean especialmente pertinentes para el estudio de la construcción de hechos, evitando al mismo tiempo atascarme en tecnicismos innecesarios. Esta cobertura será comparativa y se destacarán los puntos de convergencia y conflicto siempre que sea posible. Quien espere una integración completa quedará decepcionado; sin embargo, sí que recurriré a elementos de estas tres tradiciones en la discusión más detallada que presentaré en capítulos posteriores.

El segundo objetivo del libro es explicar algunos de los procedimientos básicos para construir la factualidad de las descripciones y cómo intervienen estas descripciones en la acción. Esto implica combinar una discusión detallada de diversas investigaciones pertinentes a la construcción de hechos —algunas derivadas de las tradiciones revisadas anteriormente, otras con raíces más dispares— con análisis novedosos de mi propia cosecha. En particular se identifican e ilustran, mediante ejemplos de análisis, varios aspectos de la construcción de hechos. Espero que ofrezcan un marco organizador para comprender los diferentes estudios y que, al mismo tiempo, destaquen algunos aspectos interesantes para cualquier investigación que utilice descripciones. Más importante aún, deberían plantear algunas consideraciones que quizá sean útiles para quienes analicen cualquier tipo de descripciones e informes.

El tercer objetivo es más difuso, pero quizá más importante. Espero que este libro muestre la importancia del rol de las descripciones y de los informes factuales en nuestras vidas, y lo fascinante y rico que es este campo de estudio. He optado deliberadamente por recurrir a materiales procedentes de una amplia gama de descripciones factuales para ilustrar el carácter general de las cuestiones que planteo. Al mismo tiempo, muchos de los ejemplos (como noticias periodísticas y disputas conyugales) deberían ser familiares para la mayoría de los lectores: así estas cuestiones serán más asequibles y quedará más patente su carácter general. He llegado a la conclusión de que el discurso factual, incluso en situaciones cotidianas casuales como una discusión entre cónyuges, se organiza con un nivel de detalle extremadamente delicado y de gran sutileza. Si en esta obra puedo transmitir algo de esta sutil e intrincada organización, me daré por más que satisfecho.

Antes de empezar el capítulo 1 debemos abordar tres tareas previas. En primer lugar ofreceré unos cuantos ejemplos breves para ilustrar de manera más explícita qué es lo que implica estudiar la construcción de hechos, y para presentar algunas de las cuestiones que aparecerán más adelante. En segundo lugar, comentaré algunas cuestiones de fondo pertinentes para el libro y examinaré uno o dos precursores del trabajo aquí descrito. Por último, daré una breve descripción del libro en general.

Bienvenidos a la fábrica de hechos

Un poli infiltrado de ficción

En la película de Quentin Tarantino *Reservoir Dogs*, uno de los personajes principales es un joven policía infiltrado, Freddy. Su mentor, Holdaway, le ha ayudado a entrar en una banda de ladrones de joyas y le enseña una historia que puede utilizar para hacer que su identidad delictiva sea convincente.

> *Freddy*: ¿Me tengo que aprender todo esto? ¡Joder, pero si hay más de cuatro páginas!
>
> *Holdaway*: Joder, tío, es como un chiste. Tú te aprendes lo importante y el resto te lo montas. Sabes contar chistes, ¿no?
>
> *Freddy*: Pues claro.
>
> *Holdaway*: Pues es muy parecido. Lo que tienes que recordar son los detalles. Si no cuidas los detalles la historia no cuela. Y como tu historia va de un lavabo de tíos, te tienes que aprender los detalles de ese lavabo. Tienes que saber si tienen toallas de papel o un secador de manos, si en los wáteres hay puertas o no. Tienes que saber si [*Holdaway continúa...*]. Lo que tienes que hacer es mamarte todos los detalles. Esta historia tiene que decir cómo eres y cómo viste los sucesos que ocurrieron (Tarantino, 1994, pág. 71).

¿Qué lecciones encontramos aquí? La primera es muy básica y es fácil pasarla por alto. Hace falta trabajo para producir una descripción convincente; se puede hacer bien y se puede hacer mal. Hay procedimientos más o menos establecidos a los que recurrir para establecer la veracidad de un relato. Obsérvese la insistencia de Holdaway en el detalle. Lo que hace que la historia sea creíble es más el conjunto de detalles que la pauta general de los sucesos. Aunque los detalles no sean esenciales para la narración en general, sólo los puede conocer alguien que haya observado los sucesos. Esta cuestión se explorará en el capítulo 6.

Otra observación a destacar es que Freddy está preparando una historia inventada. Es tentador considerar que esto es algo totalmente diferente de contar una historia real. Es decir, podríamos considerar que la historia real es la forma natural y estándar y que la falsa es una forma derivada o parásita. Sin embargo, tanto el analista conversacional Harvey Sacks como el filósofo Derrida ofrecen razones para no aceptar esta jerarquía por las buenas. Puede que una historia auténtica se base en los mismos recursos que una alternativa subversiva que finja autenticidad. Y quizá la organización de las historias auténticas sea consecuencia, en parte, de la posibilidad de alternativas no auténticas.

Este ejemplo sirve para destacar otras dos cuestiones: el contraste entre hechos y ficción por un lado, y la reflexividad por otro. La conversación del ejemplo no es un diálogo real entre un poli infiltrado y su jefe: es una invención y forma parte de una ficción donde entra en juego todo un conjunto de consideraciones sobre el diálogo, independientemente de que algo así se pueda decir en la vida real (¿funciona dramáticamente?, ¿desarrolla los personajes?, etc.). De hecho, existen muchísimas razones para pensar que una conversación real entre dos polis como éstos sería muy diferente. Si comparamos transcripciones de conversaciones reales con diálogos de guión, probablemente veremos que la conversación real parece más deslavazada que la ficticia: estará llena de correcciones, vacilaciones, pausas, construcciones no gramaticales. Sin embargo, esto no significa que la conversación real no se organice de maneras sutiles e ingeniosas; ni, puestos a decir, que el ejemplo ficticio carezca de interés. Ambos son fascinantes y ambos contribuyen a explicarse mutuamente.

Uno de los aspectos paradójicos e interesantes de la ficción es que es un ámbito fundamental para la construcción de hechos. Los novelistas y autores teatrales producen textos que deben ser creíbles en algún nivel. Por ejemplo, la vividez de los detalles y la perspectiva presencial en las que tanto insiste Holdaway también constituyen un aspecto fundamental de la habilidad literaria para hacer que una historia sea convincente. El texto de Tarantino trata acerca del proceso de aprender a construir hechos por parte del poli y, simultáneamente, hace una construcción de hechos al presentarnos vívidamente esta interacción con sus tacos, sus coloquialismos y su muestrario de inquietudes. Y esta relación reflexiva se repite aquí, en esta introducción al libro, donde se erige como ejemplo de la construcción de hechos y, al mismo tiempo, contribuye a la credibilidad de este texto. Freddy convence a los ladrones de joyas; Tarantino convence a los espectadores; yo trato de convencer a mis lectores.

Economías de verdad

En el curso del famoso juicio celebrado en Australia sobre el caso «Spycatcher», donde el gobierno británico intentaba impedir la publicación de un libro en el que se afirmaba que los servicios de inteligencia MI5 estaban dirigidos por un traidor, sir Robert Armstrong ofreció la célebre respuesta de que había sido «económico con la verdad» cuando fue preguntado por el abogado de la defensa, Malcolm Turnbull. Lo que sigue es una reconstrucción basada en informes parciales, procedentes de distintos periódicos:

M. Turnbull: ¿Contiene la carta alguna falsedad?
Sir Robert: No dice que ya teníamos una copia del libro.

M. Turnbull:	Contiene una falsedad.
Sir Robert:	No contiene esa verdad.
M. Turnbull:	Da una impresión equívoca.
Sir Robert:	Daba una impresión equívoca a ese respecto, pero una mentira es una falsedad sin más.
M. Turnbull:	Y, ¿cuál es la diferencia entre una falsedad y una impresión equívoca?
Sir Robert:	Es cuestión de ser *económico con la verdad*.

Este ejemplo ilustra varias cuestiones significativas. Obsérvese, en primer lugar, que la frase en cuestión se produjo como respuesta a un interrogatorio hecho por la defensa. Es decir, forma parte de la interacción y está ocasionada por su contexto, ya que es la respuesta a una acusación. Explica las incoherencias del testimonio al tiempo que contrarresta la implicación de que el hablante ha mentido. La simple consecuencia de esto es que las personas no producen descripciones porque sí; las producen por lo que pueden hacer en el contexto de una actividad. La declaración de sir Robert no se debe entender como una afirmación abstracta sobre la verdad que él mismo respaldaría en cualquier contexto futuro en que pudiera encontrarse; se produce en esta ocasión y para esta ocasión

Otra consideración se refiere a la idea misma de ser económico con la verdad. Captura de una manera muy sencilla cómo se puede relacionar el cometido que cumple una descripción con aquello que se describe y con lo que se deja al margen. En esta versión, el objetivo de ser «económico con la verdad» es que ante una pregunta podemos ofrecer una respuesta que, sin contener verdaderas falsedades, omite algo que daría una impresión muy diferente. Por ejemplo, en este caso sir Robert negó que el gobierno tuviera una copia de un libro, pero no dijo al interrogador que tenía las pruebas de imprenta del mismo; es decir, aunque no poseía una copia final y encuadernada del libro, sabía cuál era su contenido. Éste es un aspecto de los relatos factuales que retomaremos con más detalle en el capítulo 7.

Este ejemplo también muestra las habilidades que poseen las personas para socavar versiones factuales y resistirse a ellas. Aunque la frase anterior se utilizó para distinguir entre mentir y dar una impresión equívoca ocultando información (sir Robert afirmó posteriormente haberse basado en la distinción de Edmund Burke entre «falsedad y engaño» y «economía de la verdad»), en general se interpretó como una admisión tácita de haber mentido. De hecho, desde entonces la expresión «economía de la verdad» se ha llegado a convertir en una popular frase peyorativa en lengua inglesa para designar ciertos tipos de mentiras y engaños de carácter oficial. He aquí tres simples ejemplos de unos 50 que aparecieron tras una breve búsqueda en una recopilación en CD-ROM de los ejemplares de dos periódicos correspondientes a un solo trimestre.

> Cuando los ministros indican que cuatro de cada cinco recetas no son abonadas por los usuarios, seguramente están siendo *económicos con la verdad*. El cuarenta por ciento de la población paga sus recetas (*Guardian*, 19 de febrero de 1994).

> El señor Paul Marland... también rebatió las afirmaciones de que Lloyd's nunca arruinó a Names. Afirmó que el mercado estaba siendo *económico con la verdad* (*The Daily Telegraph*, 17 de enero de 1994).

> Se han planteado serias dudas sobre los métodos de financiación empleados para adquirir las acciones de Venables en los Spurs, al decir éste que había sido un poco *económico con la verdad* cuando afirmó que había puesto todo su dinero en los Spurs (*The Daily Telegraph*, 19 de enero de 1994).

Esta frase no siempre se cita directamente, como hemos visto aquí; se puede modificar para que cumpla objetivos diferentes. Por ejemplo, un editorial sobre la controvertida factura hotelera de un ministro (la cuestión esencial era si su visita era un obsequio encubierto) describe a éste como «tacaño con la verdad», y una caricatura dedicada a la crítica de un funcionario del gobierno a una investigación oficial, presenta a un personaje que dice a otro: «Cree que han sido extravagantes con la verdad». Al modificar esta frase, periodistas, humoristas gráficos y otros recurren a su significado familiar y original para ironizar con delicadeza sobre algunas declaraciones y controversias.

En un plano más general, la noción de economizar la verdad sirve de metáfora adecuada para el tema de este libro. Al igual que el dinero en los mercados internacionales, la verdad se puede tratar como una mercancía que se elabora, puede fluctuar, y se puede fortalecer o debilitar mediante diversos procedimientos.

El anecdotista

El siguiente fragmento procede de un divertido artículo donde el autor confiesa ser un anecdotista compulsivo.

> El anecdotismo. Es una adicción. Cada detalle minúsculo de mi vida se transforma en otra pieza de la colección. Bares, paradas de autobús, la oficina, todo se convierte en un espacio teatral improvisado...
>
> Casi nunca se da un incidente especial. Disponer de un motivo, un suceso o una coincidencia extraña es cosa de principiantes. Cualquiera puede hilvanar una historia contando cómo se quedó encerrado fuera de casa y desnudo, mientras bajaba tocando por la calle una banda del Ejército de Salvación.
>
> Sólo un verdadero anecdotista se puede explayar relatando un intento fallido de ajustar un termostato de pared (*Guardian Weekend*, 6 de enero de 1993).

Una de las cuestiones que este fragmento ilustra con claridad es que las descripciones no sólo intervienen en situaciones de conflicto, o cuando existe un gran interés en la precisión factual. En su hablar cotidiano, las personas se cuentan historias unas a otras; construyen narraciones —anécdotas— para llamar la atención sobre algo o por simple diversión.

En la continuación del artículo, el autor cuenta una historia sobre la imprudencia de empezar a contar una anécdota para darse cuenta, a medio camino, de que no tiene ninguna gracia o interés. Esto vuelve a poner de relieve la cuestión de la reflexividad. El artículo mismo sobre el anecdotista compulsivo está construido como una anécdota donde una cuestión relativamente trivial —carecer de un buen final para una historia— se convierte en una catástrofe total: «Como el capitán de un transatlántico que se hunde en el océano, me niego a reconocer la derrota y ordeno a la orquesta que siga tocando». Y obsérvese de nuevo la función que realiza esta narración en el texto que ahora mismo estoy escribiendo.

Otra cuestión a destacar aquí es la flexibilidad de las descripciones. Las descripciones no están determinadas por los sucesos sino que son fruto de una elaboración, y esta elaboración se puede realizar con habilidad: lograr que funcione el termostato puede dar pie a una historia interesante y atractiva. Sin embargo, aunque el significado superficial del artículo es que el anecdotista compulsivo es un personaje bastante especial, argumentaré que los elementos que intervienen en la construcción de versiones son endémicos a la conversación. Las personas empaquetan sus vidas en narraciones que después utilizan para toda una gama de propósitos diferentes. Por ejemplo, uno de los materiales que utilizaré en varios capítulos posteriores procede de una sesión de terapia donde los integrantes de una pareja ofrecen versiones distintas de una tarde en que la mujer pudo haber estado coqueteando y el hombre pudo haber intentado suicidarse (como veremos, se trata de descripciones ya de por sí muy discutibles). En este caso, la anecdotización se dirige hacia acciones como culpar a alguien o señalar quién debe cambiar de comportamiento.

Estos tres ejemplos pretenden ofrecer una orientación inicial sobre las cuestiones que se explorarán con detalle más adelante. Sin embargo, antes de acabar esta introducción será conveniente plantear algunas consideraciones básicas.

Preparativos

Filosofía

Es importante destacar que este libro no es una obra de filosofía. Sobre todo, no trata de resolver ninguna controversia filosófica clásica entre, digamos, los defensores del realismo y los partidarios del antirrealismo. Y está muy claro que no

pretendo responder a cuestiones ontológicas acerca de lo que existe o no existe. El libro se centra en cómo se construyen las descripciones factuales y en cómo se socavan estas construcciones. Y aunque este enfoque no exige una respuesta a la pregunta filosófica de qué es la factualidad, no puede dejar de tener consecuencias para debates más generales sobre el estatus del realismo y el relativismo. Los trabajos de este tipo contribuyen a replantear la naturaleza del discurso filosófico como retórico (siguiendo a Richard Rorty, 1991). A la inversa, una tendencia de la filosofía lingüística se ha orientado a revisar cuestiones metafísicas inabordables y persistentes considerándolas cuestiones que se pueden abordar examinando el discurso de las personas. Por ejemplo, John Austin (1961) propuso que en vez de tratar de resolver la cuestión filosófica del libre albedrío, podría ser más constructivo examinar cómo explican las personas la libertad y la represión.

En vez de discutir directamente con el realismo, se han analizado los tipos de mecanismos retóricos que se emplean para apuntalar posturas realistas (Gergen, 1994; Potter, 1992). Los realistas suelen emplear ciertos tropos para atacar la coherencia de la postura construccionista que se desarrolla en este libro; los más destacados son el argumento del mobiliario («mira esto [dando un puñetazo sobre la mesa]; no me dirás que es una construcción social») y el argumento de la muerte («qué me dices de las víctimas del Holocausto, de los iraquíes que huían por la carretera de Basra, víctimas de la amnesia: seguramente no querrás negar su realidad»). La respuesta que Derek Edwards, Malcolm Ashmore y yo mismo (1995) desarrollamos ante estos argumentos no consistía en discutir directamente contra ellos, sino en desmontar la retórica sobre la que se basan, en desconectar la equivalencia implícita entre relativismo y falta de compromiso político, y en resaltar que los argumentos constructivistas no se dirigen a negar la existencia de las mesas (¡una idea muy realista!) sino a explorar las diversas maneras de construir y socavar su realidad. Aunque son interesantes, estos debates se apartan de las cuestiones principales de este libro y no volverán a ser explorados.

Definiciones y etimología

Dicho en pocas palabras, los temas principales de este libro son la gama de métodos empleados para hacer que una descripción sea factual y la utilidad que se da a las descripciones. Sin embargo, las palabras hecho y descripción (y términos relacionados como informe y relato) tienen una historia compleja y su sentido actual sólo es un punto de partida para la investigación. El significado de hecho en el sentido de «acción u obra» (*Oxford English Dictionary*, 2ª ed. en CD-ROM; de aquí en adelante *OED*) se remonta al siglo XVI; pero durante el siglo XVII empieza a adoptar el sentido más moderno y familiar de «cosa que sucede» y se establecen contrastes entre hechos e inferencias o ficciones; un hecho es «una verdad parti-

cular conocida mediante observación real o testimonio auténtico, a diferencia de lo que es meramente inferido, o es una conjetura o ficción» (*OED*). El interés de este libro en los hechos es más atributivo que real. Es decir, lo importante es qué consideran los participantes que es un hecho y no qué es realmente factual.

El término descripción se puede referir tanto a una acción como a un objeto: por un lado, es la «acción de representar a personas o cosas por medio del lenguaje, refiriendo o explicando sus distintas partes, cualidades o circunstancias» y, por otro, es una «descripción, relato o representación de una persona, cosa o escena de modo que dé cabal idea de ella» (*OED*). Ambos sentidos se remontan al siglo XIV. Los términos relato e informe se describen de una manera similar. Informar de algo es «relatar, narrar, contar, explicar (un hecho, un suceso, etc.)»; mientras que un relato es una «exposición o narración particular de un suceso o una cosa; relación, informe o descripción» (*OED*). Obsérvese que en la definición de descripción se emplean la propia palabra descripción y el término relato, que en la definición de informe se emplea relato, y que en la definición de relato se emplean informe y descripción. Hay muchas definiciones circulares. Sin embargo, el contraste que deseo destacar es que hecho implica verdad y suceso real, mientras que descripción no. Este libro abarca el espacio interactivo entre estas dos nociones: la tarea de construir una descripción como si fuera un hecho.

Especificidad y universalismo

Una de las tensiones presentes en este libro es la que se da entre lo específico y lo general. Argumentaré que para comprender cómo se construyen relatos factuales y cómo se vinculan con actividades, es importante comprender sus características específicas y la relación de estas características con la situación donde se emplean. Harvey Sacks (1992) ha demostrado con claridad que gran parte de una interacción se sustenta en lo que a primera vista parecen ser detalles. En el habla, por ejemplo, puede ser la elección de una palabra específica de entre un grupo de palabras con significados similares o la aparición de retrasos y superposiciones, vacilaciones y correcciones. Gran parte del libro se ocupará de aspectos específicos del habla como éstos, o de las construcciones especiales que aparecen en noticias de prensa u otros tipos de texto.

Como contrapeso a este interés por lo específico, he optado deliberadamente por abarcar una variedad muy amplia de formas de discurso factual. En los capítulos que siguen, examinaré el discurso científico, varios tipos de artículos periodísticos, fragmentos de las sesiones de terapia de una pareja con problemas, novelas y películas, conversaciones cotidianas y charlas entre realizadores de documentales. Utilizo esta amplia selección de materiales partiendo de la convicción de que existen aspectos generales en la construcción de hechos, es decir, de que

existen ciertas consideraciones a las que se suele prestar atención sea cual sea el tipo de discurso. Al abarcar un muestrario tan amplio, es probable que se pongan de manifiesto estos modelos generales así como las limitaciones de su carácter general. Hay que destacar que las principales tradiciones examinadas en los capítulos 1 a 3 combinan diferencias teóricas sustanciales con diferencias en los materiales en los que se centran: la sociología del conocimiento científico trata, evidentemente, con prácticas científicas, la etnometodología y el análisis conversacional han acabado por centrarse en el habla en contextos cotidianos e institucionales, y los trabajos realizados en el postestructuralismo y el posmodernismo se han centrado en textos filosóficos y literarios. Yo, por mi parte, he optado por un enfoque comparativo tanto en el nivel de la teoría como en el del material.

Transcripciones

En varios capítulos posteriores se examinarán ejemplos de transcripción de habla. En la mayoría de ellos se utiliza el sistema de transcripción, cada vez más implantado, desarrollado por la analista conversacional Gail Jefferson (Jefferson, 1985; véase una descripción en Psathas, 1995). En algunos casos, las fuentes son artículos publicados; en otros, se reproducen fragmentos de la transcripción original. En cualquier caso, su presentación plantea un dilema. Muchas personas encuentran que los detalles y símbolos que acompañan las transcripciones interfieren con su legibilidad. Ésta podría ser una razón para simplificar las transcripciones: eliminar sus elementos y símbolos extraños. Sin embargo, del argumento sobre la especificidad que acabo de presentar se deduce que una buena transcripción debe contener estos detalles. Los detalles de una transcripción no son simples florituras empiristas que demuestran perfección, escrupulosidad o rigor (aunque bien podrían servir para esto: véase Bogen, 1992): forman parte esencial e intrínseca de la interacción. Además, quien desee evaluar mis afirmaciones e interpretaciones sobre los fragmentos de transcripciones que presento, no querrá perder información a causa de juicios sobre qué es pertinente y qué no.

He procurado tener presentes estas dos inquietudes y he conservado los símbolos y la información de las transcripciones, salvo cuando constituyen un obstáculo para la inteligibilidad del ejemplo. Espero que los lectores no familiarizados con el sistema de Jefferson (brevemente descrito en el apéndice) pronto lo encuentren claro y vean su valor incalculable para dar sentido al habla como una parte situada, articulada y, más importante aún, co-construida, de una interacción (Schegloff, 1995).

Reflexividad

Éste es un libro dedicado a la construcción de hechos. Uno de sus temas principales es cómo se organizan las descripciones para hacer que una versión parezca creíble y objetiva. También es un libro lleno de descripciones (de teorías, disciplinas, literaturas, resultados, cuerpos de creencias, etc.). Así pues, se trata de un libro que se remite a sí mismo. Y esto plantea inmediatamente la cuestión de la reflexividad. Permítaseme decirlo de la manera más clara. Si el libro revela que los hechos se construyen mediante mecanismos, ¿qué ocurre con los mecanismos que se emplean en el libro para construir el hecho de que los hechos se construyen mediante mecanismos? Dicho de otra manera: ¿tienen las conclusiones del libro alguna consecuencia para el propio libro? ¿Es, por ejemplo, totalmente autodestructivo?

Sin adentrarme en demasía en argumentos que después expondré con más detalle, realmente creo que el trabajo sobre la construcción de hechos tiene implicaciones reflexivas para este libro y para las ciencias sociales en general. De hecho, hasta creo que se da un elemento de autodestrucción. Al final del libro, el lector ideal debería ser capaz de dirigir su mirada al libro mismo y descomponer las técnicas y tropos a los que recurre tan abiertamente, pues he optado por utilizar un modo de presentación convencional. No es una forma literaria nueva: no aparecerán voces alternativas que discutan con la voz autorizada principal (Mulkay, 1985); y no es (¡eso espero!) una parodia de libro de ciencia social (Ashmore, 1989). Espero que las referencias irregulares, aunque persistentes, que se hacen en el texto a la reflexividad pongan de manifiesto su pertinencia.

Con esto no quiero decir que una forma literaria novedosa pudiera ser inadecuada: más que nada, lo que me hizo desistir es la pura y simple dificultad de encontrar una forma literaria de esta clase que no haga el texto desagradable para el lector. Por tanto, tal y como están las cosas, el libro tiene una sola voz autorizada (aunque pensadores como Mikhail Bakhtin, 1981, podrían discutir si existe algún libro que realmente posea una sola voz) y recurre a muchos tropos familiares de la literatura de las ciencias sociales y, de manera más general, de la construcción de hechos. No me avergüenza (demasiado) copiar las metáforas visuales que impregnan la literatura occidental reciente sobre el conocimiento: mi intención es arrojar alguna luz sobre temas oscuros, trazar un punto de vista nuevo, y ver hasta qué extremo se puede seguir un argumento constructivista (Derrida, 1982; Rorty, 1980).

Omisiones

Como discutiré de manera detallada más adelante, los textos académicos tienden a recurrir a formas textuales —tropos— que construyen una postura de ca-

rácter divino, omnisciente, que todo lo ve y todo lo abarca, y que es a la vez desinteresada y justa. Pero, como es evidente, los autores reales se sitúan en la historia, en comunidades concretas, y están limitados por su comprensión (o incomprensión) de conjuntos de ideas, por la calidad de sus bibliotecas, etc. Escribir es una actividad llena de ideas felices (serendipidad) e inseparable de la biografía académica. Incluso el darse cuenta de esto puede tener la misma cualidad: «Mirad, aquí hay una postura tan desinteresada y tan divina ¡que hasta puede comprender y admitir sus propias limitaciones!». Con todo, esto brinda una oportunidad para destacar (¿confesar?) algunas limitaciones (pero no voy a confesar prejuicios: seguro que serán muy evidentes).

La primera limitación se da en mi cobertura y utilización del trabajo de Mikhail Bakhtin. Aunque este autor sólo aparece en un par de ocasiones, tengo la fuerte sensación de que su trabajo podría ser mucho más pertinente para varios de los argumentos presentados aquí (véase Shotter, 1992). La segunda limitación reside en la incapacidad de abordar seriamente la Teoría de Red Actora desarrollada por Bruno Latour, Michel Callon y John Law (por ejemplo, Callon, 1995; Latour, 1993; Law, 1994). Se trata de un apasionante enfoque de los hechos y del conocimiento que tiene implicaciones importantes para cualquier estudio de la construcción de hechos. Sin embargo, he sido incapaz de decidir si ofrece un marco de organización que permita situar algunas de las ideas que expongo, o si estas ideas plantean problemas para este marco. La solución —más bien débil— que adopto en este texto consiste en no intentar situar ni criticar.

Otra limitación es de una clase bastante diferente. Durante mucho tiempo deseé que este libro tuviera un capítulo dedicado a las imágenes, a la retórica visual. Si no lo tiene no es porque no lo considere un tema importante —creo que lo es— sino porque el libro iba creciendo y corría el peligro de acabar siendo demasiado voluminoso. Este capítulo era el que podía abandonarse con menor perjuicio para el argumento global. De haberlo incluido, es indudable que hubiera abarcado los trabajos recientes de la sociología de la ciencia sobre las prácticas de «hacer visual» en contextos de investigación como, por ejemplo, teñir células, trazar gráficos de hábitats animales y cartografiar accidentes del lecho marino (Aman y Knorr Cetina, 1988; Atkinson, 1995; Lynch, 1985, 1988; Myers, 1990; Goodwin, 1995; véanse también referencias en Ashmore y otros, 1995). Un tema común en este campo es el trabajo en colaboración que hace falta para producir imágenes observables que permitan interpretaciones estables. Este capítulo también habría abordado parte del trabajo clásico en semiología, como los ensayos sobre fotografía de Roland Barthes (Barthes, 1977, 1981) y desarrollos más recientes de inspiración semiológica (Hodge y Kress, 1988; Shapiro, 1988; Williamson, 1978). Este conjunto de trabajos en particular ataca a fondo la idea de la fotografía como un medio inocente de representación factual. Otra vez será...

Precursores

Es útil situar lo que viene a continuación en función de dos de sus precursores más importantes: la filosofía del acto discursivo expresada por John Austin en *How to Do Things with Words* (trad. cast.: *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós, 1996) y el desarrollo fenomenológico de la sociología del conocimiento hecho por Peter Berger y Thomas Luckmann en *La construcción social de la realidad*. Estas dos obras son parte de lo que ha hecho posible el presente proyecto.

Austin y los actos discursivos

Uno de los elementos principales del proyecto filosófico de Austin era atacar los puntos de vista del lenguaje que otorgaban una importancia fundamental a los aspectos referenciales de la verdad y la falsedad. En lugar del abrumador interés filosófico en el «valor de verdad» de afirmaciones tomadas en abstracto, Austin resaltó la naturaleza práctica del lenguaje. El lenguaje se utiliza para hacer cosas: es un medio de acción.

Inicialmente, Austin elaboró una distinción plausible entre dos clases de expresiones. Por una parte, existen expresiones que afirman cosas: «Loughborough se encuentra en el centro de Inglaterra»; por otra, existen expresiones que hacen cosas: «Me juego cinco libras a que los laboristas ganan las elecciones». Pero en una serie de conferencias brillantemente argumentadas, demostró que esta distinción no se puede sostener. Propuso una teoría general de los actos discursivos según la cual todas las expresiones realizan acciones y, al mismo tiempo, presentan rasgos dependientes de cuestiones de verdad y falsedad. Por tanto, «Me juego cinco libras a que los laboristas ganan las elecciones» forma parte del acto de apostar, pero depende de que exista un referente razonable para «laboristas» y «elecciones»; a su vez, «Loughborough se encuentra en el centro de Inglaterra» es una afirmación que se puede evaluar en cuanto a su verdad o falsedad pero, al mismo tiempo, su expresión desempeña el acto de afirmar.

Ésta es la cuestión radical y crucial. El trabajo de Austin empieza a alejar la discusión de la idea de que las afirmaciones —descripciones, informes— cuelgan de algún espacio conceptual donde se pueden comparar con algún aspecto del mundo, y centra la atención en las afirmaciones como acciones realizadas en unos contextos y con unos resultados determinados. En sus propias palabras, «el acto discursivo total en la situación de discurso total es el único fenómeno real que, en última instancia, nos comprometemos a dilucidar» (1962, pág. 148).

Sería muy injusto criticar a Austin por no haber hecho algo que él mismo no se planteó hacer; después de todo, sus objetivos eran unas tradiciones determinadas de la filosofía. No obstante, para la empresa que me ocupa, vale la pena des-

tacar algunas limitaciones de su trabajo y de la floreciente literatura que ha generado.

En primer lugar, a pesar del compromiso expreso de dilucidar el acto discursivo total en la situación de discurso total, Austin trabajó con ejemplos inventados que tienden a ser tipificaciones (la apuesta típica) o a estar determinados institucionalmente («sí, quiero» en la ceremonia del matrimonio), y que se examinan sin tener en cuenta su producción en contextos reales. Como antes, esto no es un problema para Austin en la medida en que se considere que desarrolla un argumento filosófico, pero empieza a convertirse en un problema importante cuando se recurre al trabajo de Austin con el objetivo de fundamentar un programa analítico para estudiar las prácticas del lenguaje en general y el lenguaje factual en particular (por ejemplo, véase Duranti, 1992). Prescinde de los tipos de comprensión que se dan en la interacción cotidiana, haciendo que el significado de la expresión estudiada esté determinado por decreto. Este enfoque se discutirá con más detalle en el capítulo 2. El hincapié que hace Austin en casos idealizados como puntos de partida ideales para comprender el lenguaje, ha sido criticado con eficacia por Jacques Derrida en una serie de argumentos que se examinarán en el capítulo 3.

Otro problema es el tratamiento que hace Austin de las afirmaciones como acciones. Éste es un primer paso fundamental en el estudio de la construcción de hechos, pero el procedimiento de basar argumentos en ejemplos inventados y fuera de contexto lo lleva a pasar por alto uno de los aspectos fundamentales de las afirmaciones: las afirmaciones se emplean para hacer cosas. Esto puede verse como una subclase de uno de los problemas clásicos de la teoría del acto discursivo: el carácter indirecto de una expresión. Los teóricos del acto discursivo han procurado explicar con éxito uno de los fenómenos más extendidos en el uso del lenguaje, que es, dicho en pocas palabras, la separación entre forma y función. Así, cuando decimos «¿Me puedes pasar la sal?» no planteamos una pregunta sobre capacidades, sino que pedimos que nos pasen la sal; y cuando hacemos un ofrecimiento, podemos formularlo como una petición: «Le ruego que acepte esto». Como veremos, las afirmaciones son una manera más o menos indirecta de realizar una enorme gama de acciones diferentes: cumplimentar, quejarse, invitar, culpar, etc. Demostrar que las afirmaciones son acciones es sólo el principio; después viene el examen de las muchas acciones diferentes que las afirmaciones pueden realizar; este libro comienza donde Austin acaba.

Berger y Luckmann, y la construcción social

La obra clásica de Berger y Luckmann *La construcción social de la realidad* hizo una aportación extremadamente influyente en la sociología del conocimiento. Ofreció un argumento sistemático en el sentido de que los mundos en los que

todos nosotros vivimos no están simplemente ahí, no son simples fenómenos naturales y objetivos, sino que están construidos por toda una gama de prácticas y convenciones sociales diferentes. Para nuestros fines actuales, esta obra cumplió la importante función de establecer los procesos de construcción social como tema central de estudio.

Otro aspecto importante del libro de Berger y Luckmann es su énfasis en adoptar una postura «simétrica» en relación a la verdad o falsedad de un conocimiento. Como dicen los propios autores: «...Creemos que la sociología del conocimiento debe ocuparse de todo aquello que se entiende por "conocimiento" en una sociedad, independientemente de la validez o nulidad final (sean cuales sean los criterios empleados) de ese conocimiento» (1966, pág. 15).

Como veremos en el capítulo 1, donde examinamos la sociología del conocimiento científico, esta postura es extremadamente importante para abordar la construcción de hechos: libera al investigador de tener que tomar partido por grupos determinados cuyas creencias estén mejor establecidas que las de otros y, en un plano más fundamental, también lo libera de tener que decidir qué debe tenerse por cierto y qué no. El investigador social evita así la difícil tarea de ser, por ejemplo, mejor físico o cirujano que los físicos o cirujanos a los que estudia.

Sin embargo, al igual que Austin, Berger y Luckmann hicieron más por descubrir la potencialidad de analizar la construcción de hechos que por llevar a cabo tal análisis. Su argumento presenta varios aspectos potencialmente problemáticos. En primer lugar, su libro no es un libro analítico. No contiene mucha información sobre cómo analizar la construcción de la realidad. En cambio, ofrece argumentos generales para esta construcción y explora sus implicaciones para la vida social. De nuevo, sería injusto criticar a Berger y Luckmann por algo que no pretendieron realizar, aunque establecen una diferencia importante con el método por mí adoptado para abordar la construcción de hechos.

En segundo lugar, el estudio de Berger y Luckmann se centra en la fenomenología de la experiencia de los individuos. Es decir, en vez de observar el funcionamiento de los procesos de construcción en el habla y en los textos, destaca la percepción y la comprensión de las personas:

> La realidad de la vida cotidiana se organiza en torno al «aquí» de mi cuerpo y el «ahora» de mi presente. Este «aquí y ahora» es el foco de mi atención a la realidad de la vida cotidiana. Lo que se me presenta «aquí y ahora» en la vida cotidiana es el *realissimum* de mi conocimiento (1966, pág. 36).

Los problemas que genera esta clase de «cognitivismo» se examinan más adelante, especialmente en los capítulos 4 y 8. De momento, me limitaré a destacar que tiende a oscurecer la naturaleza interactiva y retórica de la construcción de hechos, al tiempo que cosifica un mundo mental que, en sí mismo, es un elemen-

to importante del discurso factual. En otras palabras, las personas producen versiones de su vida mental —sus motivos, sus creencias, etc.— cuando establecen la objetividad de determinadas afirmaciones (véase Edwards, 1996).

Un problema final es que el construccionismo de Berger y Luckmann es bastante limitado. Aunque dedican mucho tiempo a considerar las diversas presuposiciones que, por ejemplo, hace un mecánico de automóviles sobre «su» mundo y la naturaleza de éste, ellos sí que pueden ver más allá de esta construcción sin ningún problema. Es decir, no tienen en cuenta las implicaciones de tratar la construcción social como un aspecto general del conocimiento, incluyendo el de los sociólogos. Ya he destacado el valor de la reflexividad: Berger y Luckmann ignoran cualesquiera problemas epistemológicos que ésta les plantee. A pesar de estas limitaciones, tanto Austin como Berger y Luckmann han desempeñado un papel fundamental en el planteamiento inicial de las cuestiones que deseo estudiar en este libro.

Resumen del libro

Los tres primeros capítulos del libro cubren las principales tradiciones del trabajo dedicado a la construcción de hechos. El capítulo 1 se dedica al auge de la sociología del conocimiento científico que se produjo, especialmente en el Reino Unido, a finales de los años setenta y durante toda la década de los ochenta, estimulado por desarrollos anteriores en la filosofía de la ciencia. Esto dio pie a un replanteamiento radical de los puntos de vista tradicionales de los hechos científicos y todavía es causa de acalorados debates entre sociólogos, filósofos y científicos. En este capítulo se describe la sociología tradicional de la ciencia, junto con una serie de retos que se le han dirigido desde la filosofía. Estos retos han replanteado la naturaleza de la observación, han acentuado la naturaleza interconectada de las afirmaciones científicas y han destacado la importancia de la práctica científica y de la comunidad de científicos. Se examina de manera detallada el trabajo de Harry Collins y del «Empirical Relativist Programme», especialmente los estudios sobre la construcción y la destrucción social de la replicación, y las teorías «construccionista» y «de los intereses» del conocimiento científico. En este capítulo se destaca el valor de adoptar una perspectiva relativista carente de ideas preconcebidas acerca de qué hechos son verdaderos y cuáles no, y se ilustra cómo se destaca y se socava el papel de la retórica en la sociología de la ciencia.

El capítulo 2 se centra en la etnometodología y en el análisis conversacional. Estimulados por el trabajo experimental de Garfinkel y Sacks durante la década de los sesenta, estas perspectivas brindaron una explicación novedosa de la interacción social y de los procedimientos que utilizan las personas para comprender la naturaleza de su mundo y mostrar coherencia en su conducta. Acen-

tuaron de una manera especial cómo se elabora, mediante estas prácticas, la naturaleza estable y ordenada de la vida humana. En este capítulo se describen conceptos etnometodológicos fundamentales como la indicación, la reflexividad y el método documental de interpretación, y se revisan algunos estudios de las prácticas organizadas para construir hechos mediante un ejemplo basado en datos estadísticos sobre el suicidio. Otro tema importante es el trabajo de Melvin Pollner sobre la «razón mundana», es decir, la pauta de métodos y presuposiciones que emplean las personas para mantener la sensación de una realidad subyacente estable y consensuada. Se presenta el análisis conversacional, destacándose su manera de conceptualizar los relatos como elementos estructurales de determinados tipos de interacción. El análisis conversacional constituye un ejemplo de disciplina desarrollada donde se considera que una clase de descripción (el relato) desempeña una acción determinada y que posee unos aspectos que facilitan el desempeño de esa acción.

Las tradiciones imprecisas de la semiología, el postestructuralismo y el posmodernismo continúan ejerciendo una influencia importante a través de las ciencias humanas y de debates culturales más amplios. Desde estas tradiciones, la naturaleza de la comprensión humana se ha redefinido más de una vez. En el capítulo 3 se introducen las ideas básicas de la semiología junto con una discusión del trabajo fundamental de Ferdinand de Saussure y de parte de los posteriores refinamientos de este enfoque realizados por Roland Barthes. Se examinan las ideas de varios pensadores postestructuralistas, incluyendo (de nuevo) a Roland Barthes, a Michel Foucault y a Jacques Derrida. El objetivo es dar una idea de los elementos comunes y particulares de su trabajo en relación a la construcción de hechos, usando el ejemplo de la intertextualidad y la guerra para explorar algunas de sus ideas. La parte dedicada al posmodernismo se centra en el diagnóstico de la condición posmoderna hecho por Jean-François Lyotard, y en la exploración política y feminista de la naturaleza de la factualidad, y de las historias a las que se otorga esta condición, llevada a cabo por Donna Haraway. Algunas de las cuestiones planteadas se ilustran mediante una discusión de la película de David Byrne *True Stories/Historias verdaderas*.

En el capítulo 4 se ofrece una transición entre la revisión y la sistematización de los tres primeros capítulos, y el interés en procedimientos específicos que caracteriza los capítulos posteriores. Se destaca la necesidad de tener en cuenta algunas consideraciones, y de hacer ciertas distinciones, para investigar la construcción de hechos. Algunas se derivan de tradiciones anteriores y otras son nuevas. Otro objetivo de este capítulo es describir cómo se ha utilizado la metáfora de la construcción en la lingüística, la etnometodología y el postestructuralismo. Se argumenta que una explicación verdaderamente construccionista de la construcción de hechos debería tener en cuenta los procedimientos para estabilizar y hacer creíbles las versiones y los recursos en los que se basan estos procedimientos. También se argumenta a favor de adoptar un enfoque analítico para la construcción de hechos que se centre más en el texto y en el habla en acción (discurso) que

en los modelos, las representaciones y las ideas mentales (cognición), partiendo de la base de que este discurso posee dos orientaciones retóricas: una orientación ofensiva dirigida a socavar descripciones alternativas y una orientación defensiva dirigida a resistir la socavación. El capítulo 4 finaliza planteando una distinción entre la orientación hacia la acción de las descripciones (lo que hace una descripción) y su orientación epistemológica (cómo se ocupa una descripción de su propia factualidad). He intentado que este capítulo también sirva de breve introducción a los temas que se explorarán en los tres capítulos siguientes.

Los capítulos 5 y 6 se centran en los diversos procedimientos que intervienen en la construcción (y la socavación) de relatos factuales. En el capítulo 5 exploramos la gestión de los intereses y la acreditación de categorías. Un procedimiento importante para socavar una descripción es aludir a los intereses que el hablante tiene en ella. La discusión examina métodos empleados por escritores y hablantes para resistirse a esta socavación. Las categorías que se atribuyen a las personas suelen estar muy vinculadas con sus derechos epistemológicos (los médicos saben de medicina, las personas con buena memoria ofrecen relatos precisos, etc.), y la factualidad de una descripción se puede fortalecer construyendo la acreditación de quien la produce. En este capítulo también se examina la noción de posicionamiento: por ejemplo, ¿un hablante está afirmando algo o se limita a comunicarlo? El posicionamiento desempeña un importante papel en la construcción de hechos: permite reforzar o socavar la neutralidad de una afirmación recurriendo a diversas técnicas de citación.

El capítulo 6 se dedica a los procedimientos que utilizan las personas para separar sus descripciones de sus propios intereses y presentarlas como neutrales y externas, es decir, para dotarlas de existencia propia. Aunque estos procedimientos o mecanismos de exteriorización pueden adoptar diversas formas, nos centraremos en el discurso empírico (construcciones impersonales típicas de la ciencia y de algunos tipos de periodismo), la construcción de consenso y corroboración (concordancia entre descripciones de observadores independientes), y las narraciones que o bien incluyen detalles en abundancia o bien hacen formulaciones generales (la riqueza de detalles permite elaborar la acreditación de «testigo» y las formulaciones generales ayudan a resistir refutaciones leves). Como los métodos para fortalecer o socavar descripciones no son módulos tipo «conectar y usar» que puedan funcionar independientemente del contexto, examinaremos cómo se lleva a cabo su implementación en cada uno de los tres ámbitos mencionados.

Mientras los capítulos 5 y 6 se centran en la orientación epistemológica de las descripciones, el capítulo 7 se dedica a su orientación hacia la acción. Como se trata de un tema muy amplio, me limitaré a tratar tres aspectos. Primero examinaré las cuestiones, conectadas entre sí, de la categorización y la manipulación ontológica. Gran parte del peso de una descripción descansa en su categorización: distintas categorías implican diferentes motivos y responsabilidades, y tienen diferentes consecuencias para lo que venga después. Además, la categorización se

puede utilizar para apoyar conveniencias e intereses poniendo de relieve determinadas consideraciones y excluyendo otras potencialmente pertinentes. Después examinaremos el extremismo y la minimización: la construcción de descripciones que transmiten la impresión de grandeza o pequeñez, violencia o pasividad, bondad o maldad, etc. La tercera y última cuestión que examinaremos será la normalización: cómo hacer que un suceso se considere normal y corriente o se perciba como extraño o sospechoso.

En el último capítulo volvemos a considerar la naturaleza del construccionismo y nos preguntamos cómo la deberíamos conceptualizar vistos los argumentos expuestos en el libro. Por otra parte, examinamos la importancia de estos argumentos para la conducción y la presentación de la ciencia social. Veremos que el interés en lo que se puede hacer mediante las descripciones tiene importantes consecuencias para campos tan distintos como los estudios de opinión pública y las investigaciones de la representación social. Por último, exploraremos las repercusiones más generales de estos argumentos para la política y la práctica, destacando las tensiones existentes entre determinados tipos de crítica y la importancia de explorar reflexivamente los textos de la ciencia social.

Podemos considerar que este libro se organiza en dos grupos de capítulos (1-3, 5-7) y dos capítulos aislados. Los capítulos 1, 2 y 3 se centran en las principales tradiciones teóricas y analíticas, y se podrían leer por separado como revisiones de los métodos empleados para establecer una descripción como factual. El capítulo 4 es un capítulo de enlace que ofrece breves ilustraciones de las cuestiones que se desarrollan de forma detallada en los tres capítulos siguientes. Este capítulo se podría leer como una introducción a lo que viene a continuación, y actúa a modo de resumen relativamente compacto de la perspectiva sobre la construcción de hechos que se desarrolla en el libro. Los capítulos 5 y 6 se centran en los procedimientos empleados para construir hechos y el capítulo 7 se dedica a examinar cómo se adaptan las descripciones a determinadas actividades.

Estos tres capítulos contienen gran parte de lo que este libro tiene de novedoso, y se pueden leer como un todo relativamente independiente sin que por ello se pierda mucho. Y aunque aluden a muchos campos diferentes que utilizan descripciones factuales, inciden reiteradamente en un número pequeño de ejemplos para simplificar la exposición: las sesiones de terapia relacional de una pareja en crisis (Connie y Jimmy), las charlas de un equipo que realiza un documental sobre el fracaso de la investigación contra el cáncer, y varios casos de periodismo televisivo e impreso. Estos ejemplos se combinan con la discusión reiterada de dos estudios pioneros: el estudio de Dorothy Smith (1990) sobre el funcionamiento de un informe que describe la enfermedad mental de una persona, y el estudio de Robin Wooffitt (1992) sobre la construcción de relatos de experiencias paranormales. Con el capítulo 8, el libro finaliza planteando las cuestiones más generales del construccionismo, la representación en la ciencia social y el criticismo.

1 ESTUDIOS SOCIALES DE LA CIENCIA

Si se nos pide que pensemos en algo que sintetice el mundo de los hechos, es probable que no tardemos mucho en mencionar la ciencia. Sus colosales inversiones de tiempo, dinero y personal parecen haber producido un conjunto de hechos especificados con claridad y definidos con precisión que sustentan unos avances tecnológicos prodigiosos. Contemplada de esta manera, la ciencia se convierte en una piedra de toque para comprobar la solidez de los argumentos a favor de la naturaleza construida de los hechos. Si podemos demostrar con éxito que la generación de hechos científicos no se ajusta a unos modelos idealizados, cabrá suponer que la generación de hechos en otros ámbitos aún se apartará más de estos modelos (Collins, 1985). En otras palabras: si hasta los científicos de bata blanca, a pesar de su formación y su preparación técnica, pueden producir hechos problemáticos, ¿qué cabrá esperar entonces de abogados, periodistas y «gente normal»?

Este argumento se basa en muchas presuposiciones y es fácil considerar que es un recurso retórico, bastante transparente, que emplean algunos investigadores sociales de la ciencia para destacar la importancia de su trabajo. Sin embargo, a condición de que no nos tomemos demasiado en serio el argumento de la «piedra de toque», el estudio social de la ciencia es un lugar óptimo para iniciar el examen de la construcción de hechos. Además de ser un crisol para la generación de diferentes teorías del conocimiento, ha producido numerosos y detallados estudios de casos sobre el trabajo de los científicos. Muchos de los problemas e interrogantes que se plantean en la ciencia también se dan en otros campos caracterizados por la construcción de hechos.

Los estudios sociales de la ciencia tienen una raíz muy amplia. Aunque muchos de ellos encajan en lo que se conoce como sociología de la ciencia o sociología del conocimiento científico, una de las características más destacadas de este campo durante las dos últimas décadas ha sido la amplia colaboración interdisciplinaria que se ha dado entre sociólogos, filósofos e historiadores de la ciencia,

psicólogos, lingüistas y analistas literarios. De hecho, la sociología tradicional de la ciencia, que predominó hasta la década de los setenta, sorprende ahora por su carácter conservador y su reticencia a explorar con detalle el contexto y la base social de los hechos. Vale la pena considerar brevemente la naturaleza de este trabajo inicial para que sirva de contraste con lo que se expondrá después.

La sociología tradicional de la ciencia

Típicamente, la sociología tradicional de la ciencia se ha ocupado de dos cuestiones. ¿Cómo se organiza la ciencia como institución social para que los científicos produzcan hechos objetivos con regularidad y éxito? Y, a la inversa, ¿qué factores sociales deformantes pueden dar lugar a la producción de errores científicos? Dentro de la sociología de la ciencia, la persona que más se ha dedicado a formular estas preguntas y a intentar encontrar respuestas ha sido Robert Merton (1970, 1973). Presentaré sus soluciones una por una.

Normas y carácter de la ciencia

Merton deseaba comprender cómo unas condiciones sociales concretas habían preparado el terreno para la aparición de la ciencia moderna. Propuso que el alza del puritanismo durante el siglo XVII generó una ética caracterizada por valores como el utilitarismo, la racionalidad, el empirismo y el individualismo, que eran idóneos para la ciencia. Según Merton, cuando la gente asimiló estos valores empezó a contemplar el mundo de una manera más parecida a la de los científicos modernos y su forma de actuar facilitó la producción de hechos objetivos.

En una ampliación de este argumento, Merton propuso que la ciencia moderna se basa en un conjunto más desarrollado de valores puritanos que él denominó normas de la ciencia. Su argumento es que la ciencia moderna está limitada por cuatro imperativos institucionales: el universalismo, el comunismo, la imparcialidad y el escepticismo organizado. La función de estos imperativos, desarrollados históricamente a partir de la ética protestante, es generar las condiciones que permiten producir hechos de una manera fiable. El comunismo exige que el conocimiento se comparta de una manera libre y abierta; el escepticismo organizado requiere evaluar la coherencia teórica y la exactitud empírica de todas las afirmaciones de conocimiento; la imparcialidad y el universalismo exigen evaluar cualquier afirmación de conocimiento basándose en los mismos criterios impersonales, garantizando que el estatus científico se obtenga gracias a los méritos y no al patrocinio o la posición social.

Esta descripción de la ciencia no ha cesado de generar una gran cantidad de literatura crítica (por ejemplo, véase una discusión reciente en Fuller, 1995; Lynch, 1993), y los orígenes de la ciencia se han descrito de maneras totalmente distintas a la de Merton (Shapin y Shaffer, 1985; Latour, 1993). Pero lo que más nos interesa ahora es ver cómo se planteó inicialmente el problema de la producción de hechos en el trabajo de Merton. En esencia, Merton partió de una versión admitida de la naturaleza de los hechos científicos —que son impersonales y que están empíricamente garantizados y rigurosamente comprobados— y entonces se preguntó qué tipo de organización social podía producir algo así. Desde este punto de vista, con frecuencia denominado explicación de «libro de cuentos» de la ciencia (Mitroff, 1974), la actividad científica se acepta tal cual y el problema del sociólogo se reduce a postular un sistema social que la explique.

Como han indicado muchos analistas posteriores, el problema de esta explicación de los hechos científicos es que se basa en relatos en forma de cuento que no describen las prácticas reales de los científicos. Por ejemplo, en vez de considerar que una norma como el universalismo es una limitación tajante, se puede considerar que es un recurso simbólico y abierto que se debe interpretar de manera distinta según el contexto en que se emplee (Mulkay, 1976, 1980). Además, es posible tratar los relatos científicos que invocan estas normas como vocabularios de justificación (Mulkay y Gilbert, 1981; Potter, 1984). Es decir, cabe considerar que estas normas forman parte del arsenal persuasivo al que recurren los científicos cuando discuten entre sí o cuando intentan legitimar la práctica de la ciencia como un todo.

Esto nos lleva directamente a la pregunta que subyace a este libro. ¿Cómo se elabora una descripción para que parezca literal y factual? O, en el caso que ahora nos ocupa, ¿cómo pueden describir los científicos sus actividades individuales para que parezcan seguir la norma de impersonalidad de la ciencia «verdadera»? Antes de abordar directamente esta cuestión, examinaré el otro aspecto importante de la sociología de la ciencia de Merton, que es su concentración en el error.

La sociología del error

Aunque Merton destacó la importancia del conjunto de normas para guiar la actividad científica de descubrir hechos, también destacó que los científicos no siempre siguen estas normas. En ocasiones se producen fraudes: un científico puede ocultar unos resultados o comunicarlos únicamente a ciertos colegas; también pueden darse prejuicios contra determinados individuos o grupos. Sin embargo, estas desviaciones se trataban como excepciones: de hecho, para Merton deben ser excepciones, ya que, sin su eficacia general, los hechos científicos no tendrían el estatus especial que poseen.

Merton propuso que estas desviaciones de las normas dan pie a una explicación psicológica o sociológica del error científico. El prejuicio contra un grupo de investigadores puede dar como resultado el mantenimiento de una teoría errónea frente a una alternativa correcta, y la ambición individual puede llevar a un científico a falsear resultados para que encajen en el modelo deseado. Lo interesante aquí es observar la asimetría de los investigadores de la tradición de Merton al explicar las creencias que consideran verdaderas y falsas. Las creencias falsas se pueden explicar directamente mediante un «hecho social» (personalidad, prejuicios, etc.) que perturba el funcionamiento adecuado de las normas científicas. Las creencias verdaderas se explican de una manera totalmente diferente. Para los científicos que se rigen por el sistema de normas, las creencias verdaderas surgen directamente de una investigación cuidadosa del mundo tal como es. Dicho en pocas palabras: según este punto de vista de la ciencia, los hechos mismos determinan la verdad, mientras que el error se explica mediante procesos de naturaleza psicológica o sociológica. La consecuencia es que no hay nada que explicar en relación a las creencias verdaderas, salvo cómo se producen y se socavan las condiciones para una investigación científica adecuada. Los investigadores sociales sólo cumplen su cometido cuando aplican su capacidad de comprender los procesos y la psicodinámica de los grupos a comprender la producción de creencias falsas. La mayor parte de este conjunto de presuposiciones ha sido identificada y criticada con eficacia por el sociólogo David Bloor (1991).

Por tanto, la tradición representada por Merton y otros prescindía del estudio de los hechos mismos y se contentaba con examinar su contexto sociológico. El análisis sociológico completo del contenido de la ciencia —sus ideas, sus teorías, sus métodos, etc.— se reservaba únicamente para las falsedades. Con la ventaja de poder volver la vista atrás, podemos ver que estos sociólogos abrazaron las propias historias de los científicos sobre la naturaleza distintiva y privilegiada de su conocimiento, y acabaron centrando su atención en hechos que los científicos ya habían desechado como erróneos por alguna razón. Ante este límite autoimpuesto sobre el análisis, quizá no sea sorprendente que los desarrollos cruciales que prepararon el terreno para un estudio social completo de los hechos científicos vinieran de la filosofía y la historia de la ciencia, y no de la sociología.

Filosofía y hechos científicos

Es importante no dar la impresión de que los filósofos y los historiadores de la ciencia han sido más escépticos que los sociólogos en relación a las actividades científicas. Con algunas excepciones notables, han considerado que las historias de los científicos son tan coherentes y evidentes como creía Merton. Los filósofos se han ocupado principalmente de la justificación del conocimiento científico; por

su parte, los historiadores se han interesado tradicionalmente por los pensamientos y los procedimientos que condujeron a «grandes» científicos a realizar «grandes» descubrimientos. En general, los filósofos han dado por sentado que el conocimiento científico es especial y han considerado que su misión es enseñar cómo se puede demostrar con rigor esta naturaleza especial. Sin embargo, en sus intentos de ofrecer esta demostración mediante la exploración detallada de episodios científicos clásicos, los filósofos y los historiadores empezaron a construir una visión radicalmente distinta de la ciencia. Me centraré aquí en tres facetas de esta nueva visión: la ruptura de la distinción entre observación y teoría, la noción de que las creencias científicas se vinculan entre sí mediante redes complejas y el énfasis en las prácticas científicas y las comunidades de científicos.

Observaciones y teorías

Una manera extremadamente poderosa y fascinante de comprender los hechos se basa en considerar que son observaciones del mundo tal cual es. ¿Veo ahí una mesa o no? ¿Se ha producido un destello en el detector de fotones o no? Se considera que la observación ofrece dos recompensas básicas. En primer lugar, parece ofrecer un acceso directo y sin mediación al mundo y a sus características. La realidad es tal como la vemos. En segundo lugar, parece dar cabida a un proceso básico de corroboración: cualquier observador que adopte la misma perspectiva debe ver lo mismo. Tomado en su conjunto, todo esto hace que la observación pueda actuar como base para la construcción de conocimientos; aparte de otras cosas que puedan suceder, la observación nos permite ver algunas propiedades particulares del mundo que cualquier otro observador puede verificar simplemente ocupando nuestra posición (Mulkay, 1979).

La idea de que los hechos son un producto de la observación (la doctrina del empirismo) se da tan por sentada y es tan fundamental para la comprensión que tienen los científicos de su práctica habitual, que es verdaderamente difícil no considerarla evidente. De hecho, nuestro lenguaje —sea científico o cotidiano— acerca del conocimiento y la comprensión está impregnado de metáforas visuales: descubrir la verdad, contemplar una cuestión, ver que algo es evidente, etc. Sin embargo, este concepto del conocimiento basado en la observación tiene un linaje histórico complejo. La evidencia que tiene ahora para nosotros no es algo natural, sino que se ha ido construyendo durante un largo período de tiempo.

Por ejemplo, Steven Shapin y Simon Schaffer (1985) documentaron que, a mediados del siglo XVII, Robert Boyle recurrió a conceptos del mundo judicial para dar una nueva justificación a sus afirmaciones científicas sobre la presión atmosférica y la existencia del vacío. Estos autores citan al mismo Boyle:

> Pues el testimonio de un solo testigo no basta para probar que el acusado es culpable de asesinato; mas el testimonio de dos testigos, ambos merecedores del mismo crédito... bastará de ordinario para probar que un hombre es culpable; pues es razonable suponer que, si bien cada testimonio por separado puede ser probable, una concurrencia de tales probabilidades (que en buena razón cabe atribuir a la verdad de lo que conjuntamente tienden a probar) muy bien puede equivaler a una certeza moral, es decir, a una certeza pareja a la que puede autorizar al juez a sentenciar a muerte al procesado (1985, pág. 56).

Así pues, para Boyle la verdad de las afirmaciones científicas se establece mediante el apoyo concurrente de varios testigos. Cabe destacar, sin embargo, que no sirve cualquier testigo; para Boyle, sólo eran testigos fiables los miembros de las comunidades adecuadas: las historias de «papistas y ateos» tendían a ser puestas en duda. A destacar también que, para Boyle, esta manera de comprender la observación científica no era evidente. Tuvo que abogar por ella e importó la práctica desde el contexto legal, entonces más familiar.

Durante el siglo XX, la utilidad de la observación como fundamento para el conocimiento científico ha empezado a verse amenazada por análisis filosóficos, históricos y sociológicos (por ejemplo, Barnes, 1977; Hacking, 1983; Kuhn, 1970; Rorty, 1980). Para cuestionar la idea de que la experiencia visual es, en cierta manera, un facsímil directo y simple de aspectos del mundo, los filósofos se basaron en investigaciones psicológicas sobre la percepción visual y, en particular, en los trabajos sobre ilusiones visuales que muestran que una misma imagen se puede ver de maneras diferentes, y en el rol que desempeñan las expectativas culturales en la categorización de aquello que se ve. Todos estamos familiarizados con los dibujos que se pueden ver como un pato o un conejo, o como la cima o la base de un conjunto de peldaños. En estos casos la experiencia visual cambia aunque el dibujo sigue siendo el mismo, y esto sirve para plantear la posibilidad de desacuerdos fundamentales en cuanto al significado de la misma escena (Hanson, 1969; Kuhn, 1970). El papel de las expectativas culturales se demuestra, por ejemplo, con experimentos donde los sujetos tienen que identificar rápidamente las cartas de una baraja cuyo as de tréboles es rojo: los participantes tienden a comunicar que el as de tréboles es negro, de acuerdo con sus expectativas. La lección —y el problema— para el empirismo es que podemos ver lo que esperamos ver y no lo que simplemente está ahí.

Estos ejemplos son bastante artificiales y su relación con la práctica científica real es dudosa. Las prácticas de observación en los contextos donde realmente trabajan los científicos son mucho más complejas de lo que indican estas exposiciones visuales simples y aisladas (por ejemplo, Goodwin, 1995; Lynch y Woolgar, 1988; Knorr Cetina y Aman, 1990). Por ejemplo, Michael Lynch (1994) comenta que el término «observación» sirve en astronomía para designar, con bastante

vaguedad, un conjunto de acciones que comprenden, entre otras, orientar un telescopio, conectarle un sensor determinado, generar series de puntos en un osciloscopio, traducir estas series a gráficos y, por último, obtener el apoyo de los colegas para una interpretación determinada. A diferencia de un juicio instantáneo sobre una imagen proyectada, la observación típica de la astronomía «se extiende en el tiempo, se distribuye en lo social y lo instrumental, y está condenada a la contingencia» (1994, pág. 138). Con todo, los tipos de ejemplos psicológicos empleados por Kuhn y otros funcionaron eficazmente como contrapuntos retóricos a la idea de que lo que se ve está determinado por el objeto o por su impresión en la retina.

El problema de considerar que la percepción proporciona unos cimientos firmes e incuestionables para el conocimiento cobra más fuerza cuando consideramos que, sean cuales sean las imágenes impresas en las retinas de los científicos, cuando las observaciones se incorporan a la ciencia lo hacen en forma de expresiones o de algún tipo de discurso escrito. Incluso en el caso más simple esto implica alguna forma de categorización; no se trata simplemente de ver lo que se tiene delante de los ojos; se trata de verlo como algo; no es una simple sensación de un color particular, sino una elección descriptiva: rojo, pardo con motas doradas, o lo que sea. Y en la ciencia, como ocurre con el «sentido común», nuestras categorías no son un conjunto abstracto y neutral de casillas descriptivas: se derivan de teorías y cosmologías generales. Filósofos como Mary Hesse (1974) han argumentado que los científicos trabajan con términos descriptivos —masa, mitocondria, fibra muscular— que presuponen un conjunto completo de presuposiciones teóricas; y si tratamos de deshacer estas presuposiciones y basarlas en otras observaciones, también éstas dependerán de teorías (véanse resúmenes útiles de estos argumentos en Chalmers, 1992; Mulkay, 1979).

Además de todos estos problemas de la observación, hay otra cuestión que es cada vez más evidente en la ciencia moderna. La mayor parte de las veces, las «observaciones» científicas (y, como he destacado, este término es cada vez más engañoso) dependen de complicados aparatos de registro como microscopios electrónicos, osciloscopios y cámaras de burbujas, cuyo propio funcionamiento depende de varias teorías complicadas que se presuponen en cada observación (Feyerabend, 1975). Tomemos, por ejemplo, el estudio etnográfico de Karin Knorr Cetina (1996) sobre el empleo de un detector de partículas en unos experimentos realizados en el CERN con un acelerador de alta energía. El detector es extremadamente complejo y los físicos dedican más tiempo a tratar de comprender su comportamiento que en buscar las supuestas partículas, casi inconcebiblemente pequeñas, que son el objetivo de su investigación. Ponen en funcionamiento el enorme equipo una y otra vez para descubrir sus imperfecciones y particularidades. En este caso, el término «observación» sólo mantiene una relación muy débil con las prácticas de investigación de esta comunidad.

La red de creencias

Otra faceta de esta crítica del empirismo se centra en cómo se conectan entre sí las creencias o afirmaciones científicas para formar una red. A principios del siglo XX, el filósofo de la ciencia Pierre Duhem argumentó que las afirmaciones científicas nunca se evalúan puramente en relación a los resultados de unos experimentos concretos. En cambio, se evalúan teniendo en cuenta una extensa gama de cuestiones, incluyendo resultados experimentales, teorías, ideas sobre métodos, datos estadísticos, etc. (Duhem, 1962). Por ejemplo, si un resultado es coherente con un cuerpo de teoría bien establecido, tiene más probabilidades de ser aceptado sin discusión que si se cree que contradice una teoría establecida. Una «observación» de «materia oscura» en el espacio tiene más probabilidades de repetirse rigurosamente si se considera que contradice los postulados básicos de la astrofísica moderna; los astrónomos buscarán interpretaciones alternativas que mantengan la coherencia de su explicación general del universo. En cambio, una observación que encaje bien en un cuerpo grande de teoría puede ser aceptada con relativamente poca discusión.

Durante la década de los cincuenta, el filósofo estadounidense Willard van Orman Quine desarrolló las ideas de Duhem sobre la interconexión de las creencias y el papel de la experiencia en una conocida metáfora que se suele denominar tesis de Quine-Duhem (1961; véase también Hesse, 1974; Quine y Ullian, 1970). Quine propuso que las creencias científicas deberían concebirse como si se extendieran formando un tejido dispuesto de manera parecida a la piel de un tambor. Una experiencia estira este tejido hacia el borde del tambor; sin embargo, esta experiencia no determina la organización del tejido, que se ajusta a cada instante para mitigar la tensión. Unas veces, los ajustes proceden de observaciones nuevas que tiran desde el borde; otras veces son los desarrollos teóricos los que conducen a una reorganización del tejido.

El aspecto crucial y radical de esta metáfora es que ninguna observación científica única puede tener un efecto determinante en el tejido de creencias. El impacto de las observaciones dependerá del estado del tejido como un todo. Esta manera de comprender la ciencia implica que nunca puede haber un experimento crucial, un estudio que, por sí solo, obligue definitivamente a elegir una de dos teorías opuestas; en realidad, los trabajos históricos han mostrado que experimentos considerados cruciales sólo llegaron a verse como tales después de que la teoría anterior fuera abandonada (Collins y Pinch, 1993). La consecuencia general de todo lo expuesto es socavar la idea de que la observación proporciona una base concluyente para el conocimiento. Al mismo tiempo, proporciona un nuevo énfasis pragmático a cuestiones como la coherencia de una creencia con otras y la simplicidad global del sistema.

Comunidad y práctica

Una consecuencia final y algo irónica de este replanteamiento filosófico de la ciencia, fue el creciente reconocimiento del papel crucial de la práctica científica y de la comunidad de científicos. Mientras los intereses de los sociólogos se apartaron del contenido del conocimiento científico a causa de las ideas de Merton, los intereses de los filósofos se acercaron a la psicología y la sociología. El proponente más conocido de este punto de vista fue el filósofo e historiador Thomas Kuhn (1970), cuyas ideas se pueden considerar una extensión de la tesis de Quine-Duhem. La noción de un tejido de creencias es muy abstracta. La importante modificación de Kuhn consistió en acentuar que una red así no cuelga en un espacio conceptual abstracto, sino que se encarna en el conocimiento y las prácticas de grupos de científicos específicos. Las creencias científicas se expresan en los debates y se plasman en los escritos científicos.

Para que la red se reajuste de la manera propuesta por Quine, los grupos de científicos deben modificar sus compromisos teóricos, aprender métodos nuevos, abandonar modelos predilectos y laboriosamente adquiridos para la resolución de problemas («paradigmas»), etc. Kuhn argumentó, sobre la base de estudios de casos históricos, que en vez de colocar la red en un estado de trastorno leve pero continuo, la comunidad de científicos seguirá haciendo «ciencia normal» ante las anomalías y los problemas que plantee la investigación hasta que, llegado cierto punto, la tensión en todo el sistema se acentuará tanto que experimentará por fuerza unos reajustes radicales. Sólo después de este período de «ciencia revolucionaria» puede restablecerse la serenidad de la ciencia normal. Kuhn no sólo afirmó que la ciencia funciona realmente así: también dijo que era la manera más sensata de actuar.

El modelo de la ciencia de Kuhn basado en la comunidad no fue el único desarrollado por filósofos. Por ejemplo, Imre Lakatos (1970) argumentó que la unidad social central para hacer ciencia es el «programa de investigación»: el desarrollo de una serie de estudios organizados en torno a un conjunto de presupuestos teóricos más o menos básicos. Otros, especialmente Karl Popper (1959), propusieron que lo importante no es la organización social e intelectual de la ciencia, sino la manera en que los científicos llevan a cabo sus actividades. Para Popper, la ciencia se distingue de la no ciencia por la actividad de tratar de comprobar hipótesis de una manera crítica y de resistir la tentación de hacer continuamente modificaciones *ad hoc* para mantener la validez de hipótesis ante evidencias en contra. Por ejemplo, argumentó que los científicos no deberían haber postulado la existencia de planetas nuevos, pero invisibles, para que la teoría de Newton siguiera vigente ante unas aparentes desviaciones de las órbitas planetarias en relación a las predicciones. De hecho, Popper criticó con fuerza la propuesta de Kuhn según la cual el desarrollo de la ciencia necesita atravesar períodos donde la cien-

cia es «normal», estable e indiscutible; para Popper, esto era, simplemente, mala ciencia (Popper, 1970).

Esta breve revisión de los desarrollos acaecidos en la filosofía de la ciencia hace poca justicia a la complejidad y la riqueza de la que ha sido una de las áreas más apasionantes de la filosofía moderna. La controversia continúa y hay muchos filósofos que rechazarían algunas —si no todas— las consideraciones anteriores. He tratado la cuestión de esta forma porque encaja de dos maneras en la narración general que estoy construyendo sobre los hechos.

En primer lugar, pretende mostrar que incluso los filósofos, cuyo interés básico ha sido justificar el estatus singular de los hechos científicos, han planteado problemas fundamentales a los modelos simples de la ciencia y de su desarrollo tipo «libro de cuentos». La simplicidad del empirismo —el científico solitario y contemplativo, y el mundo listo para la inspección— se tambalea cuando las observaciones se difuminan en teorías, las teorías se interconectan entre sí y se constata que todo esto depende de una comunidad de científicos y de sus acciones. El valor de estos trabajos no ha sido demostrar cómo se justifican los hechos —pues sólo han resumido de una manera muy vaga cómo se produce esta justificación— sino poner de relieve los límites de la historia empirista clásica de la ciencia.

En segundo lugar, estos trabajos muestran que un interés epistemológico abstracto en la relación entre una afirmación basada en la observación y un fragmento particular de la realidad, se ha convertido en un interés psicológico y sociológico en el papel de las expectativas, el instrumental y las prácticas de una comunidad. A diferencia de la sociología tradicional de la ciencia, que ocultó con eficacia el contenido del conocimiento factual de la mirada entrometida de los analistas, la nueva filosofía de la ciencia fue una invitación a destapar la caja y abordar los detalles específicos del conocimiento científico. Y esta invitación se aceptó con gusto, particularmente en el Reino Unido, donde la teoría de Merton nunca había llegado a arraigar.

Sociología del conocimiento científico

La moderna sociología del conocimiento científico (en ocasiones denominada SCC) se caracteriza por una variedad de intereses teóricos, métodos analíticos y focos de investigación que se superponen entre sí. Se trata de un campo con un vivo debate interno, completamente separado de las tradicionales controversias esporádicas con los filósofos y sociólogos de la ciencia (Bunge, 1992; Laudan, 1990) y con los científicos en sí (Labinger, 1995; Wolpert, 1993). Empezaré examinando el trabajo de Harry Collins porque plantea con claridad muchas de las cuestiones fundamentales de la SCC, además de ofrecer algunos ejemplos muy convincentes de esta postura en la práctica analítica.

El programa empírico relativista

La manera más sencilla de presentar este trabajo es compararlo con la sociología tradicional de la ciencia, que se centraba en las condiciones o normas sociales que permiten la generación de verdadero conocimiento, y en la manera en que determinados factores sociales o psicológicos, como los prejuicios y las ambiciones personales, conducen a errores científicos. Para Harry Collins, el problema de este punto de vista es que adopta las distinciones de los propios científicos entre lo que es verdadero y lo que es falso, y se plantea a sí mismo los problemas paralelos de explicar cómo llegan a producirse los errores y cuáles son las condiciones sociales que sostienen la verdad. Según él, este punto de vista tradicional legitimaba el *statu quo* de cada época al presuponer que las creencias imperantes eran correctas. También presuponía que lo que los científicos consideran un conocimiento científico válido no necesita ninguna explicación social, ya que es explicado adecuadamente por la naturaleza de los fenómenos naturales que se estudian (Collins, 1981; Collins y Cox, 1976).

Collins argumentó que si los analistas sociales quieren evitar convertirse en agentes de relaciones públicas de la ciencia deben adoptar una postura relativista. Pero el relativismo es una noción compleja y muy controvertida en las ciencias sociales que se suele emplear directamente para denigrar: alguien ha «caído» en una postura relativista; el «fantasma del relativismo» se debe evitar (Edwards y otros, 1995; Smith, 1988). Collins quiso rescatar esta noción de su mazmorra teórica.

Collins propuso que para la SCC es crucial alguna forma de relativismo metodológico. Es decir, las afirmaciones de los científicos sobre qué es verdadero y qué es falso no se deben tomar como punto de partida para el análisis, sino que deberían convertirse en tema de análisis por derecho propio. Una de las consecuencias más llamativas de abordar el conocimiento científico desde una postura de relativismo metodológico, es que libera inmediatamente todo el campo científico para el estudio. El analista social ya no se limita a recoger las migajas que caen de la mesa científica como creencias falsas o a tener que contentarse con estudios rutinarios de su psicología organizativa. Además, el analista ya no tiene que clasificar las cuestiones científicas de una manera más definitiva que los propios científicos. De hecho, lo que a primera vista puede parecer un punto de partida innecesario y hasta excéntrico para la investigación social, pronto llega a parecer sensato y, de hecho, imprescindible. El valor del relativismo metodológico se manifiesta de inmediato cuando nos concentramos en los tipos de líos en los que fácilmente nos podemos meter cuando intentamos realizar juicios fáciles sobre la verdad y la falsedad de la ciencia. Es interesante destacar brevemente algunas de estas dificultades antes de continuar.

En muchas de las áreas más apasionantes de la ciencia contemporánea no existe un consenso sobre qué es correcto y qué no y se da una acalorada contro-

versia. En realidad, suele ser la controversia lo que genera la pasión. También existen grandes áreas científicas en las que se produce un consenso aparente sobre cuestiones de verdad y falsedad. Pero incluso aquí el analista no suele tener que esforzarse mucho para encontrar una cantidad considerable de voces discrepantes. Además, el contenido del punto de vista consensuado se puede modificar; es decir, los científicos pueden abrazar la «misma» teoría, pero lo que entienden por esa teoría puede ser radicalmente diferente (Gilbert y Mulkay, 1984; Latour, 1987). Más aún, si adoptamos una perspectiva histórica más extensa veremos que muchas afirmaciones científicas que habían sido ampliamente aceptadas en una época determinada, más adelante han sido revisadas drásticamente o abandonadas por completo (Feyerabend, 1975; Kuhn, 1970). A veces este proceso se ha dado a la inversa: ideas inicialmente ridiculizadas llegan a conseguir aceptación.

Collins ha centrado gran parte de su investigación en campos científicos donde se da una controversia permanente. Esto ofrece dos ventajas. En primer lugar, en las controversias se ponen en duda las reglas y las competencias que subyacen a la ciencia y, en consecuencia, éstas se formulan de una manera explícita que no es frecuente en áreas con mayor consenso. Es decir, el investigador puede utilizar la controversia para sacar a la luz lo que en otros ámbitos suele ser tácito. En segundo lugar, el investigador puede mantener con más facilidad la postura relativista de desapego en relación a cómo son «realmente» las cosas porque esto es, precisamente, lo que está en discusión.

Se puede poner de relieve la ventaja de las controversias mediante una convincente analogía que tiene repercusiones para el análisis de la producción de hechos en un ámbito más general. Collins (1985) propuso que abordar el conocimiento científico se parece a estudiar los barcos metidos en botellas que hacen algunos marineros. Cuando ya se ha secado todo el pegamento y se han cortado los cordeles, parece algo casi mágico. No es fácil ver cómo se ha hecho. Según Collins, la ventaja de observar las controversias es que son situaciones donde podemos vislumbrar cómo se aplica el pegamento y cómo se estiran los cordeles.

Collins propone que el proceso de ofrecer el relato sociológico de una controversia consta de tres etapas (Collins, 1983a). La primera etapa comporta documentar la flexibilidad con que se pueden interpretar los resultados experimentales. ¿Cómo se puede determinar si unos resultados particulares apoyan o no una teoría? ¿Cómo se puede determinar si una replicación confirma o no un resultado? Esta flexibilidad es la que cabe esperar a la luz de la tesis de Quine-Duhem, que destaca que los resultados de un experimento individual se juzgarán en relación a cuerpos de teoría completos. Hay muchas maneras de mitigar las tensiones introducidas en la red por unos resultados novedosos.

La segunda etapa se centra en la manera de abordar esta flexibilidad para que se produzca un resultado determinado. ¿Cómo se resuelve, en última instancia, la controversia? Aquí, Collins se aparta del punto de vista de la tesis de Quine-

Duhem. Versiones recientes de esta tesis (Hesse, 1980; Knorr Cetina, 1982a; véase Kuhn, 1977) indican que, si bien se pueden dar varias respuestas a los resultados de experimentos individuales, se suele dar una sola respuesta racional y ordenada a colecciones de resultados procedentes de varios estudios. Esta respuesta depende de la aplicación de criterios generales que insten a la red a cambiar para destacar, por ejemplo, la coherencia o la simplicidad. Pero, para Collins, la flexibilidad para abordar los resultados de la investigación, combinada con la naturaleza holística de los sistemas de creencias científicos, proporciona una oportunidad para emplear varios mecanismos retóricos y diversas técnicas de persuasión. El debate no concluye con estas consideraciones racionales, sino con los tipos de estrategias que se podrían emplear para vender un programa político a un electorado.

La tercera etapa del programa está mucho menos desarrollada en el trabajo de Collins. Se refiere al intento de relacionar el final de las controversias con estructuras sociales y políticas más amplias de la sociedad. Volveré a abordar esta cuestión más adelante, en este mismo capítulo, cuando examine otra tradición de la sociología del conocimiento científico que ha tratado de relacionar la elección de teorías y el desarrollo de controversias con las alianzas entre científicos y, en última instancia, con el contexto social más general. De momento, será útil alejarse de estas afirmaciones más bien abstractas y programáticas e ilustrar a qué equivalen cuando Collins investiga una controversia específica. Existen varios estudios de casos de controversias que se han realizado desde este punto de vista (por ejemplo, Collins y Pinch, 1982; Pickering, 1981; Pinch, 1986); me centraré en uno de los estudios de Collins, que es muy conocido y respetado, referente a una disputa sobre la detección de la radiación gravitatoria (Collins, 1975, 1981, 1985).

La radiación gravitatoria y la sociología de los hechos

Una predicción derivada de la teoría de la relatividad de Einstein es que la gravedad debe ser detectable como un tipo de radiación. Los movimientos de objetos grandes deberían crear un flujo o una descarga de esta radiación. El problema para los investigadores es que este flujo es casi inconcebiblemente débil, haciendo que esta detección sea una tarea excepcionalmente difícil. Sin embargo, acontecimientos galácticos masivos como las explosiones estelares deberían generar cantidades de radiación que se pudieran detectar desde la Tierra. En 1969, el físico estadounidense Joseph Weber afirmó haber sido el primero en detectarlas. Dicho en pocas palabras, Weber había colgado una barra de aluminio muy grande dentro de una cámara estanca y había medido unas vibraciones pequeñísimas mediante unos indicadores de tensión. La barra actúa como un palo que flota en el borde de un estanque; si se produce alguna perturbación grande cerca del centro del estanque, el palo acabará por oscilar.

Siguiendo la afirmación de Weber, varios grupos de científicos intentaron encontrar la radiación gravitatoria utilizando dispositivos similares. Ninguno de ellos tuvo éxito. Collins examinó los artículos publicados y las disputas entre estos científicos, y también entrevistó a varios personajes clave. Gran parte de su argumento se dirigió contra lo que se puede denominar interpretación científica ortodoxa de lo sucedido, es decir, que varios estudios habían tratado de replicar el experimento original y que el consiguiente fracaso implicaba que el experimento original era erróneo. Collins formuló dos problemas para este punto de vista ortodoxo.

En primer lugar, lo que en la práctica se describía como una «repetición del experimento» no empleaba exactamente los mismos aparatos ni las mismas técnicas de medición que se habían utilizado en el experimento original de Weber. En general, las presuntas replicaciones intentaban mejorar el aparato original o centrarse en sus potenciales defectos, ya que un investigador no suele ganar nada llevando a cabo una mera replicación. De hecho, los científicos suelen oscilar entre dos maneras diferentes de caracterizar una replicación. Cuando se refieren a su rol metodológico para demostrar la fiabilidad (o no fiabilidad) de unos resultados, suelen caracterizarla como una mera duplicación; pero en otras ocasiones pueden destacar su carácter novedoso o su sofisticación en comparación con el original (véanse también Ashmore, 1988; Mulkay, 1985).

El estudio de Collins planteó otro problema de carácter más fundamental para la concepción ortodoxa de la replicación. Resulta que no había acuerdo sobre qué se consideraba un experimento bien realizado. Collins documentó una gama de «consideraciones extracientíficas» que actuaban como evidencias de la presencia o ausencia de aptitud científica. Podían ser la personalidad y la inteligencia de los experimentadores, un historial previo de fracasos, el prestigio de su universidad, etc. Collins destaca que estos juicios también parecen estar estrechamente relacionados con las creencias anteriores de los científicos sobre la existencia de ondas gravitatorias. En consecuencia, los científicos que creían en la existencia de ondas gravitatorias mensurables tendían a considerar que las replicaciones que afirmaban haberlas encontrado eran competentes y que las replicaciones que no las habían encontrado eran incompetentes. A su vez, los científicos que no creían que las ondas gravitatorias fueran mensurables consideraban competentes las replicaciones que no las habían encontrado y consideraban incompetentes las replicaciones que sí las habían encontrado. En esta situación, el estatus de las replicaciones no permanece ajeno a la controversia para poder zanjarla, en un sentido u otro, de una manera neutral; al contrario, la controversia se extiende al estatus de las replicaciones.

Collins concluyó que para comprender lo que ocurría lo mejor era concebirlo como una negociación sobre qué se consideraba un experimento competente en este campo y no como una controversia entre diversos intentos de replicación. La replicación, más que convertirse en árbitro de la disputa, se convertía en obje-

to de disputa por derecho propio. Y como los juicios sobre la competencia de los experimentos estaban ligados a los juicios sobre la naturaleza de la radiación gravitatoria, los experimentos eran, en realidad, negociaciones sobre la naturaleza de los fenómenos. Collins expresó esta perspectiva de las replicaciones en la investigación de las ondas gravitatorias de la manera siguiente:

> La manera más fructífera de interpretar la actividad de los científicos... no es verla como un intento de comprobar o replicar resultados de una manera competente... sino más bien como *una negociación del significado de un experimento competente en un campo. Ipso facto,* se negocia el carácter de la radiación gravitatoria y se construye la cultura de esa parte de la ciencia que se puede llegar a conocer como «observación de ondas gravitatorias» (Collins, 1975, pág. 216).

Este elemento de la investigación se puede inscribir en la primera etapa del programa empírico, que demuestra la flexibilidad potencial en la interpretación de resultados experimentales.

En una parte posterior del estudio, Collins (1981, 1985) pasó a la segunda etapa del programa y trató de mostrar cómo se habían empleado unas estrategias concretas para zanjar la controversia hasta el punto de acabar con ella. Su observación sociológica crucial era que no había ninguna razón puramente racional o científica que obligara a los científicos dedicados a las ondas gravitatorias a no creer en las afirmaciones de Weber. La falta de credibilidad de estas afirmaciones tenía que ser producida socialmente mediante el empleo de diversas estrategias retóricas.

Según Collins, el actor fundamental en esta controversia fue un científico que él denominó Quest para proteger su anonimato. Quest contribuyó a zanjar la controversia, pero no por la calidad técnica de su trabajo, la novedad de sus evidencias o la sofisticación de su diseño experimental; la aportación de Quest fue emprender una campaña de altos vuelos utilizando hábiles presentaciones retóricas tanto en el terreno científico como en círculos más populares. Collins cita a distintos científicos de este campo en apoyo de su interpretación del efecto del trabajo de Quest.

1. ... en lo que se refiere a la comunidad científica en general, probablemente es la publicación de Quest lo que afianzó esta actitud. Pero, en realidad, su experimento fue trivial, era una nimiedad... aunque lo importante fue cómo lo redactó...

2. Como Quest tenía mucha menos sensibilidad, nunca hubiera creído que tuviera más impacto que nadie, pero habló más fuerte que nadie y el análisis que hizo de sus datos fue muy bueno.

3. [El artículo de Quest] fue muy inteligente porque su análisis era realmente muy convincente para otras personas, y era la primera vez que alguien había calculado

de una manera simple cuál debía ser el ruido térmico de la barra... Lo hizo de una manera muy clara y llegó a convencer a todo el mundo.

(Todas las citas proceden de Collins, 1985, pág. 92)

La conclusión general de Collins es que, si bien había una variedad de resultados y estudios que iban en contra de Weber, estos trabajos no fueron cruciales: lo crucial fue la manera en que fueron ordenados por un científico determinado, Quest, junto con su propio trabajo, para que parecieran confirmar sin ninguna ambigüedad la inexistencia de ondas gravitatorias mensurables. Tras el éxito de la campaña, la controversia quedó efectivamente zanjada, expulsada del mercado, se podría decir, como una marca débil tras el ataque sostenido de un competidor más fuerte a base de anuncios en televisión.

Collins, relativismo y hechos

A estas alturas es útil resumir qué tiene de valioso el enfoque de Collins para poder considerar en qué medida puede ofrecer una base para una explicación más general de la construcción de hechos. Hay dos aspectos importantes de este trabajo que tendré presentes durante todo el libro. El primero es la postura del relativismo metodológico. Collins no parte de la presuposición de que la investigación de Weber estuviera mal hecha o de que sus críticos estuvieran mal encaminados. El programa empírico relativista pretende ser indiferente a estas dos posibilidades. Cuando Collins explica el éxito de Quest y el fracaso de Weber, no afirma que Quest tenga razón o que Weber esté equivocado. La alternativa al relativismo metodológico sería presuponer unos conocimientos de astrofísica mayores que los de los participantes (¡una afirmación tentadora pero inverosímil!) o simplemente considerar que las creencias de quien tiene éxito son correctas. Esto significaría que el analista social siempre estaría proporcionando un lustre sociológico al *statu quo* científico del momento; es decir, repetirían la sociología del error expuesta por Merton que hemos examinado anteriormente.

La segunda característica del enfoque de Collins que deseo destacar y apoyar es su insistencia, de carácter más general, en extraer conclusiones a partir de un análisis detallado de prácticas específicas orientadas a la construcción de hechos. Collins evita las estipulaciones teóricas o conceptuales que están presentes en gran parte de la filosofía de la ciencia y en gran parte de la tradición de la sociología del conocimiento (véase una discusión útil de esta tradición en Dant, 1991). Estas estipulaciones pueden ser útiles si la empresa es normativa y consiste en especificar qué debería considerarse un buen hecho; sin embargo, si el interés recae en lo que realmente se tiene por un hecho en contextos sociales particulares y en cómo se logra esta condición, entonces será imprescindible adoptar una postura claramen-

te analítica. A lo largo de este libro destacaré las virtudes de comprender la construcción de hechos mediante el examen de casos reales.

Tanto el relativismo metodológico como el enfoque analítico son muy importantes. Sin embargo, el trabajo de Collins plantea algunas cuestiones igualmente interesantes pero mucho más problemáticas (véanse también Ashmore, 1989; Mulkay y otros, 1983). Vale la pena dedicarles tiempo, ya que tienen repercusiones para la manera de desarrollar mi argumento. Abordaré, uno por uno, tres de estos problemas: el empleo que hace Collins de una perspectiva realista para comprender el mundo social, la pérdida gradual de su relativismo en la práctica analítica y su tratamiento de las explicaciones de la retórica como no retóricas. Para abordar estas cuestiones necesitaremos enredarnos cada vez más en la riqueza y la complejidad de los detalles implicados en el estudio de la construcción de hechos. En realidad, podemos empezar a ver que gran parte del lenguaje descriptivo que hemos empleado hasta ahora para hablar de la ciencia está lejos de ser neutral en cuanto a su repercusión.

El problema del realismo social. Collins adopta una postura realista cuando conceptualiza las actividades y las creencias de los científicos. Su mundo científico está poblado de científicos individuales; estos científicos tienen unas creencias específicas y se organizan en colectividades dentro de las cuales se producen controversias entre bandos; los científicos se pueden persuadir mediante la retórica o la evidencia; y una controversia puede estar vigente o zanjada. Collins trata la ciencia como nosotros podríamos tratar el motor de un automóvil: aquí está el distribuidor, allí las bujías, el desplazamiento de los pistones mueve el cigüeñal, etc. Por tanto, Collins está en desacuerdo con los relatos de los científicos sobre las ondas gravitatorias, la calidad de los experimentos y, en general, los progresos de la ciencia; sin embargo, al mismo tiempo acepta su comprensión general, basada en el sentido común, de las categorías, los objetos y los procesos pertinentes.

Como esta cuestión es importante, vale la pena exponerla con detalle. Tomemos, por ejemplo, las categorías de científicos. Es posible considerar que una categoría como «científicos de ondas gravitatorias» sea un término descriptivo neutro que reúne a todos los científicos que trabajan con las ondas gravitatorias. Esto sería tratar la categoría de una manera realista. Sin embargo, esta categoría también se puede tratar como una construcción; es decir, como una categoría que distintos científicos emplean, por ejemplo, con límites diferentes y como parte de actividades diferentes. Algunas versiones de esta categoría pueden estar ampliamente aceptadas, mientras que otras pueden recibir una fuerte oposición.

Existen numerosas razones teóricas para poner en duda el tipo de realismo social que emplea Collins, algunas de las cuales se derivan de tradiciones del análisis social que abordaremos en capítulos posteriores (por ejemplo, la etnometodología y la desconstrucción). De momento, sin embargo, me centraré en los pro-

blemas analíticos a los que se enfrenta Collins en su intento de producir una versión unitaria y realista de lo que sucede en los mundos sociales de los «científicos de ondas gravitatorias».

Para entender mejor estos problemas es necesario considerar brevemente el método analítico de Collins. Aunque el estudio de las ondas gravitatorias básicamente se llevó a cabo en dos series principales de entrevistas, junto con una lectura exhaustiva de la literatura sobre las ondas gravitatorias, Collins describe lo que hace como una consecuencia de su comprensión participante de este campo (Collins, 1983b). Es decir, Collins no considera que sus entrevistas sean simplemente un medio de averiguar qué ocurre en este campo; al contrario, las utiliza como un contexto en el que desarrollar su comprensión participante de la física de la gravedad. Aprende en qué consiste ser un miembro de esta comunidad, aunque de manera algo indirecta, y utiliza esta comprensión creciente para orientar su análisis. Esto significa que los fragmentos de entrevistas que presenta no pretenden ser datos sobre los cuales basar el análisis, sino que constituyen ejemplos de su comprensión participante. Dado que se presentan como casos ideales, ¿es posible releerlos de una manera que revele una historia diferente? Es decir, ¿es posible perturbar la historia realista de Collins? Mi intención es demostrar que sí.

Cuando empezamos a buscar, no es difícil encontrar una variabilidad considerable en la manera en que los participantes construyen los sucesos, las personas y los avances en el campo de las ondas gravitatorias. Por ejemplo, ya he citado algunos participantes para quienes Quest había zanjado la controversia con eficacia; pero otros expresaron su opinión sobre Quest de una manera muy distinta:

4. [Quest y su grupo] son tan desagradables y tan firmes en su creencia de que sólo su enfoque es correcto y que todos los demás son erróneos, que descarto de inmediato su veracidad como producto del autoengaño (Collins, 1981, pág. 47).

Las variaciones de este tipo son profundamente perturbadoras para la historia realista de Collins. Plantean la pregunta de cómo ha elegido Collins su versión particular de la eficacia de Quest, o su versión de lo que sucede en este campo de una manera más general. Para construir su relato realista ante esta variabilidad, Collins se ve obligado a cosificar selectivamente algunos relatos (es decir, leerlos como literalmente ciertos) y a ironizar otros (es decir, tratarlos como errores, mentiras o retórica). Examinaré estos dos términos con más detalle en el capítulo 4. Collins se vio obligado a trabajar de esta manera a causa de las exigencias de producir una versión realista a partir de los textos contradictorios y fragmentarios que estaban a su disposición. Esto también le causó dificultades para mantener su postura relativista.

El problema de la pérdida gradual del relativismo. Aunque la postura relativista permite a Collins prescindir de la verdad o falsedad de las afirmaciones de los científicos sobre el mundo natural, su necesidad de ofrecer una versión definitiva de lo que ocurre en el mundo social le obliga, precisamente, a emitir juicios de este tipo en relación a las afirmaciones de los científicos sobre el mundo social. La dificultad de esto reside en mantener separados estos dos tipos de juicios. Por ejemplo, Collins afirmó que los argumentos técnicos contra los experimentos de Weber no bastaban para zanjar la controversia: su final tenía que ser retórico. Sin embargo, esto parece ser más que un mero juicio sobre lo que sucede socialmente en este campo, y se aproxima a ofrecer una versión definitiva de la aptitud de unos experimentos concretos. De hecho, es el tipo de versión que Weber podría utilizar en defensa de su postura; Weber podría decir: «No me han demostrado que estoy equivocado científicamente; soy víctima de una *vendetta* política».

Brian Martin, Evelleen Richards y Pam Scott (1991) se han interesado especialmente en cómo puede favorecer el análisis relativista a una de las partes de una disputa. Estos autores dan ejemplos de estudios relativistas de controversias científicas —como el valor de la vitamina C en el tratamiento contra el cáncer— que los participantes consideran asimétricas. En la medida en que los estudios de este tipo muestren la flexibilidad existente en la interpretación de los resultados experimentales y los medios retóricos empleados para zanjar las disputas, pueden servir de ayuda para que los participantes del bando más débil de una controversia critiquen al bando más fuerte. La demostración de la contingencia social de un argumento es más perturbadora para argumentos ya establecidos como sólidos y racionalmente justificados, que para argumentos considerados poco fiables y carentes de una justificación adecuada. Martin y otros (1991) denominan captura al hecho de que los participantes en una controversia se apropien de los argumentos de la SCC acerca de la misma.

Lo que yo pretendo expresar difiere ligeramente de lo expuesto por Martin y otros; no es que el trabajo de Collins haya sido capturado por algunos participantes, sino que se ve inevitablemente obligado a emitir juicios sobre el contenido de la ciencia porque estos juicios son inseparables de los juicios sobre lo que sucede en el ámbito social. Aceptar evaluaciones del valor relativo de grupos de experimentos (por ejemplo, que la investigación de Quest era trivial pero retóricamente efectiva) equivale a evaluar el valor relativo de diferentes versiones del mundo natural. Parafraseando la propia conclusión de Collins sobre las replicaciones: las negociaciones sobre el valor (retórico o genuino) de un experimento particular son, *ipso facto*, negociaciones sobre el carácter de la radiación gravitatoria.

El problema de la retórica no retórica. El problema final se refiere a cómo utiliza Collins la noción de retórica. La retórica es fundamental en su explicación porque permite zanjar las controversias; sin ella, la naturaleza indeterminada de

los resultados experimentales haría que la controversia no cesara jamás. Sin embargo, aunque la retórica es uno de sus conceptos principales para comprender la vida social, no explora sus sentidos ni desarrolla una explicación teórica elaborada de esta noción. Cuando proporciona ejemplos de retórica, éstos suelen tener la forma de atribuciones retóricas. Es decir, da ejemplos de personas que afirman que tal o cual experimento o publicación tuvo efecto gracias a la retórica, pero considera que estas mismas afirmaciones no son retóricas. Michael Billig (1989) ha propuesto que las atribuciones retóricas de este tipo constituyen, ellas mismas, una retórica muy eficaz.

Dedicaré más espacio en capítulos posteriores al papel de la retórica en el análisis social. De momento empezaré con una definición preliminar, pero útil, de la retórica como discurso utilizado para reforzar versiones particulares del mundo y para proteger estas versiones de la crítica. Partiendo de esta noción, volvamos a examinar los fragmentos (1-3) que Collins utilizaba para ilustrar su afirmación de que fue la retórica de Quest —y no la calidad intrínseca de los resultados de su investigación— el elemento crucial para zanjar la controversia sobre las ondas gravitatorias.

1b ... en lo que se refiere a la comunidad científica en general, probablemente es la publicación de Quest lo que afianzó esta actitud. Pero, en realidad, su experimento fue trivial, era una nimiedad... aunque lo importante fue cómo lo redactó...

2b Como Quest tenía mucha menos sensibilidad, nunca hubiera creído que tuviera más impacto que nadie, pero habló más fuerte que nadie y el análisis que hizo de sus datos fue muy bueno.

3b [El artículo de Quest] fue muy inteligente porque su análisis era realmente muy convincente para otras personas, y era la primera vez que alguien había calculado de una manera simple cuál debía ser el ruido térmico de la barra... Lo hizo de una manera muy clara y llegó a convencer a todo el mundo.

(Todas las citas proceden de Collins, 1985, pág. 92)

En cada uno de estos fragmentos vemos que el hablante se centra en el efecto del trabajo de Quest en otros científicos. Estos científicos no consideran que ellos mismos puedan estar influidos por el estilo del trabajo; en realidad, elogian vivamente la claridad de Quest, su exquisito análisis de los datos y la original solución que da al problema. Por tanto, debemos confiar plenamente en que estos hablantes no sólo pueden explicar con precisión la influencia del trabajo de Quest en muchos otros científicos, sino que también saben qué características concretas de sus artículos son responsables de esta influencia. Así pues, lo irónico del análisis de Collins es que eleva la retórica a la posición de lubricante crucial para zanjar la controversia, pero trata como no retóricos los informes que, supuestamente, se encargan de demostrar esta afirmación.

Esta discusión nos ha apartado un poco de los aspectos fundamentales del programa empírico relativista de Collins. Sin embargo, su valor reside en presentar cuestiones que aparecerán reiteradamente bajo aspectos distintos en el curso del trabajo sobre la construcción de hechos. Si volvemos a examinar el empleo de un motor de automóvil como metáfora del mundo social de la ciencia, ahora podemos ver claramente lo limitado que es. En vez de existir carburadores, bujías, etc., que simplemente están allí para ser estudiados (¡o esto es lo que nos dicen en el taller!), deberíamos tratar estas cosas como construcciones. El mundo social de la ciencia se produce en el habla y en la escritura de los distintos científicos. Y es evidente que esta producción es una parte importante de la cuestión que nos ocupa. Weber puede utilizar el tipo de construcción que Collins ha desarrollado para alegar que su investigación fue socavada por la retórica y no por argumentos científicos adecuados; Quest puede decir que sus argumentos son eficaces porque muestran claramente los defectos de Weber. Desde esta perspectiva, para nosotros, como analistas, tiene sentido tratar como construcciones tanto las ondas gravitatorias como los procesos sociales.

¡Por cierto! Aquí, naturalmente, hay otra construcción. Sería muy curioso, por no decir algo peor, dedicar todo este esfuerzo a demostrar algunas de las dificultades de la mezcla de realismo y construccionismo de Collins, para después repetirlas, precisamente, en mi propio texto. Mi versión del trabajo de Collins es una historia confeccionada para los fines de este texto: está diseñada para plantear un argumento concreto. Collins, el programa empírico relativista, la filosofía de la ciencia... todo esto son categorías simplificadoras y clarificadoras que me permiten construir una historia. Con esto no quiero decir que esta historia sea errónea, falsa o inexacta, pues tales juicios presuponen la existencia de un «Collins» definitivo, una filosofía definitiva, etc., con los que poder contrastar este relato. Simplemente es una historia que me precio en apoyar.

En lo que queda de este capítulo discutiré, con cierta brevedad, dos de las principales alternativas contemporáneas al programa empírico relativista: el construccionismo y la teoría del interés. Además de desempeñar un papel importante en la SCC contemporánea, estas posturas nos permitirán abordar otras cuestiones fundamentales que plantea el estudio de la construcción de hechos.

Las teorías del construccionismo y del interés sobre la elaboración de hechos científicos

Estos dos enfoques a la sociología del conocimiento científico tienen sus propios rasgos distintivos; sin embargo, comparten con el trabajo de Collins el rechazo a las principales presuposiciones de la sociología de la ciencia tradicional de Merton. Rechazan la opinión de que un conjunto de normas sociales generales

asegure la producción de un conocimiento verdadero, y la idea de que la tarea del analista social consiste únicamente en explicar los errores científicos. En primer lugar examinaremos el trabajo construccionista. El mejor ejemplo es el trabajo de Karin Knorr Cetina (1981, 1996) y el de Bruno Latour y Steve Woolgar (1986). Mientras la investigación de Collins se basa principalmente en estudios de entrevistas (aunque, como ya he indicado, les da un giro etnográfico), Knorr Cetina, y Latour y Woolgar, extrajeron sus conclusiones, principalmente, de estudios etnográficos realizados en laboratorios dedicados a la bioquímica y la física de alta energía. Como dijo Knorr Cetina, la etnografía «proporcionó la óptica para ver el proceso de producción de conocimientos como algo más "constructivo" que descriptivo; en otras palabras, para verlo como constitutivo de la realidad que, se decía, era "representada" por el conocimiento» (1995a, pág. 141). Estos estudios implicaban pasar tiempo en compañía de los científicos observando sus acciones en el laboratorio, sentarse con ellos ante sus estaciones de trabajo mientras analizaban datos y tratar de comprender lo que acontecía, de manera muy parecida al antropólogo que estudia una cultura exótica. De hecho, es difícil pensar en una cultura más exótica que la de los físicos dedicados a la alta energía en el CERN, con sus enormes máquinas de detección y sus extraordinarias cosmologías.

La construcción de conocimientos

El significado del término «construccionismo» se emplea con varios matices distintos y en ocasiones contradictorios dentro de las ciencias sociales e incluso dentro de la sociología del conocimiento científico en sí. Ya he presentado brevemente la variedad fenomenológica del construccionismo de Berger y Luckmann (1966), que se ocupaba del mundo vital de los individuos: cómo adopta la experiencia de una persona la forma de entidades y estructuras sólidas y perdurables. En la sociología del conocimiento científico, los enfoques construccionistas se suelen contrastar con los enfoques descriptivos. En este caso, se destaca el contraste con partes de la visión típica —de libro de cuentos— que trata la ciencia como generadora de descripciones cada vez más precisas y sólidas de una realidad externa. Knorr Cetina expresa este contraste como sigue:

> En vez de considerar la observación empírica como un conjunto de preguntas planteadas a la naturaleza en un lenguaje que ésta comprende, nosotros nos tomaremos en serio toda referencia al papel «constitutivo» de la ciencia y consideraremos la investigación científica como un proceso de producción. En vez de considerar que los productos científicos capturan de alguna manera lo que es, nosotros consideraremos que han sido tallados, transformados y construidos selectivamente a partir de algo que es. Y en vez de examinar las relaciones externas entre la ciencia y la «naturaleza» que,

según se nos dice, aquélla describe, nosotros miraremos los aspectos internos de la empresa científica que consideremos *constructivos* (1981, pág. 1; la cursiva es del original).

En contraste con el punto de vista usual, Knorr Cetina y otros autores de esta tradición han propuesto que los productos de la ciencia se elaboran mediante la interacción social entre individuos específicos, siguiendo criterios *ad hoc* y en circunstancias idiosincrásicas que se abordan de una manera oportunista. Gran parte del tiempo de un investigador se dedicará a «hacer apaños», es decir, a utilizar los recursos locales —aparatos, materias brutas, habilidades disponibles— para «hacer que las cosas funcionen», en un contexto en el que también se han desarrollado los criterios mismos para determinar que algo «funciona». Los estudios analíticos en este campo se han centrado en documentar el papel de estas diferentes actividades constructivas en la producción de hechos.

Esta perspectiva tiene dos consecuencias relacionadas entre sí para la manera de entender la epistemología en la práctica, es decir, para el estatus del conocimiento científico. Por un lado, el argumento es que no hay nada epistemológicamente especial en el trabajo científico. La producción de conocimientos científicos no presenta diferencias, en cuanto a principios, de la producción de conocimientos en contextos cotidianos o jurídicos. No es sorprendente que esta afirmación no siempre haya sido recibida con buen talante por los científicos en ejercicio (por ejemplo, Wolpert, 1993). Knorr Cetina cita la provocativa formulación de Richard Rorty: «No se ha podido identificar "ninguna diferencia epistemológica interesante" entre la búsqueda del conocimiento y la búsqueda del poder» (1995a, pág. 151). Por otra parte, este argumento acaba con la supuesta uniformidad de las prácticas científicas. En vez de caracterizar la ciencia mediante un pequeño conjunto de métodos que se siguen tanto en la bioquímica como en la astronomía o la sociología, los construccionistas han acentuado que las disciplinas y subdisciplinas científicas operan con un conjunto dispar de culturas epistémicas. Por ejemplo, los biólogos moleculares y los físicos de alta energía trabajan con nociones sorprendentemente diferentes de lo empírico: compárense los sucesos hipotéticos en los aceleradores de partículas que se pueden reconstruir dentro de diversos sistemas teóricos disponibles al mismo tiempo, con la búsqueda de cambios en el crecimiento de bacterias en un cultivo rico en proteínas de un disco de Petri (Knorr Cetina, 1995b).

Los construccionistas también recalcan la importancia de la negociación en la elaboración de conocimientos científicos. Como antes, el objetivo general es construir un contraste con el punto de vista de «libro de cuentos» según el cual las decisiones de los científicos se rigen, de una manera simple o mecánica, por el resultado de experimentos, observaciones, replicaciones, etc. De la misma manera que Collins argumentó que lo que se considera una replicación competente se debería ver como el producto de una negociación, varios investigadores construccionistas

han mostrado que una amplia gama de aspectos de la vida científica no tienen unos significados universales determinados, sino que están sujetos a procesos de negociación e interacción. Por ejemplo, Michael Lynch (1985) ha estudiado las interacciones que tienen lugar cuando los neurocientíficos deciden si unas observaciones hechas por microscopio son fenómenos genuinos o simples artefactos. Estas interacciones no son meros añadidos a las decisiones, sino que forman parte esencial de su naturaleza.

No siempre queda claro qué es exactamente lo que proponen sobre la naturaleza del conocimiento y de la verdad quienes investigan desde esta perspectiva. Por poner un caso, a veces Knorr Cetina (por ejemplo, 1982b) ha caracterizado su trabajo como complementario al de Collins; sin embargo, en otros aspectos esta autora se ha distanciado del trabajo de Collins y parece estar más interesada en seguir las implicaciones sociológicas derivadas de aceptar la tesis de Quine-Duhem (Knorr Cetina, 1982a). Aunque Knorr Cetina ha adoptado el relativismo metodológico que está tan difundido en la SCC, no sigue a Collins cuando establece la hipótesis de que el «mundo natural» le da igual a la ciencia. En sus propias palabras, «los hechos no son tales porque se proclame que lo son, sino porque se construyen de una manera muy compleja contra las *resistencias* del orden natural (¡y social!)» (1995b, pág. 148; la cursiva es mía). Para ella, el mundo natural es un producto emergente de las prácticas de laboratorio, pero esto no significa que estas prácticas no revelen un conocimiento de gran calidad, eficaz o, por lo menos, útil en algún sentido no precisado con suficiente detalle.

Cualesquiera que sean las diferencias epistemológicas precisas entre una postura empírica relativista y una postura construccionista, la diferencia en la importancia que cada una da a la investigación está bastante clara. Mientras que los relativistas empíricos se han centrado principalmente en las controversias, los construccionistas se han dedicado al «conocimiento inacabado». Esto ha implicado que abordaran la elaboración de hechos mediante estudios etnográficos y observacionales de científicos trabajando en laboratorios. Naturalmente, este énfasis encaja con el acento teórico en la naturaleza oportunista, situada y *ad hoc* de la elaboración de los conocimientos. Si los productos científicos dependen íntimamente de las contingencias de su lugar de producción, entonces éste es el lugar adecuado en el que estudiarlos. El observador necesita estar ahí, porque ahí es donde se elabora realmente el conocimiento. Esto contrasta con Collins, quien, en su trabajo sobre las controversias, considera que el fin de una controversia se produce cuando se establece un hecho definitivamente, es decir, cuando se estiran los últimos cordeles, se seca el pegamento y ahí se queda el barco, como por arte de magia, dentro de la botella. Knorr Cetina considera que los hechos se elaboran mediante procedimientos que se dan dentro del laboratorio; en cambio, la controversia es meramente el lugar donde, más adelante, estos hechos se discuten, se racionalizan y son aceptados o rechazados.

Ya hemos destacado que Collins es bastante impreciso en su empleo de nociones como retórica y negociación en el resultado de las controversias. Con frecuencia se dan imprecisiones similares en cuanto al rol explicativo exacto de algunos de los aspectos que destacan los construccionistas cuando estudian la producción de hechos específicos en el laboratorio. Como la misma Knorr Cetina observa, la noción de negociación se emplea con una gama de inflexiones diferentes, y los procedimientos precisos que operan en una situación dada no siempre están bien especificados. Parte del problema es que los construccionistas, al igual que Collins, con frecuencia intentan producir una versión unitaria y realista de la elaboración de los hechos a partir de recursos locales idiosincrásicos; y, en consecuencia, están sujetos a los mismos problemas que documentamos anteriormente en relación a Collins. En particular, los construccionistas se ven obligados a utilizar una mezcla de relatos irónicos y cosificadores para producir una narración realista singular, y esto significa que no siempre han prestado la suficiente atención a la orientación retórica de los informes de los científicos. Con esto no quiero decir que esta perspectiva general, o los estudios individuales realizados dentro de ella, no hagan contribuciones importantes a la comprensión de la elaboración de hechos. Muy al contrario: el trabajo de Latour, Woolgar y Knorr Cetina ha proporcionado una excelente alternativa a los relatos de la ciencia ofrecidos por los historiadores y los filósofos tradicionales. Además, la perspectiva general que emplearé en este libro es una variante del construccionismo. Para finalizar este capítulo, nos dedicaremos a la perspectiva de la sociología del conocimiento científico que se basa en los intereses sociales.

La teoría de los intereses sociales

Los investigadores más conocidos de esta tradición son Barry Barnes (1977, 1982), David Bloor (1982, 1991) y Steven Shapin (1982; Shapin y Schaffer, 1985). Estos y otros autores han tratado de explicar el contenido del conocimiento científico en función de diversos tipos de intereses. Dicho en pocas palabras, y quizá simplificando demasiado, estos investigadores proponen que los científicos hacen ciertas afirmaciones sobre la realidad porque les interesa hacerlas. Algunos de estos intereses pueden ser un producto del contexto disciplinario local en el que trabaja un científico: por ejemplo, un científico puede tener interés en conseguir que su trabajo sea publicado, pues esto irá en beneficio de su carrera. Y los estudios de la práctica científica que se ocupan de este tipo de intereses (por ejemplo, Pickering, 1984) se superponen en gran medida con los de las tradiciones del relativismo empírico y el construccionismo. Lo que tiene de distintivo y provocativo la teoría del interés social es su énfasis en el papel de los antecedentes culturales y de las lealtades sociales más amplias de los científicos: su perte-

nencia a grupos y sus puntos de vista políticos. Y es en este aspecto en el que ahora me centraré.

La tesis de Quine-Duhem de nuevo ha demostrado ser un punto de referencia útil para los teóricos del interés (Barnes, 1982), aunque éstos mencionan las «redes de Hesse» en reconocimiento al importante desarrollo de estas ideas realizado por la filósofa Mary Hesse (1980). Como destaqué anteriormente en este mismo capítulo, la tesis de Quine-Duhem nos propone concebir las creencias científicas como una extensa red de creencias interconectadas. Aunque las observaciones ofrecen una condición de límite para esta red, ninguna observación individual tiene un efecto determinante a causa de la naturaleza interconectada de la red. Por tanto, se puede mantener cualquier afirmación particular sobre una creencia ante una afirmación contradictoria basada en la observación, haciendo un reajuste en alguna otra parte de la red: por ejemplo, modificando o abandonando una teoría o, en casos extremos, incluso una ley lógica (Quine, 1961).

Una consecuencia importante del modelo de Quine-Duhem que no he destacado hasta ahora, es que el juicio científico tendrá un aspecto fuertemente convencional. Cuando se introduce una observación o una afirmación teórica novedosa en la red, se pueden realizar ajustes de muchas maneras diferentes. Los ajustes que se lleguen a realizar dependerán de algunas nociones generales sobre el tipo de transformaciones aceptables en la red. Los teóricos del interés han argumentado que estas nociones generales no son en sí mismas un producto ni de la «observación» ni de la «pura razón» (Barnes, 1981). En su artículo original, Quine habló con bastante vaguedad de una red que tendía hacia la «simplicidad» y el «conservadurismo». Los teóricos del interés han propuesto que estas nociones generales no son suficientes para forzar una elección entre teorías; tienen que estar complementadas por la operación de unos intereses sociales. Las redes se modificarán para que sirvan a unos intereses y estos intereses también se emplearán como patrones para evaluar las ampliaciones de la red (Pickering, 1992, pág. 4).

Desde esta perspectiva, ciertas teorías o leyes científicas se mantienen vigentes, quizá en presencia de posibles evidencias contradictorias, porque se considera que su empleo justifica ciertos puntos de vista sociales del mundo. Es decir, los antecedentes sociales de un grupo de científicos pueden conducirles a considerar que cierta configuración teórica es adecuada porque encaja en su comprensión social. Según los teóricos del interés esto produce homologías entre la estructura del conocimiento y la estructura de la sociedad (Bloor, 1982). Los científicos están literalmente redescubriendo o redescribiendo la estructura de su sociedad en sus tubos de ensayo y en sus cámaras de niebla.

Todo esto es bastante abstracto; intentaré concretarlo más empleando un estudio muy respetado sobre la relación entre los intereses y el conocimiento científico. Brian Wynne (1979) trató de demostrar el papel crucial de los intereses sociales en el debate sobre la naturaleza del «éter» que se dio al final de la época vic-

toriana. Muchos astrofísicos de la Inglaterra victoriana creían en la existencia del éter, un medio invisible que llenaba el espacio y explicaba una variedad de fenómenos astronómicos y físicos. Wynne afirma que la teoría del éter fue presentada por sus proponentes de la Universidad de Cambridge como parte de un discurso moral destinado a legitimar sus propios ideales sociales. La teoría del éter reflejaba sus creencias generales sociales y religiosas, que destacaban «la unidad orgánica del conocimiento, el realismo metafísico y el mundo invisible» (Wynne, 1979, pág. 176). Estas creencias sociales se oponían a la ideología secular, entonces en rápido crecimiento, del individualismo y el naturalismo científico que, según Wynne, era un subproducto de la industrialización y del creciente poder de la clase media burguesa. Por tanto, existe una conexión causal de doble sentido: la teoría del éter estaba influida por unos intereses sociales más amplios y también se utilizaba para plasmar estos intereses. Dicho en pocas palabras, se creía en ella a causa de la ideología de sus proponentes y estos proponentes utilizaban la teoría para justificar su ideología.

La teoría del interés ha hecho una contribución importante a la sociología del conocimiento científico y ha estimulado numerosos estudios de casos de episodios científicos fascinantes. Sin embargo, plantea algunas de las mismas cuestiones que destacábamos anteriormente en relación al construccionismo y, más concretamente, en relación al programa empírico relativista (véanse también Woolgar, 1981; Yearley, 1982). Representa otro intento de desarrollar una versión realista de un campo particular del trabajo científico; de hecho, es aún más ambicioso, ya que no sólo busca producir un relato realista de los sucesos, las creencias y las agrupaciones de carácter científico, sino que también debe coordinar todo esto con un relato igualmente definitivo de la naturaleza de determinadas clases y grupos sociales, así como de sus ideologías. Independientemente de que una versión así sea en principio posible o no, en la práctica los analistas del interés también toman parte en procesos selectivos de ironización y cosificación al ensamblar un relato a partir de documentos históricos particulares. Además, a causa de su énfasis en el papel fudamental de las lealtades de grupo, se ven obligados a proporcionar unas categorías tajantes para los grupos a los que pertenece cada científico y, en ocasiones, incluso para su clase social.

Por ejemplo, Wynne emplea una variedad de lo que podríamos denominar «mecanismos homogeneizadores» para mantener unificado su relato de las creencias de los físicos de Cambridge. El mecanismo principal consiste en tratar a todos los que enseñaban en Cambridge o que fueron a Cambridge en algún momento como personas que compartían las mismas creencias sociales. Además, la atribución de intereses sociales de Wynne es particularmente problemática. Trata de demostrar que las creencias científicas son el producto de intereses y no se pueden comprender puramente como el producto de inquietudes de carácter técnico. Para reforzarlo, cita juicios científicos según los cuales la teoría del éter no se po-

día justificar puramente en función de la teoría y la evidencia de la época; sin embargo, al hacerlo se aparta de una postura relativista y empieza a tomar partido por los críticos de la teoría del éter que, en ocasiones, argumentaron exactamente lo mismo. Con todo, en vez de ver los relatos de estos críticos como construcciones factuales diseñadas con fines retóricos (mostrar la insuficiencia de la teoría del éter) Wynne los trata, para apoyar su propio argumento, como documentos definitivos de la situación real de la teoría del éter.

Por tanto, en la teoría de los intereses sociales volvemos a ver la combinación de realismo social, pérdida gradual de relativismo y cosificación e ironización selectivas que identificamos en el trabajo de Collins. No obstante, se trata de una teoría ambiciosa y es uno de los intentos que más éxito ha tenido de relacionar el contenido del conocimiento científico con el clima social más amplio en el que se producen estas ideas.

Realismo, relativismo y retórica

En este capítulo no he tratado de proporcionar una revisión completa de la sociología del conocimiento científico. La SCC es actualmente un campo importante de la investigación social: empezó a prosperar durante la década de los ochenta y sigue creciendo, últimamente con un interés especial en la tecnología (Bijker y Pinch, 1992). La investigación en la SCC se lleva a cabo desde diversas perspectivas a cuya complejidad es difícil hacer justicia en un solo capítulo (véanse resúmenes muy diferentes en Ashmore, 1989; Jasanoff y otros, 1995; Woolgar, 1988b). Algunos trabajos que se suelen considerar parte de la SCC se examinan en otras partes de este libro. Por ejemplo, las exploraciones más posmodernas de Donna Haraway sobre las intersecciones entre la ciencia y la sociedad aparecen en el capítulo 3, mientras que el trabajo analítico sobre el discurso llevado a cabo por Nigel Gilbert y Michael Mulkay se examina en el capítulo 6.

En este capítulo he tratado de mostrar cómo apareció la SCC a partir de cuestiones suscitadas en la filosofía de la ciencia que ponían en duda las imágenes tradicionales de la ciencia y de su funcionamiento. Aunque me he centrado en la ruptura de la distinción convencional entre observación y teoría, en la importancia de la organización de las afirmaciones científicas en redes interconectadas y en el énfasis en la práctica científica y su naturaleza comunitaria, existen varios otros temas en la filosofía de la ciencia reciente que nos habrían llevado en la misma dirección (Chalmers, 1992). El trabajo sociológico que he revisado retoma este ataque sobre el punto de vista de «libro de cuentos» de la ciencia y lo desarrolla en varias direcciones.

El programa empírico relativista destaca la importancia de la flexibilidad al abordar los resultados científicos y el papel central de la retórica en la finalización

(o el mantenimiento) de las controversias. El trabajo construccionista acentúa la naturaleza local y *ad hoc* del trabajo científico, junto con la importancia de negociar el significado de las observaciones, los métodos, las replicaciones, las repercusiones políticas y virtualmente todo lo demás *in situ*, en el laboratorio y en la mesa de trabajo. La teoría del interés vuelve a conectar a los científicos con sus lealtades sociales más amplias, al proponer que su elección de una teoría está relacionada con su comprensión de la sociedad.

Hay tres temas analíticos y teóricos que se abordarán con mayor profundidad en capítulos posteriores. En primer lugar, los argumentos en pro del relativismo metodológico no sólo son cruciales para el trabajo sobre la ciencia, sino también para el trabajo sobre la construcción de hechos en general. Relativismo metodológico significa que el analista no empieza con un conjunto de presuposiciones sobre qué es cierto o falso en algún contexto social particular y luego trata de averiguar qué ha conducido a algunas personas a caer en el error. Al contrario, el analista será indiferente al hecho de que algún conjunto de afirmaciones sea tratado ampliamente por los participantes como verdadero o falso. La verdad y la falsedad se pueden estudiar como jugadas en una partida retórica y se tratarán como tales y no como recursos previos que gobiernen el análisis, para evitar que el analista se subordine a la ortodoxia científica del momento.

En segundo lugar, uno de los aspectos positivos de la SCC es su fuerte orientación analítica o empírica. Aunque pone en duda las interpretaciones tradicionales de la naturaleza de la investigación empírica, muestra el valor de llevar a cabo estudios detallados de la construcción de hechos. Uno de los rasgos distintivos de este campo es su presuposición de que la mejor manera de estudiar la construcción de hechos consiste en investigar su operación en contextos concretos, y yo me regiré por este principio a lo largo de este libro. Por tanto, aunque existen cuestiones filosóficas importantes y vivas relacionadas con el realismo, la epistemología, la naturaleza de la verdad etc., estas preguntas se obviarán en favor de investigaciones concretas de relatos factuales. De hecho, muchas de ellas reaparecen como intereses prácticos de las personas cuando construyen y socavan versiones del mundo.

La tercera y última observación se refiere al realismo social. La discusión del trabajo de Collins se centró en los problemas que plantea su énfasis combinado en la retórica por un lado y en el realismo social por otro. Collins contó la historia de la resolución de una controversia recurriendo a nociones de bandos, estrategias, retórica, etc. Su objetivo era relatar la verdadera historia del final de esa controversia. Y su herramienta explicativa fundamental era la retórica: describió a los científicos como movilizadores de estrategias políticas. Sin embargo, el realismo de Collins llegó a ser problemático precisamente a causa de la importancia dada a la retórica. Los científicos no sólo construyen argumentos convincentes sobre las ondas gravitatorias y su experimentación: también los construyen sobre las agru-

paciones a las que pertenecen, sobre la retórica de los artículos propios y ajenos, y sobre el fin mismo de la controversia en sí. El problema reside en tratar el estancamiento de la controversia como algo que simplemente esta ahí, como un hecho social, cuando el propio estancamiento forma parte de lo que está en discusión. Es decir, el estancamiento puede ser un logro retórico pero no se alcanza mediante estrategias retóricas que permiten ganar a un bando, como Collins afirmaba: intentar presentar una controversia como zanjada es, en sí mismo, un elemento más de la controversia.

Considerémoslo de otra manera. Collins debe limitar cuidadosamente la eficacia de la retórica para hacer que su realismo social funcione. Si la retórica es demasiado débil, entonces no tiene el poder suficiente para forzar el fin de las controversias o, lo que es aún peor para el argumento de Collins, las controversias se zanjan mediante la acumulación de consideraciones racionales como evidencias contundentes, análisis novedosos de datos y teorizaciones con éxito. Sin embargo, si la retórica es demasiado fuerte, el realismo se desintegra porque el aparato social —los grupos, los debates cerrados, las estrategias— se ve sometido a una reelaboración retórica. En este libro se explorarán las consecuencias de una noción fuerte de la retórica en la que nada (unos datos, los bandos de una controversia, el texto que estoy escribiendo) que se libera *a priori* de ser considerado como una construcción retórica. En el capítulo siguiente se examinan las perspectivas que más tienen que decir sobre los hechos como acción: la etnometodología y el análisis conversacional.

2 ETNOMETODOLOGÍA Y ANÁLISIS CONVERSACIONAL

Los hechos han constituido durante mucho tiempo un tema fundamental para los estudios y la teorización en el campo de la etnometodología. En uno de los primeros escritos etnometodológicos, Harvey Sacks (1963) destacó que las autocaracterizaciones son fundamentales en la vida social. El mundo social está imbuido de historias, versiones y representaciones cuyo tema es el propio mundo social. Además, no se trata de meras imágenes deslavazadas, sino que están muy organizadas y son muy consecuentes; estas caracterizaciones están ahí para hacer algo. Sacks prosiguió argumentando que las actividades descriptivas que subyacen a estas caracterizaciones deberían ser un importante tema de estudio, y en el curso de sus conferencias insistió una y otra vez en esta cuestión. Harold Garfinkel (1967) desarrolló el mismo tema aunque en direcciones algo diferentes. Uno de los objetivos básicos de su programa para la etnometodología era estudiar los métodos que emplean las personas para producir descripciones del mundo social que parezcan racionales, adecuadas y justificables. La etnometodología es el estudio de los métodos empleados por la gente para desarrollar una vida social explicable; por tanto, una de sus principales áreas de estudio es la variedad de métodos empleados por las personas para producir y comprender descripciones factuales.

Aunque la investigación etnometodológica tiene unas raíces muy distintas de la mayoría de los estudios sociales de la ciencia examinados en el capítulo anterior, existen algunas similitudes notables en sus argumentos contra los puntos de vista tradicionales sobre los hechos y su construcción. Estudios recientes sobre la ciencia han atacado el modelo de libro de cuentos que considera que la ciencia está basada en alguna forma de empirismo simple. Paralelamente a esto, la etnometodología ha cerrado filas contra una visión ya antigua del lenguaje según la cual lo importante de una descripción es la relación abstracta entre una palabra, o expresión, y un objeto. En esta tradición, las descripciones «representan» algo del

mundo; y, en consecuencia, lo interesante de las descripciones es la calidad de su «representación»: ¿son precisas, deformes, vagas, verídicas, etc.?

Lo interesante es que las consecuencias de esta visión tradicional del lenguaje para el análisis social han sido similares a los efectos del modelo de Merton en la sociología de la ciencia. Conduce a una ciencia social centrada en el error, donde lo factual no requiere explicación porque es un mero producto del lenguaje que refleja el mundo de alguna manera. Dicho de otro modo, se presupone que no hay literalmente nada que el científico social pueda explicar sobre los relatos factuales porque éstos no son más que meras impresiones lingüísticas dejadas por el objeto factual. En esta tradición, son los relatos erróneos los que necesitan el análisis social, ya que si están deformados o son el resultado de una confabulación y no están confirmados por el mundo, es necesario recurrir a algunos procesos psicológicos o sociales para explicar su desviación de la realidad: «A los adeptos les habían lavado el cerebro para que vieran a Koresh como a un dios», por ejemplo, o «cegada por su amor, era incapaz de ver su violento pasado», o incluso «la falta de conciencia impide a los trabajadores darse cuenta de su explotación». De la misma manera que la sociología del conocimiento científico ha intentado elaborar una forma de análisis que elimine esta presuposición de su campo, también los etnometodólogos han intentado el mismo tipo de descontaminación a una escala mayor, y también acentúan la importancia de adoptar un enfoque simétrico que intente comprender, de la misma manera, las expresiones consideradas verdaderas y falsas.

En este capítulo intento explorar temas pertenecientes tanto a la etnometodología como a la tradición, afín a ella, del análisis conversacional, centrándome especialmente en los que examinan con detalle los procedimientos empleados para elaborar descripciones que se consideran factuales, y el papel de los hechos, los informes o las descripciones en el desarrollo de ciertas actividades. Inicialmente empezaremos con algunos de los conceptos básicos de la etnometodología tal como fueron planteados en el trabajo clásico de Harold Garfinkel. Discutiremos el importante trabajo de Melvin Pollner sobre cómo se mantienen, durante una interacción, las presuposiciones básicas acerca de una realidad intersubjetiva. La parte final del capítulo se centrará en el análisis conversacional, la disciplina más orientada analíticamente que se desarrolló a partir de la etnometodología; y el capítulo finalizará con una discusión sobre algunas de las limitaciones que tendría un enfoque puramente etnometodológico del discurso factual.

Etnometodología

En esta exposición voy a centrarme en tres conceptos etnometodológicos —la indicación, la reflexividad y el método documental de interpretación— que

son esenciales para su comprensión radicalmente distinta de la naturaleza de los hechos. Después examinaré algunos estudios etnometodológicos sobre la elaboración de hechos en el seno de organizaciones.

Indicación (indexicality)

La idea fundamental de la indicación es que el significado de una palabra o expresión depende del contexto en que se usa. Esto se aplica independientemente de que la expresión se conciba formalmente como una descripción, una pregunta, una orden o lo que sea. Dicho de otra manera, el estudio del significado de una expresión no llegará a una conclusión satisfactoria si no se tiene alguna comprensión de la ocasión en la que se utiliza la expresión. Y es importante destacar que cuando los etnometodólogos hablan de «ocasión» y «contexto» no se limitan a la situación institucional general donde se produce el habla (por ejemplo, un aula o un juzgado): destacan los detalles específicos de la interacción en la que intervienen los participantes. Por tanto, decir que una expresión está «ocasionada» es decir que está adaptada a una secuencia de habla, que a su vez forma parte de un contexto social más amplio.

Cuando los filósofos han reflexionado sobre el significado, tradicionalmente han distinguido dos elementos: el sentido y la referencia. Los etnometodólogos destacan que estos dos elementos varían según la ocasión de su empleo. Por ejemplo, si consideramos la expresión «me duele la barriga» dicha por un niño, Sam, existen aspectos de sentido y de referencia. En el nivel más básico, deberíamos anotar que la expresión es de Sam y no de su amiga Sophie. Si hubiera sido ella la hablante y hubiera utilizado las mismas palabras, habría aludido (o «indicado»: de ahí la expresión «indicación») a una barriga diferente. Además, cuando Sam dice «me duele la barriga» la referencia precisa podría ser el estómago, el pecho o el bajo vientre; podríamos necesitar algo más de conversación para averiguarlo. El empleo de la palabra «barriga» no garantiza, en sí mismo, un referente particular. Además, el sentido de la frase puede variar mucho. En los contextos adecuados podríamos interpretarla como una petición de alimento o, si Sam ya se ha comido dos manzanas y un helado, podríamos interpretarla como un ruego de que no se le dé más comida. Sam podría utilizar esta frase como una manera de indicar que necesita ir al servicio; o podría ser señal de una forma de dolor menos convencional que podría requerir una ratificación médica más experta para obtener un sentido definitivo como, por ejemplo, apendicitis.

John Heritage (1984) hace la importante observación de que la indicación no se debe ver como un defecto del lenguaje ordinario. No deberíamos pensar que el lenguaje no es lo bastante bueno —o no está lo suficientemente definido o elaborado— como para hacer referencias con precisión en todos los contextos. Al contrario: éste

es uno de los puntos fuertes del lenguaje ordinario. Su naturaleza indicativa permite el empleo de un número relativamente pequeño de términos descriptivos en una gran variedad de ocasiones diferentes para conseguir la inflexión justa que necesita un relato. Los términos abiertos y generales adquieren un sentido y una referencia precisos a causa de su empleo en un contexto. De hecho, sin esta característica haría falta una gran cantidad de términos descriptivos exclusivos que deberían ser aprendidos y entendidos por los hablantes y por los oyentes potenciales.

Dicho en pocas palabras, la cuestión básica es que la combinación de palabras y contexto es lo que da sentido a una expresión. De hecho, esto es bastante evidente por sí mismo (aunque tiene repercusiones que se suelen ignorar en la ciencia social). Uno de los éxitos del trabajo etnometodológico ha sido demostrar las importantes consecuencias que tiene esta cuestión básica para el análisis y la teoría sociales. En función de la teoría, hemos llegado a un punto de vista del empleo y la comprensión del lenguaje que se aparta radicalmente de los tipos de teorías semánticas tradicionales, según las cuales el sentido se deriva de operaciones sobre el significado abstracto de las palabras. Lo que, por contra, ofrece la etnometodología, es un modelo de comprensión que se basa en restablecer el sentido de las expresiones producidas en un contexto mediante el empleo de una gama de métodos (Heritage, 1984). Desde este punto de vista, la comprensión del lenguaje no es el producto de unas representaciones semánticas compartidas —una especie de diccionario mental que todos los hablantes pueden consultar—, sino que es la consecuencia de compartir unos procedimientos para generar significados dentro de contextos (Edwards, 1996). En función del análisis, esta visión del lenguaje nos estimula a examinar estos procedimientos directamente (los etnometodólogos los denominan «métodos de los miembros»). En función de nuestro interés particular en la construcción de hechos, el foco de atención se desplaza hacia la naturaleza práctica del discurso factual. El enfoque etnometodológico nos orienta a observar los métodos mediante los cuales se construye el discurso factual, las ocasiones en las que se inscribe y los fines a los que sirve.

Descripciones indicativas en los tribunales de justicia

Ilustraré la importancia de la naturaleza indicativa de las descripciones factuales examinando brevemente parte del material procedente de un estudio etnometodológico sobre el empleo de descripciones en un contexto judicial, concretamente en un caso civil donde el litigante solicitaba una compensación por los daños causados en su vivienda por un escape de agua. La investigación de Anita Pomerantz (1987) se centró en las descripciones del momento en que se produjo la inundación del piso. Estas descripciones, aparentemente simples en principio, le permitieron demostrar claramente la naturaleza indicativa de las mismas.

En los dos fragmentos que siguen, Jz. es el juez y Qr. es el querellante que ha llevado el caso a los tribunales.

1. *Jz.*: a las dos de la madrugada.
   Qr.: el día once
   (Pomerantz, 1987, pág. 227)

2. *Jz.*: en marzo del año pasado cuando, bien entrada la madrugada
   (Pomerantz, 1987, pág. 228)

Estas descripciones se dieron en relación al intento de determinar quién debía ser responsable de los daños causados por el agua en la vivienda. Pomerantz destaca que existen diferencias sutiles entre estas descripciones, y propone que deberíamos comprender la razón de estas diferencias en función de los contextos detallados en cuyo seno se produjeron estas descripciones. En particular, Pomerantz intenta socavar la visión, superficialmente atractiva, de que la descripción del primer fragmento es más precisa y exacta que la del segundo. Por contra, Pomerantz propone que estas descripciones, en vez de estar relacionadas con los sucesos de una manera abstracta, están llevando a cabo unos tipos particulares de trabajo y realizando unas actividades particulares en la ocasión específica de su empleo. Además, estas diferencias no son un accidente (como el agua que se filtra por el techo): las descripciones están diseñadas precisamente de esta manera para que puedan desempeñar mejor su misión.

Ilustraré este punto presentando más información sobre la secuencia de interacción donde se inscriben las descripciones. El primer fragmento corresponde al momento (contexto) en el que el juez aclara y formula los detalles de las circunstancias y solicita el testimonio del querellante.

3. *Jz.*: Creo que la inundación se produjo *a las dos de la madrugada* (0,4)
   Qr.: *E̲l día once* [
   Jz.: [El día: once
   Qr.: ((se aclara la voz)) Así es.
   Jz.: ¿Y qué– subió Vd. para ver qué ocurría?
   (Pomerantz, 1987, pág. 232; en cursiva la cita presentada previamente. Véase en el apéndice una explicación completa de los símbolos utilizados en la transcripción)

Pomerantz propone que al identificar el momento del día con un número —«dos de la madrugada»— el juez emplea el tipo de descripción preferido para un testimonio. Aquí, el número se emplea como una formulación «insípida» de las cosas como son; es decir, de los «hechos». El contexto del segundo fragmento es bastante diferente; forma parte de la recapitulación del caso por parte del juez:

4. *Jz.*: Bueno: el caso que nos ocupa exige mucha comprensión hacia el señor M. Ha sido inquilino durante mucho tiempo y aquí nos encontramos con un incidente acaecido *en marzo del año pasado cuando, bien entrada la madrugada*, empieza a caer agua del techo de su vivienda con el consiguiente daño para sus alfombras y elementos decorativos.

(Pomerantz, 1987, pág. 238; en cursiva la cita presentada anteriormente)

Aquí, en vez de la descripción numérica «dos de la madrugada», se utiliza la caracterización «bien entrada la madrugada». Pomerantz propone que esta caracterización no se emplea por accidente; no es una manera descuidada de formular el tiempo; al contrario, se emplea porque ofrece una comprensión de lo que significa que nos entre un chorro de agua por el techo a las dos de la madrugada. No ocurre a una hora cualquiera: a esa hora hay que levantarse de la cama cuando uno está profundamente dormido. Levantarse a estas horas de la madrugada ya es algo de por sí desagradable la mayoría de las veces, ¡y es simplemente horroroso cuando parece diluviar dentro de casa!

La cuestión, pues, es que el juez ofrece una visión del suceso desde el punto de vista del querellante y al hacerlo se muestra solidario con él. No es que una descripción sea precisa y la otra vaga; es que cada descripción está formulada con precisión para llevar a cabo las acciones pertinentes: redactar el acta oficial y expresar solidaridad. Así pues, la lección, simple pero importante, que debemos retener de este estudio es que el sentido de las descripciones alternativas del momento en que el agua se filtró por el techo es inseparable del contexto en el que fueron proferidas. Ésta es la importancia de la indicación: nos recuerda que las expresiones son ocasionadas y que tratarlas de otra manera sería fuente de confusión.

Hay otra cuestión que es importante destacar. La forma de análisis y las descripciones del empleo del lenguaje utilizadas aquí pueden hacer creer fácilmente que lo importante es el empleo estratégico del lenguaje. La frase «las descripciones se diseñan de esta manera precisamente para llevar a cabo estas actividades» indica una planificación consciente; fácilmente se puede inferir que hay alguien que realiza el diseño. Abordaré esta cuestión con más detalle al final de la discusión del análisis conversacional. De momento, simplemente destacaré que es posible considerar que las expresiones se adaptan a contextos para llevar a cabo acciones, sin que ello implique necesariamente que el hablante ha pensado o realizado una planificación estratégica. Por ejemplo, finalizar una conversación telefónica es algo que prácticamente todos sabemos hacer; pero esto, según han mostrado los analistas conversacionales, posee una organización bastante compleja basada en turnos (Schegloff y Sacks, 1973). Nos costaría mucho explicar en abstracto cómo lo hacemos o qué elementos intervienen. No sería muy diferente de tratar de describir cómo montamos en bicicleta. Rara vez dedicamos tiempo a pla-

nificar cómo terminar una conversación telefónica o cómo impedir que finalice. Es una habilidad práctica: lo que el filósofo Gilbert Ryle (1949) denominó *know-how*. Así pues, tiene sentido hablar de habilidad y diseño sin implicar ningún tipo de estrategia ni planificación.

Reflexividad

El segundo concepto etnometodológico fundamental que examinaré es la reflexividad. Esta noción destaca el hecho de que las descripciones no son sólo acerca de algo sino que también hacen algo; es decir, no se limitan a representar alguna faceta del mundo; también intervienen en ese mundo de alguna manera práctica (Garfinkel, 1967; Wieder, 1974). Cuando los etnometodólogos destacan la naturaleza reflexiva del discurso, intentan socavar el dualismo que se suele dar por sentado entre una descripción y aquello a lo que ésta se refiere. Consideremos nuevamente el estudio de Pomerantz sobre la querella por los daños derivados de una inundación. Es indudable que la caracterización «bien entrada la madrugada» que hace el juez es una descripción de algún aspecto del mundo; pero no es simplemente esto. También lleva a cabo una actividad indicando que es apropiado demostrar comprensión y, en consecuencia, hace una aportación al conjunto general de sucesos formado por los daños provocados por el agua, la querella, las indemnizaciones, etc. Es una parte constitutiva de los sucesos; es decir, el sentido de los sucesos está constituido, en parte, por la descripción. Así pues, la reflexividad destaca el hecho de que una descripción es una referencia a algo y, al mismo tiempo, forma parte de ese algo.

Una manera simple de concebir esta cuestión es considerar que las personas no utilizan las descripciones sólo por su carácter descriptivo. Las descripciones forman parte de unas acciones que, a su vez, se inscriben en secuencias de interacción más amplias. Las nociones de reflexividad y de indicación están estrechamente relacionadas. En cuanto empezamos a tratar las expresiones descriptivas como ocasionadas, dejamos de tratarlas como si mantuvieran una relación incorpórea o abstracta con alguna parte del mundo. En cambio, nos fijamos en cómo intervienen de una manera práctica en la actividad en curso. En este punto se podría objetar que, en las prácticas de la ciencia por lo menos, la meta es lograr una descripción clara. Sin embargo, como muestran los trabajos sociológicos y filosóficos examinados en el capítulo anterior, las descripciones científicas se producen en un contexto de intereses teóricos y prácticos diversos, y tienen éxito en la medida en que convergen con estos intereses.

Cuando se presenta de esta manera, la naturaleza reflexiva del discurso puede parecer algo corriente o incluso evidente de por sí. Sin embargo, como ocurre con la indicación, sus implicaciones no son siempre bien reconocidas por los cien-

tíficos sociales. Por ejemplo, los psicólogos sociales han realizado muchas investigaciones bajo la rúbrica general de la teoría de la atribución (Hewstone, 1989). Típicamente, estos trabajos se basan en pedir a unas personas que expliquen unos sucesos y que luego intenten justificar estas explicaciones en función del tipo de información disponible y del tratamiento que han aplicado a esa información. Una característica sorprendente de la inmensa mayoría de estos trabajos es que no tienen en cuenta la dimensión reflexiva del habla y la escritura de las personas (Edwards y Potter, 1992, 1993; Potter y Edwards, 1990). Es decir, no tienen en cuenta las «explicaciones» y las «atribuciones» de los participantes en función de las acciones de las que forman parte.

Tomemos, por ejemplo, el siguiente fragmento de un discurso «aclaratorio» de la que fuera primera ministra británica. Forma parte de una «respuesta» dada en una entrevista de televisión a una «pregunta» sobre su papel en la dimisión del ministro de Hacienda (las palabras «aclaratorio», «respuesta» y «pregunta» van entre comillas porque lo que se discute es, precisamente, la naturaleza de las acciones que se realizan).

5. *Thatcher*: Hice todo lo posible para convencer al ministro de que siguiera (0,2) .hh pero su decisión era tan firme que, al final, tuve que aceptar su dimisión y nombrar a otra persona.

(Edwards y Potter, 1992, pág. 133)

Quizá con un poco de esfuerzo, este fragmento se podría leer como una mera descripción: un relato neutral de los hechos. Sin embargo, en el contexto de una pregunta que formula la posibilidad de que la primera ministra sea culpable de la dimisión, esta descripción se puede interpretar como diseñada para demostrar su falta de culpa. Es decir, esta descripción se elabora y se ofrece precisamente de esta manera en función de las actividades actuales de culpar y atenuar. Se construyen sucesos y se formula la realidad para satisfacer la necesidad actual de responder a una acusación.

Reflexividad y formulaciones

Los etnometodólogos, y más recientemente los analistas conversacionales, no sólo han examinado la naturaleza reflexiva de las formulaciones de objetos y sucesos ajenos a la interacción en curso (como en la dimisión del fragmento 5), sino que también han estudiado la manera de formular lo que sucede en la interacción en sí. Todos estamos familiarizados con maniobras conversacionales como «entonces, estás diciendo que...». Estas palabras preceden a una formulación de lo que se acaba de decir. Como cabe esperar de las posibilidades reflexivas inheren-

tes al habla, estas formulaciones no son resúmenes abstractos y neutrales (sean éstos lo que sean), sino que están diseñadas así para poder obtener unos resultados específicos, aplicables a acciones futuras (Heritage y Watson, 1979, 1980). De hecho, sería muy sorprendente si fueran cualquier otra cosa; ¿qué sentido tendría producir una descripción incorpórea y abstracta de partes de una interacción anterior? No ofrecería ningún tipo de continuidad.

Por tanto, las formulaciones son acciones llevadas a cabo en el habla que «empaquetan» la interacción previa, quizá especificando su naturaleza y su resultado, de una forma que prepara una futura interacción. Los finales de conversaciones telefónicas proporcionan un ejemplo simple: es común que el final de una llamada incluya algunos intercambios para formular sobre qué ha versado la llamada y/o acordar un plan para una acción futura (Schegloff y Sacks, 1973). Espero que la mayoría de los lectores reconozcan el siguiente estilo de fin de llamada, donde la formulación del elemento importante de la misma (marcada con una flecha) está seguida por varios casos de lo que Schegloff y Sacks denominan turnos de pase y de precierre:

6. → *Ken*: Bueno, pues me esperas
Gordon: Vale sh::
Ken: ¿Va:le?
Gordon: De acuerdo
Ken: Pues ↓nada, hasta luego.
Gordon: Has:ta ↓luego.
Ken: ¿Vale?
Gordon: Venga:,
Ken: °R't° Adiós

(simplificación de una transcripción hecha por Elizabeth Holt, SO88: 1:9:4-5)

Aparecen procesos similares en contextos institucionales. Por ejemplo, según Derek Edwards y Neil Mercer (1987), los enseñantes hacen resúmenes de lo que han dado en clase en los que incluyen las actividades, los resultados y las conclusiones que se han producido, para reformular cualquier suceso imprevisto y problemático acaecido en clase en función de los resultados originalmente previstos. En realidad, suelen articular los sucesos acaecidos en clase en función de lo que «debería» haber sucedido. Otros autores han examinado el papel de las formulaciones en contextos jurídicos, periodísticos y científicos (Atkinson y Drew, 1979; Greatbatch, 1986; Watson, 1990; Yearley, 1981, 1985). En cada caso, las formulaciones hacen referencia a alguna parte de una interacción y, al mismo tiempo, constituyen una aportación a esa interacción; es decir, son reflexivas.

He dedicado un poco de tiempo a los conceptos etnometodológicos fundamentales de la indicación y la reflexividad. Ahora es importante explorar un ter-

cer concepto para acabar de perfilar la naturaleza radical de la reelaboración etnometodológica de las nociones de hecho y descripción. Este concepto es el «método documental de interpretación» de Harold Garfinkel.

Método documental de interpretación

La afirmación de Harold Garfinkel (1967) según la cual las personas emplean un «método documental de interpretación» para comprender el mundo, destaca que cuando las personas llegan a comprender sucesos y acciones, lo hacen en función de expectativas, modelos e ideas previas. Sin embargo, estas expectativas previas, a su vez, son modificadas por la comprensión que se obtiene. Es decir, se da una especie de proceso circular continuo en el que una expresión determinada se ve como evidencia de una pauta subyacente y, al mismo tiempo, el hecho de que la expresión forme parte de esta pauta subyacente se emplea para comprenderla. Garfinkel lo expresa de la siguiente manera:

> El método [documental] consiste en tratar un aspecto real como si fuera «el documento de», «el indicador de» o «el representante de» una supuesta pauta subyacente. No sólo se deduce la pauta subyacente de sus evidencias documentales específicas, sino que éstas, a su vez, se interpretan basándose en «lo que se sabe» de la pauta subyacente. Cada una se utiliza para elaborar la otra (1967, pág. 78).

A primera vista, este razonamiento nos puede parecer vulgar: se trata de un proceso de confirmación de expectativas. Sin embargo, lo que dice Garfinkel es que no hay manera de escapar de este ciclo. Todos nos enfrentamos a esto en nuestra vida de cada día. Sólo podemos acceder a las pautas subyacentes mediante ejemplos, y los ejemplos sólo se pueden comprender basándose en las pautas a las que pertenecen. Aquí aparece una analogía con la tesis de Quine-Duhem y con las críticas filosóficas del empirismo según las cuales las afirmaciones sobre una observación siempre están necesariamente imbuidas de teoría (véanse las págs. 36-42). Ni las observaciones ni las teorías determinan las creencias: es la organización total de la red lo que las determina. Pero mientras que la tesis de Quine-Duhem contempla esto como un proceso más bien abstracto de llegar a conocer, el énfasis de la etnometodología en la indicación y la reflexividad sitúa esta comprensión dentro de secuencias de acciones.

Garfinkel ilustró el método documental en sus conocidos «experimentos» diseñados para exagerar y poner de manifiesto este proceso y para «coger al vuelo el funcionamiento de la "producción de hechos"» (1967, pág. 79).

El «experimento» del falso terapeuta y el método documental

El estudio de Garfinkel presenta similitudes superficiales con muchas investigaciones de la psicología social llevadas a cabo durante los últimos cuarenta años. Se reclutaban estudiantes voluntarios y se los colocaba en una situación en la que creían participar en un ejercicio con un terapeuta en período de prácticas. Primero se pedía a los estudiantes que explicaran los antecedentes de algún problema sobre el cual desearan consejo y después se les pedía que plantearan, mediante un interfono, una serie de preguntas tipo «sí o no» a un terapeuta que, supuestamente, estaba en una sala adyacente (la historia utilizada por Garfinkel como tapadera para que esta situación tan extraña tuviera sentido nunca se explica con total claridad y es dudoso que este estudio pudiera obtener la aprobación de la comisión ética de una universidad moderna). Después de cada pregunta, se producía una pausa determinada de antemano (para dar la impresión de que el terapeuta estaba pensando) y entonces aparecía la respuesta en forma de «sí» o «no».

Después de cada respuesta, se pedía al participante que apagara el interfono y que grabara un comentario sobre la respuesta diciendo en qué medida se había abordado el problema con eficacia. Naturalmente, el truco del estudio era que no había ningún terapeuta y que las respuestas «sí» o «no» se daban de una manera completamente aleatoria, sin que se tuviera en cuenta la naturaleza de la pregunta. Esta puesta en escena muestra el funcionamiento del método documental de interpretación. Los participantes solían utilizar la pauta de respuestas «sí» y «no» para construir alguna noción de la pauta subyacente de evaluación y de asesoramiento que, supuestamente, estaba siguiendo el terapeuta y, al mismo tiempo, utilizaban su noción cambiante y en desarrollo de la pauta subyacente para reinterpretar las respuestas «sí» y «no». Los evidentes vaivenes producidos por el carácter aleatorio de las respuestas pretendían poner al desnudo el funcionamiento del método documental.

La redacción y las transcripciones que hace Garfinkel de algunas sesiones ponen de manifiesto varios aspectos del método documental; aquí me centraré en tres. El primero y más básico es su flexibilidad. Ningún estudiante tuvo dificultades para llevar a cabo las presuntas entrevistas; ninguno abandonó diciendo que allí pasaba algo raro, que aquello no tenía sentido. Todos afirmaron haber oído las respuestas aleatorias «sí» y «no» como respuestas a sus preguntas que daban consejo sobre su problema. Naturalmente, en la vida de cada día existen diversos procedimientos para descubrir y solucionar los problemas que puedan aparecer para comprender una interacción (Schegloff, 1992a); parte del papel de la puesta en escena experimental era, precisamente, impedir que estos procedimientos entraran en juego.

El segundo aspecto a destacar de los intercambios de este estudio es que presentaban una orientación que Garfinkel denominó retrospectiva-prospectiva.

Esto significa que los sujetos no consideraban definitiva su comprensión de las respuestas del falso terapeuta. Cuando una respuesta no era evidente o era poco clara, reconsideraban su comprensión de las respuestas anteriores para tratar de comprender la actual, o bien hacían más preguntas para tratar de averiguar el significado de una respuesta problemática. Es decir, el sentido de lo que ya había pasado estaba constantemente abierto a nuevas reelaboraciones, mientras que el sentido de lo que aún estaba por venir dependía del marco formado por la comprensión de cada momento. Una consecuencia radical de esto es poner en tela de juicio las nociones simples del paso del tiempo. El pasado, en vez de presentar la solidez de una tira de plástico que sale por extrusión de una boquilla y se va enfriando, se convierte en un conjunto de formas provisionales que se pueden reformular y reelaborar a la luz de sucesos posteriores.

El tercer aspecto a destacar, y que al mismo tiempo es el más general, es que se podía ver cómo los participantes generaban significados para las respuesta que recibían; empezaban con la expectativa de que estas respuestas encajarían en una pauta comprensible y esta expectativa se mantenía aunque la pauta necesitara retoques frecuentes. Además, la pauta generaba expectativas sobre qué es normal y adecuado que digan los terapeutas, qué tipo de consejo es adecuado que den y cuál es la naturaleza del mundo donde el consejo se va a aplicar. Es decir, los estudiantes construían el sentido de las respuestas del consejero para que encajaran con sus expectativas normativas. Según Garfinkel, durante sus interpretaciones los estudiantes reproducían, en un sentido muy fundamental, las presuposiciones básicas de la cultura local.

Naturalmente, esta situación particular es muy artificial y se parece más a un juego de sociedad que a un fragmento de una interacción natural; por ejemplo, se parece al tipo de broma en la que el sujeto de la misma tiene que adivinar en qué piensa otra persona haciéndole preguntas que sólo se pueden responder con un «sí» o con un «no»; el sujeto cree que las respuestas son genuinas pero, en realidad, recibe un «sí» o un «no» según la pregunta acabe en vocal o en consonante. Con frecuencia, el resultado es extremadamente rebuscado y, en ocasiones, muy embarazoso. El «juego» particular de Garfinkel pretende ejemplificar procesos que actúan continuamente, y necesariamente, a medida que cada persona va comprendiendo su mundo. Los hechos sociales —que la continuidad de la Seguridad Social está en peligro, que nuestro compañero está deprimido, que un presunto chiste en el fondo era un insulto— se producen, inevitablemente, mediante métodos parecidos al método documental. Garfinkel recalca que estos métodos no ofrecen escapatoria. Como veremos más adelante en este mismo capítulo, la importancia de los procesos básicos puestos de manifiesto en el estudio del falso terapeuta ha sido explorada de una manera bastante diferente —con un enfoque más analítico y en el campo más naturalista del habla cotidiana— por los analistas conversacionales.

Prácticas institucionales en la producción de hechos

Aunque el estudio del método documental se basa en la interacción entre dos individuos, algunos estudios etnometodológicos importantes se han centrado en la producción de hechos en contextos más institucionales. En este caso, el objetivo son los procesos institucionales que intervienen en la producción de registros, datos estadísticos y muchas otras formas de datos oficiales, por parte de instituciones y personas como la policía y los asistentes sociales, los médicos, o los mismos investigadores sociales (véase una gama de estos estudios en Atkinson, 1995; Cicourel, 1974; Garfinkel, 1967; Mehan, 1986; Sudnow, 1967). En primer lugar abordaré esta cuestión mediante un sencillo ejemplo de «datos estadísticos sobre violaciones» y, a continuación, presentaré un ejemplo de investigación más avanzada procedente del trabajo de Max Atkinson (1978) sobre lo que se entiende por suicidio y sobre la construcción de datos estadísticos acerca del mismo.

Existen varios procesos sociales que contribuyen a la construcción de los registros oficiales sobre violaciones. Para que se considere que un suceso es un «caso de violación» y, por tanto, un dato estadístico, la víctima debe presentarse ante la policía y su descripción de los hechos debe ser aceptada. Por tanto, la incidencia oficial dependerá, entre muchas otras cosas, de las habilidades y los prejuicios de la policía y de las percepciones y los miedos de la víctima. Así, si un estudio estadístico muestra un «aumento en el número de violaciones», este aumento se puede deber a toda una gama de causas diferentes. Podría deberse a un aumento en la violencia sexual, pero también podría deberse a un cambio en la percepción o en la sensibilidad de la policía que llevaría a más víctimas a informar del delito, con lo que se convertirían en casos; alternativamente, podría deberse a cambios en los criterios empleados para registrar casos de violación. Por desgracia, estos datos estadísticos siguen denominándose, de una manera simplificadora y equívoca, datos estadísticos sobre violaciones en vez de datos estadísticos sobre la (in)sensibilidad de (la percepción de) la policía, o algo aún más engorroso.

Aunque algunos de estos aspectos de los datos estadísticos sociales son cada vez más reconocidos en discusiones populares sobre el tema, sus implicaciones potencialmente críticas se ignoran casi por completo, sin duda a causa de los problemas que plantean al proceso de hacer inferencias claras a partir de este material. Al mismo tiempo, una discusión de este tipo puede perjudicar el empleo retórico de estos datos estadísticos; por ejemplo, elaborar estadísticas mediante diversos procedimientos puede ser un mecanismo para justificar la petición de recursos adicionales. Así pues, la cuestión fundamental es que en la producción de un registro oficial, como por ejemplo un informe estadístico sobre violaciones, entrarán en juego diversos procesos institucionales que tendrán una repercusión importante en la naturaleza del registro.

Max Atkinson (1978) ofrece una de las mejores y más claras ilustraciones de los diversos procesos sociales que contribuyen al registro de «datos oficiales», en este caso de datos estadísticos sobre suicidios (que durante mucho tiempo se han considerado importantes para revelar la calidad de determinadas pautas de vida social). Atkinson empieza destacando los diversos problemas generales que plantea interpretar datos estadísticos sobre suicidios procedentes de países distintos y de distintas culturas. Por ejemplo, la facilidad para catalogar un método de suicidio como tal o como otra forma de muerte es muy variable. Mientras que ahorcarse se puede clasificar como suicidio de una manera relativamente inequívoca, en el otro extremo encontramos que ahogarse se puede clasificar fácilmente como un accidente. Dadas las grandes cifras de muertos por accidentes de circulación que se consideran perfectamente normales en la red viaria, los conductores suicidas son especialmente difíciles de identificar. Además, el estigma del suicidio varía según los países y los grupos sociales. En culturas muy católicas, las familias pueden ser muy reacias a interpretar una muerte de esta manera; y esto puede tener una influencia importante en el juez instructor, en la propia práctica del suicidio y en el método elegido. Así, de la misma manera que los estudios estadísticos sobre violaciones reflejan puntos de vista sobre la policía, los datos estadísticos sobre suicidios reflejan tendencias culturales respecto al suicidio y también su significado más local. La cuestión fundamental es que los registros se relacionan sistemáticamente con una amplia gama de factores que se encarnan en su construcción; o, dicho en términos más etnometodológicos, reflejan la variedad de métodos de los miembros que entran en juego en su construcción.

Atkinson profundiza en esta cuestión general mediante una observación más sutil de los procesos de atribución de suicidio. Destaca que para clasificar una muerte como suicidio un juez instructor debe recurrir a un conjunto de información: posee una versión de la biografía del difunto, quizá una nota de suicidio, e información sobre las circunstancias de la muerte. Su manera de considerar estos materiales dependerá de sus propias presuposiciones y teorías populares sobre el suicidio. Por ejemplo, dado un conjunto de circunstancias ambiguas (una persona ahogada en un canal, no se sabe si por suicidio o por accidente), la información de que la víctima había sufrido una depresión puede favorecer el dictamen de suicidio; o puede ocurrir lo mismo con una información sobre el tiempo: no es probable que paseara por la orilla del canal mientras llovía; por otra parte, un montón de colillas en la orilla podría indicar una evaluación final de la situación antes de la zambullida mortal.

La conclusión importante que Atkinson extrae de este estudio es que, en el descubrimiento y la atribución de un suicidio, el juez instructor y otros informadores pertinentes (familia, policía, testigos) se basan en sus propias teorías sobre la naturaleza y las causas de los suicidios. Esto significa que los datos estadísticos sobre suicidios ya son un reflejo de versiones teorizadas del suicidio. Por tanto, los

científicos sociales que intentan utilizar estos datos para aclarar qué es el suicidio y cómo se relaciona con fenómenos como las enfermedades mentales, se ven envueltos inevitablemente en un proceso de redescubrimiento. Dicho en otras palabras, los «hechos» sobre el suicidio son inseparables de los métodos mediante los cuales se han construido estos hechos (véase también Smith, 1983). En algunos aspectos, esto es comparable a la ruptura de la distinción entre hechos y teoría que destacan los filósofos de la ciencia. En cada caso, el punto de vista usual es que los hechos están ahí para que el investigador los descubra y oriente así sus teorías, pero cuando alcanzamos una comprensión más sutil nos damos cuenta de que los hechos, aparentemente independientes, ya han sido construidos sobre la base de un conjunto de decisiones y presuposiciones teóricas.

Pollner y la razón mundana

Uno de los desarrollos más importantes de la etnometodología en relación al estudio de los hechos es el trabajo de Melvin Pollner (1987) sobre lo que él denomina «razón mundana». La idea básica es sencilla. Pollner observa que cuando discutimos aspectos de nuestro mundo con otras personas —qué ha sucedido, quién ha hecho qué, etc.— partimos de una presuposición fundamental. Presuponemos que todos tenemos acceso —por lo menos de una manera potencial— a la misma realidad subyacente. Cualquier observador competente y neutral, colocado en la misma posición, verá lo mismo. Ésta es una de las presuposiciones básicas del empirismo; y esto es lo que Pollner entiende por razón mundana.

Ahora bien, a primera vista podemos considerar extraño hablar de esto como si fuera un tipo de razón porque, seguramente, podríamos pensar que las cosas simplemente son así. Después de todo, siempre que damos instrucciones a alguien para que se reúna con nosotros para almorzar, presuponemos que los caminos, las puertas y los edificios serán iguales para nuestro interlocutor que para nosotros. No pensamos que el camino se pueda trasladar doscientos metros hacia el sur y mucho menos que se convierta en un río. Sin embargo, Pollner pone mucho empeño en convencernos de que esto es, en realidad, un tipo de razonamiento, un método específico para comprender; y, además, se trata de un método fundamental porque está en el centro de una red de creencias sobre la realidad, el yo y las otras personas.

Uno de los mecanismos que emplea este autor para revelar el funcionamiento de la razón mundana consiste en examinar situaciones donde se plantean conflictos fundamentales sobre hechos básicos; Pollner denomina a estas situaciones disyunciones de la realidad.

Disyunciones de la realidad

Para empezar a revelar el funcionamiento de la razón mundana, Pollner vuelve del revés una presuposición básica: en vez de preguntar cómo podríamos creer en alguna otra cosa dado el abrumador apoyo en pro de la razón mundana, él pregunta cómo se puede sostener la razón mundana ante la abundancia de ejemplos contrarios. Así, ¿cómo se puede mantener la presuposición de que todos tenemos acceso, por lo menos de una manera potencial, a la misma realidad subyacente, ante los tipos de conflictos básicos entre relatos que tan comunes son en contextos como las salas de justicia? Aquí podemos ver que Pollner consigue afianzar su posición empleando un relativismo metodológico similar al que fue aplicado con eficacia en los estudios sociales de la ciencia y que examinamos en el capítulo anterior. En este caso, se resiste a utilizar «lo que todos sabemos» como punto de partida para el análisis social y, en cambio, se pregunta cómo se sostiene «eso que todos sabemos». En términos etnometodológicos, la pregunta es: ¿qué métodos se emplean para mantener el realismo mundano ante la amenaza planteada por las disyunciones de la realidad?

Pollner estudió el funcionamiento de este proceso en un juzgado dedicado a casos de tráfico. En esta situación, el realismo mundano se encontraba continuamente bajo la amenaza de las disyunciones de la realidad que abundaban cuando los demandados disentían en cuestiones básicas con agentes de policía y testigos. Sin embargo, los jueces no consideraban que esta abundancia de evidencias fuera una oportunidad para reelaborar sus presuposiciones epistemológicas básicas: los jueces no dictaminaban que el mundo era plural y abierto; más bien dictaban una serie de resoluciones prácticas de estas disyunciones orientadas a mantener la razón mundana.

El siguiente fragmento, procedente del material recopilado por Pollner en el juzgado, presenta a un demandado que se enfrenta a una acusación de complicidad en la organización de una carrera ilegal; el demandado afirma que no se había realizado ningún tipo de carrera. Desde las presuposiciones de la razón mundana esta escena no se puede dar: dos cosas contrarias no pueden suceder al mismo tiempo. El conflicto entre relatos genera la problemática mundana fundamental. En el fragmento que sigue, J es el juez y D el demandado, mientras que «veinticinco o cinco» se refiere a veinticinco dólares de multa o cinco días de cárcel.

7. *J*: ¿Cómo se declara usted?
D: ¿Puedo declararme culpable pero con una explicación?
J: Proceda.
D: Bien, es verdad que me encontraba en la escena del incidente, pero no es verdad que sea culpable... Lo que ocurrió es que... Vi que mi madre y una amiga estaban aparcando... Sólo habían bajado para ver qué ocurría... y entonces

la policía tapó los dos extremos de la calle para que no pudiéramos salir y me acusaron de cómplice de organizar carreras, cuando no se estaba celebrando ninguna carrera en absoluto.

J: Bien, los agentes aparecieron en el lugar donde se celebraban varias carreras y calcularon que había cerca de trescientas personas. ¿Había unas trescientas personas en aquel lugar?

D: No, señoría; no es así.

J: Bien, entonces quizá-

D: Yo diría que había unas ciento cincuenta personas y me-

J: A ver... ¿qué estaban haciendo ciento cincuenta personas entre Riverside y Fletcher?

D: Bueno... A lo mejor se habían hecho carreras antes de que yo llegara, pero... mientras estuve allí, no hubo ninguna carrera, ni siquiera pasó ningún coche por la calle.

J: Que sean veinticinco o cinco.

(Pollner, 1987, págs. 38-39; ligeramente abreviado)

Esta conversación presenta muchos aspectos fascinantes. Para Pollner, el interés reside en la manera de controlar este manifiesto asalto a las bases fundamentales de la razón mundana. Después de todo, ante un conflicto inicialmente básico entre dos versiones que plantea la duda de si un aspecto del mundo se puede ver de una misma manera, juez y demandado resurgen con sus epistemologías básicas intactas, aunque uno se quede con veinticinco dólares menos. Por supuesto, cuando nosotros leemos este fragmento, tenemos que esforzarnos por mantener la postura escéptica que propugna Pollner; ni siquiera nos sentimos un poco sorprendidos por el conflicto que se da entre las versiones. Pero esto forma parte de lo que Pollner quiere decir.

A pesar de nuestro conocimiento mínimo de los participantes y de los sucesos descritos, e incluso del tipo de suceso que se menciona (puede que nunca hayamos asistido a una carrera de automóviles, y menos si es ilegal), ya disponemos de un conjunto de maneras de interpretar el relato que explican por qué se trata de versiones contradictorias de un solo suceso real y no de síntomas de un fallo epistemológico básico. Por ejemplo, dado el contexto cabe considerar que el demandado tiene un gran interés en rebatir la versión de la policía. Dedicaré parte del capítulo 5 a examinar cómo se vincula la atribución de intereses con la construcción y destrucción de relatos factuales. Al amparo de Pollner, nuestro empleo de este método interpretativo basado en la imputación de intereses ha sostenido la presuposición básica de la razón mundana contra cualquier amenaza.

En su discusión de este relato, Pollner destaca que los participantes mismos emplean otro tipo de método para enfrentarse a la amenaza de disyunción de la realidad. El demandado ofrece un relato que sitúa su versión y la de los agentes en diferentes períodos de tiempo. Los agentes informan sobre lo que ocurría cuando

las carreras estaban en su punto más álgido, mientras que el demandado afirma haber estado presente sólo después de que las carreras hubieran terminado y cuando los participantes ya se iban marchando. Ésta es una forma prototípica de resolución de disyunciones: «El conflicto se hace "desaparecer" porque los dos relatos ya no describen un referente idéntico» (Pollner, 1987, pág. 40).

Según Pollner, los participantes emplean una amplia gama de métodos para resolver conflictos entre versiones que amenazan con convertirse en disyunciones con todas las de la ley. Pollner agrupa estos métodos en tres niveles. En primer lugar se encuentra el nivel del objeto. Aquí, los relatos discordantes se tratan como si no hicieran referencia al mismo objeto o a la misma situación. El fragmento 7 anteriormente citado es un ejemplo. También puede ocurrir que el objeto sea el mismo y que el conflicto sea producto de las diferentes posiciones de cada observador. En segundo lugar se encuentra el nivel de la experiencia. Aquí puede intervenir algún tipo de distorsión de los procesos mentales. Por ejemplo, el hablante puede relatar como cierta una alucinación o puede haber bebido demasiado para recordar algo con precisión. En tercer lugar, existe el nivel de los relatos. Aquí el interés se centra en que los hablantes pueden tratar de conseguir diversos efectos a propósito. Pueden estar bromeando o empleando una metáfora; o, como en nuestra discusión del fragmento 7, pueden estar mintiendo. Utilizamos todos estos métodos en estos niveles diferentes para comprender los sucesos y distinguir los «hechos» en diferentes situaciones. Según Pollner, esto no tiene nada de malo o incorrecto; lo importante es que deberíamos comprender que son verdaderos métodos de comprensión y que, además, se emplean reflexivamente para mantener la razón mundana.

La política de la resolución de enigmas

Uno de los aspectos de la razón mundana que destaca Pollner es que, si bien disponemos de una gran variedad de técnicas para resolver los enigmas sobre la realidad que nacen de relatos contradictorios acerca de algo, estas técnicas no garantizan que se alcance una resolución consensuada de estos enigmas. Si alguien nos acusa de imaginar que se produjo una escena embarazosa durante la fiesta de la noche anterior porque estábamos borrachos, ¡podemos responder a quien nos acusa que no quiere admitir lo sucedido porque fue uno de los participantes y estaba sobrio! A causa de la naturaleza interconectada de las creencias y las presuposiciones, una disputa de este tipo puede acabar en un choque entre conflictos básicos morales o ideológicos.

Esto está bien ilustrado en un estudio llevado a cabo por Hugh Mehan (1990) sobre una entrevista psiquiátrica en la que un grupo de profesionales de la salud mental evalúa el estado de un paciente para ver si pueden darle el alta. El pacien-

te está enfadado porque, según dice, está confinado en el hospital sin ningún motivo y en contra de su voluntad, y los doctores malinterpretan sistemáticamente sus puntos de vista. En el discurso de los psiquiatras, se describe al paciente como un esquizofrénico paranoide que, claramente, tiene delirios acerca del papel de los doctores y debe continuar encerrado. Robert DeNiro actúa en una escena muy similar en la película de Penny Marshall *Despertares*; su personaje está cada vez más contrariado por su continua reclusión y los doctores tratan su ira como una buena razón para que siga encerrado. De hecho, tanto el paciente como los doctores tienen sistemas de comprensión que son relativamente impermeables porque reinterpretan las percepciones y las acciones de la otra parte en sus propios términos. En este caso, el conflicto carece de resolución como tal; más bien existe una relación asimétrica de poder para definir cuál es la situación. Los psiquiatras son quienes deciden la suerte de los pacientes que están limitados por su visión del mundo. Mehan resume esta situación parafraseando el famoso aforismo: «Todas las personas definen situaciones como reales; pero cuando alguien poderoso define una situación como real, entonces es real para todo el mundo implicado en sus consecuencias» (Mehan, 1990, pág. 160).

De hecho, los juicios de tráfico a los que Pollner se dedica exhiben precisamente esta característica. Cuando la juez del fragmento 7 llega a una decisión, ésta no ha sido consensuada aunque ha dedicado algún tiempo a explorar el relato del demandado; al final, el demandado es multado por complicidad en carreras ilegales, a pesar de sus protestas en contra.

Sin embargo, en contextos cotidianos y no institucionales, el poder no está tan definido ni respaldado y las disyunciones de la realidad no se controlan con tanta claridad. Ante la observación de Pollner de que los métodos de resolución de conflictos pueden constituir, ellos mismos, un nuevo foco de conflicto, John Heritage (1984) se pregunta cómo es que estos conflictos no se expanden continuamente hasta convertirse en graves disputas. Su respuesta es que las personas emplean una variedad de métodos para minimizar el desacuerdo y anticiparse a consecuencias potencialmente censurables. Examinaremos algunos de estos métodos en este y en posteriores capítulos.

Análisis conversacional

Pollner representa un desarrollo muy característico del pensamiento etnometodológico sobre los hechos que se dedica a replantear cuestiones sociológicas y epistemológicas básicas sobre la realidad y la comprensión. El empleo que hace Pollner de su trabajo analítico en los juicios de tráfico constituye un ejemplo. Deliberadamente, Pollner evita implicarse demasiado en los numerosos aspectos fascinantes de los pasajes que estudia. Por ejemplo, aunque perfila unas clases gene-

rales de resoluciones para las disyunciones de la realidad, se esfuerza poco en observar cómo se logra una resolución particular; tampoco se interesa mucho por la posibilidad de que estas resoluciones puedan tener unas propiedades sistemáticas. Por ejemplo, no investiga la posibilidad de que un tipo particular de afirmación hecha por un policía en calidad de testigo, pueda ser contrarrestada sistemáticamente por el demandado mediante un estilo particular de formulación de hechos (véase Drew, 1992). Esta falta de interés en los detalles del control de una acción particular y en la sensibilidad de este control ante aspectos de las secuencias de actividad es lo que, en parte, diferencia la postura de Pollner del trabajo de los analistas conversacionales.

Una manera de comprender la naturaleza del análisis conversacional es concebirlo como un desarrollo de la etnometodología que ha aplicado las ideas de la naturaleza indicativa y reflexiva de la acción al estudio específico de la interacción conversacional. Así, el interés en la indicación se manifiesta en la atención prestada a la relación entre las expresiones y las secuencias conversacionales a las que pertenecen; y el interés en la reflexividad se plasma en la consideración de los diversos tipos de trabajo interactivo realizado mediante expresiones y secuencias completas. Además de Harvey Sacks, sus colegas Emanuel Schegloff y Gail Jefferson, que han tenido una gran participación en el desarrollo del análisis conversacional, también adoptaron la idea etnometodológica general de que la interacción está basada metódicamente. Así, al estudiar la conversación partieron de la presuposición de que lo que se dice no se dice por accidente, que las formas de las palabras no son imprecisas ni improvisadas, sino que están diseñadas con todo detalle para que sean sensibles a su contexto secuencial y a su rol en la interacción (Sacks, 1992; Sacks y otros, 1974).

Es importante destacar que esta manera de abordar el lenguaje difiere radicalmente de la empleada en la mayoría de las investigaciones llevadas a cabo en las ciencias sociales, la filosofía e incluso —o quizá sobre todo— en la lingüística. Con frecuencia, el lenguaje se ha considerado portador de significados o ideas en el sentido de que, cuando alguien percibe una expresión, basta con que elimine el revoltijo de estilos, entonaciones, etc., que empaquetan el significado, para que afloren con nitidez los contenidos. La investigación basada en encuestas suele recurrir a esta noción de la comunicación: las «respuestas» desordenadas que los participantes dan a las preguntas se filtran y se codifican en un conjunto de categorías y posturas definidas con precisión (véanse, por ejemplo, Cicourel, 1964, 1974; Heritage, 1974; Suchman y Jordan, 1990). El análisis conversacional, guiado por la etnometodología, socava esta distinción entre significado y expresión. Los analistas conversacionales han tratado de demostrar que los «detalles» de la expresión, la entonación, etc., existen precisamente porque son útiles para la acción que se está realizando y no son una especie de aura borrosa que se pueda eliminar.

Los analistas conversacionales han argumentado que el «habla en interacción» (que es como prefieren denominar al empleo del lenguaje) está muy lejos de ser desordenada. De hecho está increíblemente ordenada; y la principal ambición del análisis conversacional es revelar este orden y explicarlo. Aunque este argumento se aplica al empleo del lenguaje en general, mi interés se centrará en la manera en que esta perspectiva nos permite comprender el discurso factual o descriptivo, es decir, lo que en términos cotidianos podríamos describir como informes, observaciones, retratos, etc. La pertinencia de esta consideración se manifiesta cuando examinamos relatos en el contexto de pares adyacentes.

Pares adyacentes y organización de preferencias

Una aproximación al discurso factual desde la perspectiva del análisis conversacional empezará considerando su papel en acciones que, a su vez, se inscriben en secuencias. Por tanto, antes de continuar con el tema de los hechos necesitaremos realizar una breve digresión sobre las secuencias de interacción dentro de las cuales se inscriben. La importancia de esto se verá con claridad más adelante.

Unas de las secuencias de acción más simples, y al mismo tiempo más fundamentales, es lo que los analistas conversacionales han denominado pares adyacentes. Con esto se da a entender que muchas acciones se vinculan entre sí formando pares; es decir, la realización de una acción específica tiende a provocar la realización de otra acción determinada. Por ejemplo, es probable que un saludo provoque otro saludo, que una pregunta conduzca a una respuesta y que una acusación conduzca a una negativa. Obsérvese que lo interesante no es la regularidad empírica bruta sino la pauta sutil de esa regularidad y lo que ésta nos puede contar sobre el discurso factual. El objetivo de los analistas conversacionales no es precisamente demostrar, mediante la investigación, que después de una pregunta... ¡suele venir una respuesta!

Lo primero que debemos hacer es desempaquetar estas metáforas de «vincular entre sí» y «provocar». ¿Cuál es exactamente la relación entre las acciones que constituyen un par adyacente? Una manera de describir esta relación es decir que es normativa. Cuando se produce una de estas primeras acciones se espera que la segunda venga a continuación o, como mínimo, que se produzca alguna respuesta pertinente. En los saludos, por ejemplo, cuando una de las partes hace un saludo espera que el receptor se lo devuelva. Pero esta regularidad no es causal: el receptor no está obligado a responder «hola» o «qué tal»; ni es puramente estadística: hay todo tipo de ocasiones en las que no se devuelve el saludo. Además, como John Heritage (1988) destaca, el hecho de que un saludo no se devuelva no es una excepción que socave las expectativas sobre el par de acciones. Cuando alguien

nos niega el saludo no se nos ocurre inferir algo parecido a «¡vaya, ahora resulta que no hace falta devolver los saludos!». En cambio, tratamos este rechazo como un suceso que puede dar pie a un rico conjunto de inferencias: «No le gusto», «no me ha oído», «me está tomando el pelo», etc. Desde el punto de vista del receptor, ignorar un saludo no significa abstenerse de participar en la interacción; precisamente significa todo lo contrario.

Aquí se plantea una complicación adicional; hay muchas acciones que pueden estar seguidas de dos acciones alternativas. Por ejemplo, aunque un ofrecimiento puede conducir a una aceptación, también es probable que conduzca a un rechazo. Sin embargo, estas opciones no son simétricas; se ordenan en función de la interacción. Esto se manifiesta en las maneras tan diferentes de tratar estas opciones por parte de los participantes en una conversación. Existen regularidades muy patentes en el modo de plasmar las dos posibilidades. Tomemos, por ejemplo, los dos fragmentos siguientes: el primero presenta un ofrecimiento seguido de una aceptación y el segundo muestra un ofrecimiento seguido de un rechazo o una negativa.

8. *Gladys*: Tengo el papel aquí y he pensado que a lo mejor te gustaría tenerlo
Emma: Gracias
(simplificación de una transcripción de Gail Jefferson NB:IV:5:R: 1)

9. 1 *B*: Eh Si fuera usted tan amable de venir a visitarme
2 esta mañana, le ofrecería una taza de café.
3 *A*: hehh
4 Esto
5 es usted muy amable,
6 Pero esta mañana no creo que pueda venir .hh ehm
7 He puesto un anuncio en el periódico y-y eh tengo que
8 estar pendiente del teléfono
(Atkinson y Drew, 1979, pág. 58)

Deseo destacar tres aspectos del fragmento 8 que son característicos de las aceptaciones de invitaciones. En primer lugar, la invitación es aceptada inmediatamente, sin demoras ni inserción de material. En segundo lugar, el turno de aceptación es breve, lo cual significa que el componente de aceptación se expresa directamente, sin que previamente se añada material extraño. En tercer lugar, la aceptación se hace sin reservas: es clara y positiva.

Comparemos esto con el fragmento 9, que muestra cinco aspectos muy característicos de los rechazos a invitaciones (las líneas están numeradas para facilitar la referencia). En primer lugar, se produce una demora antes de que el turno en sí empiece, que aquí se llena con la expresión «hehh» (línea 3). En segundo lugar, el turno está precedido por el término «Esto» (4). Este término actúa como un

marcador del tipo de turno que va a seguir (un rechazo en vez de una aceptación) y también aumenta la demora antes de que se introduzca el rechazo. En tercer lugar, vemos una apreciación de la invitación (5). En cuarto lugar, encontramos el rechazo en sí mismo. Obsérvese como se «suaviza» —no vemos un «no» rotundo y directo, sino un evasivo «no creo que pueda» (6)—. El quinto componente es un relato donde el hablante da una razón para rechazar la invitación: debe estar pendiente del teléfono por si responde alguien al anuncio del periódico.

Los analistas conversacionales consideran que estas diferencias habituales en la forma de los turnos forman parte de una organización de preferencias; para las invitaciones, la opción preferible es la aceptación y la opción desestimable es el rechazo. Las preferencias se emplean para evaluar casos donde los cursos de acción disponibles no son equivalentes y las alternativas están categorizadas (Sacks y Schegloff, 1979). Es importante destacar que el término preferencia se refiere a aspectos de las acciones en sí, no a los motivos o deseos psicológicos de los hablantes. Por ejemplo, aunque un hablante puede «preferir» —en el sentido psicológico usual— rechazar una invitación, puede optar por la «acción preferible» —en el sentido del análisis conversacional— de aceptarla. Las preferencias forman más parte de la conversación como institución que de la psicología individual de los hablantes, aunque algunos investigadores han argumentado que es difícil mantener separada una cosa de la otra (Bilmes, 1987).

También es importante destacar que la organización de las preferencias no es un conjunto de plantillas que emplean los conversadores para generar expresiones coherentes. Cuando se presentan las nociones de pares adyacentes y preferencias, se suelen utilizar ejemplos sencillos y claros que pueden hacer creer que se sigue una pauta rígida. Sin embargo, la mejor manera de conceptualizar la organización de las preferencias es verla como un conjunto de consideraciones a las que es probable que se preste atención en el curso de unas acciones particulares, aunque su papel preciso variará de un contexto a otro. Por ejemplo, es frecuente que una acción desestimable se distribuya entre varios turnos y que sus componentes de apreciación y relato estén muy elaborados. Diversos estudios han mostrado la presencia de diferencias regulares de este tipo en toda una gama de acciones (véanse, por ejemplo, Drew, 1984; Levinson, 1983; Heritage, 1984; Pomerantz, 1984a). En la tabla 2.1 se ofrece un resumen de la organización de preferencias para algunas de las acciones más importantes.

Relatos y descripciones

Puede parecer que la discusión se haya ido apartando del tema principal: los hechos y su construcción. Sin embargo, la pertinencia de lo expuesto deberá quedar clara cuando nos centremos en una característica particular de los pares adya-

TABLA 2.1. Organización de preferencias para algunos pares adyacentes comunes

Acción	*Respuesta preferible*	*Respuesta desestimable*
Ofrecimiento/invitación	Aceptar	Rechazar
Petición	Aceptar	Rechazar
Acusación/culpa	Negar	Admitir
Evaluación	Acuerdo	Desacuerdo
Humillación	Desacuerdo	Acuerdo

centes: el relato. Se han realizado muchísimas investigaciones sobre los relatos que tratan a éstos de una manera más bien abstracta, como acciones que llevan a cabo justificaciones o excusas (Scott y Lyman, 1968; Semin y Manstead, 1983; véase una descripción crítica en Antaki, 1994). La ventaja de los trabajos hechos desde la perspectiva del análisis conversacional es que trata los relatos en su contexto, tomándose en serio la insistencia etnometodológica en la importancia de la indicación. Es decir, estos trabajos prestan atención al papel de los relatos como parte de una acción desestimable y también se fijan en el tipo particular de acción de la que el relato forma parte. Por ejemplo, las invitaciones y las acusaciones ocasionan diferentes tipos de relatos.

Cuando observamos relatos con detalle nos encontramos con un aspecto sorprendente: normalmente están hechos de descripciones de uno u otro tipo. Volvamos a examinar parte del ejemplo anterior.

10. *A*: Esto
es usted muy amable,
Pero esta mañana no creo que pueda venir .hh ehm
→ He puesto un anuncio en el periódico y-y eh tengo que estar pendiente del teléfono
(Atkinson y Drew, 1979, pág. 58)

Aquí, el hablante (A) describe un estado de cosas: ha puesto un anuncio en un periódico (véase la flecha). Esto proporciona una razón para rechazar la invitación, además de formular la limitación que el estado de cosas impone al hablante (debe estar cerca del teléfono por si alguien responde al anuncio). De esta manera, A puede presentarse como deseoso de aceptar la invitación, pero obligado a rechazarla. Paul Drew (1984) destaca que, en el contexto de rechazos a invitaciones u ofrecimientos, los relatos se suelen agrupar en torno a la cuestión de la capacidad. Así, A podría haber dado como razón para el rechazo que B era aburrido, que había algo más interesante que hacer, que charlar tomando café es perder el tiempo; y cada de una de estas razones podría ser lo que A, en otro contexto, des-

cribiría como «verdadera razón». Sin embargo, al destacarse en este caso la incapacidad de asistir, la invitación es rechazada sin que la culpa recaiga en ninguna de las partes.

Lo positivo del relato presentado en los fragmentos 9 y 10 se puede descomponer en tres facetas. En primer lugar, evita sugerir que la invitación es inoportuna o poco atractiva; evidentemente, esto es importante para mantener unas relaciones sociales positivas. En segundo lugar, funciona sobre la base de una información que es muy probable que el receptor desconozca. No existe ninguna razón por la que B deba saber que A ha puesto un anuncio en el periódico; desde luego, este tipo de suceso *ad hoc* y más bien poco interesante es precisamente el tipo de suceso que cabe esperar que B no conozca. Por tanto, B no puede responder de manera desconsiderada o insensible al relato que se le ofrece (compárese con «Todavía estoy preparando el funeral de fulano»). En tercer lugar, precisamente porque no se espera que B sepa algo del anuncio, su existencia no es algo que B pueda discutir con facilidad; un relato no sirve de mucho si el receptor lo puede esquivar con facilidad. Así pues, este relato se puede considerar como una descripción exquisitamente diseñada que satisface simultáneamente todos estos requisitos.

En consecuencia, lo que vemos aquí es que la descripción se ha convertido en un tema analítico por derecho propio. El relato de los fragmentos 9 y 10 nos permite empezar a ver cómo se construye una descripción para que posea unas características que la hagan útil y eficaz: tiene en cuenta las relaciones entre los hablantes y la tarea práctica de rechazar la invitación, y también es adecuada para la secuencia de acción de la que forma parte. A una escala pequeña, este ejemplo ilustra uno de los principales objetivos de este libro. Muestra que es posible considerar las descripciones, los informes y las versiones como tema de estudio, y que es posible investigar cómo se diseñan para que realicen unas acciones determinadas (véase también Wooffitt, 1993). Permítaseme presentar otro ejemplo para desarrollar estas posibilidades un poco más.

Construcción de un relato con éxito

Ya hemos destacado que muchos tipos de secuencias que implican acciones desestimables son más complejas que la del fragmento 9. El ejemplo que se presenta a continuación es mucho más elaborado. La característica a destacar en este caso es que la persona receptora resiste la fuerza del relato a pesar de sus múltiples reformulaciones. Esto brinda una oportunidad para estudiar la construcción de una descripción con éxito en el transcurso de una interacción. Las dos hablantes discuten sobre la cena del Día de Acción de Gracias; la hija (Bárbara) y los nietos de Emma tenían que venir a pasar unos días.

11.
1	*Gladys*:	¿Todo preparado para el fin de semana?
2	*Emma*:	Ah:: No quiero que vengan los niños. No me siento con ánimos para que vengan
3		Gladys
4	*Gladys*:	Oh↓::::::::::
5	*Emma*:	Es que eh:: cuatro días con ellos es que la verdad me dejan destrozada
6		y Bud d-(.) Bud d-dice que lo anule así que
7	*Gladys*:	¿Y la pobre Bárbara? con las ganas que tiene
8		de venir a [ce-ce:lebrarlo aquí
9	*Emma*:	[Bueno no sé es que no tengo ganas — voy a
10		hablar con ella no tengo ganas de cocinar
11		tanto: (0,2) [y que vengan
12	*Gladys*:	[Oh no sé si haces
13		bien Emma (0,4) la verdad::
14	*Emma*:	¿No?
15	*Gladys*:	Y creo que para Bud sería bueno estar con
16		los chicos (.) Y verlos y eh (0,3) jugar con ellos
17	*Emma*:	Bud: me ha dicho que la anule Así que supongo que haré lo que diga el gran
18		pa:dre blanco [No sé
20	*Gladys*:	[Bue::no ehh mujer tú sabrás
21		mejor lo que te conviene mujer

(simplificación de una transcripción de Gail Jefferson, NB:IV:5:R:4-5)

Este caso es mucho más complejo que el del fragmento 9. Por ejemplo, no se trata de una invitación a la propia Gladys (nótese la falta de un componente de apreciación en la línea 2). Otro ejemplo es que el relato de Emma sobre su cambio de planes no finaliza la secuencia, ya que Gladys muestra su decepción por la anulación. Sin adentrarme demasiado en estas complejidades, deseo concentrarme en las diferentes descripciones utilizadas por las dos hablantes.

En primer lugar, obsérvese el cambio en la descripción que hace Emma de sus motivos para anular la cena en las líneas 2 y 5. En la línea 2, Emma alega cansancio diciendo: «No me siento con ánimos». Sin embargo, después de la expresión de desilusión/preocupación de Gladys en la línea 4, Emma produce una formulación más elaborada: «Cuatro días con ellos es que la verdad me dejan destrozada». Aquí, el significado de «quedarse destrozada» se realza destacando la tarea implicada: tratar con niños durante cuatro días. Obsérvese también que la descripción «cuatro días» contrasta con la formulación «el fin de semana» de Gladys: un período de tiempo más largo acentúa la importancia del «cansancio».

Así pues, lo que vemos aquí es una modificación y un fortalecimiento del componente de relato de esta secuencia, después del fracaso de la primera formulación en generar reconocimiento y lástima (Gladys no ha dicho: «Oh, lo siento,

ya veo que sería insoportable»). Es fácil pasar por alto los detalles profundos de este caso, ya que estamos muy familiarizados con interacciones mundanas de este tipo. Lo importante es ver que se produce una descripción de estados mentales y circunstancias precisamente para realizar una acción particular. Emma no da más detalles sobre su estado mental y físico que los necesarios para explicar el problema que plantea la visita de los niños. La formulación que emplea para describir el tiempo es extrema y pretende destacar la gran duración de la visita y, en consecuencia, las dificultades que ésta plantea. Su descripción es reflexiva: es indudable que se refiere al estado de Emma y a la duración de la visita; pero estos elementos se formulan por lo que hacen: explicar la acción problemática de anular la visita.

Me extenderé brevemente en este análisis para considerar otros aspectos de las descripciones empleadas en los relatos. En la línea 6, Emma ofrece una nueva razón para anular la visita: «Bud [su cónyuge] d-dice que lo anule». Esto ofrece un tipo diferente de limitación para las acciones de Emma: podría esforzarse en superar su cansancio, pero no es responsable de la opinión de Bud. Esto dispersa la responsabilidad de la anulación, aumentando la fuerza del relato ante la carencia de apoyo por parte de Gladys.

Como hemos visto antes, en las respuestas desestimables a una invitación los hablantes tienden a producir relatos que aluden a conocimientos privilegiados. En este caso, sólo Emma puede pronunciarse con autoridad sobre su propia condición mental y física. Sin embargo, aunque Gladys no pone en duda su condición de «destrozada», vuelve su significado del revés: precisamente porque está destrozada, la visita de los niños les hará bien a ella y a Bud. Emma esquiva esta observación reiterando que Bud le había dicho que anulara la visita —la limitación externa— y esto acaba con las dudas sobre su decisión por parte de Gladys. Existe otro aspecto fascinante de la manera en que se emplean las descripciones en esta interacción: la diferencia entre la construcción más bien insípida «Bud dice que lo anule» y la posterior caracterización, más vívida, «supongo que haré lo que diga el gran padre blanco».

Sin tratar de ofrecer aquí una discusión exhaustiva, hay dos cosas que destacan en la descripción que finaliza la secuencia. En primer lugar, cuando Emma utiliza esta frase hecha (el tipo de descripción que podrían utilizar los «indios» de las películas del Oeste de los años cincuenta para describir al líder de los «colonos») indica que reconoce la autoridad de su cónyuge y, al mismo tiempo, ironiza sobre esa autoridad. Se trata de un fragmento muy complejo. Construir la autoridad de las instrucciones de él retratándolo de esta manera, ofrece una explicación externa para la anulación de ella. Pero la identidad de Emma podría quedar en entredicho a causa de su presunto sometimiento. La formulación potencialmente crítica «gran padre blanco» hace que no parezca tan servil. Otro aspecto a destacar es que las expresiones de este tipo, basadas en fórmulas o frases hechas, apa-

recen con frecuencia en conversaciones donde uno de los participantes no puede conseguir apoyo cuando expresa una queja. En un análisis de expresiones de este tipo, Paul Drew y Elizabeth Holt (1989) proponen que su calidad figurativa les otorga una fuerza que las hace difíciles de desafiar: de ahí que los participantes en una conversación las empleen para finalizar secuencias problemáticas. Como antes, lo que cabe destacar aquí, más que los detalles específicos de este análisis un tanto especulativo, es la cuestión general: vemos que una descripción se construye y se utiliza de una manera totalmente adecuada para la acción que se está llevando a cabo.

Intención y verdad

Antes de finalizar esta discusión del análisis conversacional, debemos considerar dos importantes cuestiones generales: la intención y la verdad. La intención, que ya examiné brevemente al principio de este capítulo, es la noción de que las descripciones están diseñadas de una manera estratégica e intencional por quienes las expresan con el objetivo de satisfacer sus propios intereses. He estado utilizando palabras como «diseñar» y «construir», que suelen comportar mucha planificación; pero ¿qué es, exactamente, lo que se quiere decir con esto? Esta pregunta es muy complicada y su respuesta dependerá de las presuposiciones que tengamos sobre la planificación de los hablantes y sobre su manera de representar conscientemente los resultados.

Siguiendo a Harvey Sacks (1992), mi propuesta es que, desde una perspectiva analítica, es más fructífero adoptar una postura agnóstica en relación a esta cuestión. No es inconcebible que los hablantes, en ocasiones, puedan planificar cuidadosamente los efectos de una conversación, especialmente cuando trabajan con materiales desarrollados o ensayados antes de una interacción: recuérdese la actuación de la primera ministra en el programa *Question Time*, después de una breve instrucción previa sobre las preguntas que podrían surgir (Edwards y Potter, 1992). Sin embargo, parece dudoso que así ocurra la mayoría de las veces y, de todos modos, para un analista es muy difícil distinguir los casos donde se da una planificación estratégica de los casos donde no se da (Heritage, 1990/1991; sin embargo, véase Pomerantz, 1990/1991). Y si lo que nos interesa es el análisis social de las prácticas de las personas y no la psicología cognitiva del empleo del lenguaje, puede importar poco el hecho de que una expresión esté «cuidadosamente planificada» o se diga de una manera «clara y natural». Las personas se pasan toda la vida practicando las diversas facetas del habla y parece muy plausible que acaben desarrollando unas habilidades prácticas, afinadas con gran precisión, para producir con sutileza descripciones adecuadas para determinadas acciones sin tener que planificar o pensar conscientemente en lo que hacen.

Lo difícil es conseguir que el lenguaje analítico empleado pueda describir el «habla en interacción». Las opciones tienden a ser el tipo de lenguaje estratégico común en un ámbito de la psicología o el tipo de lenguaje mecanicista de causa y efecto típico de otro ámbito. La resolución, quizá insatisfactoria, que he adoptado ante este dilema, consiste en combinar el enfoque más intencional y estratégico que considera las descripciones como diseñadas para desempeñar unas acciones o como construidas para producir unos efectos, con consideraciones sobre las implicaciones en el aspecto cognitivo.

El segundo problema se refiere a la verdad y se puede expresar de la manera siguiente. Sin duda, la cuestión relativa al diseño de los relatos del fragmento 11 carece de importancia: puede que Emma se sienta mal o puede que no, y puede que Bud le haya dicho que anule la visita, o puede que no. Entonces, o bien Emma simplemente describe el mundo, lo cual no es muy interesante, o bien miente, en cuyo caso puede que la pillen o puede que no, y tampoco es que esto sea muy interesante. Ahora bien, uno de los problemas que plantea formular algo de esta manera es que no hay nada de «simple» en describir. Describir implica, entre otras cosas, categorizar objetos en clases, hacer formulaciones, ofrecer u ocultar detalles, emitir juicios, etc. Ya vimos algunas de estas cuestiones en el capítulo anterior, cuando examinamos los ataques de la filosofía de la ciencia a la distinción tradicional entre teoría y datos. Y filósofos tan distintos como Popper y Wittgenstein han planteado importantes problemas conceptuales para las «simples» nociones de describir, referir y nombrar.

Desde una perspectiva analítica conversacional, este problema se aborda como prácticas de descripción. En vez de preguntarnos qué es una descripción en términos abstractos, debemos preguntarnos cómo es tratada una descripción por los participantes en el transcurso de una actividad. Si consideramos el fragmento 11, la diferencia entre las descripciones «Bud» y «el gran padre blanco» no es epistemológica; en este contexto, ninguna plantea problemas de referencia: Gladys sabe a quién se refiere Emma, como indica su respuesta. La importancia reside en la acción que realizan. Como Emanuel Schegloff (1972) ha argumentado, virtualmente cualquier situación o cosa se puede formular de muchísimas maneras diferentes y cada manera puede ser correcta basándose en algún criterio lógico o abstracto. Las escenas no determinan sus descripciones y se pueden hacer selecciones particulares que sean defendibles como verdaderas y capaces de sugerir diversos resultados y evaluaciones.

La segunda dificultad de la formulación «simplista» sobre si Emma dice la verdad, es que presupone que el analista tiene acceso a una verdad establecida contra la cual se puede comprobar la verdad de las expresiones de los participantes. En este caso, el analista se encuentra tan a oscuras como Gladys acerca de si Bud ha dado instrucciones sobre la celebración o no. Sin embargo, al igual que ocurre con la verdad de las teorías científicas examinada en el capítulo 1, el análi-

sis puede y debe continuar sin tratar de aislar estas verdades. Se pueden hacer las mismas observaciones sobre el papel de las expresiones de Emma en esta interacción, independientemente de lo que pueda ocurrir en otros casos. Es decir, el análisis anterior considera que la prohibición es simétrica.

Etnometodología, análisis conversacional y discurso factual

En este capítulo he presentado algunas nociones básicas de la etnometodología y el análisis conversacional, y de su aplicación al discurso factual. Los tres conceptos revisados (indicación, reflexividad, y método documental) tienen importantes consecuencias para la manera en que se debe comprender el discurso factual. Cuando examinamos alguna descripción o algún informe, el énfasis en la indicación nos conduce siempre a preguntar: ¿cuál es aquí el contexto? ¿Cómo se ha ocasionado esta descripción? El énfasis en la reflexividad nos insta a considerar los informes y las descripciones en relación al suceso o acción que describen y, al mismo tiempo, en relación a lo que hacen. ¿De qué acciones forman parte?

El método documental de interpretación dirige nuestra atención a los tipos de prácticas que emplean las personas para gestionar la factualidad y, en particular, a la relación bidireccional entre los modelos del mundo desarrollados localmente por las personas y los fenómenos específicos con los que éstas se encuentran. Este método permite una considerable flexibilidad al abordar cualquier fenómeno, de manera no muy distinta a la flexibilidad del razonamiento científico destacada por la tesis de Quine-Duhem, donde la manera de abordar una observación depende de la totalidad del sistema de creencias. El método documental destaca que las personas revisan continuamente sus percepciones pasadas y sus expectativas futuras basándose en su comprensión actual. La historia se está reescribiendo constantemente, tanto a pequeña como a gran escala. Por último, estos tipos de métodos para comprender el mundo son convencionales: el mundo se rehace continuamente para que sea como se espera que sea.

Algunas de estas nociones se ilustran mediante estudios etnometodológicos de prácticas institucionales dedicadas a la elaboración de hechos. Estos estudios se centran en los procedimientos empleados para producir registros o datos estadísticos particulares. Por ejemplo, he descrito el trabajo de Atkinson dedicado a la producción de datos estadísticos sobre el suicidio, y hemos visto cómo estas prácticas mismas se basaban en teorías populares sobre el suicidio. El trabajo de Pollner sobre la razón mundana tomó otro rumbo para dilucidar, mediante un estudio de las disyunciones de la realidad, algunos de los métodos básicos empleados por las personas para mantener la idea de un mundo sólido y consensuado al que tienen acceso todos los observadores.

He presentado el análisis conversacional como una exploración y un desarrollo, con una sólida base analítica, de algunos de los conceptos básicos de la etnometodología en el contexto de la conversación. Una de las grandes virtudes del análisis conversacional es que ha tratado de convertir cuestiones teóricas o filosóficas sobre los hechos y las descripciones en preguntas que se pueden abordar analíticamente mediante estudios de grabaciones de interacciones. Nos conduce a observar las secuencias conversacionales donde se emplean las descripciones, los tipos de actividades de las que forman parte las descripciones y cómo se modifican o rebaten las descripciones en el transcurso de una interacción. Aunque aquí se han utilizado relatos como ejemplos, este enfoque general se puede aplicar a muchos elementos diferentes de una interacción.

Una de las características de la etnometodología y del análisis conversacional es su gran insistencia en los datos específicos y los detalles que forman parte de contextos particulares. Por ejemplo, cuando examinamos la interacción de Emma y Gladys en el fragmento 11, no hicimos ningún intento de contextualizar los sucesos en función de la edad, la clase social o la base cultural de los hablantes: no entró en juego ninguna de las «grandes» variables sociológicas. Tampoco interpretamos este fragmento basándonos en unos supuestos factores psicológicos de los individuos: sus actitudes, sus creencias, sus motivos, etc. Analistas conversacionales como Emanuel Schegloff (1991, 1992b) han argumentado que la pertinencia de estos factores no se puede dar por sentada: después de todo, existen muchas «variables» consecuentes de este tipo que operan en la mayoría de las interacciones; es preciso demostrar que son consecuentes para la interacción en sí. En realidad, sólo están presentes cuando los participantes consideran que lo están. En el próximo capítulo examinaremos las tradiciones, muy diferentes, de la semiología, el postestructuralismo y el posmodernismo. También éstas tienen poco tiempo que dedicar a las «variables» sociológicas y psicológicas tradicionales; sin embargo, se dedican con gran empeño al estudio de la ausencia. Por ejemplo, para comprender la operación de algunos términos descriptivos utilizados, es necesario comprender los términos descriptivos que no se utilizan.

3 SEMIOLOGÍA, POSTESTRUCTURALISMO Y POSMODERNISMO

Las perspectivas poco precisas de la semiología, el postestructuralismo y el posmodernismo proporcionan un enfoque a la construcción de los hechos muy diferente de las posturas examinadas en los capítulos anteriores. Una de sus principales características es una desconfianza profunda hacia la idea de que el lenguaje referencial actúa reflejando o representando la realidad. Cuando se considera que los hechos se garantizan inspeccionando alguna escena «del mundo», no se reconoce que los hechos dependen de algo mucho más amplio que en la semiótica es un sistema de diferencias entre signos y en gran parte del postestructuralismo y el posmodernismo es un discurso o un régimen de verdad. Los investigadores de estas tradiciones han intentado explorar la construcción de hechos sacando a la luz estos sistemas de producción. Es decir, han tratado de dar a conocer el sistema o el conjunto de discursos que se ocultan detrás de la simple explicación de los hechos basada en palabras y objetos y, al hacerlo así, han alterado radicalmente las nociones comunes de los hechos y de la representación.

Presentaré algunas de las principales características de estas perspectivas estructuralistas estableciendo tres contrastes con los trabajos del análisis conversacional. La primera diferencia se da en los materiales que se han estudiado. Mientras que los analistas conversacionales se han centrado principalmente (aunque no exclusivamente) en el habla cotidiana por teléfono o en contextos laborales, los estructuralistas se han dedicado o bien al lenguaje considerado como un sistema abstracto (en la semiología), o bien a textos literarios y filosóficos (en el postestructuralismo y el posmodernismo). En consecuencia, los estructuralistas se han centrado más directamente en preguntas acerca de la naturaleza de las representaciones. ¿Cómo se produce la impresión de realismo de un relato breve? ¿Cómo puede recurrir un discurso político a conceptos deportivos para justificar una intervención militar? ¿Cómo se moviliza un sistema de metáforas para hacer que funcione un argumento filosófico? Como veremos, este énfasis en los textos for-

males destaca algunos aspectos de la construcción de hechos que han recibido poca atención por parte de los analistas conversacionales; sin embargo, también tiene sus desventajas.

Hay otro contraste relacionado con el primero. Los analistas conversacionales han prestado una gran atención a la manera en que los participantes se orientan hacia los fenómenos de la conversación. Una invitación no se identifica como tal porque así lo considere el analista; el juicio del analista se complementa con la atención prestada a la respuesta de los participantes. Por ejemplo, ¿considera el receptor que un fragmento de conversación es una invitación o no? Este interés ha estado básicamente ausente de la tradición estructuralista. Es difícil encontrar un método de alternancia que muestre fácilmente cuál es la comprensión de una persona cuando lee *Madame Bovary* o escucha a Björk. Esto significa que carecemos de una base sólida para capturar el proceso de interpretación.

El tercer contraste se da entre las posturas morales y políticas de estas tradiciones. Salvo algunas excepciones notables, los etnometodólogos y los analistas de la conversación han rechazado la crítica social, común en otros campos de la sociología, por considerarla totalmente inútil (Coulter, 1982; Button y Sharrock, 1993). Normalmente, tanto unos como otros han trazado una distinción entre mostrar cómo se construye un hecho particular —cómo se hace que una afirmación parecezca estable, neutral y separada del hablante— y criticar ese hecho o sugerir que se debería entender de una manera diferente. Por ejemplo, según John Heritage (1984) analizar cómo se construye un hecho como tal no implica que carezca de otros aspectos importantes o valiosos. También se encuentran salvedades similares en la sociología del conocimiento científico (SCC) reciente, aunque se suelen plantear con menos convicción. Más adelante volveré a retomar la cuestión de si esta línea acrítica y no ironizante se puede mantener plenamente. En comparación, muchos investigadores de la tradición estructuralista han desarrollado un interés explícitamente crítico en la construcción de hechos: para ellos, el objetivo de observar la construcción de hechos es demostrar que las representaciones particulares del mundo son parciales y se relacionan con intereses o actúan para oscurecer la actuación del poder. Con frecuencia, el interés en la construcción de hechos procede de un interés más general en cuestiones ideológicas, sobre todo ésta: ¿de qué maneras se puede hacer que un conjunto de relaciones sociales parezcan necesarias, naturales e intemporales?

El postestructuralismo y el posmodernismo son etiquetas muy amplias que se han utilizado de varias maneras para abarcar cuerpos de trabajo teóricamente dispares. Incluso en la semiología, que es más fácil de especificar, se dan varias interpretaciones contradictorias. En este capítulo, la exposición pasará de la semiología al postestructuralismo y al posmodernismo. Mi exposición será selectiva y sólo se centrará en áreas directamente relacionadas con la construcción de hechos y, en la medida de lo posible, trataré de ignorar las muchas otras complejidades que

pueden atrapar a escritores y lectores por igual. También cabe destacar que, si bien esta ordenación tiene un cierto sentido histórico y es una manera útil de presentar algunos de los conceptos principales, también sería erróneo considerar estas posturas como una tradición. Existe por lo menos tanta diversidad en las posturas postestructuralistas y posmodernas como la que hay entre los distintos enfoques de la sociología del conocimiento científico. Por tanto, habiendo dejado bien claro que este capítulo es, evidentemente, un relato en el que intervienen diversos trabajos constructivos y varios conjuntos de simplificaciones, categorizaciones y oposiciones retóricas implícitas, pasaremos a examinar la semiología.

Semiología

De Saussure y el argumento básico

Uno de los principales métodos empleados por la semiología (o la semiótica, como a veces se la denomina) para socavar las nociones convencionales de los hechos, es criticar las nociones tradicionales de referencia y significado de las palabras. Ferdinand de Saussure desarrolló su ciencia general de los signos en las conferencias ofrecidas a principios del siglo XX y después publicadas con el título *Curso de lingüística general* (1974). Como es bien sabido, uno de sus objetivos era rebatir la idea de que las palabras obtienen su significado al representar cosas del mundo. Según esta noción, por ejemplo, comprendemos la palabra «río» relacionando el sonido aislado «río» con un objeto específico, un río. En contra de este punto de vista, Saussure argumentó que los términos obtienen su sentido a partir de conjuntos de relaciones o contrastes. Por tanto, la palabra «río» obtiene su sentido, en parte, de su empleo en contraste a alternativas como arroyo, canal, lago, acequia, etc. Otra parte de su sentido procede de la posición que ocupa en las expresiones: puede estar precedida por palabras como «el» e ir seguida de palabras como «fluye». Los semiólogos sugieren que estos dos conjuntos de relaciones constituyen un sistema de diferencias que subyace al significado de cualquier palabra determinada. De hecho, para Saussure ésta es la esencia del lenguaje:

> Todo lo dicho hasta ahora se resume así: en el lenguaje sólo hay diferencias. Aún más importante: una diferencia generalmente implica términos positivos entre los cuales se establece tal diferencia; pero en el lenguaje sólo hay diferencias sin términos positivos (Saussure, 1974, pág. 120).

Este tipo de argumento empieza a corroer el simple punto de vista que vincula palabras con objetos al destacar que las relaciones entre las palabras —el siste-

ma de diferencias— son más importantes que la relación entre una palabra y un objeto. Saussure afirma que el conjunto de conceptos empleados por una cultura no está determinado por su mundo y que distintas culturas pueden utilizar gamas de conceptos muy diferentes. Saussure se resiste aquí a la idea de que existen conjuntos naturales de cosas, como ríos y arroyos, esperando ser nombrados por cualquier grupo de seres humanos que haya desarrollado un lenguaje en su vecindad; más bien ocurre al contrario: cada lenguaje produce su propio mundo conceptual diferenciado.

El tipo de evidencia que emplea Saussure para apoyar este argumento se basa en comparar lenguajes diferentes. Por ejemplo, en inglés se distingue entre «río» y «arroyo» principalmente basándose en el tamaño: un arroyo es un río pequeño, y viceversa. Sin embargo, en francés se hace una distinción bastante diferente entre las palabras *rivière* y *fleuve* que alude más bien al destino del agua: un *fleuve* desemboca en el mar mientras que una *rivière* desemboca en un lago o en otro río (Culler, 1976). La cuestión es que, en cualquier expresión particular que implique una referencia a masas de agua que fluyen, el sentido depende del conjunto de distinciones adecuado; es decir, del sistema de diferencias.

Si consideramos esto de una manera más general, el argumento de Saussure implica que no se puede comprender un lenguaje descriptivo de cualquier tipo simplemente teniendo en cuenta las palabras que se han dicho o escrito. La semiología se dedica, principalmente, a comprender lo que está presente mediante la comprensión de lo que no está presente. Necesitamos comprender el sistema subyacente que otorga a las palabras su pleno sentido, y este sistema sólo se alcanza a través del conjunto entero de expresiones posibles, ya que nunca es visible en una única expresión. Así pues, para Saussure el fin de la semiología es dilucidar el sistema de diferencias subyacente que da sentido a cualquier ámbito de significado, sea éste el lenguaje, la moda, la arquitectura o el código de circulación.

Estos argumentos semiológicos básicos presentan varias dificultades cruciales. Sin embargo, antes de examinarlas consideraremos una de las aplicaciones más importantes de estas ideas, el trabajo del semiólogo francés Roland Barthes.

Barthes y el significado de segundo nivel

Uno de los elementos fundamentales del argumento de Saussure sobre la naturaleza del lenguaje es la afirmación de que las unidades significativas —los signos— se producen combinando conceptos con «imágenes sonoras». Por tanto, el concepto de pantalones de algodón fuertes y resistentes se combina con la «imagen sonora» de la palabra «tejanos» para formar un signo lingüístico significativo: «tejanos». La posesión de signos como éste permite que las personas se comuniquen

unas con otras: pueden decir cosas como «me he manchado los tejanos de Pepsi» y ser comprendidas; conocer los signos convencionales permite que el oyente sepa con precisión qué tipo de prenda de vestir se ha manchado con Pepsi.

El argumento más importante de Barthes (1972) es que en las culturas humanas las cosas no se acaban aquí. De hecho, no pueden acabarse aquí. El mismo tipo de proceso que ha permitido la combinación del concepto y de la imagen sonora para producir el signo «tejanos», también permite que el signo «tejanos» se combine con un concepto nuevo en otro nivel. Este concepto nuevo puede ser producto de los tipos de asociaciones que acompañan a «tejanos». Con una orientación deliberada hacia la antropología, Barthes denomina mitos a estos conjuntos de asociaciones culturales. Por ejemplo, si los tejanos se llevan en condiciones duras de trabajo y se suelen ver, sobre todo, en personajes de películas de Hollywood que trabajan en la ganadería o en la construcción, pueden llegar a significar esas cosas. Mediante estas asociaciones, los tejanos pueden llegar a significar trabajos duros al aire libre, propios de personas que realizan actividades físicas y no tienen inconveniente en hacer trabajos sucios. Obsérvese que el sentido también se construye por contraste: los tejanos no forman parte de la vestimenta elegante de profesionales y oficinistas. Una vez establecida esta asociación se abre la posibilidad de llevar tejanos no por su idoneidad para trabajos duros, sino por lo que significan en un segundo nivel: dureza, carencia de remilgos, quizá independencia (véase Williamson, 1978).

Este proceso no se detiene simplemente aquí. Como los tejanos se llevan por su significación de dureza y no por una necesidad real de dureza, entonces pueden desarrollar otra significación: que quien los lleva va «a la moda»; y como las modas cambian por diversas razones, al mismo tiempo también pueden significar que quien los lleva está «pasado de moda». En este proceso, los tejanos pueden llegar a significar discotecas y bares en vez de ranchos y obras de construcción; y puede que los anunciantes necesiten construir estas asociaciones tradicionales volviendo a mostrar los tejanos en contextos de trabajos duros. Por ejemplo, en el momento de escribir este libro, la marca de tejanos Lee está realizando una campaña publicitaria en la que un vaquero musculoso atraviesa nadando un río desbordado para rescatar a una vaquilla que se ha quedado atrapada. Otro anuncio muestra a una «chica vaquera» utilizando su Levis para apagar el incendio de una bala de heno iniciado inadvertidamente por unos vaqueros novatos e ineptos, en una referencia visual a la película *Cowboys de ciudad*, donde un grupo de oficinistas aprende los rigores de la vida al aire libre. Algunas de las sutilezas de este proceso se examinan en el extenso estudio de Barthes sobre la moda (1983) y en sus investigaciones sobre la importancia de los símbolos y objetos culturales cotidianos en su libro *Mitologías* (1972 [año de publicación del original]). Barthes ha desempeñado un rol fundamental en el inicio de la investigación de esta cuestión, que él denomina «doxa»: el sentido común, no teorizado, de una cultura.

La cuestión es que este proceso de semiosis significa que no podemos hacer una distinción clara y tajante entre los significados «de diccionario» de unas palabras y sus significados culturales. Ciertamente, la palabra «tejanos» se refiere a unos pantalones aptos para trabajos duros, pero cuando «tejanos» se utiliza en alguna descripción o informe, su papel puede depender de lo que se transmita a un segundo nivel. Por ejemplo, la policía comunica que un sospechoso vestía tejanos «lavados a la piedra». Puede que esto no sea un simple indicador de lo que llevaba puesto el sospechoso durante el delito (y que puede carecer de importancia si el sospechoso se ha puesto otros pantalones); se puede utilizar para indicar algo acerca del sospechoso: por ejemplo, puede indicar su edad o su clase social. Como veremos más adelante, en este mismo capítulo, en los textos literarios se pueden utilizar detalles descriptivos de este tipo para transmitir una amplia gama de efectos.

Algunos problemas de la semiología

Esta perspectiva de la construcción de hechos presenta varios problemas importantes, aunque sólo algunos son pertinentes aquí. La primera consideración a tener en cuenta es que el estatus del sistema de diferencias no se especifica con claridad. En particular, no está claro si se trata de una teorización analítica de las distinciones disponibles en un lenguaje o si es un relato del mapa psicológico de estas distinciones que subyace a la percepción del significado de las palabras. En su propia manera de escribir, Saussure tiende a situar este sistema en las mentes de los hablantes (de ahí su insistencia más bien machacona en los «conceptos» y las «imágenes sonoras»). Esto puede tener unas consecuencias analíticas importantes. Por ejemplo, si deseamos considerar los tipos de distinciones que operan en un fragmento particular de un discurso descriptivo, podríamos animarnos a llevar a cabo algún tipo de investigación psicológica cognitiva de la organización conceptual mental. De hecho, algunos pasajes del *Curso de lingüística general* de Saussure presentan una sorprendente semejanza con los trabajos de la ciencia cognitiva contemporánea. En la semiología existe una tendencia a dejar de considerar las prácticas reales del empleo del lenguaje para buscar fenómenos en la mente de los actores (véanse Baker y Hacker, 1984; Harris, 1981). Algunos de los problemas que esto plantea se discutirán en el capítulo 4 (véase también Edwards, 1996).

El hecho de no tener en cuenta las prácticas de los participantes forma parte de las presuposiciones básicas de la semiología, no sólo por su énfasis cognitivista, sino también por su conceptualización de los problemas del lenguaje en función de la correlación entre el mundo (o en este caso las conceptualizaciones del mundo) y las palabras (o, como prefiere Saussure, las imágenes sonoras de las palabras). Como han destacado filósofos del lenguaje como Ludwig Wittgenstein y analistas conversacionales como Harvey Sacks, cuando consideramos las cosas

de esta manera se generan muchas confusiones porque se pierde de vista que el lenguaje se orienta a las actividades, es decir, se oscurece su naturaleza práctica.

Un problema relacionado con lo anterior es cómo se puede investigar una estructura subyacente. Existe una diferencia importante entre decir que el sentido de los términos descriptivos se sostiene mediante un sistema de diferencias en principio y analizar un conjunto de diferencias en la práctica. Si tomamos el ejemplo lingüístico con el que empezamos, podremos identificar contrastes entre las palabras «río», «arroyo» y «acequia» en un diccionario; pero es mucho más difícil mostrar el control práctico y las consecuencias de este conjunto de distinciones en un caso dado. Por ejemplo, se podrían pasar por alto las consecuencias que tendría anunciar la venta de una casa diciendo que tiene un arroyo que corre por el jardín o que tiene una acequia que atraviesa el jardín. Y es curioso que el análisis que hace Barthes del significado de segundo orden en *Mitologías* no esté basado en investigaciones conducidas de manera sistemática utilizando las categorías de la semiología; al contrario, son unos (brillantes) ejercicios interpretativos en los que Barthes recurre intensamente a su propia comprensión sutil —como miembro que es— de la cultura francesa y sus presupuestos subyacentes. Esta tensión problemática entre el aparato teórico manifiesto y el procedimiento analítico oculto es común en los trabajos semiológicos.

Sin embargo, no eran éstas las críticas que se dirigieron contra la semiología desde la tradición estructural. Las críticas se centraron en algunos de los fenómenos que quedaban ocultos por las distinciones básicas de la semiología de Saussure. Saussure había argumentado que el tema adecuado para el estudio semiológico era el sistema subyacente de diferencias (*la langue*) en vez de la realización de este sistema en casos particulares de lenguaje (*parole*); y también argumentó que una linguística coherente debe atender al estado del lenguaje en un momento particular en vez de ocuparse del desarrollo histórico del significado de las palabras. Uno de los aspectos que caracteriza, de una manera general, a los pensadores postestructuralistas, es que si bien aceptan la importancia de algún tipo de sistema de diferencias que subyace a los signos significativos, rechazan las llamadas a prescindir del cambio histórico y atender a la práctica real del lenguaje. Aunque existen muchas razones para esto, una de las más importantes es política: se consideraba que la teoría original de Saussure era ahistórica e idealista y (con la notable excepción de Louis Althusser) que no encajaba con el análisis social marxista.

Postestructuralismo

Dado que existen muchas líneas argumentales postestructuralistas que se relacionan con nuestro interés en la construcción de hechos, ni siquiera una cober-

tura muy selectiva podría hacer justicia a las numerosas cuestiones complejas que las separan. Empezaremos considerando el trabajo de Barthes sobre el realismo en la literatura. Aunque Barthes era un pensador que se encontraba a medio camino entre la semiología y el postestructuralismo, en sus últimos trabajos se apartó del objetivo de identificar una estructura o un sistema subyacente y se dedicó a considerar discursos o códigos de comprensión más fragmentarios.

Barthes y la construcción del realismo

Ya hemos examinado parte del trabajo semiológico de Barthes que tiene implicaciones para la construcción de hechos. Una de las inquietudes centrales de su pensamiento es la idea de realismo, especialmente cuando se aplica a textos literarios. En vez de tratar el realismo como si fuera consecuencia de un discurso que refleja el mundo con candidez, nos pide que consideremos el realismo como una ingeniosa construcción lingüística que crea el efecto de una representación cándida. Dicho de otra manera, su argumento es que el realismo mismo es una historia seductora en la que la naturaleza, no tocada por manos humanas, genera sus propias representaciones. Pero esta historia oculta la aportación humana a la producción y la comprensión de una representación. Al igual que a los sociólogos del conocimiento científico y los analistas conversacionales, a Barthes le interesa revelar este trabajo humano y explorar su operación. Como dijo en una discusión general de su proyecto:

> Las artes «analógicas» (cine, fotografía), los métodos «analógicos» (la crítica académica) están desacreditados. ¿Por qué? Porque la analogía implica un efecto de la Naturaleza: constituye lo «natural» como fuente de verdad; y lo que acrecienta la maldición de la analogía es el hecho de que es irreprimible: en cuanto se ve una forma, ésta debe parecerse a algo; la humanidad parece condenada a la Analogía, es decir, a largo plazo, a la Naturaleza (Barthes, 1977, pág. 44).

El libro *S/Z* (1974) es uno de los trabajos más adecuados para considerar la operación de las descripciones y del discurso factual. En esta obra, Barthes aborda esta cuestión examinando la distinción entre denotación y connotación. Sugiere que el punto de vista tradicional ha tratado la denotación (donde una palabra representa un objeto o un concepto) como primaria y la connotación (los tipos de significados de segundo orden examinados anteriormente) como secundaria. En contra de esto, Barthes argumenta que el énfasis en la denotación es ideológico: es una ficción sobre la naturaleza de la factualidad que se emplea para mantener discursos autorizados en la ciencia, la crítica literaria y la filosofía. Esta ficción puede cumplir este cometido porque hace que las cosas parezcan simples: «Aquí hay

unas palabras y aquí está lo que estas palabras representan». Desvía la atención de los efectos de la connotación, que son muchos más sutiles y abiertos.

La mejor manera de ilustrar esto es examinar el análisis que hace Barthes de un relato breve de Balzac. Barthes eligió esta historia por su condición ampliamente aceptada de texto realista clásico, aunque su análisis pone en duda este estatus y, de hecho, la categoría misma de «texto realista clásico». Este análisis implica descomponer el relato en fragmentos —algunos formados por varias frases y otros formados por unas cuantas palabras— en un contraste deliberado con la crítica literaria más tradicional que típicamente se centraba en el significado de un texto como un todo. Luego Barthes intenta demostrar que cada uno de estos fragmentos recurre, por lo menos, a uno de cinco códigos culturales que operan por medio de la connotación. Por tanto, el argumento central de *S/Z* es que el sentido del texto, incluyendo su «realismo», es producto de la operación de estos códigos básicos.

Estos códigos no se deberían entender como una señal en Morse, donde se da una correspondencia simple entre series de puntos y rayas y unas letras determinadas. Más bien se parecen a senderos que atraviesan las reverberaciones de textos pasados: «El código es una perspectiva de citas, un espejismo de estructuras... cada código es... una de las voces a partir de las cuales se teje el texto» (1974, págs. 20-21). Por tanto, descodificar el texto es una operación que consiste en seguir los senderos a través de estas citas. Para el lector, esto ocurre de manera instantánea y automática, pero Barthes trata de aminorar la velocidad del proceso y hacerlo lo más explícito posible.

En *S/Z* se examinan cinco códigos, aunque no está claro si Barthes los considera suficientes y adecuados para abordar todos los textos literarios. Los códigos se pueden caracterizar como se indica a continuación. El código «hermenéutico» atañe a los diversos enigmas del texto y a sus soluciones gradualmente reveladas. Por ejemplo, el título del relato, «Sarrasine», plantea la pregunta de qué o quién es este Sarrasine; el texto proporciona respuestas cada vez más completas a esta pregunta a medida que se desarrolla. Otro código («sémico») opera para crear personajes y ambientes particulares: la masculinidad, el carácter italiano, la feminidad. El código «simbólico», más tradicional, recurre a asociaciones clásicas. Por ejemplo, Barthes sugiere que las palabras que introducen el relato, «Me encontraba sumido en uno de esos profundos ensueños», presentan una antítesis básica —soñar despierto— que se repetirá y se reelaborará de maneras diferentes en el curso del relato. De los dos códigos restantes, el código «cultural» implica conocimientos de un cariz ampliamente sociológico y comprende aspectos como las características psicológicas que cabe esperar de grupos sociales como los artistas o la operación de actores mitológicos como los genios. El código «proairético» interviene en la construcción de pautas de acción en el texto, cosas que podrían entenderse de una manera más tradicional como «tramas» o «argumentos». Por ejemplo, Barthes sugiere que el «profundo ensueño» del narrador forma el escenario para un suceso que le pondrá fin.

Sólo he dado unos indicios generales de unas ideas muy ricas y sutiles, porque aquí el interés no reside en los detalles de los cinco códigos como tales. Estos cinco códigos han recibido la crítica de numerosos comentaristas por mezclar características muy diferentes de la construcción de relatos y conducir a análisis arbitrarios. Además, la distinción entre los códigos no siempre es fácil de mantener (por ejemplo, Culler, 1975). Lo importante aquí es el enfoque general al funcionamiento de un texto literario y la potencialidad de utilizar este enfoque como ayuda para comprender el funcionamiento de textos en otras áreas. A pesar de algún inconveniente, Barthes muestra con eficacia cómo intervienen los códigos de connotación en la generación del sentido de un texto. Los referentes brutos de las palabras, aun cuando fuera posible distinguir algo así, de ninguna manera son suficientes para sostener la historia.

Tomemos la segunda frase de la historia de Balzac: «La medianoche acababa de sonar en el reloj del Elysée-Bourbon». Barthes afirma que aquí hay tres capas de connotación y que todas ellas se derivan de la situación geográfica concreta del reloj. En primer lugar se connota riqueza, ya que el Elysée-Bourbon atraviesa un acaudalado barrio de París; en segundo lugar, se trata de una riqueza de nuevos ricos, pues se trata de una zona asociada a «dinero fresco»; en tercer lugar, es una zona de París vinculada a una época histórica específica (la restauración borbónica) en la que se podía hacer fortuna con rapidez. Es dudoso que los lectores menos sofisticados (y quizá menos franceses) que Barthes puedan generar todas estas connotaciones. Sin embargo, en función de la historia, los tipos de elementos connotados que contribuyen al sentido son precisamente éstos, y no la mera denotación de un reloj específico.

Podremos ver esto si consideramos el efecto que tiene en la historia la sustitución del reloj. Por una parte, serviría cualquier otro reloj que tuviera las mismas connotaciones, y lo mismo ocurriría con cualquier otro tipo de referencia geográfica adecuada, como una calle. Por otra parte, el nuevo reloj no serviría si no evocara estas connotaciones (por ejemplo, si fuera un monumento muy conocido de un zona residencial de clase obrera). Como dice Barthes: «La denotación no es el primer significado, pero pretende serlo; bajo esta ilusión, al final no es más que la última de las connotaciones» (1974, pág. 9). Así pues, Barthes argumenta que la denotación es una imagen o una historia poderosa que nos impide ver cómo se produce el sentido de las descripciones y, por ende, su factualidad. La simplicidad y la claridad de las denotaciones —«ahí esta la palabra y ahí la cosa»— nos inducen a pensar que son garantes del realismo.

Barthes, Balzac y el análisis conversacional

A Barthes le interesa enormemente destacar que el tipo de análisis que él realiza no es semiológico en el sentido tradicional. En aquella época había rechazado

las categorías semiológicas tradicionales por considerarlas demasiado rígidas. No existe ningún sistema general de connotaciones que se pueda caracterizar de una manera exhaustiva. Al contrario, los códigos son un conjunto indeterminado de reverberaciones «cuyo origen se pierde» (1974, pág. 10). No hay posibilidad de trazar enteramente sus orígenes. Barthes también está interesado en eliminar la idea de que su interpretación de la historia es puramente personal y se basa en sus propias redes privadas de connotaciones textuales. Y lo hace de una manera muy interesante. En vez de negar su subjetividad, reformula la noción misma de subjetividad. De hecho, sugiere que su propia subjetividad se constituye a partir de los mismos códigos que constituyen el sentido de la historia de Balzac. Así pues, para Barthes la persona se construye con el mismo material que se emplea para construir una cultura específica, y analizar una cultura, analizar un texto realista y analizar la subjetividad de una persona son actividades bastante similares entre sí.

Queda por ver si Barthes ha tenido éxito en contrarrestar el problema de la interpretación subjetiva. Aunque el argumento sobre la construcción textual de la subjetividad tenga éxito (y esta idea ha sido explorada por muchos pensadores postestructuralistas y feministas; véanse Hollway, 1989; Moi, 1985; Weedon, 1987), no está claro que esto deba desembocar en los tipos de construcción uniforme que conducen a interpretaciones concordantes. Parte del problema de utilizar el postestructuralismo como base para una teoría general de la construcción de los hechos surge de la tendencia a presuponer que las interpretaciones de textos literarios formales son la clave para comprender el mundo. Contra esto se podría argumentar que las historias y las descripciones que se dan en contextos más cotidianos y mundanos son, por lo menos, igual de fundamentales. Además, los conocimientos obtenidos en contextos informales o interactivos podrían revelar elementos importantes del funcionamiennto de textos más formales. Por ejemplo, se podría adoptar una estrategia más basada en el análisis conversacional y examinar cómo se ofrecen historias y descripciones en contextos interactivos como las reuniones familiares, las clases de una escuela o las vistas de un juzgado. Esto añade a la investigación postestructuralista de los textos formales la posibilidad de estudiar cómo orientan mutuamente sus descripciones los diversos participantes. En vez de intentar respaldar las interpretaciones con la idea de una perspectiva de citas, este enfoque tendría en cuenta el orden y el aspecto de unas citas reales.

Tomemos otra vez el reloj del Elysée-Bourbon. Barthes destaca que las connotaciones de esta referencia geográfica son cruciales para el sentido de la historia. Pero las referencias a lugares no son en modo alguno exclusivas de contextos literarios. Un estudio analítico conversacional de Paul Drew (1978) ha examinado el empleo de referencias geográficas en un tribunal que investigaba las reacciones de unos policías a unos sucesos violentos acaecidos en Irlanda del Norte en 1969. En el siguiente fragmento, A es un abogado que lee fragmentos del informe oficial de

la policía y T es un testigo, un veterano oficial de policía implicado en los sucesos que se investigan.

1. *A*: Así que tenemos: «Disturbios en Percy Street — multitud fuera de control», «Multitud bajando por Conway Street desde Shankill Road» y «Multitud en Donegal Road procedente de Sandy Row».
T: Sí.
A: ¿Todas indican una invasión de protestantes en zonas católicas?
T: Yo diría que estaban encolerizados —¿asustados?— por el tiroteo que se estaba produciendo.
(Drew, 1978, págs. 1-2)

Lo que Drew desea destacar es que la mención de nombres de lugares no es una mera guía para describir las zonas de la ciudad donde se produjeron los disturbios. Estas referencias geográficas se emplean más bien para indicar características de las identidades de determinados grupos de personas. No sólo esto: también se utiliza el orden particular de los lugares para indicar una actividad de ataque e invasión. Y, a diferencia del ejemplo de Barthes sobre el reloj del Elysée-Bourbon, no tenemos que aceptar conjeturas sobre las inferencias que los lectores potenciales podrían hacer acerca de la naturaleza de una zona de París, porque vemos las inferencias reales sobre las diversas localizaciones de Belfast que se mencionan en el fragmento. El abogado formula los lugares geográficos como indicativos de la naturaleza de la multitud y de su actividad (atacar) y el testigo no se muestra en desacuerdo con esta formulación; al contrario: construye un motivo posiblemente menos censurable para el ataque.

Ahora bien: no deseo sugerir que aquí exista una línea divisoria simple y metodológica y que Drew tiene evidencias mientras que Barthes especula. Por un lado, el análisis de Drew está muy basado en sus conocimientos de la justicia y de qué es una acusación, entre otras cosas. Por otro, Barthes hace una afirmación específica sobre las connotaciones de un zona particular de París que los lectores conocedores de la cultura francesa están en posición de evaluar. Sin embargo, la tarea analítica de Drew se simplifica mucho más porque considera que las descripciones se inscriben en secuencias de interacción. Estas descripciones se producen en un interrogatorio a un testigo que (al final) se acaba convirtiendo en una acusación: la policía es acusada de faltar a su deber y no detener el ataque. Tener acceso a las orientaciones de los participantes que se desprenden de la naturaleza alternativa —por turnos— de su interacción, ayuda a comprender las connotaciones particulares de esta descripción además de proporcionar un medio para justificar su interpretación analítica (Drew, 1995). Barthes no dispone de esta posibilidad.

Intertextualidad y guerra

Otra noción explorada por Barthes en su trabajo fue la intertextualidad. Esta noción fue desarrollada por Julia Kristeva (1980) a partir de la noción de «heteroglosia» del teórico y crítico literario soviético Mikhail Bakhtin (1981; véase también Volosinov, 1973). Aunque existen varias interpretaciones contradictorias de este término, no es éste el lugar para detenernos en una exégesis que nos apartaría del tema de la construcción de hechos.

La intertextualidad se puede concebir como una consecuencia del alejamiento postestructuralista de la observación del sistema de diferencias subyacente (*la langue*) y de su acercamiento a examinar la realización del lenguaje en los textos y en el discurso (*parole*). Habiendo abandonado las estructuras abstractas e idealizadas de la semiología, el análisis necesita abordar textos reales, discursos reales, y las relaciones reales entre unos y otros. Para Barthes, la relación entre textos se reduce a citas: cada texto es, por lo menos en parte, un «pastiche» o conjunto de citas de textos anteriores. E intertextualidad significa, para él, relaciones entre citas. Los diversos códigos que este autor examina en *S/Z* son expresiones de relaciones intertextuales en este sentido. Sin embargo, como veremos más adelante, la intertextualidad también se puede tratar como una relación entre géneros o formas de representación y se puede considerar que abarca situaciones donde las metáforas fundamentales en un campo de discurso se utilizan en otro.

Algunos de estos otros sentidos de la intertextualidad se pueden ilustrar examinando textos relacionados con la guerra y el conflicto. Tomemos, por ejemplo, la comedia de humor negro de Stanley Kubrick sobre los peligros del holocausto nuclear, *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú*. En la película hay un fragmento que relata un ataque de marines estadounidenses a una de sus propias bases aéreas donde un comandante enloquecido ha ordenado un ataque nuclear. Lo que sorprende de esta secuencia es que no sigue las formas convencionales de representación de las películas bélicas ficticias de la década de los cincuenta. Tampoco sigue el estilo de cámara y montaje del resto de la película. En cambio, sigue estrechamente el estilo familiar de las películas documentales sobre campañas militares, como los aterrizajes del Día D y la guerra de Corea. La cámara se sostiene a mano y sus movimientos son inestables, y la película se rueda como si el cámara formara parte de la acción, corriendo con los soldados, esquivando balas, etc. La película es borrosa, con mucho grano y está mal iluminada; la acción es caótica.

Existen muchísimas críticas de esta película que discuten las posibles funciones de esta secuencia. Sin embargo, una de las funciones que parece tener es proporcionar un contraste con la deliberada estilización de otras secuencias. Este contraste se construye, en parte, mediante el aparente realismo de la secuencia; imita películas documentales genuinas sobre la guerra, en vez de las recreaciones de la guerra típicas del cine. El efecto de esta mirada depende de la familiaridad

del público con los documentales genuinos. Podemos «leer» la secuencia en el texto fílmico de Kubrick de esta manera a causa de nuestra experiencia de otros textos. Obsérvese que esto no es intertextualidad en el sentido de Barthes porque no se da una cita específica. En cambio, es un estilo de representación completo que se ha resituado en un contexto diferente.

En un estudio dedicado a la interpretación de noticias de televisión sobre las intervenciones militares en Irlanda del Norte, John Fiske y John Hartley (1978) propusieron que el proceso inverso también entra en juego. Los espectadores interpretan los reportajes documentales en función de las convenciones de las representaciones ficticias de la guerra. Por ejemplo, los espectadores interpretan los planos de soldados que miran con cautela desde posiciones defensivas en función de la lógica del «blanco y negro», donde «los buenos» miran desde la trinchera, el vagón de tren o el fortín hacia un enemigo invisible y malvado. El estilo del encuadre hace que el espectador considere que los soldados «son de los nuestros». Por tanto, su conclusión es que las referencias intertextuales de las imágenes proporcionan un conjunto de categorías morales subrepticias para comprender lo bueno y lo malo, mientras que los reporteros no parecen hacer nada más que limitarse a grabar lo que sucede delante de la cámara. Las películas, igual que ocurre con cualquier fotografía, poseen un halo retórico sólidamente establecido que susurra «me limito a captar lo que está ahí» (Barthes, 1981; Shapiro, 1988).

Tomando como base estos dos ejemplos, es tentador tratar esta cuestión como si fuera una confusión entre un modo ficticio de representación construido con ingenio y un modo factual de representación registrado con ingenuidad. Sin embargo, esta consideración es demasiado simple. También las películas documentales son una construcción que se produce en varios niveles (véanse contribuciones a Crittenden y Potter, 1986; especialmente Kuehl, 1986). Cuando se rueda una película bélica en situaciones reales de batalla, existen unas limitaciones comunes y evidentes sobre qué se puede filmar y qué no, y sobre cómo se realiza la película. Por ejemplo, para el equipo de rodaje es difícil evitar filmar sucesos desde el punto de vista de sus propias tropas. Y hay muchos tipos de selección menos evidentes que determinan qué es interesante, de interés cinéfilo, noticiable, y los tipos de narraciones que se pueden relatar. Las imágenes se combinan formando narraciones en la sala de montaje: las narraciones no están por ahí, esperando que alguien las recoja. También existe otro nivel intertextual pertinente cuando se trata con sujetos humanos como los soldados. Si, como destacan los etnometodólogos, las personas diseñan su conducta para que sea inteligible y responsable, para conseguirlo pueden recurrir a su comprensión de diversos textos familiares. Por ejemplo, un estudio etnográfico de reportajes gráficos sobre la guerra de Vietnam reveló que los soldados jóvenes eran capaces de adoptar un estilo de interacción determinado cuando se los filmaba, porque sabían qué se esperaba de ellos basándose en su experiencia de películas de guerra (véase Krohn, 1992). Esto impli-

ca que es importante no ver la conducta como algo natural y sólo su representación como artificial. Desde otra perspectiva, la conducta es inseparable de su diseño y de la manera de hacerla inteligible (Garfinkel, 1967; Sacks, 1992).

Michael Shapiro (1989) ha argumentado que lo que se relaciona con diversos intertextos no es simplemente la conducción de la guerra ni la interpretación de unas imágenes específicas, sino la comprensión general de la naturaleza de la guerra y las razones para ella. Shapiro se interesó especialmente en lo que él caracteriza como el intertexto deporte/guerra en el discurso político estadounidense. Shapiro sugiere que la población de los Estados Unidos está totalmente familiarizada con el discurso deportivo porque tiene una gran experiencia como participante y como espectador. En este caso no existen las mismas dudas que en relación a si la mayoría de la población francesa puede conectar el Elysée-Bourbon con la importancia financiera de la Restauración borbónica.

La familiaridad del discurso deportivo le otorga una «importante "figurabilidad" como práctica de representación» (Shapiro, 1989, pág. 72); y esta figurabilidad puede ser explotada por los políticos. El discurso deportivo permite formular una amplia gama de distinciones: ganadores y perdedores, aptitud natural contra duro entrenamiento, etc. También ofrece una gama de metáforas fundamentales asociadas a nociones como competición, juego limpio y espectáculo. Así pues, lo que ofrece el discurso deportivo es un conjunto elaborado de bloques para construir versiones de cómo son las cosas; y estos bloques se pueden utilizar para producir relatos de relaciones internacionales que destacan ciertas características y ocultan otras. Al describir un libro escrito por un reciente secretario de defensa estadounidense, Shapiro argumenta:

> Muestra preocupación por dar una imagen en la que los Estados Unidos y su adversario participan en una competición que funciona dentro de un espacio vacío de cualquier contenido importante... a excepción de los tipos de posiciones estratégicas... que se dan en una cancha o en un terreno de juego. La figuración deportiva se articula bien con el tipo de imágenes geopolíticas que han promocionado una forma estratégica y, por tanto, mistificada, de los efectos de la política de conflicto y seguridad (1989, pág. 89).

Este breve relato de la intertextualidad no agota de ningún modo los sentidos en que se ha utilizado este término (véanse alternativas en Worton y Still, 1990). El principal aspecto a destacar es que la noción de intertextualidad se antepone a las relaciones frecuentemente ocultas entre textos, discursos o géneros, al tiempo que destaca las limitaciones de la visión simplista de los hechos basada en las palabras y los objetos. Además, esta noción nos insta a no tratar el realismo como un aspecto unitario y claro de los textos, y a verlo como algo fragmentario y variado en sí mismo (McCabe, 1974; Nichols, 1992). Veremos un rechazo aún más com-

pleto a la visión de los hechos basada en las palabras y los objetos y a la historia unitaria del realismo en la obra de Jacques Derrida y en su noción de desconstrucción.

Derrida y la desconstrucción

El trabajo de Jacques Derrida no se ha centrado expresamente en el realismo o la construcción de hechos. Su principal objetivo han sido las presuposiciones fundamentales de una amplia gama de tradiciones occidentales del saber, desde la filosofía griega en adelante (Derrida, 1976). Sin embargo, en este ataque sostenido al pensamiento occidental, Derrida desarrolla nociones sobre el discurso, la metáfora y la retórica que tienen importantes repercusiones para la manera de entender la factualidad. En la medida de lo posible, el examen de las ideas provocativas y rebuscadas de Derrida se limitará a lo que sea pertinente aquí, teniendo presente al mismo tiempo que, según el propio Derrida, su trabajo se resiste a la sistematización y al resumen (Bennington y Derrida, 1993). ¡Yo le creo! (Véanse discusiones generales y accesibles del trabajo de Derrida en Culler, 1983; Norris, 1987.)

Derrida ha explorado cómo se producen los «efectos de verdad» en el discurso filosófico; es decir, cómo se sostiene un argumento y se hace que parezca lógico o necesario. Como dice el crítico Christopher Norris, para Derrida la verdad es un «ejército en marcha de metáforas, metonimias y antropomorfismos... las verdades son ilusiones cuya naturaleza ilusoria se ha olvidado...» (Norris, 1988, pág. 14). Esta misma descripción ilustra un tema fundamental en el trabajo de Derrida, ya que Norris cita como ilustración del pensamiento de Derrida al crítico cultural Gayatri Spivak, quien a su vez cita al filósofo Friedrich Nietzsche. La cita se repite a medida que circula por textos diferentes; algo que Derrida considera fundamental para el empleo del lenguaje.

Como ya indiqué anteriormente, un enfoque de este tipo no tiene que considerarse necesariamente crítico. Puede abordar la producción de la verdad sin que la verdad se considere menos verdadera por exponer sus mecanismos al escrutinio analítico. Sin embargo, Derrida no se limita a exponer la maquinaria que hace funcionar los argumentos filosóficos para admirar su elegancia; su objetivo es demostrar que este funcionamiento depende, precisamente, de la maquinaria y que, además, esta maquinaria tiene un defecto. El objetivo de su programa de desconstrucción es disipar las ficciones sobre el lenguaje, la verdad y la lógica que divulgan los filósofos.

Derrida centra su crítica en dos presuposiciones estrechamente relacionadas entre sí que apuntalan gran parte del discurso filosófico. Una es que los argumentos filosóficos se encuentran bajo el control deliberado de los grandes pensadores que los desarrollan; la otra es que su «transcripción» a un lenguaje escrito es una

operación secundaria, una parte trivial pero necesaria del proceso de transmisión de ideas. En primer lugar abordaremos la segunda presuposición.

Derrida argumenta que las verdades filosóficas dependen de su realización en el discurso. Su eficacia no está generada por su forma lógica abstracta, sino que es producto del lenguaje en el que se «expresan». Dependen de la movilización de un ejército de metáforas y sistemas de oposiciones. La tarea específica de la desconstrucción de Derrida es explorar y descomponer este sistema para exponer sus operaciones. Por ejemplo, en un análisis clásico inspirado en la desconstrucción, Richard Rorty (1980) argumenta que la metáfora de la mente como espejo —una «esencia cristalina» interior, en la que se reflejan representaciones del mundo— ha sido fundamental para el funcionamiento del discurso filosófico. Lejos de ser un mero adorno retórico que flota en la superficie de un argumento «adecuado», la metáfora y el funcionamiento del lenguaje son los verdaderos responsables de la apariencia de verdad de este discurso.

El trabajo de Derrida desarrolla una noción muy amplia del discurso y la retórica que mantiene estrechas relaciones con la noción de Saussure de un sistema subyacente que da sentido a elementos léxicos individuales. Este pensamiento semiológico se emplea, en parte, para desestabilizar las tradiciones dominantes en la filosofía que han acentuado lo que está presente en detrimento de lo ausente. Sin embargo, lo que recibe un sentido no son elementos léxicos aislados sino argumentos completos; y a diferencia de la semiología, el «sistema subyacente» no está constituido meramente de oposiciones y relaciones secuenciales, sino de metáforas, figuras de discurso y presuposiciones organizadoras a gran escala.

Al anteponer el papel de los sistemas de discurso —un papel que ha sido pasado por alto o reprimido por la filosofía tradicional—, Derrida destaca un problema importante de la noción según la cual los argumentos se originan en los pensamientos de los individuos y, por tanto, a ellos cabe remitirlos. El problema es que los hablantes no inventan estos sistemas con su discurso, sino que poseen sus propias historias culturales complejas. Los hablantes recurren a estos sistemas, pero no los tienen bajo su control. Los textos filosóficos son parte de la esfera pública. Son leídos, interpretados, analizados, criticados, reelaborados. De la misma manera que escritores como Barthes y Foucault atacaron la idea tradicional de que sólo los autores proporcionan la interpretación definitiva de sus novelas, Derrida también pone en duda el privilegio de los filósofos para gobernar el sentido de sus propios argumentos.

Firmas y parásitos

Estos temas básicos del trabajo de Derrida se pueden ilustrar examinando su crítica de la explicación de John Austin de los actos discursivos en *Cómo hacer co-*

sas con palabras (Derrida, 1977a). Ya hemos examinado brevemente el trabajo de Austin en la introducción, destacando la importancia de su tratamiento del lenguaje como medio para la acción. Especialmente pertinente es el rechazo de Austin a la idea dominante según la cual las afirmaciones son una clase especial de expresiones que deben entenderse mediante su relación abstracta con la realidad, y su intento de destacar la realización de un acto de afirmación, similar a la actuación implicada en hacer una apuesta, casarse o bautizar un buque. Con esto, Austin había empezado a proporcionar un aparato teórico para comprender el discurso descriptivo en términos pragmáticos.

Derrida se sintió atraído por el argumento de Austin por varias razones. Corroe la imagen tradicional de la comunicación como un transporte de significados de un hablante a otro. Austin estaba más interesado en saber cómo se hace que ocurran las cosas, que en determinar cómo se intercambia información. También rebaja la importancia de la verdad/falsedad, destacando en cambio la noción de que las expresiones se emplean con una fuerza particular. En vez de considerar una expresión como «la puerta está abierta» en función de la verdad (la puerta, ¿está abierta o no?) la atención se centra en si esta expresión se ha dicho con la fuerza de una petición, una orden, una queja, o lo que sea. (Derrida se complace aquí en trazar un paralelismo con las ideas de fuerza de Nietzsche ¡ante el que Austin probablemente se estremecería!) Una atracción final para Derrida era la elevada conciencia que tenía Austin del trabajo del lenguaje, dramatizada por su empleo frecuente de juegos de palabras y neologismos de una manera que recordaba al propio Derrida.

La principal crítica de Derrida al punto de vista de Austin sobre el lenguaje es que privilegia el discurso hablado y considera que su fuerza está bajo el control intencional del hablante. Derrida somete *Cómo hacer cosas con palabras* a un análisis desconstructivo que, en primer lugar, muestra que el texto de Austin realmente favorece lo hablado y el papel de las intenciones y, en segundo lugar, revela las técnicas de control mediante las cuales el texto mantiene una apariencia de coherencia frente a la amenaza de problemas y complejidades.

Vamos a centrarnos en un ejemplo concreto para aclarar lo que ocurre aquí. Una de las características del discurso que es especialmente patente en la escritura, pero que con frecuencia se pierde en las descripciones del habla, es lo que Derrida denomina su iterabilidad. El discurso se puede utilizar en ausencia de cualquier referente que pudiera tener (podemos hablar de una puerta abierta estando en otra habitación o en otro continente) y no está vinculado con la intención del hablante. Esto es muy patente en el discurso escrito, que probablemente se leerá lejos de su autor, pero también ocurre con el habla. La iteración destaca la cualidad de «nuevo uso» del discurso; las personas se basan en palabras, frases y maneras de hablar que han utilizado y oído repetidamente. Durante el habla se puede citar a otra persona, leer poesía o, desde luego, ser irónico o festivo. Contras-

temos esto, por ejemplo, con la afirmación del lingüista Noam Chomsky (1966) según la cual el habla es incontrolablemente original y compleja, ya que cada hablante crea oraciones potencialmente únicas.

No es que Austin pase por alto la iterabilidad del discurso, ya que su presencia perturba su texto de varias maneras. Y Austin la aborda estableciendo una distinción entre formas de habla serias y parásitas. Centra su teoría en los actos discursivos serios, auténticamente deliberados, y deja lo que considera formas parásitas del lenguaje —ironías, chistes, actores de teatro, etc.— para un examen posterior (que nunca acaba de realizar). Según Derrida, con el pretexto de examinar el funcionamiento del lenguaje ordinario, Austin introduce una «determinación ética» entre lo que es un lenguaje apropiadamente ordinario y lo que no lo es.

Derrida desarrolla su argumento centrándose en uno de los ejemplos favoritos de Austin. Austin sugiere que, en el caso de expresiones escritas que desempeñan actos discursivos, la ausencia del hablante original como fuente y garantía es contrarrestada mediante el empleo de una firma. La firma sostiene la representación textual. Derrida indica que aquí se da una paradoja. Aunque las firmas parecen sostener la representación textual proporcionando la marca única del autor, sólo pueden realizar esta tarea porque son repetibles o iterables. «Para funcionar, es decir, para ser legible, una firma debe tener una forma repetible, iterable, imitable; debe ser capaz de separarse del propósito presente y singular de su producción» (Derrida, 1977a, pág. 193). En una máquina de franqueo de talones bancarios, por ejemplo, se puede imprimir una firma y la persona cuya firma se imprime puede no tener conocimiento de un talón particular, y mucho menos tener una intención específica que garantice su autenticidad.

En este punto, Derrida se entrega en cuerpo y alma a un debate con el teórico del acto discursivo John Searle, generado por su artículo original sobre Austin. Searle (1977) había respondido al artículo original de Derrida y había enviado una copia manuscrita de su artículo a Derrida para que éste, a su vez, escribiera una respuesta. Derrida ilustró una gama de problemas mediante una extraordinaria y festiva exploración de este manuscrito. Por ejemplo, el nombre de John Searle escrito a mano aparece al final del manuscrito, cerca del copyright. Es decir, el propio artículo de Searle proporciona un caso práctico para explorar el papel de las firmas. Derrida se pregunta si la presencia de esta firma significa que Searle proclama ser el origen del texto, como sugiere la explicación de las firmas basada en el acto discursivo. De ser así, ¿qué ocurre con los exagerados agradecimientos a otras personas que le ayudaron? ¿También ellas son autoras? Además, Searle fue discípulo de Austin y afirmaba conocer y seguir las intenciones de Austin en su respuesta: siendo así, ¿también debería constar Austin como autor? ¿Y si se tuvieran en cuenta las intenciones inconscientes, especialmente dada la naturaleza potencialmente edípica de la relación estudiante/supervisor de Searle con Austin? ¿Significa esto que el propio Searle carece de una intención unitaria que gobierne

el texto y que, en cambio, posee un conjunto de intenciones conscientes e inconscientes (que quizá empujan en direcciones distintas)?

Siguiendo esta línea argumental, Derrida hace un juego de palabras y propone en broma que el autor del artículo no se llama Searle sino Sarl, en referencia a un término legal francés (*Société à responsabilité limitée*, literalmente, «Sociedad de responsabilidad limitada» o sociedad limitada; Derrida, 1977b, pág. 170). De esta manera, Derrida opone a la imagen del origen unitario y único del discurso propia del acto discursivo, la idea de una sociedad más o menos anónima con una responsabilidad limitada. En este caso, la jugada de Derrida es similar a la de Barthes cuando rechaza la idea de que produce una interpretación puramente personal de la historia de Balzac, destacando que su identidad como lector se constituye a partir de unos códigos de comprensión distribuidos socialmente.

Derrida desarrolla su crítica preguntándose si Searle/Sarl tratará de ponerle una demanda por violación del copyright ya que, en el curso de una extensa respuesta, ha citado la respuesta anterior en su totalidad. Esto comporta tres cosas. En primer lugar, insta a considerar si las intenciones, los medios y los orígenes se tendrían que resolver mediante los procedimientos prácticos de los tribunales de justicia y no mediante un análisis filosófico abstracto. En segundo lugar, plantea la pregunta de si el texto de Searle/Sarl sigue estando gobernado por su intención de autoría única garantizada por la firma, cuando se repite en este contexto nuevo. En tercer lugar, acentúa otro aspecto de la iterabilidad de la escritura, que es que cada repetición implica adición y transformación: el texto de Searle/Sarl cobra nuevos significados cuando se remite a sí mismo en la respuesta. Así es como Derrida erosiona la idea de que un texto está sometido a la simple autoridad intencional de un individuo —en este caso Searle— y destaca que los textos constantemente adoptan nuevos significados y se utilizan de nuevas maneras.

Derrida, el discurso factual y la conversación

Todo esto puede parecer arcano, filosófico, y alejado del interés fundamental en el discurso factual. Sin embargo, esta incursión en el trabajo de Derrida es importante porque los argumentos sobre el lenguaje y la intención no terminan cuando abandonamos el ámbito de la filosofía. Si estos argumentos son válidos, se deberían aplicar por igual a todas las descripciones y afirmaciones. Por ejemplo, se deberían aplicar a los tipos de discurso científico y mundano que constituyen el tema analítico de los dos capítulos anteriores. Igualmente importante sería aplicarlos al discurso de los sociólogos y los analistas conversacionales que han escrito acerca del análisis de hechos. Y nos vuelven a recordar que el discurso del presente libro es, en sí mismo, un trabajo de construcción de hechos. Los textos de Derrida son especialmente conscientes de su propia operación, lo que suele frus-

trar y desconcertar a sus críticos anglosajones. Como ya he destacado, el presente libro está orientado, principalmente, hacia el exterior. No explora sus propias metáforas y oposiciones; saca poco provecho de sus propias —y variadas— decisiones constructivas sobre disciplinas y personajes; y recurre libremente a diversos tropos y mecanismos para sostener su propia autoridad. En general, en este libro he optado por utilizar la forma familiar y trillada de la construcción de hechos para formular la construcción de hechos en sí. Esta voz básicamente no reflexiva ayuda a mantener el texto lo más simple posible, especialmente al abordar literaturas tan complejas como el postestructuralismo; sin embargo, el postestructuralismo nos advierte que la simplicidad suele indicar, precisamente, la existencia de unas presuposiciones compartidas pero ocultas. El lector ya está avisado.

Existe una zona de tensión potencial entre la desconstrucción y el análisis conversacional. Derrida ha luchado incesantemente contra el injustificable privilegio que, en la filosofía, ha recibido el habla en relación a la escritura. En cambio, el análisis conversacional ha elevado el estudio del habla en sí a la categoría de arte. Dada la importancia del análisis conversacional para mi argumento, es importante tener presente esta consideración. La primera cuestión a destacar es que este contraste puede ser más aparente que real. Como Derrida, los analistas conversacionales han sido reticentes a tratar el habla como si simplemente estuviera bajo el control soberano e intencional de los hablantes (Heritage, 1990/1991) y han sido casi tan críticos como Derrida con los enfoques del lenguaje centrados en el acto discursivo (Levinson, 1983; Schegloff, 1988a). De hecho, los analistas conversacionales han vuelto esta cuestión del revés y tratan como temas de investigación por derecho propio los intereses de las personas por el significado que se quiere dar a algo y por la autoría exacta de un punto de vista expresado (Levinson, 1988; Clayman, 1992).

Otra cuestión a destacar es el papel del análisis en el análisis conversacional. El proceso de transcribir el habla es un paso preliminar crucial para la investigación. Las transcripciones se pueden considerar mecanismos que destacan con precisión la iterabilidad y la textualidad del habla. Permiten identificar pautas que no están conectadas a ningún hablante en particular y examinar las propiedades regulares de los mecanismos para la construcción de hechos. Separa el habla de la inmediatez y la presencia de la voz de manera que se pueden ver, uno al lado del otro, fragmentos diferentes de expresiones del mismo hablante. Podría decirse que el análisis conversacional ha elevado a la categoría de arte el desinterés por las intenciones rectoras individuales.

Estas cuestiones ponen de relieve algunos paralelismos entre la desconstrucción y el análisis conversacional. Sin embargo, siguen existiendo algunas diferencias importantes. La más destacable es que una crítica desconstructiva puede atacar el contraste básico del análisis conversacional entre el habla mundana y el habla institucional. Algunos analistas conversacionales han propuesto que el habla

mundana es la forma de interacción primaria y seguramente primordial, y que otras formas de interacción y habla en contextos institucionales son una derivación de esta forma esencial (Heritage, 1984). Éste es, precisamente, el tipo de jerarquía que Derrida ha desconstruido en el trabajo de Austin. Y, de hecho, David Bogen (1992) ha argumentado de manera similar que la primacía del habla mundana no es un descubrimiento del análisis conversacional sino una presuposición analítica y teórica. Además, incluso la noción misma de habla mundana, con su implicación de un ámbito homogéneo y libre de intereses o estructuras institucionales, está abierta a un examen crítico.

Algunas de estas cuestiones volverán a aparecer con una forma diferente en capítulos posteriores. De momento, lo importante de este apartado es que los argumentos de Derrida desvían la atención de las intenciones del hablante o autor y la dirigen hacia las organizaciones del discurso que hacen que un discurso o un escrito particulares parezcan plausibles y naturales. Estos argumentos demuestran que centrarse en las ausencias y en las oposiciones sin fundamento puede ser fructífero, como lo puede ser interesarse por los sistemas de metáforas y los tropos fundamentales que forman parte del discurso factual como, por ejemplo, la metáfora del espejo o la imagen de una palabra aislada relacionada con un objeto preexistente. Respiremos ahora a fondo y finalicemos abordando la obra de otro postestructuralista: Michel Foucault.

Foucault y la construcción de objetos y sujetos

Como hice con Derrida, no voy a intentar sistematizar las ideas de un pensador tan complejo y prolífico como Michel Foucault, cuyo trabajo se ha caracterizado por unos cambios teóricos importantes y por haber abarcado una amplia gama de temas (véase Dreyfus y Rabinow, 1982). Mi interés se centrará específicamente en las características de su sistema teórico relacionadas con los hechos y con su construcción, aunque también destacaré otros elementos en la medida en que sean necesarios en aras de la claridad.

Una manera de clasificar a Foucault es como sociólogo e historiador del conocimiento o, siguiendo el título de uno de sus trabajos más influyentes, como arqueólogo del conocimiento (1972). Aunque procede de una tradición muy diferente a la de la mayoría de los investigadores examinados en el capítulo 1, Foucault adopta una postura muy similar a la de los sociólogos en relación a la verdad. Para evitar quedarse atrapado por cuestiones epistemológicas relacionadas, por ejemplo, con la corrección o adecuación de algún ámbito del conocimiento, Foucault prescinde de ellas. Las ventajas de esta postura son las mismas. Foucault es libre de centrarse en la producción y la utilización de conocimientos en instituciones como la psiquiatría o la criminología sin atender al interés de los partici-

pantes en determinar si un conocimiento es verdadero o no. Para destacar esta postura, Foucault emplea la llamativa metáfora de los regímenes de verdad que nos insta a ver la verdad como si estuviera relacionada con una organización social específica que suele ser jerárquica, potencialmente opresiva y sujeta a cambios radicales mediante golpes de Estado y revoluciones.

El éxito de la metáfora de Foucault ilustra uno de los aspectos fundamentales de su pensamiento. De hecho, ha aportado un nuevo objeto al mundo: un régimen de verdad. Es decir, su discurso ha producido una cosa nueva y esta cosa se puede describir y discutir. Foucault propone que ciertas instituciones como la psiquiatría, a medida que se han ido desarrollando, han ido produciendo continuamente discursos que constituyen objetos nuevos. Por ejemplo, la noción de homosexual se puede trazar como una categoría particular que surge del desarrollo de las disciplinas de la medicina y la psicopatología. El homosexual se presenta como un objeto que se puede identificar, contar, inspeccionar y contrastar con lo «normal». De hecho, Foucault destaca con fuerza el papel de desarrollar procedimientos administrativos para contar y clasificar, de una manera muy parecida a los argumentos etnometodológicos sobre la producción de hechos institucionales como las estadísticas de suicidios. En cada caso, la imagen de un simple objeto que se puede contar queda socavada cuando se destacan los procedimientos y las presuposiciones que intervienen en su producción, y se pone de manifiesto su relación con una organización institucional.

Foucault (1972) sugiere que los discursos, además de producir objetos, pueden producir sujetos. Con esto quiere decir que las formas de hablar sobre los objetos se relacionan estrechamente con identidades particulares. Por ejemplo, el discurso médico del examen, las preguntas, el diagnóstico, la prescripción, etc., constituye una gama de objetos. En épocas pasadas estos objetos pudieron haber sido la invasión de espíritus o vapores; últimamente, es más probable que sean el linfoma de Hodgkin y el VIH+. Sin embargo, este discurso también constituye al médico como persona particular. El médico se genera como un sujeto con una autoridad, unos conocimientos, unas habilidades, etc., particulares. Deberíamos destacar que Foucault no le da a esto un sentido psicológico; no habla de los sentimientos de autoridad que el médico pueda tener o de sus habilidades curativas. Más bien, el médico es engendrado como un sujeto particular a partir de la variedad de discursos que constituyen la medicina (véase Harré y Van Langenhove, 1991).

Estas cuestiones se pueden ilustrar mediante un reciente estudio inspirado por Foucault sobre la historia de la psicología británica durante el siglo XX. Nicholas Rose (1989) argumenta que, a medida que la psicología se ha ido desarrollando, ha ido produciendo unos regímenes de verdad sucesivos que se han introducido en nuevas áreas de la vida de las personas. Dentro de estos regímenes se fabricaron nuevos objetos psicológicos: la satisfacción de los trabajadores, la aptitud

de los soldados o los vínculos entre padres e hijos. Estos regímenes engendraron «nuevas maneras de decir cosas plausibles sobre otros seres humanos y sobre nosotros mismos... nuevas maneras de pensar en lo que se puede hacer con ellos y con nosotros» (1989, pág. 4). Aquí, los procesos gemelos de producir objetos y sujetos están estrechamente interrelacionados. En la medida en que los discursos psicológicos generan nuevas entidades, también generan nuevas posiciones desde las que hablar. El hablante se puede expresar como un extrovertido, como un esquizofrénico o como alguien totalmente reprimido; en cada caso, los discursos proporcionan maneras de hablar, canales particulares y autoridades.

Discursos y limitaciones

En muchos aspectos, este enfoque es muy atractivo para estudiar la construcción de hechos. El papel del discurso en el ámbito general de la construcción de objetos y sujetos será un tema cada vez más importante en posteriores capítulos. Además, vincula la factualidad con instituciones y cuestiones de poder por una parte, y con los individuos y sus prácticas por otra, haciendo así que el discurso sea la dinámica fundamental del sistema. Sin embargo, tiene sus limitaciones. Ante todo, la relación de la noción de discurso de Foucault con cualquier caso particular de habla o de escritura no siempre está bien especificada. De hecho, la noción de discursos que producen objetos presenta defectos, tanto en su especificación del discurso como en su explicación de la producción.

Cuando Foucault trata los discursos mismos como objetos, desvía la atención de las prácticas y los contextos en los que se inscriben. De hecho, para quienes utilizan las ideas de Foucault es fácil convertir esta noción en algo semejante a la geología de la tectónica de placas: las grandes placas (los discursos) de la corteza terrestre circulan y chocan entre sí; algunas placas embisten a otras con violencia; otras se deslizan suavemente por encima o por debajo de las demás; los volcanes estallan mientras unas fuerzas masivas actúan invisibles por debajo. La limitación de este enfoque es que, según este punto de vista, los discursos se convierten en entidades coherentes y preformadas que actúan como agentes causales. Es decir, este enfoque considera que lo interesante es ver cómo actúa un discurso (abstracto) sobre otro discurso (abstracto) y no atiende a la operación de los discursos en el terreno de la acción —por ejemplo, en la práctica quirúrgica de un médico en particular—, que es el ámbito en el que se ha centrado el análisis conversacional. Esto no es una llamada a abandonar las grandes cuestiones que interesaban a Foucault en favor de examinar los detalles de las interacciones reales; pero para que la explicación de Foucault sea convincente debe ayudar a explicar estas interacciones.

La descripción que hace Foucault del proceso mediante el cual se producen objetos no está tan desarrollada como otras áreas de su pensamiento. Es evidente

que por producción entiende algo más que el mero empleo de términos descriptivos en el discurso. Según la formulación de Shapiro, una de las características que hace que un discurso sea capaz de producir un objeto es una familiaridad desarrollada históricamente: «Una representación se considera realista en la medida en que sea tan familiar que funcione de una manera transparente» (1988, pág. xi). Otro elemento, más implícito, de la producción, parece ser la autoridad que se atribuye a instituciones dedicadas a la creación de conocimientos. El conocimiento de la criminología, por ejemplo, se considera verdadero a causa de su estatus social. Aunque estos elementos son interesantes y potencialmente importantes, son más bien abstractos y están mal especificados. Lo que no ha desarrollado el enfoque de Foucault es lo que yo intento hacer en este libro: exponer los tipos de mecanismos y procedimientos que contribuyen a producir la sensación de que un discurso describe el mundo literalmente.

Posmodernismo

Definir el posmodernismo no es fácil y, probablemente, tampoco es muy prudente. Una manera de concebir la diferencia entre el modernismo y el posmodernismo es como si fueran dos amigos nuestros. El moderno es bienintencionado y trabajador, pero no tiene un gran sentido del humor: se esfuerza constantemente por comprender de la mejor manera posible lo que ocurre en cualquier situación. Se conoce a sí mismo: sabe que es seguro, honrado y sincero. En cambio, al amigo posmoderno le gusta más hablar del trabajo que el trabajo en sí; es ingenioso e irónico: nunca sabemos si se está riendo de nosotros o si se ríe de sí mismo. Es difícil decir si tiene una personalidad definida o no; es muchas cosas a la vez y ninguna parece ser más verdadera que las otras. Si recordamos la anterior discusión sobre Austin y Derrida, la catalogación que hace Austin del acto discursivo serio, literal e intencionado como forma paradigmática de comunicación es moderna, mientras que el rechazo de Derrida a privilegiar estas cosas por encima de lo humorístico, lo irónico y lo involuntario es posmoderno.

Es probable que cualquier definición del posmodernismo provoque controversia, ya que una característica del posmodernismo es poner en tela de juicio las distinciones y definiciones que recibe. Por ejemplo, gran parte de los escritos posmodernos han abordado de manera crítica las oposiciones fundamentales entre realidad y ficción, natural y artificial, literal y figurativo. Existen puntos de vista radicalmente diferentes sobre lo que representa el posmodernismo dentro de diferentes disciplinas y en relación a distintos temas. Se ha aplicado a ciertos tipos de arquitectura, a determinadas novelas y películas y a sociedades enteras. Se ha considerado una condición y un problema, algo que celebrar, que atacar, o las dos cosas a la vez. Lo que no ofrece ninguna duda es que cualquier discusión contem-

poránea de la representación, la verdad y los hechos debe abordar los debates del posmodernismo. Aunque ya se han discutido varias de las cuestiones que se encuentran en el núcleo del posmodernismo en el apartado anterior sobre el postestructuralismo, aquí las desarrollaré con una inflexión particular. El posmodernismo se explorará siguiendo tres vertientes: el posmodernismo como característica de la sociedad, el posmodernismo y las teorías del conocimiento y el posmodernismo y la descripción. Naturalmente, al ser posmodernas, estas tres vertientes se confundirán entre sí.

La sociedad posmoderna de los cyborgs

Una manera de abordar el posmodernismo es tratarlo como una condición de las sociedades occidentales contemporáneas. Desde esta perspectiva, el posmodernismo no es una filosofía o un estilo estético, sino un estado de organización social que se puede investigar sociológicamente. Se dice que esta condición presenta una amplia gama de aspectos. Por ejemplo, la sociedad posmoderna se caracteriza por unas distorsiones del espacio y el tiempo que son el resultado de recientes tecnologías de transporte, telecomunicación y transferencia de información; en una cultura global posmoderna, los mercados financieros están abiertos 24 horas al día y las personas ya no tienen que vivir en el mismo lugar en el que trabajan. Se pueden comunicar estando en husos horarios diferentes dentro de lo que William Gibson denominó el ciberespacio de las redes informáticas. En el diagnóstico marxista crítico de la condición posmoderna realizado por David Harvey (1989), el capitalismo occidental ha trascendido los lindes cada vez más anticuados de los Estados-nación, y los procesos del consumo y de la estética se combinan para producir cambios de diseño y de moda cada vez más rápidos. La producción se está reorganizando apartándose de las factorías «fordianas» masivas, que eran el lugar tradicional para la producción a gran escala. Atrás quedan ya las cadenas de montaje y los trabajos estables, y también es historia la resistencia organizada de las masas obreras.

Existen abundantes debates sociológicos sobre la medida en que estos fenómenos se deberían tratar como una ruptura profunda con anteriores formas sociales, por no hablar de si existe una era histórica que pueda llamarse modernista y que haya sido derrocada por el posmodernismo (Featherstone, 1992). No obstante, estos mismos fenómenos están profundamente involucrados en nuestro interés en la factualidad y la representación. Tomemos como ejemplo una de las distinciones importantes relacionadas con la elaboración de relatos factuales, que es la distinción entre lo que es natural y lo que es social. Es común tratar las cosas que forman parte de la naturaleza como algo externo al ámbito del debate político o moral. Barthes habla de una «doxa», o «Voz de la Naturaleza», que parece

hablar desde un espacio exterior a la influencia humana (Barthes, 1977). Caracterizar algo como natural puede ser una manera poderosa de legitimarlo: consideremos un incidente violento en el que ha intervenido la policía. Aunque se dice que la policía «repartía golpes a diestro y siniestro» y «abrió unas cuantas cabezas», se trata de algo simplemente natural (dada la provocación), algo que hacen los seres humanos (Wetherell y Potter, 1989).

Según Donna Haraway, una de las características de la cultura posmoderna es que la distinción entre lo social y lo natural se ha hecho cada vez más permeable. Esto se relaciona, en parte, con el crecimiento cada vez más agresivo de la tecnociencia, especialmente en las áreas de la comunicación, la informática y la genética. Haraway empieza un estudio presentando el llamativo ejemplo de un anuncio publicado en una revista científica sobre un ratón diseñado genéticamente y garantizado para desarrollar cáncer: OncoMouse™, «ofrecido a los investigadores sólo por DuPont: mejores productos para una vida mejor» (Haraway, 1992). Haraway no está especialmente interesada en el estatus literal de este roedor, por muy extraordinario que sea. Su interés se centra, más bien, en su estatus icónico como forma de vida que no sólo es un producto humano sino que debe su vida (y su muerte) a una compleja interacción entre la operación del capitalismo y la investigación médica. El OncoMouse™ representa para Haraway un «cyborg», un compuesto orgánico, técnico, mítico, textual y político.

La observación de Haraway no es exactamente crítica; no se echa simplemente atrás, llena de horror anticientífico ante este ratón programado para su propia destrucción por cáncer. En cambio, propone que la imagen del cyborg se debería aprovechar como estrategia política y retórica en un argumento que plantea con fuerza en su feminista «Manifiesto en favor de los cyborgs» (1991). Aquí, la imagen del cyborg se moviliza contra las nociones que caracterizan a la mujer como una parte de la naturaleza y contra la posibilidad de unas teorías universales y correctas de los sexos y de las relaciones entre ellos. El cyborg se utiliza como una palanca retórica para desmontar debates establecidos y abrir nuevas posibilidades. Por ejemplo, Haraway lo emplea para romper los límites dados por sentados entre seres humanos y animales, entre ser humano-animal y máquina, y entre lo físico y lo no físico, y para disipar el sueño modernista de trabajar en pro de un lenguaje común o de formas de trabajo no alienantes. En su lugar se dará una insistencia más fragmentaria en la creación de ficciones locales sobre las relaciones entre los sexos y en organizar la política en torno a identidades como las mujeres de color, que se definen a sí mismas por oposición (véase Sampson, 1993a).

Por tanto, en el trabajo de Haraway vemos un movimiento doble. Por una parte diagnostica aspectos de nuestra condición posmoderna, pero por otra también reelabora y desarrolla estos aspectos como parte de una narración política. Derriba deliberadamente la distinción entre relatos factuales y políticos y lleva esto a su máximo desarrollo en su estudio masivo de la primatología: *Primate Vi-*

sions (1989). Para ella, el estudio de los primates es, a la vez, un campo fascinante de investigación y un espacio en el que se construyen mitos sobre el origen humano y se inscriben historias reaccionarias sobre los sexos y las razas. Al relatar su propia historia en relación a estas historias de primates, Haraway procura no restablecer la distinción entre hechos y política. En cambio, propone que su estudio se trate como una forma de ficción científica; relata una historia sobre la primatología que, aun basándose en cuatro narraciones primarias, se resiste a ceder ante sus tentaciones; estas narraciones primarias son la sociología del conocimiento científico del tipo examinado en el capítulo 1, el marxismo, la narración legitimadora de los científicos mismos y, finalmente, historias sobre sexos y razas y sus relaciones con la ciencia. ¿Por qué estas narraciones son tentadoras? Porque cada una se arriesga a apropiarse de la explicación y a convertirse en «la única historia verdadera», una historia que se cubre con el manto del hecho irreprochable e intemporal. El posmodernismo implica vivir con las tensiones existentes entre estas narraciones en vez de ocultarlas u olvidarlas.

Historias de conocimiento

Como se puede ver en el trabajo de Haraway, el interés por las diversas facetas posmodernas de la sociedad contemporánea se puede difuminar rápidamente hasta confundirse con cuestiones sobre la naturaleza misma del conocimiento y los hechos. Lo mismo cabe decir del trabajo de otra figura clave del posmodernismo: Jean-François Lyotard. También él se basa en observaciones de transformaciones radicales en la ciencia, la literatura y el arte de las sociedades occidentales contemporáneas. Sin embargo, su interés recae especialmente en lo que él denomina «crisis de narraciones», es decir, una crisis en las historias grandiosas o «metanarraciones» que utilizamos para comprender el mundo y legitimar nuestras versiones de él. De hecho, Lyotard está dispuesto a partir de una definición simplificadora del posmodernismo según la cual éste no es más que una «incredulidad ante las metanarraciones» (1984 [1979], pág. xxiv). Lyotard emplea el término «narración» como contraste con el conocimiento abstracto o teórico producido por la ciencia. El conocimiento de las narraciones es una forma de saber más tradicional o precientífica que se inscribe dentro de una cultura.

Los blancos de su crítica son narraciones grandiosas como el marxismo y, más importante aún, las metanarraciones que se utilizan para legitimar la empresa de la ciencia. Al denominarlas narraciones, las coloca deliberadamente en la categoría de los mitos y las historias culturales, en contraste con las explicaciones ofrecidas por la ciencia. Aquí no entraremos a fondo en su crítica porque ya hemos revisado varios enfoques críticos de la ciencia en el capítulo 1 y la propia explicación de Lyotard parece bastante simplista cuando se la compara con trabajos recientes

en el campo de la sociología del conocimiento científico. De hecho, su crítica se dirige principalmente a historias generales sobre el progreso de la ciencia y su papel en la sociedad y, a diferencia de los estudios construccionistas sobre la ciencia, Lyotard parece aceptar con los ojos cerrados las ideas sobre el funcionamiento de la práctica científica. Lo que más me interesa a mí es lo que propone Lyotard para sustituir estas metanarraciones.

Lyotard recurre a la filosofía lingüística y, especialmente, a Austin y Wittgenstein. Comparte la idea de Wittgenstein según la cual el lenguaje está formado por una gran cantidad de «juegos de lenguaje» diferentes, ligado cada uno de ellos a un ámbito práctico determinado y a una lógica particular. Y Lyotard combina esto con la noción de Austin de discurso ejecutor, es decir, del habla utilizada para realizar acciones y no para afirmar o describir. La cuestión fundamental es que, en vez de unas narraciones globales que legitimen la ciencia, existe una constelación de argumentos fragmentarios y en plena evolución que funcionan en situaciones particulares. Curiosamente, Lyotard se ciñe escrupulosamente a la tarea de la filosofía tradicional de la ciencia que intenta proporcionar una justificación para la ciencia, aunque no queda claro de qué manera el énfasis en el rendimiento y en «tener ideas» proporciona, precisamente, una justificación de este tipo. Además, existe una fuerte tensión reflexiva entre su ataque a las metanarraciones y su propia metanarración, tan segura de sí misma, que mezcla afirmaciones culturales, sociales y filosóficas en un movimiento panorámico.

Una de las cosas que distingue a Lyotard de Haraway, y también de Derrida y de Barthes, es su falta de atención a sus propias prácticas figurativas. Por ejemplo, muestra poco interés por el estatus de su propia historia sobre las historias. En muchos aspectos, lo que ha producido es un fragmento tradicional de teoría social combinado con epistemología que acaba por ofrecer unas conclusiones extravagantes. Comparemos esto con el trabajo de Haraway, donde la práctica figurativa y las afirmaciones políticas se combinan en la escritura. De ahí el marco deliberadamente político de su «manifiesto» y su aportación de la imagen inquietante del cyborg, que no está destinada a funcionar porque sea una descripción correcta o precisa de los sexos en la sociedad occidental, sino porque abre cadenas de conexiones y desestabiliza el *statu quo* conceptual actual. Además, Haraway no está impresionada por la conclusión de que «las historias grandiosas son malas y las historias nimias son buenas». Se siente atraída por las posibilidades radicales abiertas por la reunión de discursos contrastantes; sin embargo, como ya hemos visto, también destaca el valor de trabajar con narraciones grandiosas (aunque también resistiéndose a ellas) como el marxismo, el feminismo o la sociología construccionista de la ciencia. Aquí surge la ironía de que, con frecuencia, se considera que el texto de Lyotard define el posmodernismo y, sin embargo, carece por entero de la exploración reflexiva que constituye, en otros lugares, una de las características más vivas del posmodernismo.

Representación y reflexividad

El posmodernismo se suele identificar estrechamente con determinados avances en el arte y, especialmente, con películas y novelas de carácter autorreferencial, irónicas, que implican pastiches u otras formas de parodia; es decir, con trabajos que experimentan con formas narrativas estándar y las socavan. Centrémonos en un ejemplo para ilustrar esta idea: la película de David Byrne *True Stories/Historias verdaderas*, subtitulada *Una película sobre un puñado de gente en Virgil, Texas.*

La película sigue la figura de un narrador, representado por el propio Byrne, que explora un pueblo ficticio/mítico de Tejas que prepara la celebración del 150 aniversario de la fundación del Estado. La narración es ingenua y carece de opiniones, y los diversos personajes y sucesos que aparecen se desarrollaron a partir de los tipos de historias extraordinarias —aunque se presentan como factuales— típicas de las revistas que se suelen vender en los cajeros de los supermercados, como *National Enquirer*. Por ejemplo, hay un personaje que trabaja en la cadena de montaje de una fábrica de componentes microelectrónicos que puede recibir emisiones de radio en la cabeza, y también aparece una mujer que ha elegido pasarse toda la vida en la cama. Aunque la película rebosa de elementos posmodernos, nos centraremos en la secuencia inicial.

La película empieza con un plano largo de una niña que canta y baila, ensimismada, en una carretera inacabada que se extiende hasta el horizonte sobre un paisaje llano y monótono. Entonces empieza la narración:

> Aquí es donde empieza el pueblo. Esta parte del país ha experimentado muchos cambios y no todos insignificantes. Creo que no tardará mucho en experimentar otro.

La narración prosigue hablando de dinosaurios («los dinosaurios solían fascinarme cuando era niño: a muchos niños les pasaba igual»), antiguos colonos («un grupo de colonos españoles ofreció a los indios la oportunidad de ser esclavos; los indios se lo pensaron, decidieron que no era una buena idea y mataron a los españoles») y guerras («los españoles luchaban contra los mexicanos; los mexicanos luchaban contra los americanos y los americanos contra los wichitas»). Mientras se escucha la narración, el camino desaparece y es sustituido por antiguas fotografías granulosas y secuencias familiares de las sobreactuadas películas mudas «del Oeste» en blanco y negro. Cuando la narración nos dice que, «hace poco, se encontraron los huesos de una mujer que vivió aquí hace veinte mil años», aparece en pantalla una fotografía con personas que miran una exhibición bastante rudimentaria del esqueleto en un museo y después aparece la todavía famosa fotografía publicitaria de la película *Hace un millón de años*, en la que Raquel Welch, que viste un bikini de piel, observa un dinosaurio. La narración termina con una secuencia de imágenes familiares, tipo revista, de chips de silicio:

> Y ahora, la microelectrónica: el transistor basado en el silicio fue propuesto por primera vez aquí, en 1949. En 1958, Jack Kilby inventó el circuito integrado. Entonces trabajaba en Texas Institutes; ahora, ya no.

Ésta es una secuencia posmoderna clásica, donde la historia no se cuenta en función de procesos o conexiones, sino en función de sucesos memorables o impresionantes para el narrador. Más que esto, sin embargo, las imágenes sugieren que la historia del narrador sobre Texas está realmente construida mediante conocimientos e imágenes culturales: dibujos de dinosaurios, películas de la infancia, ideas míticas de recuperar la tierra y noticias de la época («las operaciones militares clandestinas para que los Estados Unidos se anexionaran Texas empezaron en 1835» —sugiriendo la década de los ochenta en los Estados Unidos de Oliver North y el escándalo Irán-Contra). Estas imágenes no establecen una distinción convencional entre lo real y lo ficticio: la grotesca epopeya de dinosaurios de *Hace un millón de años* es tan pertinente para la comprensión de los sucesos como la imagen real del esqueleto recuperado. El relato histórico se cierra en un círculo cuando termina con el circuito integrado, en sí mismo una reverberación del manifiesto de Haraway. El circuito integrado también es una parte básica de las tecnologías contemporáneas de las comunicaciones a través de las cuales se divulgan los diversos mitos del pasado, «factuales» y «ficticios». Por tanto, la secuencia nos está contando la historia del Texas moderno y, al mismo tiempo, socava esta misma historia, sugiriendo que la historia es, en sí misma, una construcción ensamblada a base de materiales culturales. Obsérvese que la cuestión no es que la historia sea improcedente, sino que su pertinencia se construye y se resquebraja mediante ficciones.

La crítica Linda Hutcheon ha sugerido que esta doble propiedad de contar una historia y, al mismo tiempo, socavar la base de lo que se cuenta, es un rasgo característico de la literatura y el arte posmodernos.

> Es parecido a estar diciendo algo y, al mismo tiempo, ir poniendo entre comillas todo lo que se dice. El efecto es destacar, o «destacar», y derribar, o «derribar» y, por tanto, el tono es «cómplice» e irónico, o incluso «irónico». El carácter distintivo del posmodernismo reside en este compromiso totalmente «de compadreo» con la doblez o la duplicidad (Hutcheon, 1989, pág. 1).

En función de nuestro interés por los hechos y las representaciones, esta secuencia de *True Stories/Historias verdaderas* ofrece una representación y, al mismo tiempo, una manera crítica de comprender cómo se ha ensamblado esta representación. Hutcheon propone concebir este proceso en función de la noción de Barthes de «doxa», los discursos de sentido común que constituyen una cultura. Los textos posmodernos procuran «"desdoxificar" nuestras representaciones culturales y su

innegable importancia política» (1989, pág. 3). Su vertiente política es poner en duda las maneras de comprender el mundo basadas en el sentido común.

Como destaca Hutcheon, estas cuestiones no se limitan a ficciones de la historia sino que constituyen una preocupación enorme e inquietante para quienes se podrían llamar historiadores de verdad, o «de verdad». De hecho, Hayden White ha argumentado en su influyente *Tropics of Discourse* (1978) que escribir la historia es, en sí mismo, una manera de hacer ficción. No se pueden producir historias sin recurrir a las técnicas de narración y de construcción de personajes que tan desarrolladas están en el ámbito de la ficción. Aquí se da una paradoja que volverá a plantearse en el curso de nuestro libro; y esta paradoja es que uno de los mejores lugares donde ver cómo funciona la maquinaria para producir hechos es el ámbito de la ficción. Los procedimientos para describir una escena y hacer que parezca viva, presentar una persona como si realmente la conociéramos, explorar emociones de una forma que las haga palpables para el lector, están extremadamente refinados en las grandes obras de la literatura y en los grandes éxitos de Hollywood.

Aquí se da una convergencia entre el interés posmoderno por las formas literarias que llaman la atención hacia su propio estatus, y recientes desarrollos en la sociología del conocimiento científico que destacan la reflexividad y la presencia de nuevas formas literarias (Ashmore, 1989; Mulkay, 1985; Woolgar, 1988b). En ambos casos se da un interés por la «desdoxificación» y se procura poner en duda las presuposiciones sobre el conocimiento y la representación que forman parte de las formas literarias normales que se emplean tanto en la ficción como en la ciencia social.

Los hechos y la tradición estructuralista

En este capítulo he tratado de explicar algunas ramas de la tradición estructuralista que son muy pertinentes al estudio de los hechos y de las representaciones. Podría haber incluido muchísimos otros trabajos y soy muy consciente de lo que he dejado de lado en el intento de decir algo que se pudiera abarcar en un solo capítulo. Además, es indudable que contar la historia de esta manera destaca en exceso la continuidad y la similitud a expensas de la diversidad y el conflicto.

La semiología, el postestructuralismo y el posmodernismo están íntimamente implicados en cuestiones relacionadas con la representación y con la manera de producir argumentos y descripciones. La semiología acaba con la historia de las descripciones basada en las palabras y los objetos, destacando el sistema subyacente de oposiciones que se encuentran implícitas incluso en expresiones tan simples como «un pequeño arroyo serpentea por el jardín trasero». Existen numero-

sas dificultades para mantener la explicación semiológica completa. Por ejemplo, el estatus del sistema subyacente es ambiguo: ¿es una metáfora, una estructura cognitiva, o alguna otra cosa? Y existen limitaciones en la manera de teorizar el empleo del lenguaje en la semiología. No obstante, la noción básica de que la descripción debe ser entendida en relación a conjuntos de términos alternativos posibles y a distribuciones secuenciales es importante y profundizaremos en ella en capítulos posteriores. Además, las observaciones de Barthes sobre el proceso de semiosis son fundamentales para nuestra exploración de la construcción de hechos. En efecto, Barthes observa que el empleo de símbolos se somete constantemente a un proceso de multiplicación aleatoria: cualquier signo puede actuar como significado de signos nuevos. Alguien inventa un estilo nuevo de pantalones tejanos: ¿se pondrá de moda, o no? ¿Evocarán imágenes de vaqueros y de virilidad, o quizá de cerveza y campos de fútbol? ¿Cómo cambiará su significado cuando aparezcan nuevas modas?

El postestructuralismo contiene una amplia gama de recursos para examinar hechos y descripciones. En *S/Z*, Barthes analizó la producción de realismo, la sensación de haber producido un mundo sólido y convincente. Existen dos cuestiones que vale la pena destacar. En primer lugar, el realismo se interpreta como consecuencia de varios códigos culturales. Además, una escena literaria tiene sentido para el lector porque se ha construido utilizando los mismos códigos de comprensión —sociológicos, simbólicos, hermenéuticos— que utiliza el lector. En segundo lugar, este enfoque del realismo ofrece una vigorosa crítica a la idea de que el sentido de los textos realistas se produce mediante procesos simples de etiquetar o designar. La descripción de un reloj tiene su lugar en el texto a causa de su significado social, geográfico o histórico. El hecho concreto de que sea un reloj no tiene importancia: bien podría haber sido una fuente o algún otro monumento de París. Sin embargo, afirma Barthes, la ilusión es que el texto es realista porque ofrece una descripción simple de las cosas.

Esta idea de los códigos culturales adquirió una nueva tendencia con la noción de intertextualidad, que se puede concebir como un conjunto de relaciones de citación, o como una relación entre diferentes géneros o formas de discurso. El funcionamiento de la intertextualidad se ha ilustrado examinando representaciones de la guerra. La intertextualidad es pertinente tanto para el postestructuralismo como para el posmodernismo. Por ejemplo, la condición posmoderna se puede entender, en parte, como una consecuencia de la expansión masiva de relaciones intertextuales posibilitada por la gran difusión de los medios de comunicación figurativos en Occidente. Nuestra comprensión de la guerra experimenta un proceso continuo de transformación cuando miramos reportajes televisivos de la llamada «guerra del Golfo» y volamos indirectamente con Tom Cruise en *Top Gun*. *True Stories/Historias verdaderas* destacaba la construcción intertextual de la historia de Texas con su pastiche o reunión de textos «reales» y «ficticios». Donna

Haraway destacó el valor de alentar relaciones intertextuales nuevas a causa de las consecuencias potencialmente radicales que se abren. Por ejemplo, al redefinir la mujer como un cyborg con el fin de reunir discursos de la tecnología y la naturaleza, de lo natural y lo social, Haraway deseaba trascender las nociones de mujer como deidad de la Tierra y otros mitos de un lenguaje común.

Jacques Derrida proporcionó otra tendencia que se apartaba del énfasis de la semiología en un sistema subyacente de carácter amplio, y acentuaba, en cambio, la manera de producir argumentos con efectos de verdad mediante una amplia gama de elementos discursivos como metáforas, presuposiciones generales y pautas de «figuración» más o menos estándar. Por ejemplo, Derrida desconstruye los argumentos de Austin sobre los actos discursivos, revelando e interrumpiendo la operación de una jerarquía entre actos discursivos literales y sinceros, y actos discursivos parasitarios como la ironía, la poesía y las citas. Aunque el objetivo de Foucault era algo diferente, vemos en su trabajo una tendencia similar a considerar que los discursos son fundamentales para la construcción de objetos como enfermedades y categorías de personas: el loco o el homosexual. Estos dos pensadores son fundamentales para las explicaciones del posmodernismo. Derrida ha socavado radicalmente las grandes tradiciones filosóficas y sus nociones de verdad; Foucault ha hecho lo mismo con las nociones individualizadas tradicionales del sujeto humano. Han expulsado las certezas modernistas y las han sustituido por incertidumbres, pero también por nuevas posibilidades.

Con este capítulo he acabado de presentar las principales perspectivas teóricas disponibles para considerar la factualidad y la construcción de hechos. En el próximo capítulo dejaremos atrás las vertiginosas generalidades y el amplio alcance del posmodernismo para volver a abordar, con una base analítica más estricta, cómo se justifican los relatos factuales como tales y con qué objetivos se emplean. Para esto recurriremos selectivamente a temas de los tres primeros capítulos con el fin de intentar desarrollar un plan sistemático para analizar materiales factuales.

Aunque las tradiciones examinadas en los últimos tres capítulos contienen una gran abundancia de material pertinente al estudio sistemático de los relatos factuales, todas tienen limitaciones y puntos ciegos, así como ámbitos específicos de desarrollo y aplicación, concretamente la ciencia, el habla cotidiana y los textos literarios. Este capítulo se puede concebir como un cruce de caminos en el libro. Empezaremos trazando un plan para comprender la operación de los relatos factuales, sintetizando algunas de las características de las perspectivas revisadas en los capítulos anteriores, y recurriendo a una gama de estudios específicos de investigación que se describirán de manera detallada en capítulos posteriores. Este capítulo pretende servir de marco y de introducción organizadora para los próximos tres capítulos. También servirá para plantear una gama de preguntas más específicas. ¿Por qué las personas utilizan descripciones o relatos factuales? ¿Qué tipos de actividades se pueden llevar a cabo con ellas? ¿Cómo se hace que un relato parezca sólido, factual e independiente del hablante? ¿Cuáles son los procedimientos que se emplean para socavar relatos factuales? Sin embargo, antes de abordar estas preguntas existen algunas cuestiones fundamentales de carácter teórico y analítico que merecen nuestra atención.

Algunas historias de construcción

El espejo y el taller de construcción

Los argumentos de este libro se pueden concebir como organizados en torno al contraste entre dos metáforas: el espejo y el taller de construcción. En la metáfora del espejo existe un conjunto de objetos del mundo que se reflejan en una superficie lisa, aunque en este caso la superficie no es de cristal sino de lenguaje. El

lenguaje refleja cómo son las cosas mediante descripciones, representaciones y relatos. Y a medida que estas descripciones, representaciones y relatos se divulgan por el mundo de los asuntos humanos, se pueden considerar fiables, factuales o literales o, por el contrario, se pueden convertir en confusiones o mentiras cuando el espejo se enturbia o se deforma. Esta metáfora es familiar en historias sobre la ciencia y en toda una gama de prácticas humanas más «mundanas». Es una metáfora que produce descripciones pasivas: se limitan a reflejar el mundo. Sin embargo, como la imagen de un espejo o una fotografía, también pueden representar ese mundo y ser tan adecuadas como el mundo mismo para muchos propósitos.

La metáfora de la construcción funciona en dos niveles cuando se aplica a las descripciones. El primero es la idea de que las descripciones y los relatos construyen el mundo, o por lo menos versiones del mundo. El segundo es la idea de que estos mismos relatos y descripciones están construidos. Aquí, «construcción» sugiere la posibilidad de montaje, fabricación, la expectativa de estructuras diferentes como punto final, y la posibilidad de emplear materiales diferentes en la fabricación. Esta noción destaca que las descripciones son prácticas humanas y que podrían ser diferentes. No hay mucho que hacer con el reflejo en un espejo; podemos limpiar el espejo, comprobar que sea plano y liso, pero esto sólo está relacionado con su capacidad de recibir pasivamente una imagen. Sin embargo, una casa es construida por personas, y podría tener tres chimeneas y montones de ventanas, o podría carecer de chimeneas y tener varias contraventanas. Podría construirse a base de cemento, ladrillos, o vigas y cristal, y podría ser muy fuerte o más bien frágil.

¿Qué fuerza tiene la construcción en esta metáfora? Según la versión más fuerte de esta metáfora, el mundo literalmente pasa a existir a medida que se habla o se escribe sobre él. ¡Algo totalmente ridículo! Quizá sí, pero yo deseo optar por algo casi igual de fuerte. La realidad se introduce en las prácticas humanas por medio de las categorías y las descripciones que forman parte de esas prácticas. El mundo no está categorizado de antemano por Dios o por la Naturaleza de una manera que todos nos vemos obligados a aceptar. Se constituye de una u otra manera a medida que las personas hablan, escriben y discuten sobre él.

Ahora bien, no tiene sentido tratar de decidir si una de estas metáforas es verdadera y la otra falsa. No está nada claro cómo se podría llevar a cabo un juicio así, aunque esto no ha impedido que se haya dedicado una gran cantidad de energía filosófica a este problema durante mucho tiempo. La dificultad reside en formular la pregunta. Juzgar si una descripción refleja o construye la realidad exige comparar la descripción con la realidad. Sin embargo, la realidad (o «la realidad») no puede intervenir en este debate si no es en forma de otra descripción, lo que plantearía la pregunta de si esta nueva descripción es en sí misma descriptiva o constructiva.

He elegido la metáfora de la construcción por cuestiones pragmáticas. Es la más productiva de las dos porque permite formular un conjunto de preguntas que no tienen sentido si aceptamos la metáfora del espejo. Si tratamos las descripciones como construcciones y como constructivas, podemos preguntarnos cómo se ensamblan, qué materiales se emplean, qué tipos de cosas o sucesos producen, etc. No creo que la cuestión principal sea aquí el debate filosófico de la ontología; es decir, el debate sobre qué tipos de cosas existen y cuál es su condición. En cambio, estos argumentos sobre las metáforas pretenden despejar el camino para que podamos centrarnos en cuestiones analíticas y prácticas. De hecho, la formulación abstracta de este problema puede ser positivamente engañosa porque se centra en la relación existente entre una descripción y «la realidad» en abstracto, en vez de considerar los tipos de prácticas en las que opera el discurso descriptivo.

Otra manera de concebir este problema de la construcción y la realidad consiste en aplicar el requisito del relativismo metodológico examinado en el capítulo 1. El relativismo metodológico afirma que los juicios o las afirmaciones de los científicos acerca de qué se debería tratar como verdadero y qué no, debería ser el punto de partida del análisis social. Permite a los investigadores evitar el tipo de enredo que se produce cuando el investigador social necesita saber más sobre la ciencia que los propios científicos. Su ciencia necesita ser mejor para poder evaluar adecuadamente qué es verdadero y qué no como preludio para el análisis social. Por ejemplo, no es sorprendente que los analistas sociales no sean mejores físicos que los físicos formados adecuadamente. El intento de llevar a cabo análisis sociales de la ciencia sin adoptar el relativismo metodológico con frecuencia daba como resultado lo que Michael Mulkay (1981) denominó «vasallaje»; una situación donde las conclusiones sociológicas se convierten en parásitas de las afirmaciones de un grupo dominante de participantes. El sociólogo se convierte en vasallo o sirviente de este grupo.

Estos enredos que acaban en «vasallaje» no se limitan a trabajos sobre hechos científicos, aunque se manifiestan vivamente en este campo. El analista puede acabar siendo un vasallo en cualquier ámbito donde se tomen como punto de partida para el análisis las versiones factuales de algún grupo. Tomemos, por ejemplo, el estudio clásico de Paul Willis (1977) sobre la transición de la escuela al trabajo de un grupo de muchachos adolescentes. En parte, Willis construyó su historia privilegiando selectivamente ciertos relatos de un grupo de alumnos a los que llama «los colegas». Estos participantes adoptaron un papel parecido al de los personajes centrales de una novela realista; son ricos y equilibrados, capaces de ironía y autocrítica y, en el fondo, no hablan sólo en nombre propio sino en nombre de una clase social. En cambio, las alumnas sólo entran en el texto como objetos del discurso de «los colegas» y carecen de voz independiente; igual ocurre con los alumnos que se presentan a los exámenes y que aceptan más la cultura de la escuela; Willis adopta en su texto la descripción despectiva que hacen de ellos «los

colegas» tildándolos de «pringaos» (véanse Atkinson, 1990; Marcus, 1986; Potter y otros, 1984). Por tanto, la cuestión es que el texto sociológico de Willis se convierte en vasallo de la perspectiva de un grupo social particular, tomando sus construcciones evaluadoras y descriptivas y tratándolas como una versión factual de su mundo social. Esto en sí no es un problema: se podría defender alegando que permite que se exprese un grupo subordinado (véase Sampson, 1993b). El problema es que el tratamiento realista de estas categorías las presenta como una imagen neutral y objetiva de este conjunto de relaciones sociales, libre de cualquier elemento interactivo local.

Habiendo establecido parte del valor general de abrazar una metáfora de la construcción, necesitamos ir más allá para ser más específicos. ¿De qué tipo de edificaciones estamos hablando: de casas o de puentes?, ¿y de qué tipos de fabricación? Es útil distinguir cinco líneas diferentes de trabajo que se pueden describir como construccionistas. En la introducción examinamos brevemente la obra *La construcción social de la realidad* de Berger y Luckmann (1966 [año de publicación del original]), y en el capítulo 1 presentamos una discusión bastante más elaborada del construccionismo en la sociología del conocimiento científico (por ejemplo, Latour y Woolgar, 1986; Knorr Cetina, 1995b). En este capítulo, examinaré el trabajo construccionista en la lingüística y también haré más explícitas las líneas construccionistas de la etnometodología y el postestructuralismo. El objetivo no es trazar unas líneas de separación bien delimitadas, sino indicar las áreas de superposición y tensión que existen entre las diferentes formas de construccionismo.

Construcción lingüística

Sin duda, el construccionista lingüístico más conocido es Benjamin Whorf (1956), quien contribuyó, junto con el lingüista Edward Sapir, a lo que ha llegado a conocerse como «hipótesis de Sapir-Whorf». En la psicología, una gran cantidad de investigaciones han intentado comprobar la hipótesis de que la percepción que las personas tienen del mundo está determinada por el lenguaje que utilizan. Por ejemplo, se decía que las tribus esquimales (como se llamaban entonces) eran capaces de distinguir con gran precisión entre tipos diferentes de nieve a causa de la amplia gama de palabras diferentes que tenían a su disposición. Tenían términos separados para la nieve recién caída, la nieve en polvo, la nieve dura, etc. Whorf trabajó para una compañía que evaluaba los riesgos de los seguros y utilizó su trabajo para ilustrar esta hipótesis. Dio el ejemplo de los empleados de una firma que habían descrito unos bidones de gasolina como «vacíos» y, en consecuencia, seguros; sin embargo, en realidad los bidones estaban llenos de vapor muy inflamable que había estallado e iniciado un incendio. Sólo con que hubieran descrito los bidones como «llenos» (de vapores peligrosos) habrían visto lo peli-

grosos que eran y los hubieran tratado con más cuidado. En este tipo de construccionismo, el lenguaje construye la percepción que las personas tienen del mundo.

Según Derek Edwards (1994b, 1996) el problema de esta idea es que trata el lenguaje como un sistema de clasificación que se encuentra entre el perceptor individual estático y el mundo. Lo que no hace es tratar el lenguaje como parte de un conjunto de prácticas sociales. Por ejemplo, en el caso de los bidones de gasolina nos podemos preguntar qué estaban haciendo con sus descripciones los empleados que hablaron con Whorf. Si lo hacemos, se nos plantea otra posibilidad. Quizá la descripción «estaban vacíos» no era un simple informe que empleaba un lenguaje que influye en la percepción, sino un relato ofrecido en una situación donde se dilucidaba la cuestión de la culpa (¿quién fue responsable del incendio?) y sus consecuencias prácticas (¿deberían pagar las compañías de seguros?). Es decir, lo que Whorf no hace es examinar la cualidad reflexiva de las descripciones, que destaca su papel en la descripción del mundo y en contribuir a las actividades del momento.

Posteriores trabajos lingüísticos en esta tradición fueron más sofisticados en algunos aspectos, además de estar más integrados con los desarrollos producidos en las ciencias sociales. No obstante, este tipo de limitación seguía siendo patente. Por ejemplo, podemos ver estas mismas presuposiciones actuando en el interesante estudio de Roger Fowler sobre el lenguaje empleado en la presentación de noticias:

> El lenguaje y otros códigos... tienen un rol cognitivo: proporcionan una representación mental organizada para nuestra experiencia. Cualquiera que sea la estructura «natural» del mundo... lo manejamos mentalmente, y en el discurso, en función de las categorías convencionales de significado encarnadas en los códigos de nuestra sociedad (1991, pág. 3).

De nuevo nos encontramos ante la historia de un mundo incipiente e informe, que cristaliza en entidades y procesos en algún lugar de la mente del perceptor mediante un conjunto adecuado de anteojos lingüísticos.

Uno de los intentos recientes más ambiciosos de explicar el proceso de construcción lingüística corresponde al lingüista George Grace (1987). Grace propuso que la construcción lingüística de la realidad constaba de tres etapas distintas. La primera etapa implica la «especificación» de un «suceso conceptual». Cada lenguaje incluye conjuntos de términos, tiempos verbales, formas gramaticales, etc., que permiten especificar una gama de sucesos posibles. Por ejemplo, para el inglés moderno es muy fácil distinguir algo que sucedió ayer de algo que sucedió la semana pasada o hace un año; pero no ocurre lo mismo con el lenguaje de los indios hopi (Whorf, 1956). La segunda etapa del proceso constructivo comporta que este «suceso conceptual» se inscriba en un discurso que se esté llevando a

cabo (Grace no especifica con claridad cómo debería suceder esto). La tercera etapa implica lo que Grace denomina «modalización»; es decir, el suceso se concibe como algo que se afirma, se pregunta, se niega, etc. En general, pues, la explicación de la construcción es ésta: los recursos léxicos y gramaticales del inglés permiten especificar un objeto como un «suceso conceptual» como, por ejemplo, una «puerta abierta». Este «suceso conceptual» puede entonces adaptarse a una conversación sobre la puerta, donde podría modalizarse, por ejemplo, en forma de pregunta («¿está abierta esa puerta?») o de petición («cierren la puerta, por favor»).

La virtud de este modelo es que es un intento de caracterizar explícitamente lo que podría intervenir en el proceso de construcción. También destaca que unos lenguajes diferentes pueden proporcionar recursos distintos para realizar acciones. No obstante, comparte los defectos de otros construccionismos lingüísticos. Sobre todo, no presta atención a las prácticas de empleo real del lenguaje y, en cambio, trata el lenguaje como un sistema completo y se pregunta cómo construye un mundo. Por ejemplo, empieza especificando unos sucesos y estudia lo que se hace con estos sucesos cuando se especifican como secundarios. Sin embargo, en la práctica este proceso puede funcionar en la dirección contraria. Consideremos el interrogatorio de un sospechoso de asesinato. El sospechoso puede dar diversas descripciones de su víctima, pero sería erróneo suponer que èn primer lugar se especifica la naturaleza de la víctima y que después se adapta a alguna expresión que desempeña una actividad. Parece mucho más plausible que la naturaleza de la actividad dirija la naturaleza de la descripción. Por ejemplo, la víctima se puede describir precisamente de una manera que mitigue la acción de matar (Watson, 1978; Wowk, 1984). En general, puede ser más simple decir que el habla implica la categorización de personas, objetos y procesos, que tiende a ocurrir en secuencias de interacción y que se emplea para realizar acciones. Separar estas cosas como etapas discretas y secuenciales produce más confusión que claridad.

La construcción en el postestructuralismo y en el análisis conversacional

Los dos capítulos anteriores se dedicaron, en parte, a examinar las diversas maneras en que el postestructuralismo y el análisis conversacional tratan la construcción de hechos o el establecimiento de descripciones que se consideran realistas. En este punto me centraré en aclarar sus presuposiciones básicas sobre los procesos de construcción de hechos.

En la semiología, el argumento central es que las descripciones necesitan un sistema completo de distinciones para funcionar. Con esto se da a entender que la imagen palabra-objeto de las descripciones es demasiado simple. Sin embargo, poco hay en la semiología que aborde la cuestión de cómo se hace que una descripción parezca más o menos factual. Los postestructuralistas se han dedicado

más a la construcción de hechos que adoptan la naturaleza de formas realistas de representación, particularmente en la literatura. Tanto Barthes como Foucault se centran en cómo los discursos o códigos interpretativos producen objetos o descripciones que parecen sólidos y evidentes. Sin embargo, han prestado poca atención a cómo surten efecto estos códigos, aunque destacan su familiaridad y su autoridad; es decir, los códigos se dan por sentado y esto hace que sus productos parezcan naturales o de sentido común, y con frecuencia se asocian a instituciones influyentes y poderosas como la medicina y la psicología educativa. Incluso *S/Z* de Barthes, con toda su obsesión detallista en su análisis del texto de Balzac, describe el funcionamiento de los códigos sin decir por qué el empleo de un código particular hace que un texto parezca más verdadero. Ciertamente, Derrida se ocupó de lo que puede denominarse la mecánica textual mediante la cual se hace que los argumentos parezcan evidentes y efectivos. Sin embargo, la mayor parte de su argumentación se centró en la verdad o validez de los argumentos filosóficos y no en el realismo o la factualidad en sí, y aparte de un énfasis muy sugestivo en el papel central de los tropos y las metáforas, su enfoque no se puede aplicar fácilmente a la construcción de versiones factuales.

En contraste con las historias lingüísticas y postestructuralistas de la construcción, los analistas conversacionales tratan la construcción de la realidad como algo que tiene que lograrse utilizando ciertos mecanismos o técnicas. Es decir, desde la perspectiva del análisis conversacional, el empleo de un término descriptivo particular, o incluso de un discurso familiar, puede no ser suficiente para construir una versión de un suceso que se trate como verdadera o factual. Más bien, el realismo y la factualidad se desarrollan utilizando un conjunto de técnicas y mecanismos retóricos que pueden ser específicos para contextos particulares. Además, estas técnicas no garantizan que una versión de una acción o un suceso se considere factual. Se pueden desplegar bien o mal y se pueden socavar con fuerza o aceptarse con credulidad.

El análisis conversacional proporciona la explicación final de cómo se lleva a cabo la construcción de hechos. Es especialmente atractivo porque abre un campo de investigación que no se destaca mucho en otros enfoques. La explicación dada por la construcción lingüística dejaba pocas cosas por aclarar; siempre que se expresan palabras se construyen hechos. Esto tiene cierto valor, ya que cuando se utiliza un lenguaje descriptivo se producen versiones del mundo. Sin embargo, no aborda la cuestión de por qué algunas versiones funcionan y otras no. Es decir, por qué una versión se trata como una representación factual de cómo son las cosas en una interacción, o por qué se rechaza considerándola sesgada, confusa o interesada. La explicación postestructuralista plantea la importante cuestión de cómo se llegan a producir unos códigos interpretativos o unos discursos particulares, y la investigación genealógica en la tradición de Foucault ha intentado proporcionar respuestas a preguntas de este tipo. No obstante, también fracasa en

abrir el campo de investigación de la construcción de hechos porque sólo hace afirmaciones generales sobre la familiaridad y las formas de comprensión que han llegado a ser habituales. Funciona peor cuando se aplica a los detalles específicos de descripciones y a materiales no textuales donde el rigor del análisis conversacional encuentra su plena expresión.

Aunaré estos tipos diferentes de construcción en un modelo general. Podemos imaginar que las palabras y las posibilidades sintácticas son como los ladrillos y las vigas que se necesitan para cualquier construcción. Los discursos y los códigos postestructuralistas se pueden concebir como piezas prefabricadas de paredes y techos que se pueden utilizar como partes de edificios muy diferentes. Los mecanismos y los procedimientos, que son como el grano para el molino del análisis conversacional, constituyen los pernos y el cemento que mantienen unida toda la estructura. Nada funciona sin la materia revelada por el análisis conversacional, pero un estudio de la construcción de hechos estará limitado si no examina con detalle los ladrillos y las piezas prefabricadas.

Al tiempo que elaboro esta metáfora, destacaré brevemente algunos problemas. Su principal defecto es que trata las partes como sólidas antes de la edificación. Lo que realmente necesitamos imaginar es que los ladrillos son blandos y de perfil impreciso y sólo adquieren su forma cuando los colocamos en su sitio. Y las piezas prefabricadas también deben ser algo incipientes, estableciéndose su solidez a medida que se van ensamblando. Todo existe en un estado borroso y fluido hasta que cristaliza en unos textos o unas interacciones particulares.

Discurso, accesorios mentales y retórica

Hasta ahora he examinado varios aspectos generales que caracterizan un enfoque construccionista de los hechos, empezando por las tradiciones examinadas en los capítulos anteriores. Antes de continuar es necesario abordar brevemente tres temas que tienen repercusiones importantes para la comprensión de los hechos y las descripciones. Estos temas son: el anticognitivismo, el discurso y la retórica; y, como veremos, los tres están estrechamente vinculados entre sí.

Anticognitivismo

Ya he examinado los problemas de la explicación cognitiva del funcionamiento de los hechos y de las descripciones en el contexto de la semiología de Saussure y en otros tipos de construccionismo lingüístico que consideran que lo que se construye son imágenes interiores o representaciones de algún tipo. Es necesario examinar con más detalle los problemas de las explicaciones cognitivas

para mostrar por qué se rechazan aquí. En la actualidad existe una gama de líneas generales críticas con el cognitivismo, principalmente estimuladas por la última filosofía de Wittgenstein o por la etnometodología (Costall y Still, 1991; Coulter, 1991; Edwards, 1996). Tres de estos problemas son especialmente pertinentes para esta discusión.

El primer problema es con la noción de las representaciones como entidades mentales «internas». ¿Se deben interpretar como conceptos, imágenes, o algo similar? La coherencia misma de la idea de representación interna ya es problemática de por sí (McKinlay y Potter, 1987). Además, las representaciones internas se infieren a partir de diversas prácticas figurativas que implican el habla y la escritura, y estas inferencias tienden a la circularidad ya que las representaciones internas se utilizan, a su vez, para explicar estas prácticas figurativas. La sencillez de la noción de representación mental se disuelve cuando se examina con detalle, especialmente en el contexto de una interacción real que implica representaciones y descripciones.

Otro problema que plantea la adopción de una perspectiva cognitiva es que las representaciones se separan de las prácticas en las que se utilizan y empiezan a concebirse como entidades estáticas que las personas acarrean consigo. En otras palabras, la perspectiva cognitiva aparta la atención de lo que se hace con las representaciones y las descripciones en los contextos en los que se producen, impidiendo la exploración analítica de sus propiedades reflexivas e indicativas. Así pues, en función de la metáfora de la construcción, el interés se centrará en las descripciones y las representaciones a medida que se construyen en el curso de una interacción; no se centrará en entidades imaginarias internas como las percepciones o las representaciones, junto con el aparato cognitivo de guiones, esquemas, etc., que acompaña estas explicaciones.

El tercer problema es que la cognición suele ser el tema de la descripción. En la vida de cada día, las personas dedican mucho tiempo a hablar de su «vida interior»: sus pensamientos, sentimientos, actitudes, metas, etc. Cuando abordamos el discurso natural, es muy difícil distinguir este tipo de habla de discusiones sobre si la Seguridad Social va camino de la quiebra o si debemos aceptar una invitación para la fiesta del sábado. Tomemos el siguiente fragmento de una sesión de terapia relacional (C es el consejero y E es la esposa que menciona a Jimmy, su marido).

1. *C*: Entonces usted - usted parece decir que reconoce algún tipo de pauta (0,6)
E: Pero la pauta que yo reconozco no es (0,8) la pauta (.) que Jimmy reconoce en la situación. ¿Sabe usted? (.) Yo sólo (.) siento que (2,2) siento (.) que (.) él no (0,4) él dice que no me ha dejado: (.) por otra mujer (.) pero yo m-(.) creo (.) que si ella no hubiera estado allí (.) esto no hubiera ocurrido [*Continúa*]

(DE-JF/C2/S2:2)

El habla de la esposa se mueve aquí con fluidez entre confesiones y descripciones de su propia vida mental («la pauta que yo reconozco», «siento que», «creo que»), de su esposo («la pauta que Jimmy reconoce») y de acciones y sucesos («él dice...»). Y seguramente estos elementos diferentes pueden ser tratados de manera distinta por los participantes: por ejemplo, el procedimiento que alguien emplea para socavar la afirmación de otra persona sobre sus propios sentimientos puede ser diferente del procedimiento empleado para socavar un informe de lo acontecido en un suceso pasado. Sin embargo, desde un punto de vista analítico, partir de la presuposición de que las descripciones cognitivas tienen un estatus diferente conducirá a todo tipo de tensiones y confusiones.

Por tanto, el enfoque de la construcción de hechos que aquí se va a desarrollar estará tan interesado en la construcción de las descripciones del mundo de la cognición como en las descripciones del mundo de las acciones y los sucesos. De hecho, como veremos después, con frecuencia se dan complejas pautas de inferencia entre estos ámbitos en el habla ordinaria (Edwards, 1996; Edwards y Potter, 1992; Potter y otros, 1993). Esto puede funcionar en las dos direcciones. Por un lado, las personas pueden construir una descripción del mundo que justifique algún suceso o estado cognitivo; la descripción de un insulto se puede utilizar para justificar y hacer creíbles unos sentimientos de enfado. Por otro lado, se pueden utilizar descripciones de la vida mental para justificar la existencia de sucesos en el mundo; la afirmación de haber visto un platillo volante se puede reforzar destacando el largo historial de escepticismo ante sucesos como éstos por parte del observador.

Discurso

Cuando se da la vuelta a los argumentos contrarios a considerar que la construcción de hechos equivale a elaborar versiones mentales del mundo, se convierten en argumentos para centrarse en el discurso. De hecho, ya hemos visto que centrar la atención en el discurso es fundamental en la etnometodología, el análisis conversacional y el postestructuralismo, aunque existen diferencias importantes en la manera de entender el discurso en cada uno de estos campos. Yo entiendo que centrarse en el discurso significa que el interés se centra en el habla y en los textos como partes de prácticas sociales. Esto es bastante más amplio que el interés del análisis conversacional por el habla en interacción, pero se limita más a los detalles específicos de las prácticas de las personas que la noción de Foucault del discurso como conjunto de afirmaciones que formulan objetos y sujetos. Este sentido del discurso se ilustrará en los tres próximos capítulos, donde la atención se centrará en materiales reales —transcripciones de conversaciones en contextos diferentes, artículos periodísticos, textos formales de diversos tipos— y en lo que se hace en estos materiales y mediante ellos.

Es importante destacar que mi intención no es argumentar que centrarse en el discurso en el sentido específico aquí desarrollado sea un requisito previo para realizar investigaciones sofisticadas sobre la construcción de hechos. Existen abundantes investigaciones de gran calidad en este campo que se basan en otros enfoques, algunos de los cuales ya se examinaron en capítulos anteriores. Por ejemplo, los sociólogos del conocimiento científico han realizado unos reveladores estudios etnográficos sobre el trabajo de laboratorio (por ejemplo, Knorr Cetina, 1995a; Traweek, 1988); ya he citado la afirmación de Karin Knorr Cetina según la cual «la etnografía proporcionó la óptica para ver el proceso de producción de conocimientos como algo más "constructivo" que "descriptivo"» (1995b, pág. 141). No obstante, existen razones para que centrarse en el discurso sea especialmente apropiado para el estudio de la construcción de hechos.

Consideremos la diferencia que habría entre lo que podrían deducir un observador etnográfico y un investigador del discurso a partir de la interacción reproducida en el anterior fragmento 1. En la etnografía, el investigador suele utilizar su propia participación, sea real o interpuesta, como base para construir la comprensión, y esto se complementa con notas de campo (Hammersley y Atkinson, 1983). Típicamente, la meta consiste en generar un relato de las acciones y los sucesos que se producen en un contexto. Por tanto, el observador etnográfico podría hacer varias observaciones sobre los sentimientos de la mujer, los de su pareja, sucesos que acontecieron en el pasado, etc. En contraste con esto, la manera de abordar el discurso que se propone aquí se ocupará de cómo se establece como literal y objetivo el relato de la mujer, y para qué cometidos se utiliza. Esto implicará atender a lo que con frecuencia se consideran (meros) detalles de la interacción: las vacilaciones, las repeticiones, las correcciones y los énfasis. Los analistas conversacionales han mostrado, precisamente, que estos detalles son importantes para la interacción y que son virtualmente imposibles de capturar adecuadamente por un observador etnográfico sin un magnetófono y una transcripción de gran calidad.

Centrarse en el discurso ofrece una ventaja final. Si presentamos la transcripción de un discurso en vez de un conjunto de formulaciones en forma de notas, colocamos al lector de la investigación en una posición mucho más ventajosa para evaluar nuestras afirmaciones e interpretaciones. El objetivo de Harvey Sacks de producir un tipo de análisis «donde el lector tenga tanta información como el autor y pueda reproducir el análisis» (1992, vol. I, pág. 27) puede ser imposible de llevar a cabo en la práctica. No obstante, este enfoque democratiza la interacción académica en un sentido importante. Por ejemplo, el lector no tiene que aceptar con los ojos cerrados la sensibilidad o la agudeza del etnógrafo. En última instancia, sin embargo, lo importante es el éxito relativo de estos enfoques diferentes. Los análisis que se centran en el discurso, ¿son productivos y convincentes? Quizá la respuesta a esta pregunta quedará un poco más clara hacia el final del libro.

Retórica

Hasta ahora he acentuado el valor de centrarse en la construcción de hechos en el discurso público y no en imágenes mentales o sentimientos subjetivos de certeza. Deseo combinar esta insistencia en el discurso con un énfasis en la retórica. Según el reciente trabajo sobre la retórica llevado a cabo por Michael Billig (1987), la retórica no se debería limitar a expresiones manifiestamente argumentativas o explícitamente persuasivas y debería verse como un aspecto fundamental de la manera en que las personas interactúan y llegan a la comprensión. Por ejemplo, Billig sugiere que la noción psicosocial de la actitud se debe replantear en términos retóricos. Tradicionalmente se ha considerado que las actitudes son evaluaciones cognitivas aisladas de partes del mundo que hacen las personas. Billig argumenta que deberían verse como posturas públicas que son inseparables de la controversia del momento; desde luego, las actitudes carecen de rol salvo en cuestiones donde existan conflictos y disputas. La consecuencia de esto es que «cada actitud a favor de una postura es también, implícitamente pero con más frecuencia explícitamente, una postura contra la actitud contraria. Como las actitudes son posturas sobre cuestiones de controversia, podemos esperar que quienes mantienen una actitud justifiquen su postura y critiquen la postura contraria» (Billig, 1991, pág. 143). Este mismo argumento se puede aplicar a los relatos factuales. De hecho, Herbert Simons ha argumentado que «parte del trabajo del analista retórico consiste en determinar cómo se hace que las construcciones de "lo real" sean convincentes» (1990, pág. 11). La consecuencia de destacar aquí la retórica será que, cuando se analicen descripciones, parte del interés estará en determinar qué argumentos o afirmaciones alternativos están siendo socavados. Dicho de la manera más simple, uno de los aspectos de cualquier descripción es que compite —de una manera real o potencial— contra una gama de descripciones alternativas (véase también Dillon, 1991).

Lyotard sugirió que una característica de la condición posmoderna es su énfasis en las guerras retóricas locales:

> En el empleo ordinario del discurso —por ejemplo, en una discusión entre dos amigos— los interlocutores utilizan cualquier munición disponible, intercambiando juegos [de lenguaje] de una expresión a la siguiente: preguntas, peticiones, afirmaciones y narraciones se lanzan atropelladamente a la batalla. Esta guerra no carece de reglas, pero estas reglas permiten y fomentan la máxima flexibilidad posible en la expresión (1984, pág. 17).

Sin querer aceptar la presuposición posmoderna de que hay algo históricamente nuevo en esta fragmentación y disputa, la metáfora de la guerra es útil. En una guerra es posible emplear armamento ofensivo y defensivo. Naturalmente,

muchas armas sirven para ambos fines. Aplicando esta argumentación a los relatos factuales, podemos considerar cómo se puede explorar la presencia de una retórica ofensiva y defensiva en un relato factual.

Por un lado, una descripción funcionará como retórica ofensiva en la medida en que socave descripciones alternativas. Se puede construir expresamente para reelaborar, dañar o reenmarcar una descripción alternativa. Por otro lado, una descripción puede proporcionar una retórica defensiva dependiendo de su capacidad para resistir menoscabos o socavaciones. Para proteger las descripciones de esta manera se puede emplear toda una gama de técnicas que constituirán un tema importante en capítulos posteriores del libro. Así pues, la cuestión es que este énfasis retórico puede servir como contrapunto al enfoque más familiar según el cual las descripciones se refieren, principalmente, a la relación existente entre un conjunto particular de palabras y un fragmento determinado de la realidad. Por otra parte, destaca las relaciones entre una descripción y descripciones alternativas y cómo se pueden desarrollar estas relaciones en una discusión.

La distinción entre retórica ofensiva y defensiva también destaca el valor de adoptar un enfoque analítico doble. Los estudios dedicados a esta cuestión deberían examinar tanto los procedimientos mediante los cuales se construyen versiones factuales como los procedimientos mediante los cuales se socavan estas versiones. Como veremos, ambas vertientes están estrechamente relacionadas entre sí. Existe una terminología que será útil adoptar aquí. Denominaré discurso cosificador al discurso que construye versiones del mundo como si éste fuera algo sólido y factual. Cosificar significa convertir algo abstracto en un objeto material, y aunque «material» se puede entender de una manera muy amplia, éste es el sentido preciso que deseo destacar. Los discursos cosificadores producen algo como si fuera un objeto, sea éste un suceso, un pensamiento o un conjunto de circunstancias. Por otra parte, denominaremos discurso ironizador al que se dedica a socavar versiones. El significado usual de «ironía» es utilizar palabras de manera opuesta a su significado literal. Sin embargo, en la sociología del conocimiento científico la ironía ha llegado a tener un sentido más específico y designa una manera de abordar el discurso que no lo trata como algo literal sino como un producto de determinados intereses o estrategias (Woolgar, 1983). A medio camino entre estos sentidos, trataré el discurso ironizador como el habla o la escritura que socava el carácter descriptivo literal de una versión. Es lo contrario del discurso cosificador: vuelve a convertir el objeto material en un habla que está motivada o deformada, o que es errónea en algún sentido.

Ilustraremos esto volviendo al fragmento 1:

1a. *C*: Entonces usted - usted <u>parece</u> decir que reconoce algún tipo de <u>pau</u>ta (0,6)
E: Pero la pauta que <u>yo</u> reconozco no es (0,8) la pauta (.) que Jimmy reconoce en la situación. ¿Sabe usted? (.) Yo sólo (.) <u>siento</u> que (2,2) siento (.) que (.)

él no (0,4) él dice que no me ha dejado: (.) por otra mujer (.) pero yo m-(.) creo (.) que si ella no hubiera estado allí (.) esto no hubiera ocurrido [*Continúa*]
(DE-JF/C2/S2:2)

El habla de la esposa se organiza para cosificar un objeto particular: «La pauta que yo reconozco». Es decir, presenta esto como algo que realmente existe. Al mismo tiempo, ironiza otro objeto: «La pauta que Jimmy reconoce». Esto se presenta como una versión expresada por Jimmy («él dice») y quizá incluso creída por él («reconoce»), pero que, no obstante, es inverosímil a causa de la pauta de los sucesos (que es, en sí misma, una versión que se cosifica en el habla).

Existe un aspecto final a destacar en relación a la retórica. Con frecuencia, la retórica se trata como si fuera virtualmente sinónima de la persuasión (Cockcroft y Cockcroft, 1992). Sin embargo, esto puede convertir fácilmente el estudio de la retórica en un ejercicio de psicología cognitiva que tratará la respuesta a la pregunta de si la retórica es efectiva como si dependiera de evaluar si se ha producido un cambio en el estado mental del auditorio. La manera en que emplearemos aquí la retórica no dependerá de juicios psicológicos de este tipo. Por contra, la retórica se tratará como un aspecto de la relación antagónica entre versiones: cómo se contrapone una descripción a otra descripción alternativa, y cómo se organiza, al mismo tiempo, para resistirse a una oposición. Esta concepción de la retórica encaja mucho mejor con el enfoque general sobre el discurso presentado anteriormente. Se aproxima a la noción tradicional de la retórica «persuasiva», que es un discurso diseñado para provocar muestras de adhesión en un auditorio.

En lo que queda de capítulo presentaré un plan para comprender el discurso descriptivo y factual que se desarrollará durante los tres próximos capítulos. El argumento básico será que los relatos factuales tienen una orientación doble. Tienen una orientación hacia la acción y una orientación epistemológica. Por un lado, una descripción se orienta hacia la acción, es decir, se utiliza para realizar una acción y se puede analizar para ver cómo se construye para que realice esa acción. Por otro lado, las descripciones construyen su propio estatus de versión factual: su principal interés es producir descripciones que se traten como meras descripciones, como informes que cuentan las cosas como son.

Es importante destacar que la perspectiva aquí desarrollada trata la orientación epistemológica de los relatos como si ella misma fuera una forma de acción; aunque es construida por hablantes o escritores, no se presupone que esta construcción sea necesariamente —ni siquiera frecuentemente— consciente o estratégica. Para las descripciones, esta cualidad es un elemento construido y no algo que pueden poseer o no. El estudio de la orientación epistemológica de los relatos es el estudio de este proceso de construcción.

La orientación de las descripciones hacia la acción

Por qué se utilizan las descripciones

La idea de que las personas pueden —y así lo hacen— utilizar descripciones para realizar acciones o para que formen parte de acciones, no es nueva y se puede ilustrar fácilmente. Tomemos el siguiente fragmento en el que unos estudiantes discuten sobre un ruido que suena fuera del piso en que se encuentran.

2. *Becky*: oi (.) sh shh (.) quizá haya sido <u>eso</u>
Neil: NO [eso no hace ningún ruido
Alan: [no (.) ha sonado fuera (0,4) seguro que ha sonado fuera
→ *Diane*: Neil tú llevas los zapatos puestos
(DSS-K:94:1)

Al final del fragmento, Diane se dirige a Neil con la expresión «Neil tú llevas los zapatos puestos». Ahora bien, como competentes conversadores y como personas familiarizadas con culturas donde la gente se puede quitar los zapatos dentro de casa pero debe llevarlos fuera, no tenemos ningún problema para oír la expresión señalada con la flecha como una petición de que Neil investigue el ruido. Es evidente —y crucial— que los participantes así lo entienden, ya que el fragmento está seguido por una conversación ligeramente jocosa sobre el peligro de encontrar un ladrón y el riesgo de que pudiera estar armado.

No me interesan mucho los detalles de este ejemplo, pero tiene dos aspectos muy interesantes que son característicos del empleo de las descripciones para realizar acciones. El primero es que no existe una formulación explícita de la petición. Diane no dice: «Por favor, investiga ese ruido, Neil» o «¿puedes mirar qué está pasando?». En cambio, se ofrece una descripción («Neil tú llevas los zapatos puestos») de la que se puede inferir una petición. En este contexto, la descripción de los zapatos de Neil lo identifica como alguien que puede investigar con más facilidad.

El segundo aspecto está relacionado con el primero. La acción llevada a cabo por la descripción es bastante delicada. Diane pide a Neil algo que implica esfuerzo y quizá hasta riesgo. Este asunto no es delicado sólo por la presión que se ejerce sobre Neil. También se plantea la cuestión de la identidad demostrada por Diane, la persona que hace la petición. Al pedir a Neil que investigue el ruido, Diane se expone a ser tildada de «perezosa» o incluso de «cobarde». Es decir, el hecho de centrarse en los zapatos aparta la atención de estas interpretaciones problemáticas y la dirige a la cuestión de quién tiene los zapatos puestos y, en consecuencia, puede salir, en vez de a quién se puede obligar a salir o quién no tiene miedo (véase también Pomerantz, 1980).

No es ninguna coincidencia que esta acción «delicada» se haga indirectamente. Muy al contrario. Una de las razones principales para realizar acciones indi-

rectamente por medio de descripciones es que estas acciones sean delicadas o difíciles en algún sentido. Normalmente, comportarán una identidad potencialmente indeseable o problemática; es decir, pueden ser acciones que muestren al hablante como egoísta, cobarde, insensible, racista, estúpido, seductor, molesto o perteneciente a toda una gama de posibilidades negativas en el contexto del momento. Al principio, esto puede parecer paradójico, ya que las descripciones se suelen asociar con la frialdad, la objetividad y la neutralidad. Sin embargo, no es una paradoja si consideramos que es precisamente este aspecto lo que hace que las versiones factuales sean tan convenientes cuando existe un conflicto o una cuestión de cariz delicado. Por ejemplo, Bruno Latour observó que cuando una disputa entre diferentes grupos de científicos cobra fuerza, la descripción se hace más y más técnica (1987); y Anita Pomerantz destaca que, en contextos cotidianos, es precisamente en casos de disputa cuando las personas empiezan a proporcionar justificaciones detalladas para sus afirmaciones (1984b). O, a modo de ilustración final, volvamos otra vez al fragmento 1.

1b. *C*: Entonces usted - usted parece decir que reconoce algún tipo de pauta (0,6)
E: Pero la pauta que yo reconozco no es (0,8) la pauta (.) que Jimmy reconoce en la situación. ¿Sabe usted? (.) Yo sólo (.) siento que (2,2) siento (.) que (.) él no (0,4) él dice que no me ha dejado: (.) por otra mujer (.) pero yo m-(.) creo (.) que si ella no hubiera estado allí (.) esto no hubiera ocurrido [*Continúa*]
(DE-JF/C2/S2:2)

Obsérvese cómo acompaña la mujer su contradicción de la versión de su cónyuge —que considera que su aventura no tiene nada que ver con sus dificultades conyugales— con una descripción que vincula entre sí la aventura y las dificultades.

*El dilema de la conveniencia (*stake*)*

Una manera de comprender estos aspectos de la producción de descripciones es verlos como intentos de controlar lo que Derek Edwards y yo (1992) denominamos el dilema de la conveniencia. Este dilema es que cualquier cosa que una persona (o un grupo) diga o haga se puede socavar presentándola como un producto de su conveniencia o interés. Hacer referencia a una conveniencia es una manera fundamental de menoscabar la importancia de una acción o de reelaborar su naturaleza. Por ejemplo, un reproche se puede menoscabar presentándolo como un mero producto del rencor; un ofrecimiento se puede menoscabar presentándolo como un intento de conseguir influencia. La afirmación de la primera ministra de

que es necesario rebajar los impuestos para impulsar la economía, se puede menoscabar presentándola como un intento de complacer al electorado justo antes de unas elecciones. En el caso del anterior fragmento 2, la petición de Diane a Neil para que investigue el ruido sospechoso se podría menoscabar presentándola como una consecuencia de su reticencia a hacerlo ella misma. Diane resiste este peligro formulando la petición de una manera implícita, por medio de una descripción.

Es importante dejar bien claro lo que no estoy afirmando aquí. No se trata de que los investigadores sociales deban interpretar el discurso de las personas en función de sus intereses individuales o colectivos. Un programa analítico así planteado tendría todo tipo de dificultades y la menor de ellas no sería que es muy difícil separar los intereses genuinos de los intereses que se atribuyen mutuamente los participantes en un debate (véanse, por ejemplo, Woolgar, 1981; Yearley, 1982; y la discusión de la teoría del interés en el capítulo 1). El argumento que deseo plantear aquí es que las personas se tratan mutuamente de esta manera. Tratan los informes y las descripciones como si procedieran de grupos e individuos con intereses, deseos, ambiciones y conveniencias en relación a determinadas versiones del mundo. Como los intereses son una preocupación de los participantes, pueden entrar a formar parte del análisis.

Tomemos el siguiente fragmento de un relato sobre las deliberaciones de un jurado.

> 3. La verdad, era un caso muy claro. El único testigo de la defensa era una prima de uno de los acusados y, así y todo, su historia era de lo más confusa; y los testigos de la acusación, muchos de ellos meros transeúntes sin ningún interés imaginable en juego, fueron claros y convincentes (*Independent on Sunday*, 15 de mayo de 1994).

La explicación que da el autor de que el jurado considerara poco convincente el planteamiento de la defensa se basa en gran medida en juicios sobre la conveniencia de los diferentes testigos. Decir que la testigo de la defensa es prima de un acusado proporciona una información que permite a los lectores —y a los componentes del jurado— inferir un motivo para que mienta en beneficio de ese acusado. En cambio, los testigos de la acusación se describen como transeúntes y lo que esto implica se expresa afirmando que no tenían «ningún interés imaginable en juego»; es decir, no mantenían ninguna relación con los acusados y no les interesaba la suerte que pudieran correr. Como veremos, la gestión de la conveniencia es uno de los aspectos fundamentales de la producción del discurso factual.

Quedan dos advertencias finales por hacer. He empezado con unos ejemplos bastante simples para que el argumento fuera lo más claro posible, pero quizá estos ejemplos no sean característicos de los tipos de casos que examinaremos más adelante. El primer problema es la naturaleza del agente que, se supone, tiene al-

gún interés o conveniencia. Hasta ahora hemos considerado casos donde la conveniencia se trata como una característica de los individuos. Sin embargo, la atribución de conveniencias no se limita a estos casos; normalmente se atribuyen a grupos sociales, naciones y grupos étnicos, por un lado, y a partes de personas como su inconsciente o el yo ideal, por otro. En un relato es fácil atribuir conveniencias en todos estos niveles. En segundo lugar, las relaciones entre las descripciones y la realización de acciones son numerosas y complejas. En ocasiones, una descripción sirve por sí sola para realizar una acción como en el fragmento 2, y otras veces las descripciones tienen un papel normalizado como parte de una acción, como ocurre cuando se emplean relatos para rechazar peticiones o invitaciones (véanse las págs. 85-90).

Cómo se utilizan las descripciones

Hasta ahora he argumentado que se puede recurrir al discurso descriptivo o factual para controlar la cuestión de la conveniencia, sobre todo cuando se considera que la identidad de quien habla o escribe es problemática o negativa. Sin embargo, esto sólo explica por qué se utiliza el discurso descriptivo; esta explicación se debe complementar con un relato de cómo las descripciones llevan a cabo acciones particulares. En otras palabras, ¿cómo se construye una descripción particular para que lleve a cabo una acción específica? A esta pregunta se dedicará el capítulo 7. De momento me limitaré a destacar algunas de las consideraciones que esta explicación debe abordar.

En potencia, la producción de descripciones puede intervenir en las acciones de muchísimas maneras diferentes. Las descripciones están estrechamente relacionadas con los detalles idiosincrásicos de los contextos. En el fragmento 2, las referencias a Neil y a los zapatos son cruciales para el funcionamiento del relato, pero seguramente serían improcedentes en cualquier otro fragmento de discurso que pudiéramos imaginar. A primera vista, esto nos podría hacer dudar de la posibilidad misma de hacer afirmaciones generales sobre los procedimientos para emplear relatos factuales en acciones. No obstante, cuando empezamos a estudiar las descripciones es posible hacer algunas observaciones generales.

Un aspecto fundamental de cualquier descripción es su papel en la categorización; una descripción formula algún objeto o suceso como algo; lo constituye como una cosa que tiene unas cualidades específicas. Una descripción presenta algo como bueno o malo, como grande o pequeño, como más o menos violento (aunque lo normal es que se empleen opciones más sutiles). Otro papel común de las descripciones es presentar alguna acción como rutinaria o, a la inversa, como excepcional. A veces, el éxito de una descripción en llevar a cabo una acción depende de su control selectivo del ámbito de objetos y sucesos a considerar. Por

tanto, la cuestión es que si bien los detalles de aquello sobre lo que se habla pueden variar infinitamente, los tipos de procedimientos para construir y manejar descripciones pueden ser mucho más regulares y, en consecuencia, más susceptibles al análisis. Ya hemos visto un ejemplo en la discusión de los relatos del capítulo 2, donde se destacó que los relatos para rechazar invitaciones y ofrecimientos tienen una estructura global muy regular.

La orientación epistemológica de las descripciones

En sí misma, el habla referencial no tiene ninguna garantía de que será tratada como factual: elaborar un texto con descripciones no obliga al lector a considerarlas literales. Esto se aplica, sobre todo, a situaciones de conflicto o que plantean cuestiones delicadas de identidad, donde el discurso descriptivo es común. Las personas disponen de una amplia gama de recursos para ironizar descripciones presentándolas como mentiras, ilusiones, errores, halagos, engaños, desnaturalizaciones, etc., y pueden recurrir a estos recursos para socavar la exactitud de una descripción. Ante la existencia de estos recursos para socavar versiones factuales, no es sorprendente que también exista un conjunto de recursos contrarios orientados a elaborar la factualidad de una versión y a dificultar su socavación: son los recursos que se emplean para construir una descripción como si fuera un relato factual.

Bruno Latour y Steve Woolgar conceptualizan este proceso en función de una jerarquía de «modalización» (Latour, 1987; Latour y Woolgar, 1986; Woolgar, 1988b) que se ilustra en la tabla 4.1. En un extremo de esta jerarquía se encuentran las descripciones cuya condición se considera muy sospechosa o provisional y que se pueden tratar como mentiras o confusiones del hablante; en el otro extremo se encuentran las descripciones que se consideran sólidas y definitivas, y totalmente separadas del hablante. En este extremo, algunas afirmaciones se consideran tan definitivas que ni siquiera es necesario formularlas explícitamente: se pueden presuponer.

El proceso de construcción de hechos intenta cosificar las descripciones para que parezcan sólidas y literales. El proceso opuesto de destrucción intenta ironizar las descripciones para que parezcan parciales, interesadas o defectuosas en algún sentido. Naturalmente, todo esto se combina para establecer la veracidad de una versión a expensas de otra, como ocurre en el fragmento 1. Si concebimos esta jerarquía como un ascensor, los procesos de cosificación intentan hacer que la descripción ascienda por la jerarquía, y los procesos de ironización intentan hacerla descender.

La breve descripción que sigue pretende ilustrar estas cuestiones sin abordar sus complejidades. Dividiremos los procesos de construcción de hechos en dos grupos. Por un lado están los recursos centrados en la identidad del hablante: per-

TABLA 4.1. Jerarquía de modalización

[...]
X
X es un hecho
Sé que X
Afirmo que X
Creo que X
Establezco la hipótesis de que X
Pienso que X
Supongo que X
X es posible

miten socavar sus descripciones aludiendo a sus conveniencias o fortalecerlas aludiendo a la autoridad de su conocimiento. Éste será el tema del capítulo 5. Por otro lado están los recursos orientados a destacar la independencia entre hablante y descripción. A esto se dedicará el capítulo 6.

Gestión de intereses

La gestión de intereses es uno de los aspectos más importantes del estudio de la construcción de hechos. En su conocido estudio etnográfico sobre la información periodística, Gaye Tuchman afirma que los intereses son lo primero que tendrá en cuenta un periodista cuando evalúe una fuente: «La mayoría de las personas, en cuanto fuentes de información, tienen intereses en juego. Para que se le crea, un individuo debe demostrar su fiabilidad como fuente de información» (1978, pág. 93). Al presentar el dilema de la conveniencia ya he comentado un poco el método de socavación basado en imputar intereses. De hecho, uno de los argumentos básicos aquí es que las descripciones se suelen emplear precisamente porque controlan cuestiones de interés. Esta observación se puede desarrollar volviendo a los dos ejemplos presentados anteriormente. En el fragmento 2, cuando Diane describe la vestimenta de Neil («Neil tú llevas los zapatos puestos»), Diane da una razón para que Neil investigue el ruido sospechoso y esta razón centra la atención precisamente en el propio Neil: Diane no necesita aludir a ninguna de sus propias razones posibles (miedo, pereza) para que Neil actúe. Dicho en pocas palabras, una descripción como ésta intenta desviar la atención del hablante y dirigirla hacia lo que se describe.

En la noticia sobre las deliberaciones de un jurado que se presenta en el fragmento 3, el redactor comunica una pauta de conveniencia para presentar a una de las partes de la causa como fuerte y a la otra como débil. La testigo de la

defensa es sospechosa porque está emparentada con uno de los acusados; los relatos de los testigos de la acusación tienen más probabilidades de ser verdaderos porque no tienen ningún interés en el resultado: son meros transeúntes. La simple mención de estos detalles se considera suficiente para poner en duda las afirmaciones de la defensa. Esto vuelve a ilustrar el poder que puede tener la alusión a intereses.

El fragmento 3 también ilustra un aspecto más general de la construcción de hechos. Las afirmaciones sobre conveniencias también son descripciones en sí mismas, y como tales están sujetas a los mismos problemas que la construcción de hechos. Las personas pueden tener que elaborar la factualidad de los relatos que después emplearán para describir algo como factual. Dicho en otras palabras, los procesos para cosificar descripciones pueden funcionar de una manera recurrente. Puede hacer falta el mismo esfuerzo para construir la factualidad de un recurso que para utilizar este recurso en construir la factualidad de una descripción.

Mi argumento general es que la conveniencia es un problema potencial para quienes desean establecer la factualidad de un relato y que, al mismo tiempo, es un recurso para quienes desean socavar esta factualidad. He preservado deliberadamente la vaguedad de la naturaleza específica de las conveniencias. La conveniencia es un rasgo de los participantes que se puede construir de muchas maneras diferentes. Se puede relacionar con las características individuales de una persona o con sus lealtades de grupo; puede ser tan «trivial» como un intento de no parecer tonto, o tan «importante» como el deseo no ser identificado como un asesino. El papel del análisis no es evaluar si una conveniencia existe o no, sino explorar las prácticas mediante las cuales se establecen y se socavan conveniencias. En el próximo capítulo exploraremos varias de estas prácticas.

Acreditaciones de categorías (category entitlements)

Si la gestión de los intereses se suele relacionar con la socavación de relatos, la acreditación de categorías es la otra cara de la moneda. Tanto en el plano cultural como en el normativo, el conocimiento y las categorías de actores se vinculan de muchas maneras diferentes. Si se considera que ciertas categorías de actores están acreditadas para conocer determinadas cosas, sus informes y descripciones reciben un crédito especial. En el caso más simple, una persona va al médico porque espera que éste sepa algo de enfermedades. El médico pertenece a una categoría de personas que se consideran acreditadas para poseer estos conocimientos; el médico sabe de enfermedades en virtud del hecho de que es un médico. Es decir, presuponemos que su pertenencia a esta categoría es el resultado de unos estudios, unos conocimientos, etcétera.

El papel de las acreditaciones se puede ver en el material de un estudio realizado por Jack Whalen y Don Zimmerman (1990). Estos autores analizaron las llamadas realizadas a un teléfono de emergencia de una gran ciudad estadounidense y anotaron cómo eran tratados distintos tipos de comunicantes. A algunos se les preguntaba cómo sabían lo que estaban comunicando, y a otros no. Tomemos dos ejemplos. La llamada del fragmento 4 la hace un «comunicante normal», un miembro desconocido del público (RL representa al receptor de llamadas y C al comunicante):

4. *RL:* Teléfono de emergencias
C: ¿Puede venir la policía al mil ciento sesenta de Arvin Avenue North?
RL: ¿Mil ciento sesenta de Arving Avenue North?
C: Sí, están violando a alguien
RL: DÓNDE
C: Mil ciento [sesenta
RL: [¿Dentro o fuera?
C: Dentro de la casa.
RL: ¿Están VIOLANDO a alguien?
C: Que sí=
RL: =¿Y cómo lo sabe?
C: Vivo en la puerta de al lado. Están violando a dos mujeres, mil ciento sesenta=
RL: = ¿Ha-cómo sabe que las están violando dentro de la casa?
C: Porque [... *La llamada continúa 15 líneas más*]
(Whalen y Zimmerman, 1990, pág. 473)

En esta llamada vemos que a la comunicante se le pregunta con detalle sobre su base para afirmar que están violando a alguien y que la policía debe venir. Comparemos esto con la breve y afable llamada del fragmento 5:

5. *RL:* .hh Teléfono de emergencias
C: Hola .hh Aquí el General — ha habido una sobredosis (.) dos mil seiscientos veintiséis .hh Columbia: hh planta superior nú:::mero dos: .hh
RL: Mu:y bien gracias
C: umhm adiós
(Whalen y Zimmerman, 1990, pág. 483)

En este caso se considera que la llamada del hospital la hace alguien que sabe de sobredosis de drogas y que conoce el lugar. No se le pregunta cómo lo sabe.

Es tentador pensar que estas categorías son un mero aspecto del mundo y que los hablantes y escritores se evalúan directamente en función de los grupos a los que pertenecen. Sin embargo, esto es demasiado simple. Como hemos visto, los procesos de construcción de hechos no necesitan actuar simplemente sobre los hechos: también pueden actuar sobre los recursos que forman los hechos. Por tanto, los

participantes pueden desarrollar sus acreditaciones de varias maneras. Y, naturalmente, también ocurre a la inversa: pueden socavar las acreditaciones de otros. Podemos especular, por ejemplo, que el comunicante del fragmento 5 construye su acreditación no sólo porque dice «aquí el General», sino también por el saludo familiar del principio y el aire de rutina («el General» en vez de «el Hospital General»). Así pues, los intereses y las acreditaciones de categorías impregnan la actitud de los participantes cuando elaboran y socavan relatos factuales.

La gestión de intereses y la elaboración de acreditaciones implican construcciones de la persona que hace el informe. Es decir, no se centran en el contenido de lo que se comunica, sino en la condición del comunicante. De hecho, se centran en dos preguntas pertinentes que cabe plantear cuando se ofrecen descripciones. La persona que hace el informe, ¿posee algún interés que desacredite su informe? ¿Posee la persona alguna acreditación que aumente su credibilidad? Éstos no son los únicos tipos de construcciones que pueden ayudar a desplazar las descripciones hacia arriba o hacia abajo por la jerarquía de modalización. Otros enfoques pueden centrarse en cómo se describe el tema del informe (discurso empirista, detalle y narración) y también en la relación entre diferentes informes del mismo suceso (consenso y corroboración).

Discurso empirista

En el capítulo 1 examinamos varios enfoques sociológicos de la ciencia. Sin embargo, la discusión de la línea de trabajo que se centra en el discurso científico se aplazó hasta más adelante a causa de su pertinencia directa a cuestiones relacionadas con la construcción de hechos. Una de las principales conclusiones de los trabajos sobre el discurso científico es que los científicos recurren a vocabularios o «repertorios interpretativos» diferentes cuando describen su trabajo. Los repertorios interpretativos son conjuntos de términos relacionados sistemáticamente que se suelen emplear con una coherencia gramatical y estilística, y que se suelen organizar en torno a una o más metáforas fundamentales. Son uno de los principales recursos que emplean los científicos para construir versiones de su mundo. Nigel Gilbert y Michael Mulkay (1984) denominan «repertorio empirista» al repertorio que predomina cuando los científicos describen su propio trabajo y los trabajos que consideran verdaderos. El discurso de este tipo trata los datos como primarios y sólo ofrece formulaciones generalizadas y poco o nada explícitas sobre las acciones y las creencias del científico. Cuando el científico aparece en el discurso, se describe como alguien obligado a emprender ciertas acciones debido a las exigencias de los fenómenos naturales o a las limitaciones impuestas por determinadas reglas.

6. Una suposición largo tiempo mantenida sobre la fosforilación oxidativa ha sido que la energía desprendida por las reacciones de oxidación-reducción se emplea para impulsar la formación del enlace covalente terminal anhidro del ATP. Contrariamente a este punto de vista, los resultados recientes de varios laboratorios indican que esta energía se utiliza principalmente para reforzar el enlace entre ADP y fosfato mediante un proceso catalítico y para facilitar la liberación de ATP enlazado (Gilbert y Mulkay, 1984, pág. 41).

Más adelante exploraremos este discurso con más detalle. De momento hay dos cuestiones que destacar. En primer lugar, aunque este discurso es característico de la ciencia formal escrita, muchos de sus aspectos son familiares en otros contextos, incluyendo las conversaciones cotidianas. En segundo lugar, podemos comprender algunos de los aspectos de este tipo de discurso examinando el papel general de la construcción de hechos y su relación con dilemas de conveniencia. Aunque la ciencia, como ya he destacado, tiende a considerarse un campo donde se produce una discusión desinteresada de hechos puros, en potencia se puede invocar una gran variedad de intereses para socavar las afirmaciones de un científico (Gilbert y Mulkay, 1984, cap. 4; Potter y Wetherell, 1987, págs. 151-152). El discurso empirista maneja el dilema de la conveniencia desviando la atención de los científicos y centrándola en aquello que se comunica, de manera muy parecida a lo que hacía Diane en el fragmento 2 al centrarse en los zapatos de Neil y no en sus propias razones para no investigar la presencia de un presunto ladrón. De hecho, el repertorio empirista lleva esto hasta el extremo, y no se limita a centrarse en los datos sino que los construye como si tuvieran una agencia propia. El comunicante se convierte en alguien que responde pasivamente a las exigencias de los hechos.

Construcción de corroboración y consenso

Aunque las nociones de corroboración (¿hay otro testigo de este suceso?) y consenso (¿están de acuerdo los diferentes testigos?) son familiares en contextos judiciales, tienen un uso mucho más amplio. Como ocurre con la acreditación de categorías, es tentador considerar que son simples elementos de un razonamiento claro y sensato: cuantos más testigos independientes digan lo mismo, más creíble será lo que describen. No pretendo decir que esta intuición sea errónea. Pero creo que es demasiado simple en sí misma porque ignora la manera en que los testigos se pueden construir como independientes y la manera en que sus versiones se pueden construir como idénticas. Y esto no es una simple observación técnica y analítica: también interesa a los participantes. Es decir, los participantes tienden a construir corroboración cuando elaboran y socavan relatos.

Por ejemplo, en el estudio de una serie de discusiones en torno a lo que ocurrió en una conferencia de prensa *off the record* (Potter y Edwards, 1990), encontramos que se favorecía la versión de la prensa destacando el consenso existente entre varias noticias diferentes. Lo que sigue es parte de la pregunta que planteó un miembro del parlamento sobre el contenido de esta conferencia de prensa durante un debate parlamentario; procede de *Hansard*, que es el registro parlamentario oficial:

> 7. *Señor David Winnick (Walsall, North)*: Como todos los periódicos dominicales comunicaban *virtualmente la misma historia*, ¿está diciendo el presidente de la Cámara que *todos los periodistas* que asistieron a la conferencia de prensa —no ha negado que se produjera una— entendieron mal lo que dijo?
>
> (*Hansard*, 7 de noviembre, pág. 26, la cursiva es mía)

Aquí se alude al consenso entre varias historias diferentes como garantía de verdad en un contexto donde se ha puesto en duda la veracidad de un relato. Sin embargo, dado nuestro énfasis en la retórica y en la naturaleza construida de las versiones, cabe esperar que existan maneras comunes de contrarrestar estas formas de justificación. Una de estas maneras consiste en sugerir que el consenso entre un conjunto de relatos es el producto de una connivencia y no de una coincidencia entre personas que atestiguan independientemente los mismos hechos y que, en consecuencia, ofrecen la misma descripción. El fragmento que sigue se produjo poco después, en el mismo debate parlamentario. El hablante —el ministro Lawson— intenta negar las historias publicadas en los periódicos.

> 8. *Señor Lawson*: [...] las afirmaciones que aparecieron en la prensa del domingo no tienen ninguna relación con lo que dije en realidad. ... [los periodistas] tienen sus notas taquigráficas y lo saben, como saben que *se quedaron después* y, *al ver que no había una historia suficientemente buena, presentaron ésta.*
>
> (*Hansard*, 7 de noviembre, pág. 26, la cursiva es mía)

El ministro socava la idea de que las noticias son iguales porque son ciertas introduciendo la noción de que son iguales porque los periodistas han hecho que lo sean. Obsérvese también que esta afirmación sobre la existencia de una connivencia es, en sí misma, una descripción que está abierta al debate, y el ministro la justifica haciendo referencia a los intereses de los informadores. Como la historia que tenían no era suficientemente buena, se inventaron otra. Esto nos recuerda que los procedimientos para la construcción de hechos no trabajan de manera aislada. Tienen la misma probabilidad de que se recurra a ellos conjuntamente, como en este caso.

Detalle y narración

El detalle, los datos específicos de una descripción, son cruciales para la actividad a la que se destina la descripción. Sin embargo, las descripciones detalladas con minuciosidad también se pueden emplear para elaborar la factualidad de un relato. Pueden dar la impresión de que el hablante ha estado presente al detallar características que, si bien no son sustanciales para la afirmación o el argumento, habrían sido evidentes para alguien que realmente hubiera presenciado el suceso. Como antes, tratar esto como una construcción retórica no es argumentar que el detalle no es un elemento importante en la construcción de hechos; más bien se pretende destacar que este detalle se puede producir y desarrollar por sus propiedades para la construcción de hechos. Después de todo, ésta es una de las principales habilidades de los novelistas cuando relatan una historia de una manera creíble.

Tomemos la disputa sobre lo que ocurrió en la controvertida conferencia de prensa *off the record* que acabamos de examinar. A medida que el debate continuaba y se planteaban más preguntas sobre las noticias aparecidas sobre la conferencia de prensa, varios de los periódicos implicados respondieron con extensos artículos que incluían descripciones detalladas de la conferencia con muchos detalles contextuales.

9. El señor Lawson estaba sentado en un sillón, en un rincón al lado de una ventana que mira hacia el jardín del n° 11 de Downing Street. El secretario de prensa, el señor John Gieve, rondaba cerca de la puerta. El resto de nosotros, con los cuadernos en el regazo y sentados en sillas y sofás, formábamos un círculo en torno al ministro. Eran las 10:15 de la mañana del viernes 4 de noviembre...

(*Observer*, 13 de noviembre)

Pocos detalles de este relato son directamente pertinentes a la cuestión esencial de la disputa, que se centraba en un cambio potencial en las disposiciones del gobierno para el pago de subsidios. Ni el sillón, ni el jardín, ni el rondar cerca de la puerta del señor Gieve, ni el hecho de sentarse en sillas, son consecuentes para la modificación de los subsidios, y ninguno de estos detalles había sido negado, o ni siquiera comentado, por el ministro Lawson. Sin embargo, estos aspectos descriptivos son característicos de la manera en que se construyen escenas en las novelas (Fowler, 1977). Su función es hacer que lo que se describe sea gráfico y creíble, presentando al hablante o al escritor como testigo adecuado.

Es aquí donde el interés por el detalle se confunde con el interés por la narración y la organización narrativa. Se pueden organizar detalles de este tipo para proporcionar una estructura narrativa a un relato: el orden de los acontecimientos, quiénes son los personajes, etc. La organización narrativa se puede utilizar para aumentar la credibilidad de una descripción particular, inscribiéndola en

una secuencia donde lo que se describe se convierte en algo esperado o incluso necesario.

Aunque el detalle se puede utilizar de esta manera, hay veces en que puede ser ineficaz y las descripciones vagas o generales pueden ser el camino preferido para sostener un relato. Uno de los problemas de ofrecer una profusión de detalles es que éstos se pueden socavar de varias maneras: los detalles se pueden eliminar, o se pueden identificar incoherencias que pongan en duda la credibilidad del hablante. El empleo de descripciones vagas o formulistas puede proporcionar material suficiente para mantener alguna acción, sin necesidad de emplear afirmaciones descriptivas que puedan ser objeto de socavación.

Combinar acción y epistemología

Hasta ahora, para los fines de esta exposición inicial, he separado las orientaciones de las descripciones hacia la acción y hacia la epistemología, y también he tratado los diversos estilos de justificación epistemológica como si se pudieran separar entre sí. Sin embargo, en situaciones reales, estos tipos diferentes de justificación se suelen mezclar de una manera más o menos transparente y se vinculan con la acción en sí. Es importante volver a destacar que estos estilos de construcción de hechos no funcionan de una manera mecánica. Más bien se elaboran y se adaptan a los detalles específicos de las situaciones en las que se emplean y siempre existe la posibilidad de que sean socavados.

Para terminar este capítulo dedicaré un poco más de tiempo a un solo ejemplo para demostrar cómo pueden encajar entre sí los diversos elementos y consideraciones que he presentado. El siguiente fragmento pertenece a los primeros cinco minutos de la primera sesión de terapia relacional de una pareja a cuyos integrantes denominaremos Connie y Jimmy. Ya nos los hemos encontrado brevemente en el fragmento 1, perteneciente a su segunda sesión. Uno de los puntos controvertidos de esta primera sesión es precisamente cuáles son los problemas de relación de la pareja. El consejero pregunta por la secuencia de acontecimientos que han desembocado en un intento frustrado de buscar consejo.

10.
C: [Qué- (.)] qué sucedió en ese momento.
E: En ese mo:mento, (0,6) Jimmy ha- (.) mi- Jimmy es
sumamente celoso. Es una per:sona ex-extremadamente celosa.
Siem:pre lo ha ↓sido, desde el dí:a que nos conocimos. ¿sabe usted?
Y en ese momento, se produjo un episo:dio,
con (.) un tipo, (.) en un bar, sabe usted?
Y yo: bebiendo un poco y enrollándome por ahí. (0,8)
Y ya está. (0,4) No? Y esto (0,4)
se le fue de las manos a Jimmy según Jimmy

10 Yo si:empre: lo hacía y .hhh sabe? si:empre le molestaba.
11 Era una persona celosa y yo: agravé la situación. .h
12 Y esta ve:z se largó. Para mí es (.)
13 totalmente ridícula su manera de (.) com:portarse (.)
14 con este problema que tie:ne.
(DE-JF/C2/S1:4)

Este relato presenta multitud de aspectos fascinantes, pero me centraré especialmente en la descripción que Connie hace de Jimmy y de los acontecimientos que precedieron a que éste «se largara» (véanse análisis que abordan estos materiales con más detalle en Edwards, 1995, 1996). Obsérvese primero la manera en que Connie interrumpe una respuesta directa a la pregunta del consejero para insertar una descripción de Jimmy (2-3). Describe a Jimmy como una persona extremadamente celosa. Los detalles de la descripción son cruciales aquí. Los celos pueden ser algo propio de la persona que los tiene o pueden ser provocados por otra persona. Según la descripción de Connie, es evidente que los celos de Jimmy son cosa de él: Jimmy es una «persona» extremadamente celosa y había sido así «desde el día que nos conocimos». Esta descripción contrarresta la posibilidad de que los celos fueran ocasionados por algo hecho por Connie: por ejemplo, coquetear con un hombre en un bar, como más tarde afirma Jimmy. La descripción que Connie hace de Jimmy cumple dos objetivos. En función de la disputa sobre por qué Jimmy la dejó, contrarresta la inferencia de que la dejó a causa de sus acciones. En términos epistemológicos, ofrece un marco de escepticismo para escuchar la posterior versión de Jimmy sobre el mismo suceso. La descripción que hace un hombre patológicamente celoso de la diversión de su esposa en un bar es poco probable que sea totalmente objetiva.

Tomemos ahora la construcción que hace Connie del suceso en sí (5-8). Una de las características destacables de esta descripción es su falta de detalle. Aquí, «episodio» es el tipo de término que se puede utilizar para parecer neutral en cuestiones de causa y efecto; los lingüistas críticos han identificado este tipo de empleo del lenguaje como característico de las noticias periodísticas donde la causalidad se pone en duda o se rehace (Fowler, 1991; Hodge y Kress, 1993). «Tipo» y «bar» son detalles mínimos. Y en la línea 7, Connie caracteriza su actividad de una manera mínima. En esta comunidad de hablantes, «enrollarse» significa divertirse o no estar serio. E incluso esto se mitiga aún más mencionando que había estado «bebiendo un poco». Lo que uno hace después de «beber un poco» suele ser (aunque no siempre: la retórica puede funcionar en ambos sentidos) menos criticable que lo que hace estando sobrio.

Después de elaborar con firmeza los celos de Jimmy como un rasgo de su personalidad, y habiendo ofrecido una descripción del suceso que minimiza su gravedad, Connie se encuentra en posición de socavar la afirmación de Jimmy de que ha-

bía dejado a Connie a causa de este suceso tildándola de «totalmente ridícula». Es especialmente importante ver qué sutil y sofisticado es lo que ocurre aquí. Es fácil concebir este tipo de discurso, tan lleno de vacilaciones y reparaciones, como ejemplo de un argumento pobre o de una torpeza general de expresión donde unas personas con dificultades para expresarse hablan atropelladamente. Sin embargo, el examen de ejemplos de este tipo pone de manifiesto cómo contribuyen estos aspectos a la tarea en cuestión. Por ejemplo, las formulaciones globales que emplea Connie en su descripción son difíciles de socavar: la descripción que hace Jimmy de esa misma tarde abarca 130 líneas de transcripción en vez de las 3 que le dedica Connie (parte de la versión de Jimmy se examinará en el capítulo 7). Por tanto, la conclusión general es que las descripciones se adaptan íntimamente a determinadas actividades y que se atiende a su base epistemológica de muchas maneras diferentes.

En general, este capítulo pretende preparar el terreno para una discusión más sistemática y elaborada de los procedimientos para la construcción de hechos que se abordan en los dos capítulos siguientes. Empezamos argumentando que la elaboración de la factualidad se puede explorar exprimiendo la metáfora de la construcción hasta sus límites y combinando selectivamente elementos construccionistas procedentes de la lingüística, el análisis conversacional y el postestructuralismo.

Este enfoque construccionista insiste en tres aspectos analíticos. En primer lugar, es anticognitivista. Su interés no es la construcción entendida como un proceso mental que comporta el aparato cognitivo de esquemas, almacenes de recuerdos y representaciones sociales. Aunque existen numerosas razones para evitar una perspectiva como ésta, una de las principales es que desvía la atención de cómo se organizan los relatos factuales y cómo encajan en interacciones particulares. Tanto si se deriva de la psicología cognitiva (Neisser, 1976) como de la teoría de las representaciones sociales (Moscovici, 1984) o de la lingüística crítica (Hodge y Kress, 1993), la teorización cognitiva tiende hacia una perspectiva individualista que se aparta de las prácticas humanas en las que se inscribe la construcción de hechos. El segundo aspecto se centra en el discurso, es decir, en el habla y en los textos en cuanto prácticas sociales y no en reconstrucciones etnográficas de las mismas. El hecho de centrarse en el discurso facilita retener el orden del detalle que interviene en el establecimiento de la factualidad. El tercer aspecto destaca que la construcción de hechos se organiza retóricamente. Es decir, el análisis funciona en dos dimensiones estrechamente relacionadas entre sí. No sólo se ocupa de la construcción de hechos (cosificación) sino también de la destrucción de hechos (ironización); y aborda tanto la retórica defensiva mediante la cual se protege un relato contra ataques, como la retórica ofensiva destinada a socavar una descripción contraria.

Después de estos comentarios preliminares he desarrollado una distinción entre la orientación hacia la acción y la orientación epistemológica de las descripciones, con el objetivo de mostrar que las descripciones se pueden analizar tanto en función de los tipos de acciones que realizan o contribuyen a realizar, como en fun-

ción de la construcción de hechos; es decir, se puede analizar el proceso mediante el cual se hace que una descripción se convierta en un hecho aceptado. En cada uno de estos procesos pueden intervenir diferentes aspectos de las descripciones. Es necesario destacar, sin embargo, que esta distinción es más heurística que real. Después de todo, en muchos casos las acciones consiguen realizarse precisamente mediante la construcción de hechos. La orientación epistemológica no es un interés abstracto o filosófico por la verdad; es un interés práctico y contextual en hacer que una descripción sea creíble.

Por último, se han agrupado en dos conjuntos varios elementos diferentes que pueden contribuir a la construcción de hechos. Por un lado, se encuentran las prácticas que implican distintas construcciones del agente y que se basan, por ejemplo, en sus intereses y sus desafectos, o en sus acreditaciones. Por otro lado, se encuentran las prácticas que separan las descripciones del actor como, por ejemplo, el empleo de un discurso empirista, la fabricación de corroboración y la organización de descripciones en narraciones. Éstos serán los temas de los dos próximos capítulos.

5 INTERESES Y ACREDITACIONES DE CATEGORÍAS

En este capítulo retomaré y desarrollaré algunas de las ideas del capítulo anterior sobre las maneras en que se puede desarrollar la identidad de los agentes que producen descripciones para elaborar su credibilidad. En función de la distinción general antes introducida entre la orientación hacia la acción y la orientación epistemológica de los relatos descriptivos, me centraré principalmente en la vertiente epistemológica. En primer lugar, me centraré en cómo se recurre a cuestiones de conveniencias o intereses para socavar afirmaciones y relatos, y cómo se resisten estos intentos. En segundo lugar, me centraré en cómo se puede otorgar autoridad a descripciones destacando o elaborando pertenencias a categorías que implican acreditaciones de conocimientos particulares, y de qué manera también esto se puede socavar. Los temas gemelos de la conveniencia y la acreditación de categorías son aspectos que impregnan el razonamiento cotidiano sobre hechos y descripciones. La factualidad de un relato se puede potenciar desarrollando acreditaciones de categorías y se puede debilitar destacando la conveniencia personal o institucional del autor del relato.

Aunque el tema principal de este capítulo será la gestión de las conveniencias y las acreditaciones epistemológicas, hay otra consideración importante que surge cuando consideramos la relación entre la identidad del hablante/escritor y la factualidad de la versión que produce, y esta consideración es lo que Goffman (1981) denomina «posicionamiento» (*footing*). Este concepto hace referencia a la gama de relaciones que hablantes y escritores mantienen con las descripciones que comunican. Por ejemplo, las personas pueden hacer afirmaciones propias o pueden comunicar afirmaciones ajenas; y cuando comunican afirmaciones pueden mostrar diversos grados de distancia en relación a lo que comunican. Así como existe un interés fundamental en las conveniencias y los intereses, también existe un interés en la neutralidad, es decir, en demostrar la ausencia de conveniencias. La posición es fundamental cuando abordamos informes factuales, porque los hablan-

tes administran su responsabilidad personal o institucional hacia tales informes mediante la parafernalia de la posición. Como veremos, la posición proporciona un conjunto de distinciones que orientan la asignación de culpas, elogios, escepticismo, etc.

Es una simplificación exagerada, pero así y todo —o así lo espero— heurísticamente útil, presentar estos intereses en función de un diagrama (figura 5.1). En él se indican algunas de las relaciones más importantes entre la acreditación de categorías, la formulación de intereses y el posicionamiento, y sus consecuencias para la factualidad y la responsabilidad del hablante. Las acreditaciones se pueden utilizar para elaborar la factualidad de los relatos; los intereses se pueden formular para socavarlos. Como veremos, sin embargo, cuando conseguimos observar parte del detalle de las prácticas de invocación de intereses y de afirmaciones sobre acreditaciones, esta pauta se hace cada vez menos nítida. En cuanto relatos factuales, los diagramas tienen virtudes y defectos (Gilbert y Mulkay, 1984, cap. 7; Myers, 1990).

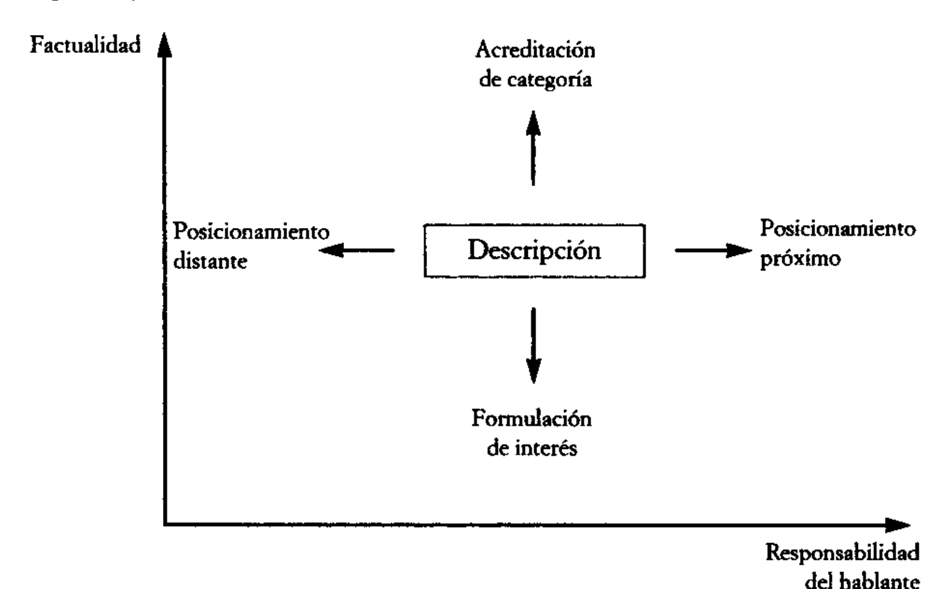


FIGURA 5.1. Relaciones entre la acreditación de categorías, la formulación de intereses y el posicionamiento

Antes de empezar a considerar la conveniencia y el interés con un poco más de profundidad, es importante reiterar algunas de las advertencias hechas en el capítulo anterior. En primer lugar, es importante recordar que el objetivo de este libro no es intentar evaluar la adecuación de los relatos factuales. La meta no es

conseguir una base más sólida para decidir si una afirmación o descripción es verdadera o falsa. En cambio, el objetivo es ver cómo las personas mismas manejan y comprenden las descripciones y su factualidad. Por tanto, es especialmente importante distinguir entre este objetivo y la literatura de la ciencia social cuya meta estriba en explicar la naturaleza de las afirmaciones y de los argumentos en función de los intereses de sus productores, es decir, el tipo de teoría del interés examinada en el capítulo 1. Siguiendo la iniciativa de la teorización etnometodológica examinada en el capítulo 2, los intereses mismos constituirán un tema de análisis. Es decir, el objetivo no es explicar analíticamente cómo los intereses determinan descripciones, sino cómo las personas mismas socavan descripciones invocando intereses y cómo, al mismo tiempo, diseñan descripciones que contribuyen a esta socavación. Lo mismo cabe decir del posicionamiento. Exploraremos, por ejemplo, cómo se establecen distinciones entre quién es el origen de una descripción particular y quién se limita a transmitirla. Pero esto no implica explicar la relación general entre el origen y el transmisor de un punto de vista, ni determinar si un agente es realmente origen o transmisor en un contexto específico.

La segunda advertencia se refiere a cómo se construye el agente (hablante o escritor). Gran parte del trabajo examinado en este capítulo y en otros lugares se inspira en el análisis conversacional, y se basa en transcripciones del habla de personas individuales. A causa de esto, es demasiado fácil caer en la trampa de pensar que las unidades básicas de este análisis son las personas individuales. Sin embargo, siguiendo el énfasis en las propias construcciones de los participantes, es importante resistirse a esta presuposición. Las descripciones se pueden tratar como productos de individuos, pero también de diversos tipos de colectividades: «El editorial de *The Times* afirmaba que», «según ha manifestado hoy el Gobierno», «el juez resumió los resultados del informe». Como Jenny Mandelbaum ha ilustrado hábilmente en varios estudios, las historias y las versiones se suelen elaborar en colaboración (Mandelbaum, 1987, 1993). Visto de otra manera, la naturaleza del agente que habla o escribe se establece ella misma mediante procesos de construcción de hechos, y muy bien puede llegar a ser el elemento discutible de una interacción.

La tercera advertencia se refiere a las ambiciones necesariamente limitadas de este capítulo. La conveniencia, la acreditación y el posicionamiento son temas de gran envergadura. No es difícil imaginar libros enteros dedicados a ellos. La cobertura que aquí se dará no será meramente superficial, pero tampoco será muy profunda. Sin embargo, espero que baste para mostrar, en primer lugar, lo importantes que son estas cuestiones en la construcción de la factualidad y, en segundo lugar, algunos de los procedimientos básicos para recurrir a ellas con el fin de construir y destruir versiones factuales.

Por último, aunque gran parte de la investigación examinada en este capítulo se realizó dentro de una tradición analítica conversacional amplia, esto no signifi-

ca que se abandonen las ideas importantes procedentes del trabajo realizado en la sociología de la ciencia y el postestructuralismo. La razón de esto es que el análisis conversacional, con su atención detallada hacia secuencias reales de interacción, ha desarrollado más plenamente la idea de que las descripciones se tienen que elaborar y desarrollar y que se pueden utilizar diversos mecanismos y procedimientos para hacerlo. Captura con precisión el nivel de detalle indirecto que con frecuencia se pierde por las rendijas existentes entre las grandes ideas de la sociología del conocimiento científico y el postestructuralismo.

Conveniencia e interés

He utilizado los términos generales «conveniencia» e «interés» como emblemas de una gama entera de consideraciones que las personas pueden utilizar para socavar descripciones. En su significado más fuerte, esta noción se emplea para sugerir que quien hace la descripción, o la institución responsable de la misma, tiene algo que ganar o perder; que no carecen de intereses. Tienen un interés en algún curso de acciones con que se relaciona la descripción, o entran en juego consideraciones personales, económicas o de poder. Las descripciones se pueden examinar de manera general en relación a un fondo de competencias, proyectos, lealtades, motivos y valores. Se puede considerar que las personas poseen intereses o prejuicios muy arraigados, o que simplemente son demasiado estúpidas para ver adecuadamente lo que ocurre (aunque socavar una descripción no depende siempre de mostrar que el hablante tiene algo que ganar o perder directamente).

He aquí un ejemplo donde la conveniencia se formula explícitamente. Procede de una entrevista hecha por David Frost al escritor Salman Rushdie. La entrevista se centra en la denominada *fatua*, la sentencia a muerte de raíz religiosa que pende sobre Rushdie.

1. *Frost*: ¿Y cómo la podrían anular ahora? ¿La pueden anular? Ellos dicen que no.
   Rushdie: Ya, pero ¿sabe?, como alguien dijo una vez, *¿qué van a decir, si no?* La cuestión es que, sin entrar en los arcanos de la teología, no hay ningún problema técnico. No es un problema técnico. El problema es que no quieren.

(*Public Broadcasting Service*, 26 de noviembre de 1993, la cursiva es mía)

La primera respuesta de Rushdie a la afirmación de que la *fatua* no se puede anular es tratar esta afirmación como motivada. La expresión «¿qué van a decir, si no?» se refiere a un antiguo y famoso escándalo político británico. En ese contexto, se utilizó en un juicio en respuesta a la negativa, por parte de un miembro de

la aristocracia, de haber mantenido relaciones sexuales con una mujer acusada de prostitución. El diseño de esta frase ofrece varios aspectos interesantes que la hacen especialmente adecuada para la invocación de intereses. Sobre todo, trata lo que se dijo como algo que era de esperar: es el tipo de cosa que dirían personas con esos antecedentes, esos intereses, ese conjunto de actitudes, y formula esta previsibilidad como un conocimiento compartido: ¿qué van a decir, si no? (véase también Edwards y Potter, 1992, págs. 117-118). Es decir, no es necesario especificar o explicar con detalle la naturaleza de estos intereses.

Este ejemplo implica una forma directa, casi estereotipada, de invocación de intereses. Ilustra el fenómeno claramente, pero es probable que no sea característico. Con frecuencia, la invocación de conveniencias e intereses es mucho menos explícita. Mi interés aquí, sin embargo, no reside en cómo se construyen las atribuciones de intereses sino en cómo se resisten. Dada la gran posibilidad de que una descripción se pueda socavar de esta manera, explícitamente o de otro modo, no es sorprendente que se hayan desarrollado numerosos enfoques para aniquilar o minimizar esta socavación. Me centraré en los enfoques que hacen referencia explícita a los intereses, ya que proporcionan un punto de partida relativamente claro.

Vacunas contra las conveniencias

El carácter general de la consideración de las conveniencias y los intereses cuando se utilizan descripciones, se muestra tanto por la manera en que se pueden invocar los intereses para socavar versiones como por la manera en que se adaptan las versiones para anular esta socavación. Empezaremos considerando algunos ejemplos de descripciones construidas para anular imputaciones de conveniencias o intereses. Empleando una analogía médica, podemos referirnos a estos intentos como vacunas contra las conveniencias.

El primer ejemplo es el más sencillo y procede de un artículo periodístico titulado «Un psiquiatra revela la angustia y la locura de los grandes artistas».

2. El estereotipo del genio torturado que sufre por su arte y extravía su mente en un mar de depresiones, problemas sexuales y bebida, resulta ser esencialmente verdadero, afirma hoy un psiquiatra.
   Aunque científicos, filósofos y políticos pueden presentar problemas de personalidad, para encontrar una verdadera inestabilidad mental debemos observar a los escritores y los pintores, afirma Felix Post.
   → Al principio, el doctor Post era escéptico, pero después de haber estudiado las vidas de cerca de 300 hombres famosos, cree que una creatividad excepcional es inseparable de la inestabilidad mental. De alguna manera, concluye el doctor Post, la enfermedad mental puede impulsar algunas formas de creatividad (*The Guardian*, 30 de junio de 1994).

Lo que es especialmente interesante de este fragmento es la frase señalada con la flecha, que describe al doctor Post como inicialmente escéptico. ¿Por qué se encuentra esta afirmación aquí? Lo primero que debemos destacar es que su presencia muestra que el artículo está orientado hacia la posibilidad de que las afirmaciones del doctor Post puedan estar motivadas por su fracaso en trascender estereotipos familiares. La vacuna funciona contrarrestando la crítica potencial de que el doctor Post simplemente sigue los estereotipos comunes sobre la locura y la creatividad. Obsérvese que nosotros no tenemos que inventar ninguna especulación analítica sobre la pertinencia de este estereotipo, porque el propio artículo empieza con ella. De hecho, parte de la «historia» del artículo es que este estereotipo «resulta» ser cierto. La cuestión, pues, es que la vacunación contra las conveniencias nos insta a no tratar esta afirmación como el producto de alguna expectativa del doctor Post, sino como un producto de los hechos en sí. La implicación es que los hechos son tan sólidos que pueden superar el escepticismo.

He aquí otro ejemplo que muestra el mismo procedimiento, pero empleado en un contexto interactivo. Procede de un estudio realizado por Sue Widdicombe y Robin Wooffitt (1995) sobre los miembros de una subcultura juvenil que hablan de sus vidas y sus identidades. Estos investigadores destacan que los miembros de estas subculturas pueden tener problemas para mostrar autenticidad, es decir, para mostrar que hacen elecciones personales en vez de limitarse a seguir una moda o ceder a las presiones del grupo. En el siguiente fragmento, el hablante relata cómo desarrolló un gusto musical particular característico de su subcultura:

3. *I*: ¿Cuándo y cómo te metiste a roquero?
R: Pues debía tener unos catorce o quince años (.) algunos amigos de la escuela lo eran (.)
I: mmhm
→ *R*: y ellos - y yo dije bueno el *heavy metal* es chungo, y ellos dijeron que no, qué va
→ y me dieron algunas cintas para que las escuchara y me gustaron de verdad, [-me -gustó
I: [-mmhm
R: y así es como e-empecé a meterme en esto (.) antes me gustaban cosas como Duran Duran y Spandau Ballet (.) hah hh
I: mmhm y entonces [--quiero decir cómo-
R: [-pero eso es porque no había escuchado *heavy metal* ¿sabe?

(Widdicombe y Wooffitt, 1995, págs. 140-141)

Una manera de comprender lo que ocurre aquí es considerar que el entrevistado está resolviendo un problema: cómo ofrecer una descripción de su conversión en «roquero» sin ofrecer una historia de presiones sociales que amenace su

auténtica identidad «roquera». Este problema se agudiza especialmente al principio del fragmento, donde se introduce el papel de los amigos de la escuela: los compañeros que podrían ejercer la presión. Es de destacar que en este punto el hablante vacila y se detiene para proporcionar una descripción que construye su punto de vista inicial del *heavy metal*: «Y yo dije bueno el *heavy metal* es chungo». Contra esta expectativa inicial llega a ver lo agradable que es el *heavy metal*. Antes no le gustaba porque «no había escuchado *heavy metal* ¿sabe?». Es aquí donde está operando la vacunación contra las conveniencias.

Esta secuencia descriptiva es bastante más compleja que el fragmento 1, ya que el trabajo constructivo se realiza tanto sobre la cualidad de la música *heavy metal* (agradable si uno la escucha) como sobre la secuencia de sucesos. La característica interactivamente importante es que la narración presenta el desarrollo de la identidad «roquera» como un producto serio de la apreciación musical. Lo crucial es que el hablante no adoptó esta identidad meramente para seguir a sus amigos, sino a causa de la calidad de la música en sí. Es decir, no se limitó a copiar lo que hacían sus amigos, sino que hizo un juicio personal que iba en contra de sus propios prejuicios anteriores.

Como tercer ejemplo de vacunación contra las conveniencias examinaré algunos elementos del estudio clásico de Dorothy Smith sobre la construcción de hechos: «K is mentally ill» (Smith, 1978; 1990). Smith analizó cómo se construye el relato de la decadencia mental «de una chica» para hacer que su enfermedad parezca un hecho del mundo como cualquier otro. Los detalles completos de este estudio no vienen ahora al caso (véase una discusión más detallada en Potter y otros, 1984; Wooffitt, 1992) y me centraré en la secuencia inicial del relato que incluye el comentario del entrevistador sobre algunos de los sucesos y, después, la parte inicial de la descripción que la entrevistada —Angela— hace de K.

4. Angela conoció a K hace unos 4 años, durante su primer año en la universidad. Angela había ido a la misma escuela aunque un curso por detrás de K, y cuando le presentaron a K se sintió llena de admiración. He aquí una chica, un año mayor, de tan buena familia, buena estudiante, tan bonita, tan amable, tan atlética, que estaba dispuesta a ser su amiga. K propuso realizar excursiones y se fueron a esquiar, a nadar, a jugar a tenis juntas. Durante el otoño se incorporaron a un grupo y, como resultado, pronto intervinieron más personas en este contacto. [...]

Angela: Mi reconocimiento de que allí había algo que no iba bien fue muy gradual y, de hecho, fui la última de sus amigas íntimas que estuvo abiertamente dispuesta a admitir que estaba perdiendo el juicio.

(Smith, 1990, págs. 17-18)

Uno de los aspectos del relato de la enfermedad de K es que incluye muchas cosas que pueden considerarse críticas con K. Y, naturalmente, la descripción «perder el juicio» se suele emplear negativamente. Por ello, el relato podría consi-

derarse motivado; en otras palabras, podría ser producto de aversión, celos o algo parecido. Una de las tareas realizadas en la parte inicial del relato es proporcionar una vacuna contra tal interpretación. Aquí, la vacuna es aún más compleja que en el fragmento 2 e implica la combinación de varios aspectos.

En primer lugar, construye a Angela como amiga de K; de hecho, como una amiga íntima. Una de las características del empleo cotidiano de la categoría de «amigo» es su implicación de lealtad y sentimientos positivos; los amigos son las personas a las que uno es leal. Desde luego, no son personas a las que atacar y criticar. Otro aspecto es que el relato proporciona una serie de detalles a partir de los cuales cabe inferir la condición de Angela como amiga de K. Se producen varias evaluaciones positivas («de tan buena familia, buena estudiante, tan bonita, tan amable»); se comunica que había trabado amistad con K; y se describe cómo compartieron varias excursiones festivas. Por último, el reconocimiento por parte de Angela del problema de K se construye como reticente; no es algo que Angela deseara. Como dice Smith:

> Puesto que el «hecho» que se debe reconocer o establecer es negativo y el marco estructural sólo declara motivos positivos hacia K, no hay base para sospechar de los motivos de Angela. Aquí, la retórica del hecho es que Angela se ve obligada a reconocerlo. Es un hecho independiente de su deseo; ella no lo desea y, sin embargo, se ve «obligada a encararlo» (1990, págs. 27-28).

Igual que el escepticismo inicial del doctor Post sobre la locura y la creatividad y las expectativas negativas iniciales del «roquero» acerca del *heavy metal*, la vacunación contra las conveniencias trabaja para desarrollar la credibilidad o la factualidad de la descripción, anulando la función de socavación de la atribución de conveniencias. En situaciones donde las descripciones se podrían socavar como interesadas, la vacuna contra las conveniencias presenta un interés contrario: en el fragmento 1, la credulidad se contrarresta con escepticismo; en el fragmento 2 la imitación ciega es contrarrestada por puntos de vista anteriores negativos junto con una evaluación cuidadosa; en el fragmento 3 la hostilidad es contrarrestada por la amistad.

Conveniencias, hechos, actitudes y atribuciones

Es útil aclarar qué tiene de distintivo este enfoque de la construcción de hechos comparándolo con alguna investigación de la psicología social en la tradición amplia de la «cognición social» (véase una descripción general en Augoustinos y Walker, 1995). Una de las cuestiones abordadas en esta tradición es cómo conduce el proceso de atribución a cambios de actitud. Concretamente, ¿existen unos ti-

pos de atribuciones que conducen a socavar unas afirmaciones y existen otros que conducen a aumentar su credibilidad?

Por ejemplo, un estudio realizado por Wendy Wood y Alice Eagly (1981) exploró esta cuestión en un experimento centrado en la credibilidad de argumentos sobre la pornografía. A los participantes en el estudio se les proporcionó un paquete de materiales relacionados con una persona llamada Jim. Estos materiales incluían un conjunto de argumentos para limitar la pornografía que habían sido expresados por Jim en una entrevista, y diversos fragmentos de información sobre cosas que Jim había dicho en el pasado, sobre el hecho de que Jim era un católico practicante, etc. Los investigadores tuvieron algunos problemas para construir a Jim como una persona real y creíble porque era totalmente ficticia. El aspecto crucial del estudio residía en cómo se representaban los puntos de vista sobre la pornografía que Jim había tenido en el pasado. Para la mitad de los participantes, Jim fue descrito como partidario de la libertad de expresión y la libre circulación de material pornográfico; para la otra mitad, fue descrito como contrario a la libertad de expresión y la pornografía.

Cuando se preguntó a los participantes qué importancia había tenido esta evidencia factual en los argumentos de Jim contra la pornografía, las calificaciones fueron máximas en los participantes para los que Jim había sido anteriormente un defensor de la libertad de expresión y de la pornografía. La interpretación de este estudio por parte de Wood y Eagly fue que, en la condición donde Jim era coherente con su postura antipornográfica, los participantes sencillamente atribuyeron los argumentos a lo que él era como persona. Sin embargo, cuando se le presentó como previamente partidario de la pornografía, esta atribución no era posible: Jim no era una persona contraria a la pornografía; por tanto, los participantes tuvieron que encontrar otra cosa a la que poder atribuir la causa de su cambio de mentalidad y lo más evidente era la naturaleza factual de los argumentos mismos.

Ahora bien, superficialmente, esta investigación concuerda con los ejemplos descritos en este apartado: la credibilidad de Jim es avalada por su cambio de mentalidad, como ocurría con el doctor Post. No es noticia que alguien con un largo historial de sentimientos antipornográficos argumente contra la pornografía; ni que alguien que cree en el estereotipo de que la locura y la creatividad van juntas reproduzca esto en su investigación. Sin embargo, existe una diferencia fundamental en la manera de comprender qué es lo que ocurre. Para Wood y Eagly, la atribución es un proceso cognitivo dirigido por la percepción del mundo, y el mundo está poblado por entidades: Jims que cambian de manera de pensar y Jims que no cambian. En cambio, el argumento aquí es que estas cosas se construyen y se reelaboran durante la interacción. Las personas se construyen a sí mismas como poseedoras de unas expectativas o unos puntos de vista particulares, y lo hacen según sus necesidades y de una forma que se adapte estrechamente a la interacción del momento.

Existe otra diferencia crucial. De los participantes en el estudio de Wood y Eagly se espera que traten los materiales relacionados con Jim como si fueran simplemente factuales, como ventanas abiertas a cómo es realmente Jim (o cómo sería de haber existido). Si aceptan la historia contada por los experimentadores, la única elección que les queda es tratar los argumentos sobre la pornografía como reales y lo suficientemente creíbles como para convencer a un escéptico. No disponen fácilmente de otra explicación. Sin embargo, fuera del ambiente especializado del laboratorio psicológico social, las personas no tienen estas restricciones. Por ejemplo, a diferencia del caso de Jim y sus puntos de vista sobre la pornografía, los oyentes pueden examinar las afirmaciones de Angela sobre su amistad con K y ponerlas en duda, reelaborarlas o incluso argumentar en su contra. Las habilidades retóricas que permiten a las personas vacunarse contra las conveniencias también les permiten combatir estas vacunas. El laboratorio de psicología social es un bastión bien defendido contra este tipo de retórica abierta.

Confesión de conveniencias

Aunque la vacuna es una manera común de abordar el dilema de la conveniencia, existe otro método común que es la confesión. A primera vista, cuesta considerarla una técnica de construcción de hechos. En abstracto, podría parecer que la confesión de un interés equivale a ceder, o a proporcionar munición a los críticos, tanto si se produce en el curso de un argumento con un líder político de la oposición como si el argumento es con la propia pareja. Sin embargo, en algunos tipos de interacciones las cuestiones relacionadas con la conveniencia pueden ser tan manifiestas que vacunarse contra ellas puede ser difícil y es muy improbable que ignorarlas tenga éxito. Si las consideraciones acerca de las conveniencias son ineludibles, quizá sea mejor confesarlas.

He aquí un ejemplo sencillo. El autor es un crítico teatral que escribe en su columna periodística sobre el papel desempeñado por los críticos y sobre un compañero de profesión que había sido atacado con virulencia en una carta abierta firmada por un grupo de artistas. El crítico concluye su columna con una forma familiar de socavación basada en las conveniencias, aunque aquí le da la vuelta y la convierte en una confesión de conveniencias.

5. Mi propia sensación es que los críticos teatrales británicos somos gente benevolente y eternamente esperanzada, y que si tenemos algún defecto es que tendemos a loar en exceso los espectáculos. Pero, ¿qué iba a decir,
→ si no?

(*The Daily Telegraph*, 8 de enero de 1994)

Es de destacar que, en este caso, la confesión del interés viene después de una evaluación muy positiva de los críticos teatrales, la categoría de personas a la que él mismo está fuertemente y visiblemente afiliado, y todo esto viene después del texto principal de la columna, que se dedica principalmente a defender a los críticos. En este caso el interés es especialmente manifiesto; aquí tenemos a una persona que de manera explícita y elaborada elogia a los miembros de la categoría social a la que él mismo pertenece manifiestamente. Es virtualmente imposible no verlo. En esta situación, confesar la propia conveniencia muestra que el escritor es consciente de su pertinencia y no trata de engañar a los lectores. También puede actuar como una muestra de honradez y objetividad: el autor es alguien que se puede distanciar de sus intereses y es muy consciente de la potencial capacidad distorsionadora de éstos. En este sentido, su exposición desarma. También coloca al potencial objetor en la posición interactiva de llamar la atención sobre una cuestión que ya ha sido reconocida. No descubrirá nada nuevo. Confesar los propios intereses de esta manera no puede eliminar los tipos de socavación basados en los intereses que puedan hacer los lectores, pero puede ser una maniobra más eficaz que dejar que los lectores hagan la socavación por cuenta propia.

El ejemplo que sigue es bastante más complicado. Procede de un artículo de prensa que incluye una discusión de la crueldad implícita en la confección de abrigos de piel y cita a un representante de la British Fur Trade Association que se manifiesta sobre la decisión de una organización benéfica de aceptar la donación de abrigos de piel.

6. Hace años, todas las personas que se lo podían permitir adquirían un abrigo de piel porque éramos felizmente ignorantes de la crueldad que implica su elaboración. Hoy, ya no tenemos esta excusa. ¿Qué ha cambiado? No mucho, según Valerie Brooke, de la British Fur Trade Association que,
→ si bien posee un claro interés en este asunto, hace un comentario contundente y mordaz. «La decisión de Oxfam de aceptar abrigos de piel para enviarlos a Bosnia es un triunfo tardío y parcial del sentido común sobre la corrección política...»
(*The Observer*, 2 de enero de 1994)

El papel de los representantes a sueldo de organizaciones es precisamente presentar argumentos a favor de lo que representan. Nos quedaríamos de piedra si uno de estos representantes empezara a atacar su propio producto y esperaríamos que lo pusieran de patitas en la calle inmediatamente. Estas personas son definitivamente y oficialmente interesadas. Por tanto, cuando se citan los argumentos de uno de estos representantes en un artículo, se corre el riesgo evidente de que se piense: ¿qué va a decir, si no? Como ocurre en el último ejemplo, en casos como éste la respuesta más eficaz puede ser «confesar» el interés. El fragmento empieza con una cita de una carta. El papel de los intereses se formula de mane-

ra clara y explícita, pero no se considera suficiente para socavar la descripción de la decisión de Oxfam y su significado general. En este caso, la confesión de la conveniencia muestra que la redactora no ha sido embaucada ni ha pasado por alto los evidentes intereses que están en juego; en cambio, el comentario tiene la fuerza suficiente para funcionar incluso después de tenerse en cuenta estos intereses.

Hay otro aspecto interesante e importante del fragmento 6 que es digno de mención. El artículo describe una pauta de conveniencia en relación a los argumentos sobre los abrigos de piel. La conveniencia se formula como algo «externo»: es un aspecto del mundo que no es pertinente para la redactora. Al centrarse en el interés del representante de la industria peletera, la redactora logra con bastante éxito desviar la atención de la cuestión potencial de su propio interés. Por ejemplo, ¿es ella usuaria/partidaria de los abrigos de piel e intenta construir un argumento en su favor?

Conveniencia y sutileza

Estos ejemplos de vacunación contra los intereses y de su confesión no son necesariamente representativos de pautas de interacción en otros contextos u otras culturas, aunque sospecho que los lectores los encontrarán familiares. Son ejemplos donde la conveniencia se formula de maneras bastante explícitas mediante frases y modismos bien conocidos: «intereses en juego», «intereses personales», «qué van a decir, si no». La existencia misma de esta variedad de frases muestra la importancia de la conveniencia. Estos ejemplos son un indicio de algunas de las maneras en que se pueden manejar, elaborar, construir y socavar las conveniencias, y destacan la importancia potencial de la conveniencia en la comprensión que tienen los participantes de los hechos y las descripciones. Aquí, su papel estriba en destacar la cuestión de la conveniencia como fundamental, además de ofrecer algunos indicadores sobre cómo se podría analizar en otros contextos. La conveniencia se puede manejar de maneras bastante más sutiles, por ejemplo, en discusiones de pareja o en reuniones de negocios.

Me limitaré a presentar un par de fragmentos para indicar sucintamente parte de esta sutileza potencial. El primero procede de la misma sesión de terapia relacional citada en el capítulo anterior. Este fragmento corresponde al inicio de una larga narración donde Jimmy describe una tarde difícil con su compañera. El segundo fragmento procede de un hablante que está siendo entrevistado sobre las razas y otras cuestiones relacionadas con ellas en Nueva Zelanda. El entrevistado responde a una pregunta sobre criminalidad. Los segmentos importantes están en cursiva.

7. *Jimmy*: Connie llevaba una falda corta o *yo qué sé*
(DE-JF:C2:S1:10; la cursiva es mía)

8. *Jones*: Se han propuesto muchas ideas, *¿cómo eran?*, de que la mayoría de las violaciones son cometidas por isleños o maoríes y...
(Wetherell y Potter, 1992, pág. 96; la cursiva es mía)

Estas dos descripciones son especialmente delicadas, ya que es probable que el interés del hablante tenga un peso especial. El fragmento 7 es parte de una disputa donde Jimmy se queja de que su compañera, Connie, coqueteaba con otros hombres y, al mismo tiempo, se enfrenta a la acusación de que tiene unos celos patológicos y es propenso a confundir una sociabilidad inofensiva con una insinuación sexual (véanse el fragmento 10 del cap. 4, y Edwards, 1995, 1996). El fragmento 8 procede de un extenso pasaje donde el hablante había realizado varias descripciones muy culpabilizadoras de los grupos minoritarios que viven en Nueva Zelanda. En cada caso, los hablantes cualifican sus descripciones.

En el fragmento 7, la cualificación muestra incertidumbre. Esta incertidumbre va contra la implicación de que Jimmy examinaba con recelo la vestimenta de su compañera y que ya estaba preocupado por ello antes de que transcurriera la tarde. Naturalmente, podríamos preguntarnos si esto es simplemente una afirmación sobre la incertidumbre real de Jimmy; sin embargo, en otra parte de la misma narración, Jimmy no parece tener ninguna duda sobre la longitud de la falda de Connie (véase el fragmento 15 en el cap. 6). En el fragmento 8, la cualificación es ligeramente más compleja y, más que mostrar incertidumbre, se produce una búsqueda («recuerdo») de formulaciones hechas por otras personas. El «¿cómo eran?» muestra que estas «ideas» no son del hablante y que, de hecho, no las recuerda bien; es decir, él no es el tipo de persona (racista, hostil) que toma nota activamente de los elementos negativos de grupos minoritarios, y mucho menos es capaz de producirlos él mismo. Así pues, la cuestión es que cada hablante muestra sutilmente su desinterés precisamente en un momento en que podría constituir un problema.

Un comentario final es que, sin duda, habría sido posible elaborar este capítulo enteramente a partir de ejemplos de mi propia habla cotidiana o incluso con fragmentos de este mismo manuscrito. Existe una gama entera de historias de interés, positivas y negativas, que socavan el trabajo académico. Y, como ocurría con el representante del sector peletero, una exposición «desinteresada» del interés puede ser un mecanismo retórico poderoso tanto allí como aquí.

Acreditación de categorías

Cuando Harvey Sacks introdujo la noción de acreditación en sus conferencias, se refería especialmente a acreditaciones en relación a la experiencia. Sacks

examina una historia sobre un encuentro con un horrible accidente de tráfico («personas echadas en el suelo y totalmente cubiertas»). Uno de los aspectos que interesaban a Sacks eran los «derechos» diferenciales a abrigar sentimientos acerca del accidente que poseen el hablante y el oyente de la historia. Sacks argumenta que el hablante posee una acreditación específica para sentirse horrorizado, para llorar y para que se le amargue el día, y que no se puede decir lo mismo del oyente:

> ... si telefoneamos a un amigo que no tiene nada que ver con el suceso que comunicamos, es decir, a alguien que no resulta ser primo, tío, etc., de la persona que se ha matado en el accidente, sino que simplemente se trata de alguien a quien telefoneamos y le contamos una experiencia horrorosa, entonces, si nuestro interlocutor se trastorna tanto como nosotros o más, es que está pasando algo raro y hasta podríamos sentirnos molestos, aunque sentirse así pudiera parecer extraño (1992, vol. I, págs. 242-248).

Es el testigo quien tiene la acreditación. Estos tipos de cuestiones se han desarrollado con más insistencia en el conocimiento que en la experiencia por parte de Whalen y Zimmerman (1990), como ya mencioné en el capítulo anterior. Su iniciativa de realizar una «epistemología práctica» se parece a lo que se desarrolla en este libro, aunque ellos se centran más en cómo se tratan el conocimiento y la experiencia en el contexto específico de llamadas a servicios de emergencia.

Deseo retomar la idea de acreditación de categorías; es decir, la idea de que ciertas categorías de personas, en determinados contextos, se tratan como expertas. En la práctica, la acreditación de categorías pasa por alto la necesidad de preguntar cómo sabe algo una persona y la simple pertenencia a alguna categoría —médico, jugador de hockey, personal sanitario— se considera suficiente para explicar y justificar el conocimiento en un ámbito específico. Sin embargo, como indicaba el estudio de Widdicombe y Wooffitt (1995) mencionado anteriormente, «ser miembro» no es tan sencillo como podría parecer. La cualidad de miembro se puede lograr o desarrollar; las personas pueden no ser tratadas como miembros de determinados grupos. La naturaleza, los límites y la implicación de las categorías y de sus acreditaciones se pueden reelaborar de muchísimas maneras (Gilbert y Mulkay, 1984, cap. 6; Potter, 1988; Shuman, 1992; Yearley, 1984). Y mientras algunas categorías son especialmente visibles, o están reconocidas oficialmente, otras son muy localizadas y negociables (Jayyusi, 1984).

Tomemos, por ejemplo, el estudio que Derek Edwards y yo mismo (1992) hicimos de una controvertida conferencia de prensa. Una de las cosas que observamos fueron las diferentes maneras de describir a los «periodistas» (obsérvese, de pasada, mi problema para ofrecer una descripción «neutral» de la «cosa» sometida a descripciones contrapuestas). En un sentido, las personas que hacían los informes para los periódicos eran simples periodistas; ninguna de las partes im-

plicadas en la controversia argumentó que fueran impostores o que no existen periodistas (aunque estos tipos de argumentos no son imposibles). Sin embargo, ésta es una categoría que puede construirse de maneras diferentes. Tomemos estos dos ejemplos procedentes de dos artículos distintos publicados en el mismo periódico el mismo día, y donde se describe al mismo conjunto de personas.

9. 10 *periodistas* totalmente expertos en taquigrafía

10. Por tanto, los cuadernos de los *cazanoticias* sólo contienen un resumen superficial...

(ambas citas de Edwards y Potter, 1992, pág. 63; la cursiva es mía)

La cuestión es que ser un periodista no acarrea en sí mismo un conjunto de acreditaciones mecánico y ya hecho. Estas acreditaciones se pueden construir o socavar de diversas maneras. Por ejemplo, el fragmento 9 procede del artículo donde se establece la precisión de la historia del periodista. En este contexto, se construyen sus habilidades y acreditaciones especiales. En cambio, el fragmento 10 procede de un artículo que critica el sistema de conferencias de prensa *off the record* (del que la rueda de prensa específica formaba parte) por estar abierto a la explotación y la corrupción. Aquí se destacan las limitaciones de las habilidades de los periodistas junto con una categorización —cazanoticias— que sugiere intereses cínicos. De hecho, la palabra original inglesa *hack* viene de *hackney carriage* y hace referencia a los taxis que empleaban los periodistas para desplazarse desde el escenario del suceso hasta el periódico para poder ser los primeros en vender la historia. La cuestión, pues, es si las acreditaciones de categorías se deberían tratar como cosas que se pueden construir o socavar, y no como partes congeladas de un sistema social. Los periodistas pueden ser funcionarios viejos y cansados, meros manipuladores que malviven de historias sórdidas, o combatientes heroicos que van tras la verdad.

Acreditaciones, amigos y mitos urbanos

Vamos a desarrollar la idea de las acreditaciones tomando como ejemplo el caso de los denominados mitos urbanos. Estos mitos son relatos acerca de sucesos espantosos como, por ejemplo, recoger a una «ancianita» que hacía autostop y que resulta ser el escurridizo asesino del hacha (el conductor reconoce sus manos velludas, le pide que mire si funcionan los intermitentes y mientras tanto huye a todo trapo, para encontrar después el hacha en el bolso de la presunta anciana). Muchas personas han contado, y han oído, historias como ésta que tienen una difusión internacional. Una serie periodística dedicada a estos mitos urbanos (aunque presentados en un contexto bastante humorístico) nos permite examinar

algunas de sus características. Una cosa llamativa es que casi todos empiezan invariablemente del mismo modo. Éste es un caso típico.

11. *El amigo de un amigo* iba conduciendo hacia su casa cuando notó algo extraño en la carretera. Visto desde más cerca parecía un niño pequeño que yacía en la cuneta. Frenó en seco y casi lo atropelló. [La narración continúa hasta el desenlace, donde se descubre a un hombre de mirada siniestra que aparece por detrás del automóvil.]

(*The Guardian*, 16 de julio de 1994; la cursiva es mía)

Por supuesto, los contenidos de las historias de este tipo son fascinantes y se han realizado estudios académicos sobre las estructuras narrativas normalizadas que presentan. Sin embargo, lo interesante es ver cómo se introducen los mitos urbanos. ¿Por qué el típico inicio: «El amigo de un amigo»? Tendemos a concebir el término «amigo» como una categoría descriptiva perteneciente al ámbito de la psicología: tenemos «amigos íntimos», personas que conocemos y que «no son amigos sino simples conocidos» o podemos estar «entablando amistad». Sin embargo, también es posible concebir esta categoría en términos epistémicos.

Consideremos la diferencia entre «un amigo me dijo que X» y «alguien me contó que X». Considero que la primera construcción tiene más posibilidades de ser utilizada para justificar la factualidad de X. Los amigos son personas que uno conoce lo suficientemente bien como para hacer juicios sobre ellas, incluyendo juicios sobre sus potenciales conveniencias; también son personas con quienes mantenemos una relación. Invertimos algo en esta afirmación. Se considera que la amistad implica confianza y sinceridad, y no mentira y engaño. Por este tipo de razones, «amigo» es una categoría que puede tener implicaciones epistemológicas. Sin embargo, en el ejemplo del mito urbano, la construcción no es simplemente «un amigo iba conduciendo hacia su casa», sino «el amigo de un amigo iba conduciendo hacia su casa». Entonces, ¿por qué ese amigo de más?

Una característica de estas historias es que son sorprendentes o espantosas y, como tales, plantean multitud de preguntas: «Cuéntame algo de la persona a la que le pasó»; «¿por qué no hizo...?»; «cómo se encuentra ahora?»; etc. Éstos son precisamente los tipos de preguntas detalladas que pueden poner en un brete al narrador de un relato tan inverosímil, o que incluso pueden hacer que el relato quede desenmascarado por completo al tratar de responderlas. Será difícil para el narrador decir, por ejemplo, que esto le pasó a un amigo y que no sabe cómo se siente este amigo en estos momentos. El amigo de un amigo es diferente. Es una construcción que evita limpiamente estas dificultades. Sigue siendo una conexión que se apoya un poco en las implicaciones epistemológicas positivas de la categoría «amigo»; sin embargo, con esta construcción no cabe esperar que el narrador esté al tanto de otros detalles potencialmente problemáticos.

Así pues, la construcción «el amigo de un amigo» proporciona un poco de acreditación y, al mismo tiempo, significa que el narrador no es responsable de ninguna laguna, pregunta o duda respecto a la historia: la cuenta tal como se la contaron a él. Proporciona un punto de equilibrio entre la factualidad y la incredulidad. Esto llama la atención sobre uno de los aspectos típicos de los discursos factuales de este tipo. No sólo se debe tener presente la construcción de los hechos, sino también los tipos de réplicas que los demás puedan plantear; es decir, las preguntas y las críticas provocadas por la formulación factual concreta. Visto de otra manera, esto es simplemente lo que cabe esperar cuando consideramos que los relatos factuales de este tipo tienen un diseño retórico; están preparados para contrarrestar varios tipos de socavación. De hecho, la construcción «el amigo de un amigo» se ha repetido tanto que ha llegado a ser casi emblemática de historias inverosímiles. Se puede recurrir a ella para disimular, como cuando se le dice a un médico que «un amigo mío tiene un problema muy desagradable». La cuestión general a destacar aquí es que siempre es posible toparse con una réplica; las vacunas y las acreditaciones no son garantía de éxito.

Los líderes de la comunidad

Cuando Quentin Halliday y yo (1990) estábamos construyendo un archivo de los relatos periodísticos de un suceso particular que implicaba a una muchedumbre (una «revuelta urbana» a mediados de la década de los ochenta), nos sorprendió ver con cuánta frecuencia se citaba a los «líderes de la comunidad». Los líderes de la comunidad parecían figurar en casi todos los artículos o boletines informativos afirmando una cosa o acusando a la policía de otra. En estos materiales, los líderes de la comunidad eran tratados como valiosos informadores sobre los sucesos. De hecho, una de las características que parecían definir a estas personas era que conocían bien sus comunidades. En función de nuestra discusión de la relación entre la pertenencia a categorías y las acreditaciones de conocimientos, los líderes de la comunidad son personas que conocen sus comunidades. Cuando se dan a conocer sus afirmaciones o son entrevistados en televisión, no se les pregunta cómo saben lo que dicen saber. Como ocurría con el comunicante del Hospital General que nos encontramos en el capítulo anterior, se les trata como si tuvieran unas acreditaciones de conocimientos especiales.

Sin embargo, cuando comparamos historias diferentes sobre el mismo suceso, encontramos que había diferencias sorprendentes en la manera de describirlo y que, sobre todo, había diferencias en las afirmaciones atribuidas a líderes de la comunidad. Por ejemplo, algunos periódicos hicieron afirmaciones como la siguiente:

12. los líderes locales de la comunidad ya habían advertido que los disturbios se repetirían si no se abordaban los problemas de la zona (Potter y Halliday, 1990, pág. 910).

En cambio, otros periódicos ofrecieron una versión bastante diferente:

13. la explosión de violencia que sacudió a la nación ha desconcertado por igual a la policía y a los líderes de la comunidad (Potter y Halliday, 1990, pág. 909).

Entonces propusimos que estaban ocurriendo dos clases de cosas. En primer lugar, periódicos y periodistas tienen una tarea fundamental que consiste en contar una versión autorizada de los sucesos. Necesitan «hacerse con la historia». Esto es así tanto si los consideramos órganos imparciales de la verdad como si los consideramos voceros mediáticos de intereses políticos. Suele ser bastante difícil ofrecer relatos autorizados de sucesos protagonizados por muchedumbres porque tienden a producirse sin aviso previo y suelen presentar una gran dispersión geográfica, además de ser muy desconcertantes para los forasteros (Reicher, 1987). Esto significa que contar este tipo de historias es bastante difícil y que los informadores locales son especialmente importantes. Todo ello puede desembocar en dificultades para lograr un relato autorizado.

Aquí es donde entra en juego la segunda propuesta. Una de las características de la categoría «líder de la comunidad» es que los criterios para determinar quién es un «líder de la comunidad» son muy complejos. Lena Jayyusi (1984) ha enumerado cinco criterios típicamente empleados para decidir la pertenencia de una persona a una categoría. Estos criterios son: a) disponibilidad perceptiva (qué aspecto tienen); b) disponibilidad conductual (actúan de maneras determinadas); c) confesión en primera persona (afirman pertenecer a la categoría X); d) afirmación por parte de terceros (otras personas afirman que pertenecen a la categoría X); y e) presentación de credenciales (documentos o distintivos oficiales). Ahora bien, una de las cosas interesantes sobre la categoría «líderes de la comunidad» es que los criterios son muy difusos: no pueden identificarse por su aspecto; no existen credenciales oficiales y es muy improbable que baste con afirmar «soy un líder de la comunidad». Lo que sí parece ser crucial es cómo actúa la persona y qué dicen otras personas sobre él, y ninguna de estas dos cosas es fácil de comprobar.

Así pues, el meollo de todo esto es que «líder de la comunidad» es una categoría que combina una acreditación de conocimientos sólida con unos criterios de incumbencia débiles o, por lo menos, unos criterios de incumbencia difíciles de aplicar por personas ajenas. Esto significa que los líderes de la comunidad son muy adecuados para justificar afirmaciones periodísticas. Por un lado, son personas de las que se espera que sepan; por otro, para los lectores o para otros periodistas es difícil poner en duda su idoneidad como informadores porque los criterios para determinar su pertenencia a esta categoría son muy difusos. De hecho, aún es más difícil

discutir su pertenencia a esta categoría porque en los materiales que examinamos la expresión «líderes de la comunidad» se empleaba como una descripción plural anónima de una manera abrumadora (como en los anteriores fragmentos 12 y 13). Al igual que «el amigo de un amigo...», la combinación entre una acreditación sólida y unos obstáculos para la crítica parece ser muy resistente. Es decir, éste es un ejemplo donde la retórica ofensiva y la retórica defensiva trabajan conjuntamente.

Construcción de acreditaciones en la televisión y en las investigaciones de campo

Uno de los argumentos que he planteado en esta sección es que la acreditación de categorías no es un hecho de la naturaleza. No ocurre que algunas personas simplemente pertenezcan a unas categorías con acreditaciones de conocimientos y otras no: estas acreditaciones se elaboran y también pueden tener que aislarse contra líneas de refutación. La mayor parte del tiempo, esta elaboración sólo se manifiesta después del discurso o al considerar en qué medida el discurso podía haber sido diferente (como ocurría, por ejemplo, al considerar por qué la categoría «líderes de la comunidad», se utilizaba con tanta frecuencia en forma anónima plural). Sin embargo, existen ocasiones en que podemos estudiar parte del razonamiento que interviene en la construcción de acreditaciones. Una de ellas es cuando tenemos un equipo de personas que trabajan juntas en la construcción de un texto como, por ejemplo, el guión de un programa de televisión. El trabajo en equipo necesita que las consideraciones sobre la construcción de hechos sean públicas y explícitas: de no ser así, seguirían siendo tácitas. Vamos a examinar algunos materiales de este tipo.

Los trabajadores de televisión suelen enfrentarse a unos plazos severísimos. El ejemplo que se reproduce más adelante procede de la elaboración de un programa de actualidad sobre el desvío de fondos benéficos destinados a la lucha contra el cáncer para sufragar investigaciones puras que nada tenían que ver con el objetivo original (véanse más detalles en Potter y otros, 1991). Todos los fragmentos pertenecen a una larga conversación entre tres de los responsables del programa, que almuerzan en el restaurante de una gran estación ferroviaria de Londres. Planifican una entrevista que filmarán durante esa misma tarde y también discuten sobre el programa en general. Tendremos que imaginarnos los sonidos de platos y cubiertos, los ruidos propios del acto de comer y, en un segundo plano, el anuncio ocasional de la llegada o salida de un tren.

El fragmento que sigue corresponde a una discusión de una lista de preguntas que ha propuesto la directora, que no se encuentra presente, aunque las personas que participan en la discusión parecen estar enfadados con ella. Chitty está leyendo la lista y los presentes comentan las preguntas.

14. *Chitty*: ¿Vínculos entre (0,8) ↑eh::m asociaciones benéficas contra el cáncer y empresas farmacéuticas? (0,6)
Finnis: ¿Sabe algo de eso, él?
Chitty: °↑ohhah° creo que muy bien lo puede sospechar. (.) Creo que (.)
→ ella espera que te [-dé
Finnis: [ya
→ *Chitty*: (un tipo que) tiene doctor delante del nombre cualquier opinión que- (0,2) opinión extrema que no se aguante (.) que él diga (0,2) la podemos utilizar (.) en lugar de las dos personas que hemos perdido y que iban a decir eso en el programa
(Cinta 5, pág. 3)

La cuestión de los vínculos entre las asociaciones benéficas contra el cáncer y las empresas farmacéuticas es delicada. En respuesta a la pregunta de Finnis sobre si este entrevistado sabe algo del tema, Chitty sólo se muestra moderadamente optimista, pero explica su importancia en función del problema de tener a alguien con autoridad para hablar del tema debido a su título (tener doctor delante del nombre). Así pues, éste es un ejemplo sencillo que ilustra la orientación explícita de los participantes hacia la importancia potencial de las acreditaciones.

Más adelante vuelven a comentar esta cuestión y queda claro que no creen que el mero hecho de categorizar al entrevistado como médico («un medicucho cualquiera») sea suficiente.

15. *Finnis*: Para montar una entrevista necesitamos presentarlo (.) de una manera más creíble que (.) habla un doctor. (0,6)
Chitty: Sí ya pero- pero Caroline ¿por qué? es más creíble él que un medicucho cualquiera [*20 líneas omitidas*]
Finnis: S"lo que que ↑deseamos (.) alguna declaración general de él [sobre
Chitty: [Umm (0,6)
Finnis: cuántos *((riendo))* pacientes de cáncer ha visto durante los últimos diez años?=
Chitty: =Ya bien podemos- lo podemos hacer en el comentario ¿no?
(Cinta 5, págs. 11-12)

No hay respuesta inmediata a la pregunta de Chitty de por qué su entrevistado tiene más credibilidad que cualquiera que sea médico. En su búsqueda de más acreditaciones proponen destacar su experiencia en el tratamiento del cáncer. La risa de Finnis muy bien puede indicar alguna duda sobre si esto basta para establecer su acreditación para hablar con autoridad sobre el tema. Sin embargo, el elemento gracioso no es captado: Chitty continúa proponiendo que la experiencia del entrevistado se puede incorporar al comentario de introducción. Al final resultó que en la grabación final se presentó al entrevistado en el comentario inicial como médico y al mismo tiempo como fundador de una organización: «El doctor

Aubrey Hill es médico homeopático y fundador de New Approaches to Cancer» (grabación, pág. 26). Quizá se decidió que estos elementos eran suficientes para proporcionar una acreditación de unos conocimientos y una experiencia adecuados, mientras que una gran cantidad de pacientes tratados no serviría para diferenciar al doctor Aubrey de muchos otros profesionales de la medicina.

Los dos primeros ejemplos se refieren a la cuestión básica de cómo categorizar al entrevistado para que obtenga un aura de credibilidad sobre el tema a tratar. El próximo ejemplo es más sutil. Como antes, mi idea es que estos casos sutiles y menos explícitos probablemente son más comunes, pero podemos empezar a comprenderlos considerando las cuestiones destacadas por los casos más explícitos. La cuestión que se discute aquí no es cómo se puede categorizar al entrevistado sino cómo debe actuar para que se le considere miembro de la categoría adecuada. Chitty cuenta a los demás un incidente durante la grabación de otra entrevista. El entrevistado había empezado a utilizar la palabra «samaritano», que había aparecido en las preguntas, para describir al tipo de persona que hace aportaciones a fondos contra el cáncer. La directora, Vivienne, le pidió que evitara emplear esta palabra.

16. *Chitty*: Así que le preguntan (.) sabéis diciéndole Jim qué piensa usted del samaritano medio y va y empieza a decir
→ ↑o::h que si los samaritanos piensan
→ esto, que si los samaritanos piensan lo otro, sabéis, el tipo de rollo de los pobres samaritanos. (.) Y va Vivienne y le dice- le importaría no emplear la palabra samaritano.
Finnis: ¿Por qué?
Lasko: ¿Por qué::?
Chitty: *((riéndose))* Porque es una palabra que empleamos en ↑television.
(Cinta 5, págs. 38-39)

Aquí la cuestión es que la credibilidad del entrevistado se considera reflejada, al menos en parte, por su empleo de palabras adecuadas para un especialista en cáncer. El hecho de que empiece a utilizar «términos televisivos» puede provocar dudas sobre su pertenencia a esta categoría; y esta pertenencia es crucial para su acreditación para hablar con experiencia sobre el tema. Por tanto, esta historia trata de un entrevistado que está siendo «apuntado» por la directora del programa para que elabore su discurso de una manera coherente con la categorización necesaria para el programa. Éste es un tipo de elaboración diferente a los anteriores, pero el efecto es el mismo: construir la factualidad de una versión controlando la categorización del informador y, al mismo tiempo, controlando la responsabilidad de los realizadores del programa demostrando que han entrevistado a las personas adecuadas.

Se podría argumentar que los profesionales de la televisión, aunque se dediquen a realizar documentales, se sienten obligados, a causa de la brevedad de los

plazos y la exigencia de hacer unos programas apasionantes y controvertidos, a deformar la categorización de sus entrevistados. Sin embargo, no está claro que los ejemplos de los fragmentos 14 a 16 sean distorsiones. Se podrían considerar como tales; pero igualmente se podrían considerar ejemplos donde los responsables del programa hacen lo que pueden para presentar a sus informadores de una manera clara y para indicar por qué sus puntos de vista se deben tomar en serio.

Además, no es difícil encontrar en campos mucho más cercanos al nuestro ejemplos de trabajos similares sobre la acreditación de categorías. Por ejemplo, Paul Atkinson (1990) proporciona una discusión detallada de la manera en que los etnógrafos construyen versiones de sí mismos y de sus informadores (véase también Bal, 1993). Atkinson destaca la presencia de ciertas características estándar en la construcción del personaje del etnógrafo y la forma en que estas características contribuyen a la credibilidad de los relatos. Por ejemplo, las descripciones narrativas del proceso de la etnografía suelen presentar al investigador como si al principio fuera inexperto e ingenuo y estuviera sometido a muchas confusiones y malentendidos. Sólo llega a comprender las cosas gradualmente, casi siempre reflexionando sobre sus dificultades iniciales. Como dice Atkinson:

> De esta manera, el relato retrospectivo de los fracasos resueltos y los problemas superados da fe de la autenticidad de la experiencia del autor. Éste afirma haber pasado por un bautismo de fuego que le permite lograr el nivel de relación que constituye la base del conocimiento etnográfico (1990, pág. 110).

El argumento de Atkinson no es que los relatos de los etnógrafos se deberían tratar como un mero montaje o que, necesariamente, deberíamos ser más escépticos ante ellos por esta razón; su idea es más bien que existen ciertos tipos de descripción estándar que se emplean para elaborar la acreditación de la categoría «etnógrafo». Los autores de textos etnográficos, al igual que los realizadores de programas de TV, cualquier narrador de historias y hasta los científicos, están atentos a las acreditaciones epistemológicas de las categorías que emplean. La acreditación de categorías es una inquietud muy extendida.

Conveniencia, acreditación de categorías y lo paranormal

Hasta ahora, en este capítulo me he centrado principalmente en ejemplos donde las conveniencias o las acreditaciones se formulan explícitamente. Esto aclara la cuestión y facilita el camino hacia el análisis. Sin embargo, dada la importancia y la disponibilidad de las conveniencias y las acreditaciones, cabe esperar que las personas puedan formular y resistir inferencias sobre estas cuestiones de maneras poco o nada explícitas. Incluso puede ocurrir que estos métodos poco

o nada explícitos se utilicen con más frecuencia porque quizá sean más difíciles de identificar y de socavar, y más fáciles de negar. Encontramos un buen ejemplo en un estudio de Robin Wooffitt (1992) sobre la producción de relatos de experiencias paranormales.

Wooffitt colocó anuncios en un periódico local para localizar a personas que afirmaran haber tenido experiencias paranormales y realizó con ellas entrevistas abiertas sobre sus experiencias con fantasmas, poltergeists, psicoquinesia, etc. Wooffitt sugirió que cuando contaban historias de este tipo, las personas tenían que atender a dos tareas estrechamente relacionadas entre sí. Por un lado, tenían que demostrar la naturaleza factual de su experiencia paranormal. Es decir, necesitaban presentarla como algo que está ahí fuera, que existe en el mundo, y no como un mero producto de su fantasía o imaginación. Por otra parte, tenían que demostrar que eran personas cuerdas, racionales y normales. Cuando uno comunica experiencias de este tipo, corre el peligro de que se le describa como un chiflado o un loco. Esto se puede contemplar como un problema de control de las dos categorías disponibles, normal y chiflado. El hablante debe construir su relato para que se oiga como procedente de alguien que pertenece a la categoría de normal y no a la categoría de chiflado. En realidad, el problema de la categoría no es independiente del problema del hecho porque, en parte, se considera que una persona es un testigo creíble de un suceso extraordinario si aparece como perteneciente a la categoría «normal»; en cuanto se categorice a alguien como «chiflado» (o algo similar) la acreditación positiva se habrá perdido irremediablemente.

Para ayudar a comprender cómo se consigue esto, Wooffitt recurrió a algunos trabajos de Sacks sobre la manera en que las personas comunican experiencias extraordinarias como secuestros, tiroteos y accidentes de aviación (1984; 1992, vol. 2, págs. 215-221). Sacks destacó que se utiliza una pauta regular para elaborar este tipo de informes. Normalmente toman la forma «al principio pensé que..., pero entonces me di cuenta de que...» o, alternativamente, «me encontraba [haciendo alguna cosa totalmente mundana], cuando [ocurrió una cosa muy excepcional]». Así, obtenemos ejemplos: como «Al principio pensé que era un tubo de escape, pero entonces me di cuenta de que habían disparado al presidente». O también: «Estaba charlando tranquilamente por teléfono con Emily cuando, de pronto, vi por la ventana cómo explotaba una gran bola de fuego». Sacks sugiere que las descripciones de sucesos extraordinarios se organizan de esta manera para presentar la primera suposición del hablante como algo inocuo u ordinario; es decir, se presenta al hablante como alguien que, al principio, piensa lo que pensaría cualquier persona normal. En realidad, Sacks sugiere que estas descripciones actúan para presentar al hablante como perteneciente a la categoría «normal/racional» y para rechazar su pertenencia a potenciales categorías alternativas como «chiflado» o «loco».

Wooffitt sugirió que esta cuestión es especialmente crítica para las personas que comunican experiencias parapsicológicas, especialmente porque pueden no

existir confirmaciones independientes de sus informes (como sí ocurre con los asesinatos y las catástrofes aéreas) y, en consecuencia, sus relatos tienden a producirse siguiendo lo que él denomina «formato X/Y», donde X es algo totalmente mundano e Y es el suceso extraordinario. Tomemos el siguiente ejemplo:

17. y entré allí (.) er:m: c-con mi suegra y ehm: (.4) unas amigas que estaban conmigo (1,3).hhh(.)
X→ y estaba yo mirando el ataúd
Y→ y de repente veo a David allí de pie (0,3) iba de azul (1,0). hh no llevaba el sombrero el sombrero estaba sobre el ataúd y él estaba allí

(1992, págs. 123-124)

En este caso, el contexto mundano es «y estaba yo mirando el ataúd»; sólo después de haber establecido esto, el hablante describe el suceso paranormal (la visión del cónyuge recientemente fallecido). Ahora bien, podríamos pensar que Wooffitt ha exagerado la interpretación de este caso. Seguramente, se podría argumentar que esta pauta de descripción es simplemente la que cabría esperar de alguien que se limita a comunicar los sucesos tal como los recuerda, es decir, de alguien que, como dicen los psicólogos cognitivos, «hace un volcado» de los contenidos pertinentes de la memoria a largo plazo. Es decir, las personas están «reproduciendo» sus recuerdos en el habla, de manera muy parecida al procedimiento de «volcar» en un disquete los ficheros almacenados en la memoria de un ordenador. Los psicólogos cognitivos también podrían señalar el fenómeno de los denominados «recuerdos de flash». Esta idea se refiere a que las personas tienen recuerdos vívidos de lo que hacían o del contexto en que se encontraban cuando presenciaron sucesos terribles o maravillosos, como el asesinato del presidente Kennedy o la dimisión de la señora Thatcher. ¿Podría ser que la parte donde se dice «y estaba yo mirando el ataúd» fuera el elemento «flash» de este volcado de memoria, es decir, la grabación mental en el momento del suceso aterrador?

Wooffitt consideró este argumento con cierto detalle y sugirió que lo volviéramos del revés. En vez de explicar este material en función de recuerdos tipo «flash», su explicación en función de la interacción y la construcción de hechos puede en sí misma ser mejor y, más aún, puede proporcionar una explicación no cognitiva del fenómeno de los recuerdos tipo «flash» (véase Wooffitt, 1991). De hecho, los fenómenos de recuerdos tipo «flash» podrían no tener nada que ver con la psicología cognitiva y la activación de redes neuronales, etc., y podrían ser, en cambio, un aspecto de la pragmática de la comunicación de experiencias extraordinarias.

Una de las principales líneas argumentales a favor de considerar que estas descripciones son el resultado de una elaboración y no simples volcados de me-

moria, se basa en la manera detallada en que se ensamblan estos relatos. Tomemos el siguiente ejemplo:

18. pues estaba yo pensando bueno (0,4) () en estas líneas (0,3) y e(s)-e-que debe ser muy fácil ser san Pablo porque te topas con la luz esa cegadora del camino a Damasco o al(go) así y eh. hh (0,6) pues no tienes problemas (entonces) ¿sa:be u:ted? por la cuenta que te trae pues mides todas las cosas según esa experiencia la experiencia exterior a ti mismo y entonces por lo tanto (1,3) la ves (0,7) como un comien:zo (0,5) (>¿sabe usted?<) ya lo
X→ creo estaba yo allí pensando
(0,3) er:m:
Y→ y entonces de repente (.) me di cuenta de (0,7) casi (.) la sensación fue casi como si se levantara un velo

(1992, pág. 129)

Lo destacable de esta descripción es que antes del informe de la experiencia paranormal se da una extensa descripción de algunas cosas en las que el hablante había estado pensando. Estos pensamientos están relacionados con su fe y con la naturaleza de experiencias extraordinarias y no tienen nada de pensamientos ordinarios o cotidianos. Además, proporcionan un claro indicio del potencial interés de este hablante en tener experiencias de este tipo o, por lo menos, demuestran un grado de credulidad ante tales experiencias. Ahora bien, si nos limitáramos a considerar este informe como un volcado de memoria nada de esto tendría importancia. El volcado se debería producir independientemente de los problemas potenciales que genere el relato. Sin embargo, no es esto lo que sucede. Una vez comunicados, estos pensamientos extraordinarios son reempaquetados en forma mundana: «Estaba yo allí pensando». Aquí podemos ver la construcción del contexto mundano (en unas circunstancias más bien poco prometedoras); no se encuentra simplemente ahí. De nuevo nos encontramos que el hablante prepara las acreditaciones otorgadas por la categoría «persona normal» y evita el precipicio epistemológico que comportan las categorías «persona loca» o «fantasiosa».

Posicionamiento, neutralidad y alineamiento

En el apartado final de este capítulo quisiera abordar los temas, estrechamente relacionados entre sí, del posicionamiento, o los diferentes roles participantes que pueden adoptar las personas en una conversación, y de la neutralidad. Se pueden entender como parte de la cuestión más general del alineamiento; es decir, de la medida en que los hablantes presentan un relato factual como propio o se distancian de él. La noción de posición fue desarrollada por Erving Goffman, especialmente en su artículo de ese mismo nombre («Footing») (1979, 1981). Este ar-

tículo tuvo numerosas consecuencias, pero la más pertinente para nosotros fue su elaboración de una distinción entre tipos diversos de papeles o roles que trasciende la distinción, más bien limitada, entre hablante y oyente. En particular, Goffman distingue tres roles diferentes que están disponibles para la producción del discurso y varios roles diferentes para su recepción. Así, argumenta que para un fragmento particular de un discurso puede ser necesario distinguir el director, cuya postura intenta representar el discurso, el autor, que es quien elabora el guión y el animador, que es quien dice las palabras.

Imaginemos una situación donde un muchacho tímido quiere pedirle a una chica que salga con él. Puede hacer que un amigo piense en alguna frase que pueda emplear para expresar sus sentimientos, y quizá en otro amigo que se los comunique a la chica. El muchacho esperanzado y enamorado sería el director, el amigo que compone lo que se debe decir sería el autor y el otro amigo que lo comunica sería el animador. Entonces, si nos imaginamos la escena de la comunicación, la chica amada sería la destinataria, su amiga, que se encuentra a su lado, podría ser una oyente casual, mientras que otra chica sentada discretamente en una mesa cercana, podría ser una oyente indiscreta.

Ahora bien, estas distinciones tienen consecuencias de cara a la responsabilidad. El animador debe considerarse como alguien que simplemente «comunica algo» —no se espera que la chica responda a las insinuaciones amorosas como si fueran suyas, sino como procedentes del director (naturalmente, las potenciales tensiones que se plantean en tales situaciones se han explotado deliciosamente en obras de ficción como *Cyrano de Bergerac* y *Roxanne*, donde unos reticentes animadores de insinuaciones románticas acaban por convertirse en competidores de los directores). En función de la factualidad, existen diferencias evidentes entre hacer una descripción o una afirmación factual uno mismo, y comunicar la de otra persona. Normalmente no somos responsables de afirmaciones factuales que nos limitamos a comunicar (¡aunque se suele matar al mensajero!). Uno de los contextos donde se ha explotado este tipo de distinción es en las entrevistas de los noticiarios de radio y televisión.

Cómo lograr la neutralidad en entrevistas de noticiarios

Una característica de los programas informativos tanto británicos como estadounidenses, es que existe una exigencia legal y paralegal de que las noticias sean neutrales o imparciales. Muchas investigaciones realizadas sobre los medios de comunicación se han dedicado a examinar si las noticias están realmente sesgadas o no (por ejemplo, Glasgow Media Group, 1982). Sin embargo, los analistas conversacionales han adoptado un enfoque bastante diferente, planteándose cómo se consigue una apariencia de neutralidad en la práctica, especialmente dada la insisten-

cia de los programas informativos modernos en plantear preguntas difíciles y poner en aprietos a políticos y a otros entrevistados. El objetivo de producir una televisión bien hecha y estimulante puede entrar en conflicto con la tendencia a la imparcialidad.

Steven Clayman (1992) ha investigado la manera en que se emplean los cambios de posicionamiento en el logro de la neutralidad. Su argumento es que cuando los entrevistadores se enfrentan a un entrevistado con una descripción contraria de algún suceso, tienden a presentarlo como una cita de un hablante determinado o como si la hubiera manifestado la gente en general. Es decir, recurren a la distinción entre animador y director y construyen sus cuestiones adoptando el papel ostensiblemente neutral del animador.

He aquí uno de los ejemplos de Clayman, que se refiere a una emisión televisiva. ER es el entrevistador, ED es el entrevistado; el tema es la gestión de residuos nucleares.

19. *ER*: Habrá usted oído lo que la doctora Yalow acaba de decir en esta misma emisión ella tendrá la oportunidad de volver a expresar sus propias opiniones pero parece sentir que se trata de un problema que tiene solución y que, en última instancia, ese material radioactivo se puede reducir a cantidades manejables y enterrarse en el fondo de una mina de sal.

ED: El c- el comentario que ella hizo antes sobre (.) el reciclaje de: las barras de combustible va directamente al meollo del asunto (.) que es la manera en que muchas personas contemplan esta cuestión en particular...

(*Nightline*, 6 de junio de 1985, págs. 19-20 en Clayman, 1992, pág. 168)

El turno del entrevistador se construye aquí presentando una afirmación sobre la gestión de los residuos nucleares que se atribuye a una tercera persona, la doctora Yalow. Por tanto, la afirmación sobre la gestión de los residuos no es del entrevistador sino que «pertenece» a esa tercera persona. Además, el entrevistado también la trata de la misma manera, considerándola una afirmación de la doctora Yalow y no como si el entrevistador fuera responsable de ella.

Como ocurría con el análisis de Wooffitt examinado anteriormente, se pueden encontrar confirmaciones de esta afirmación sobre el rol del posicionamiento en las entrevistas de los noticiarios, examinando de manera detallada el estilo y el contexto de los cambios de posición. Por ejemplo, los cambios de posición tienden a aparecer cuando se hacen las afirmaciones factuales más polémicas o incluso cuando se emplean palabras agresivas. En el ejemplo que sigue, el hecho relativamente poco polémico de que el presidente Reagan obtuvo una gran victoria electoral se afirma meramente como algo de dominio público; sin embargo, la descripción polémica de que sus programas están en peligro se presenta mediante un cambio de posición:

20. *ED*: Senador, (0,5) eh: El presidente Reagan obtuvo hace trece meses una victoria aplastante. (0,8)
Se di::ce que sus programas se encuentran en peligro...
(Clayman, 1992, pág. 169)

Clayman destaca aquí algo importante. La cuestión de si una descripción es polémica o no, en sí misma es una cuestión potencialmente polémica sobre la cual puede no haber consenso. Clayman recurre a la noción etnometodológica de la reflexividad para destacar que la familiaridad de esta práctica de cambiar de posicionamiento significa que sirve, en parte, para establecer que un asunto es delicado o polémico. Dicho en otras palabras, cuando uno da muestras de neutralidad mediante un cambio de posición ocurre que, al mismo tiempo y de una manera irónica, esto mismo es una señal de que el entrevistador considera que el asunto en cuestión es polémico o delicado.

Otra línea en apoyo de que los cambios de posicionamiento son manejados de manera activa procede del detalle de las prácticas de autorreparación que utilizan los participantes. Por ejemplo, en el fragmento que sigue el entrevistador parece estar a punto de hacer una afirmación polémica pero, de pronto, se echa atrás y cambia de posición.

21. *ED*: Pero esto no es?- eh::: los críticos eh del bando conservador- del debate político han argumentado que esto es:. cumplir el tratado es:. un cumplimiento (.) o un eh:: compromiso (.) unilateral. (.) por parte de los Estados Unidos.
(Clayman, 1992, pág. 171)

De nuevo, la cuestión es que el cambio de posicionamiento demuestra neutralidad y evita la posibilidad de que el entrevistador se considere responsable de esta descripción polémica de la política estadounidense. Obsérvese que, naturalmente, existen muchas otras maneras de utilizar citas en programas informativos (Zelizer, 1989).

Posicionamiento y conveniencia

Excepcionalmente se pueden producir fallos en el modelo estándar de cambio de posicionamiento y de responsabilidad neutral. Y cuando se producen pueden ser muy reveladores. Tras el reciente fallecimiento de un entrevistador muy conocido de la radio británica, Brian Redhead, numerosas notas necrológicas aparecidas en prensa y radio citaban un momento muy recordado en el que la etiqueta propia de una entrevista se derrumbó. La secuencia empieza con el final de un turno del ministro Lawson, que se jactaba de la eficacia del gobierno en la reducción del desempleo.

22.	*Lawson*:	...El desempleo irá bajando a lo largo del año en curso.
	Redhead:	Pero gran parte de esta caída se debe a la creación de medidas especiales. Quizá haya usted oído al señor ↑Hattersley hablar
1→		de .hh jóvenes que son invitados a clubes laborales, para dedicarse a jugar bajo la supervisión de enseñantes de guardería ..hh La creación de- dos terceras partes de los nuevos puestos de trabajo corresponde a trabajos temporales con salarios bajos. Éstos no son los verdaderos trabajos de los que usted solía hablar antes, en mil novecientos setenta y nueve y mil novecientos ochenta.
2→	*Lawson*:	.hhh Bueno, usted siempre ha sido un defensor del partido laborista durante toda su vida Brian .hh así que ya ya me esperaba que dijera algo así pero la ↑verdad es que no debería mofarse de estos clubes laborales que están ofreciendo (.) una verdadera esperanza para los .hh parados de larga duración. Los coloca en la- .hh consigue que abandonen el estado de ánimo depresivo en el que muchos se encuentran y que se animen .hh a conseguir verdaderos trabajos. (.)
3→	*Redhead*:	¿Cree que deberíamos guardar un minuto de silencio ((*riendo*)) ahora en esta entrevista? Primero para que usted se disculpe por atreverse a sugerir que sabe a quién voto y segundo quizá en memoria del monetarismo al que usted ha renunciado.
	Lawson:	Ehhehh no veo ningún motivo para (.) ar: guardar un minuto de silencio, el monetarismo (.) como usted lo llama no ha sido desechado, lo que- lo que ha sucedido es que, ar:: la- nosotros hemos liberado los mercados financieros en gran medida...

(*Today Programme*, 12 de abril de 1994)

El primer aspecto a destacar en este fragmento es que proporciona otro ejemplo de la manera en que los entrevistadores cambian de posicionamiento cuando abordan asuntos polémicos. En la flecha 1, Redhead atribuye la versión mucho más negativa del desempleo a un integrante del partido laborista. También podríamos destacar, sin embargo, que el cambio de posición no es tan inclusivo como en la mayor parte de los ejemplos de Clayman. Se puede ver fácilmente que las partes inicial y final de este turno son puntos de vista del entrevistador. ¡Redhead parece haberse animado demasiado como para ser un animador efectivo! Aun así, otros trabajos sobre programas de entrevistas muestran que los entrevistados generalmente tienden a no considerar que los entrevistadores sean responsables de las afirmaciones y descripciones que plantean (Heritage y Greatbatch, 1991).

En consecuencia, lo que el ministro Lawson hace en la respuesta correspondiente a la flecha 2 es muy inusitado. No sólo trata la versión del desempleo como si fuera la propia versión de Redhead, sino que también la identifica como una versión en la que Redhead tiene un interés a causa de una presunta afiliación po-

lítica que ya viene de lejos. Ahora ya podemos reconocer aquí una forma familiar de socavación basada en la alusión a intereses. En la flecha 3, Redhead responde de manera contundente y crítica a esta ruptura extremadamente inusitada de la etiqueta propia de una entrevista. Los tipos de problemas ilustrados en esta interacción muestran precisamente por qué los entrevistadores pueden llevar a cabo cuidadosos cambios de posicionamiento y por qué los entrevistados pueden preferir tratar a los entrevistadores como si fueran neutrales o desinteresados, aunque piensen lo contrario.

Neutralidad, posicionamiento y descripciones

Stephen Levinson (1988) ha intentado ofrecer una sistematización exhaustiva de las distinciones de Goffman entre los distintos roles posibles de los participantes. Basándose en un análisis de los diferentes elementos que intervienen en la constitución de los roles de receptor y productor, Levinson identifica diez roles de producción y siete roles de recepción separados. Algunos de ellos tienen equivalentes familiares en castellano, como portavoz, pero otros, como «oyente casual destinatario» son más esotéricos. Una de las cuestiones que plantea este trabajo es el estatus de estos tipos diferentes de posicionamiento. ¿Deberían considerarse categorías que permiten mejorar el análisis lingüístico y conversacional, o deberían considerarse distinciones que hacen los participantes en el curso de diferentes tipos de actividades? Cuando nos interesamos en un análisis de construcción de hechos, existen buenas razones para considerar que son, básicamente, distinciones hechas por los participantes.

En primer lugar, deberíamos ser precavidos a la hora de apropiarnos de un conjunto de distinciones que se han realizado en una variedad de contextos y tratarlas como si formaran un esquema analítico adecuado y coherente. Además, la distinción entre director y animador parece decididamente problemática desde los tipos de perspectiva postestructuralista sobre la subjetividad explorados en el capítulo 3. Más importante para el objetivo de estudiar la construcción de hechos es que un estudio como el de Clayman sobre lo que se hace con los cambios de posicionamiento no debería inducir al analista a tratarlos como correctos o incorrectos. La gestión de la distinción entre animador y director puede ser un asunto muy delicado, como Amy Shuman (1992) ha mostrado en su estudio de relatos de peleas de adolescentes, donde el narrador se arriesga a que la historia, en vez de ser un mero informe, se convierta en un desafío para otra pelea. Alison Young (1990) proporciona un ejemplo muy diferente en su discusión del empleo de comillas para administrar la objetividad y la subjetividad en noticias sobre manifestaciones antinucleares por la paz (o manifestaciones «por la paz») en las noticias periodísticas. Por tanto, es probable que la búsqueda del director genuino o el puro ani-

mador sea un *cul de sac* analítico (véanse Leudar y Antaki, 1996; Potter, 1996a). Para este libro, pues, los diversos tipos de posición serán un tema de análisis y no un sistema para clasificar el discurso factual.

Otro aspecto puesto de manifiesto en el capítulo de Levinson es que algunos lenguajes proporcionan marcas gramaticales de ciertos cambios de posicionamiento que son muy pertinentes para el interés en la factualidad. Levinson cita, por ejemplo, el trabajo realizado con el pueblo hidatsa, cuyo lenguaje encarna, dentro de su gramática, numerosas distinciones que marcan explícitamente la orientación del hablante en relación a la factualidad de la expresión (Mathews, 1965). Los hidatsa pueden agregar una conclusión al final de una frase que comunica al oyente que el hablante cree sinceramente que lo que ha dicho es verdadero, aunque podría no serlo. Ésta es la forma de hablar más empleada. Se emplea otro tipo de conclusión para indicar que lo que se ha dicho en la expresión es una cita, pero que no corrresponde a ningún individuo concreto; es simplemente algo que se dice. Esto se emplea principalmente para contar historias y contrasta con otra manera de finalizar expresiones que emplean los hablantes hidatsa para comunicar algo que alguien les ha contado como verdadero pero acerca de lo cual carecen de una evidencia independiente.

Las evidencias lingüísticas transculturales de este tipo son fascinantes y potencialmente importantes. Sin embargo, se limitan a fenómenos puramente lingüísticos. Trabajos antropológicos más recientes han empezado a mostrar las distintas maneras en que se explotan y administran diferentes posicionamientos y categorías gramaticales. Las distinciones gramaticales proporcionan un recurso, pero este recurso se puede utilizar con flexibilidad y creatividad (véanse especialmente los artículos de Hill e Irvine, 1992). El trabajo de Levinson y otros muestra que los propios hablantes en inglés tienen muchas maneras de mostrar posiciones y, además, de mostrar alineamiento o escepticismo ante afirmaciones y descripciones (por ejemplo, Peräkylä, 1993). Sacks (1992, vol. 2, pág. 309) también examina la manera en que se entrelazan las consideraciones sobre hechos y las posiciones. Tomemos la diferencia entre estas dos expresiones (inventadas): «Karen no puede bajar al bar porque está repasando» y «Karen dice que no puede bajar al bar porque está repasando». En el primer ejemplo, el hablante se alinea con la explicación de Karen; la trata como la explicación. Sin embargo, en el segundo ejemplo el hablante evita este alineamiento; el hecho de presentarla como la razón dada por Karen, no implica que también sea su razón.

Conveniencia, acreditación y posicionamiento

En este capítulo se han explorado tres dimensiones que relacionan la identidad del hablante con la factualidad de las afirmaciones que hace. Si consideramos

la anterior figura 5.1 como un resumen a grandes rasgos, vemos que la formulación y la invocación de intereses corroe la factualidad de las afirmaciones. La potencialidad de estas invocaciones se puede socavar mediante la vacuna contra las conveniencias o, cuando esto sea difícil de mantener, se puede utilizar una confesión de conveniencias y desarmar al crítico arrebatándole su descubrimiento haciendo que el hablante ya incluya sus propios intereses en el relato. Ya he especulado en torno al hecho de que, en aras de una mayor eficacia, quizá sea mejor gestionar las conveniencias de una manera más implícita que explícita, porque así es más difícil de socavar y ofrece al hablante la posibilidad de negar que es lo que está haciendo.

En contraste con la formulación de intereses, para establecer la factualidad de una descripción se podrían construir acreditaciones. Esta discusión se ha centrado especialmente en las categorías «amigo», «líder de la comunidad», «médico» y «persona normal». Uno de los temas destacados ha sido cómo las acreditaciones de categorías también se pueden orientar hacia cuestiones de responsabilidad y negación. Así, la construcción «el amigo de un amigo» proporciona cierta acreditación de conocimientos, pero también implica un grado de responsabilidad: permite que el hablante, de una manera creíble, no conozca todos los detalles que cabría esperar si esta historia no procediera de otra fuente. De la misma manera, los líderes de la comunidad anónimos y plurales ofrecen una sólida garantía de factualidad a relatos sobre disturbios callejeros y su contexto, sin ser fuentes fáciles de contradecir o de socavar directamente.

La parte final del capítulo se ha centrado en la noción de posicionamiento, que interviene de muchas maneras en la construcción de hechos. La cuestión más investigada ha sido la neutralidad y la manera en que se emplean las prácticas de posición para elaborar una apariencia de neutralidad en entrevistas informativas. En este caso, el interés no reside tanto en cómo establece el hablante la factualidad más o menos sólida de la descripción, sino en cómo administra su responsabilidad ante la descripción. Expresado en función de la figura 5.1, una posición distanciada —citar de manera cuidadosa, hacer que una descripción sea un informe elaborado por otros— disminuye la responsabilidad del hablante, mientras que las prácticas de posición que presentan al hablante a la vez como animador y como origen, hacen que aumente su responsabilidad potencial. Sin embargo, las cuestiones relacionadas con la posición en modo alguno están separadas de las cuestiones relacionadas con la construcción de hechos, como revelará un vistazo superficial a los ejemplos presentados en este capítulo. Más de la mitad emplean algún tipo de distinción animador/origen como componente principal de la elaboración de la credibilidad de una descripción. Consideremos nuevamente la manera sutil de producir una posición distanciada mediante «se han propuesto muchas ideas, *¿cómo eran?*» (fragmento 8). Aunque, en sí mismas, unas posiciones diferentes no están necesariamente relacionadas con el aumento o la disminución

de la factualidad, la parafernalia de la posición suele ser un recurso importante en la construcción de versiones factuales. La relación entre posición y construcción de hechos es, simple y llanamente, un campo fructífero e interesante para la investigación.

Consideremos una cuestión final antes de pasar a examinar una gama bastante diferente de técnicas para desarrollar la factualidad de las descripciones. En este capítulo se produce una tensión entre su enfoque analítico y las conclusiones extraídas. Por un lado, se ha insistido en estudiar la construcción del discurso factual en situaciones específicas, con frecuencia interactivas. Este enfoque es muy sensible a lo que es exclusivo de un contexto dado. Por otra parte, el objetivo ha sido proponer algunos principios de la construcción de hechos que son pertinentes a toda una gama de situaciones. Mi objetivo no es intentar proporcionar una solución, sino considerar que los intentos combinados de especificidad y generalidad son analíticamente productivos.

6 CONSTRUCCIÓN DE EXTERIORIDADES

Este capítulo continúa desarrollando el punto de vista presentado en el capítulo anterior sobre los mecanismos que se emplean para construir descripciones como si fueran factuales. Mientras que en el capítulo anterior nos centramos en cómo se puede controlar la naturaleza del productor de una descripción exponiendo los intereses potenciales que pueda tener en ella o construyendo su acreditación como descriptor competente, este capítulo se centrará en procedimientos que, en su mayoría, apartan la atención de la naturaleza o identidad del productor. Se trata de procedimientos diseñados para proporcionar una cualidad que podría denominarse exterioridad. En otras palabras, construyen la descripción como si fuera independiente del agente que la produce. Más concretamente, estos procedimientos desvían la atención de los intereses que el productor de una descripción pueda tener en la misma —lo que podría ganar o perder— y de su responsabilidad por ella.

Una de las formas más básicas y familiares de construir una exterioridad implica el empleo de lo que Nigel Gilbert y Michael Mulkay denominaron discurso empirista. Este mecanismo evita construcciones del tipo «descubrí que...» en favor de construcciones del tipo «se descubrió que...». Estas descripciones emplean una forma gramatical que elimina al productor de la descripción. Otro método para producir exterioridad implica construir corroboración y consenso presentando una descripción como el resultado compartido de varios productores y no de uno solo. Las descripciones de este tipo anulan los intentos de socavarlas que las presentan como producto de las conveniencias o intereses de una persona concreta. Los detalles y la narración funcionan de una manera bastante diferente. Intervienen en la producción de una versión que es «real» y vívida; describen una escena tal como se podría haber observado. Se podría decir que actúan colocando al receptor de la descripción en el lugar del productor. De hecho, una manera de concebir estas descripciones es como si dieran la impresión de percibir a distancia; atraen al receptor hacia la escena como si éste mirara por un telescopio.

Steve Woolgar denomina a este tipo de enfoques de la construcción de hechos mecanismos exteriorizadores. En sus propias palabras, «los mecanismos exteriorizadores permiten interpretar que el fenómeno descrito existe en virtud de acciones que sobrepasan el ámbito de la agencia humana» (1988b, pág. 75). En realidad, se describe una cosa (o una acción, o lo que sea) y esa cosa existe tal como se ha descrito, sin que quien hace la descripción tenga ninguna influencia al respecto. Las expectativas sobre la agencia se trasladan desde el productor del relato factual hasta la entidad que se está constituyendo (véase la figura 6.1). A estas alturas, quisiera destacar con insistencia que no estoy presuponiendo simplemente que las personas son agentes y procuran ocultar este hecho empleando técnicas diversas. Mi interés en la agencia estriba en su calidad de noción de los participantes que se puede entender y reelaborar mediante una gama muy amplia de métodos distintos adecuados a contextos particulares (véanse Ashmore y otros, 1994; Callon y Law, 1995).

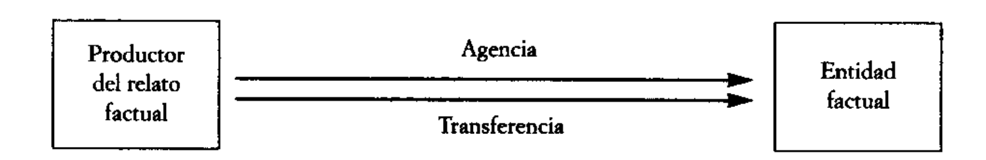


FIGURA 6.1. Dispositivos de exteriorización

Para ilustrar esto, volveré del revés la idea de Woolgar de los mecanismos exteriorizadores y la aplicaré sobre sí misma. En este texto voy a formular [los mecanismos exteriorizadores] como objetos preexistentes. (Naturalmente, aquí el término descriptivo «mecanismo» es útil, ya que se suele emplear para designar artefactos físicos que se pueden adquirir o montar.) Puesto que describo este capítulo como un estudio general de [los mecanismos exteriorizadores], su tratamiento equivale a realizar un estudio general, por ejemplo, del número y los tipos de automóviles que hay en un aparcamiento, o de la gama de usos diferente a los que se puede dedicar una finca rústica. Quien realiza este estudio se encuentra, simplemente, con cosas ya preexistentes. Así pues [los mecanismos exteriorizadores] no se presentan en este texto como algo elaborado, constituido o demostrado; ni como algo que pueda ser controvertido, confundido o considerado como una idea tonta o simplemente inexistente; sencillamente están ahí. Están, como si dijéramos, construidos sin ser construidos. Así que, adelante con el estudio de estos mecanismos...

Discurso empirista

La noción de que existe un conjunto específico de tropos, formas gramaticales y estilos argumentativos que se apoyan mutuamente procede, originalmente, de un estudio sostenido llevado a cabo por Nigel Gilbert y Michael Mulkay (1984) sobre el discurso de un grupo de bioquímicos que investigaban cómo almacenan energía las células del cuerpo. Estos autores denominaron a este tipo de construcción de hechos «discurso empirista», porque muchas de sus características son típicas del empirismo tradicional. Gilbert y Mulkay realizaron conjuntamente unas extensas entrevistas a 34 miembros de este grupo. Estas entrevistas eran conversaciones en el sentido de que abarcaban un conjunto de temas de una manera fluida e informal. El estudio se centró principalmente en las transcripciones de estas entrevistas, junto con artículos de investigación y cartas de estos científicos.

El trabajo de Gilbert y Mulkay contrasta notablemente con la mayoría de estudios sobre el conocimiento científico examinados en el capítulo 1. A diferencia de los relativistas empíricos y los investigadores del interés social, su objetivo no era proporcionar un relato acerca de cómo es realmente la ciencia. Por ejemplo, Gilbert y Mulkay no trataron de determinar el mejor modelo para explicar cómo optan los científicos entre teorías diferentes. En cambio, se interesaron en la manera en que los científicos construían explicaciones sobre la elección de una teoría y, sobre todo, en las variaciones entre estos relatos. Observaron, por ejemplo, que los científicos solían ofrecer una versión de la elección de teorías cuando describían sus propias selecciones de teorías, pero que ofrecían unas versiones bastante diferentes cuando criticaban como erróneas las elecciones de otros científicos (Mulkay, 1991, cap. 10; Potter, 1984).

En realidad, el análisis de Gilbert y Mulkay extendió el énfasis general en el relativismo metodológico propio de la sociología del conocimiento científico hasta abarcar los relatos que hacían los científicos de sus acciones y creencias. De la misma manera que los relativistas empíricos no intentaban decidir, por ejemplo, qué teoría sobre la producción de neutrinos era la correcta (Pinch, 1986), los analistas del discurso científico no intentaron juzgar qué descripción dada por los científicos sobre la elección de teorías era la correcta. No examinaron descripciones de elecciones en artículos de investigación, en entrevistas o incluso en chistes de científicos para determinar su verdad: su interés se centró en cómo se construían estos relatos y cómo se utilizaban para gestionar tareas interactivas específicas.

El repertorio empirista

El nivel más amplio del análisis que Gilbert y Mulkay llevaron a cabo, comparaba la manera en que los científicos describían sus acciones, teorías y procedi-

mientos experimentales en entrevistas informales, con lo que estos científicos escribían en los contextos más formales de los artículos de investigación. Gilbert y Mulkay encontraron diferencias sistemáticas y extendidas entre las versiones producidas en estos dos contextos, y propusieron que estas diferencias eran una consecuencia de que los científicos emplearan dos vocabularios o «repertorios interpretativos» que contrastaban entre sí. En este capítulo nos centraremos principalmente en el repertorio empirista.

Consideremos los siguientes ejemplos. El primero procede de la introducción de un artículo de investigación y el segundo de un apartado dedicado a metodología. Obsérvese que, aquí, los detalles técnicos son eso: técnicos; por suerte, no es necesario comprenderlos del todo para captar lo que Gilbert y Mulkay quieren decir.

1. La hipótesis quimiosmótica (1) proponía, entre otras cosas, que cada tramo de portadores y enzimas respiratorios mitocondriales que abarca lo que se ha dado en llamar lugar de conservación de energía (2) se dispone de tal manera que se desplazan $2H^-$ a través de la membrana mitocondrial interior para cada par de equivalentes reductores transferidos a través de este tramo. La evidencia a favor de un valor 2,0 para la proporción entre los protones desplazados y los pares reductores-equivalentes transferidos (es decir, la proporción $\rightarrow H^+/2e-$) procede, principalmente, de un tipo de experimento.

(Gilbert y Mulkay, 1984, pág. 44)

2. Se prepararon mitocondrias de corazón de vacuno mediante el método de Wong y se almacenaron en nitrógeno líquido. Se prepararon partículas mitocondriales bien acopladas mediante una modificación de los procedimientos de Madden. Estas partículas se emplearon para preparar partículas desprovistas de proteínas inhibidoras mediante un centrifugado en condiciones activadas según el método de Gale...

(Gilbert y Mulkay, 1984, pág. 51)

Gilbert y Mulkay propusieron que los artículos científicos poseen un conjunto coherente y distintivo de características retóricas y lingüísticas. Estas características se agrupan en torno a tres temas generales. En primer lugar, los artículos recurren a una forma gramatical que minimiza las intervenciones o acciones de los autores. El estilo es impersonal y se emplean construcciones como «la hipótesis propuesta» o «la evidencia procede principalmente» que no hacen ninguna mención explícita a las acciones, las interpretaciones y los compromisos de los autores. En segundo lugar, los datos se presentan como primarios, tanto en el sentido lógico de formar los fundamentos de cualesquiera ideas teóricas, como en el sentido cronológico de haber sido identificados antes de que se desarrollara la teoría a partir de ellos. De hecho, en esta forma de discurso se aplican a los datos verbos

que cabría aplicar a acciones humanas: abundan construcciones como «estos datos sugieren que...» y «los resultados indican que...». En tercer lugar, el trabajo de laboratorio se caracteriza, de una manera marcadamente convencional, por estar limitado por unas reglas que tienen una aplicación totalmente clara y universal. Los apartados dedicados a los métodos construyen un mundo de rutinas y procedimientos analíticos normalizados («centrifugado en condiciones activadas», «el método de Gale»).

Estas tres características (impersonalidad gramatical, primacía de los datos y reglas procedimentales universales) no se limitan en modo alguno a las ciencias «duras». La ciencia de los bioquímicos estudiados por Gilbert y Mulkay parece ser muy difícil en comparación, por ejemplo, con la psicología social, pero ambas disciplinas comparten una utilización muy extendida del repertorio empirista, como confirma una rápida lectura de las revistas especializadas.

¿Por qué la escritura formal de la ciencia emplea el repertorio empirista? En función del funcionamiento fluido de la ciencia, estos tipos de construcciones pueden tener unas consecuencias positivas. La ciencia es una institución donde los debates son comunes y, con frecuencia, son un requisito para que un trabajo tenga éxito. El empleo generalizado de las construcciones impersonales del repertorio empirista puede amortiguar este conflicto y reducir la posibilidad de que las revistas especializadas acaben llenas de ataques personales. Sin embargo, el discurso empirista también interviene en la construcción de hechos. El repertorio empirista permite hacer unas descripciones de las acciones y las creencias de los científicos que minimizan la implicación del científico en la construcción y la interpretación de lo que estudia. El científico se convierte en alguien pasivo, casi en un simple observador que llega a desaparecer por completo; simultáneamente, los datos llegan a cobrar vida propia. Se convierten en actores retóricamente vivos que pueden sugerir, indicar, mostrar e implicar. El repertorio empirista es un mecanismo estándar para construir la «exterioridad» de los fenómenos científicos.

El discurso empirista más allá de la ciencia

Una de las preguntas importantes para un proyecto relacionado con la construcción de los hechos en general, más que con la construcción que se da únicamente en la ciencia, es si existen características similares a las del discurso empirista fuera de la ciencia. ¿Están Gilbert y Mulkay documentando algo específico de la ciencia? ¿O quizá el discurso empirista tiene una difusión más amplia? Para abordar estas preguntas necesitamos buscar otras situaciones donde tenga lugar esta transferencia de agencia desde el autor al fenómeno.

Destaquemos primero, sin embargo, que incluso dentro de la ciencia el repertorio empirista sólo aparece en su totalidad en artículos de investigación y en

publicaciones formales. Aunque Gilbert y Mulkay encontraron varios elementos del repertorio empirista en sus entrevistas, la impersonalidad gramatical —que es quizá su característica más llamativa— no estaba muy difundida. Los bioquímicos no adornaban el habla de sus entrevistas con frases como «se cree que» o «se llevó a cabo un estudio». Estas construcciones impersonales pueden sonar extrañas en una situación donde el hablante está físicamente presente; pero esto no quiere decir que estas construcciones no aparezcan cuando se llevan a cabo determinados tipos de acciones en ciertos tipos de contextos «cara a cara». Por ejemplo, pensemos en el discurso formal asociado a las clases altas británicas: «Se encuentra uno con que los sirvientes ya no le respetan como antes». Sin embargo, el análisis de Gilbert y Mulkay no exploró este nivel de especificidad.

Cuando examinamos si el repertorio empirista se puede encontrar en situaciones no científicas, es útil tener presentes dos consideraciones. En primer lugar, podemos preguntarnos si los distintos elementos del repertorio empirista van necesariamente de la mano fuera del ámbito de la escritura científica formal. En segundo lugar, podemos plantearnos si algunas características del repertorio empirista delimitan la especificidad institucional de la ciencia. Es decir, ¿poseen los elementos del repertorio un papel en la constitución de lo que es hacer ciencia? (Drew y Heritage, 1992; Schegloff, 1991).

Consideremos en primer lugar la pregunta de si el repertorio empirista es una entidad coherente. Cuando Gilbert y Mulkay examinaron su papel en el discurso científico, lo hicieron en términos más bien generales, sugiriendo que desempeña una parte fundamental en la justificación de las creencias científicas, dando primacía al papel de los resultados experimentales y omitiendo referencias a características únicas o personales de las creencias o acciones de los científicos. Según sus propias palabras, «la gran ventaja de esta forma de relato es que hace que las conclusiones científicas del hablante parezcan totalmente incontrovertibles y sin necesidad de ningún apoyo adicional» (Gilbert y Mulkay, 1982, pág. 400). Sin embargo, este estilo de argumentación presenta una limitación, como señaló Robin Wooffitt (1992). Tiende a considerar que el repertorio empirista funciona como un todo inconsútil y a un nivel separable de cualquier ejemplo concreto de su empleo. Como veremos dentro de poco, es posible preguntarse cómo funcionan unos elementos específicos de este repertorio en contextos particulares.

La segunda consideración se refiere a la especificidad institucional del discurso de la ciencia. La exploraré comparando el trabajo de Gilbert y Mulkay sobre la ciencia con un conjunto de grabaciones de programas informativos estadounidenses de radio y televisión. Se pueden obtener transcripciones de la CNN, la National Public Radio, etc., en soporte CD-ROM, lo que permite buscar determinadas secuencias de palabras. Esto facilita enormemente la realización de búsquedas a gran escala para determinar la preponderancia de los tipos de construcción ca-

racterísticos del repertorio empirista. Una búsqueda realizada en un CD-ROM que contenía un año de grabaciones no encontró ningún ejemplo de los tipos de formulaciones impersonales en presente de indicativo que son comunes en la escritura científica: «se cree que», «se dice que». Quizá podamos ver la razón de esto si consideramos la diferencia entre los programas informativos y la ciencia en relación a las categorías de posicionamiento presentadas en el capítulo 5.

Los autores científicos se encuentran en un tipo de posicionamiento complejo y potencialmente complicado. Por un lado, ellos han escrito los artículos científicos que presentan su investigación, sus teorías, sus afirmaciones, etc. Son ellos quienes recibirán el premio Nobel o, quizá, serán acusados de fraude; son ellos los responsables de los contenidos de sus artículos, como directores y como autores. Por otra parte, el repertorio empirista construye los datos experimentales como agentes; son ellos los que indican direcciones particulares, son ellos los que muestran cosas, los que conducen a conclusiones. Aquí el investigador mantiene el rol de autor; pero, al mismo tiempo, los datos empiezan a adoptar el rol de director. Así pues, se plantea una tensión potencial entre estas dos tendencias, y las construcciones impersonales como «se afirma que» pueden ser una manera de controlar esta tensión. Se trata de una construcción que implica a un agente responsable (la persona o grupo que hace la afirmación) al tiempo que evita una identificación directa del escritor o los escritores reales con ese agente. Este contraste quedará más claro en el siguiente apartado, cuando examinemos construcciones similares en contextos de medios de comunicación.

Construcciones de impersonalidad

El habla de las entrevistas de los programas informativos sigue una pauta de posicionamiento bastante diferente de la de los artículos científicos. Los entrevistadores de programas informativos se suelen construir y tratar como animadores que se limitan a comunicar las afirmaciones y los puntos de vista de otras personas (Clayman, 1992; Heritage y Greatbatch, 1991). En general, los presentadores de programas informativos no obtienen premios Pulitzer y su carácter y sus puntos de vista cotidianos pueden no tener nada que ver con su figura profesional: por cierto, esto sirvió de tema para una comedia británica denominada *Drop the Dead Donkey* sobre un informativo vía satélite donde la seriedad mostrada en pantalla se contrastaba con la frivolidad y la sensiblería que reinaban entre bambalinas. El habla de este tipo no plantea las mismas exigencias en cuanto a construcciones impersonales en presente de indicativo como, por ejemplo, «se cree que». E incluso cuando se utilizan estas construcciones, es improbable que el locutor que lee una noticia se considere el agente que la hace creíble. Las construcciones empiristas que emplean tiempos pasados son mucho más comunes (véase también Roeh y Nir, 1990).

He aquí una muestra en la que se destaca la construcción empírica. El contexto es el informe de un atentado a una «taberna» en Ciudad del Cabo antes de las primeras elecciones multiétnicas en Sudáfrica.

> 3. Un comunicante que decía hablar en nombre de la UPLAR, la rama militar del radical Congreso Panafricanista, ha reivindicado el atentado en nombre de esta organización, pero tal extremo no ha sido confirmado por la sede central de la UPLAR. Las armas y la táctica empleadas son muy parecidas a las de anteriores atentados de carácter racista. En julio, cinco pistoleros utilizaron granadas y [inaudible] rifles para atacar una iglesia en plena celebración en un barrio blanco de Ciudad del Cabo; 11 personas resultaron muertas. *Se consideró que* este ataque fue obra de la UPLAR.
>
> (*National Public Radio*, 12 de diciembre de 1993; la cursiva es mía)

Este fragmento forma parte de una noticia compleja. Sin embargo, no es nada inusual; sin duda, los lectores de este libro estarán familiarizados con informaciones de este tipo. Lo que quiero destacar especialmente son los tipos de consideraciones pragmáticas que dan pie a la construcción empirista «Se consideró que».

Lo primero que cabe destacar es la similitud entre los programas informativos y los artículos científicos. De la misma manera que en la ciencia los datos reciben su significado de teorías, los «sucesos» de los programas informativos reciben significado interpretándolos en el marco de otros sucesos e incorporándolos a narraciones (Tuchman, 1978). En este caso, un atentado contra una taberna en Sudáfrica, aun con sus detalles de muerte y drama, no es más que una noticia parcial. Esperamos que la historia nos ofrezca un motivo y unos antecedentes: ¿quién puso la bomba y por qué, y cuál es la respuesta? En esta historia, el suceso se ha vinculado a un ataque anterior y este ataque, a su vez, se vincula a una organización política: la UPLAR. Por tanto, uno de los aspectos de interés en la construcción de los hechos de esta historia es determinar cómo se establecen estos vínculos. La conexión con la UPLAR es especialmente interesante porque no se construye citando evidencias sino comunicando una creencia.

Es aquí donde la noticia recurre a una construcción empírica, ya que esta creencia no se adscribe a un agente o a un colectivo («Kerry creía en la disciplina», «los cristianos creían en dios»). En cambio, la creencia se queda flotando en el aire: «Se consideró que este ataque». En cierta medida, es bastante extraño que se haga referencia a una creencia sin que se cite su «propietario»; ¡cabe pensar que sería difícil reconocer una entidad tan incorpórea! Sin embargo, esto equivaldría a tratar de comprender las creencias dentro de la retórica del cognitivismo como objetos con ubicaciones específicas y, por lo tanto, a pasar por alto los roles prácticos e interactivos a los que sirven estas construcciones (véase Coulter, 1979).

Uno de los roles que desempeñan las construcciones de este tipo es evitar abordar cuestiones relacionadas con el estatus de las afirmaciones hechas por

agencias informativas. La retórica oficial de estas agencias acentúa al mismo tiempo la neutralidad en la información y la necesidad de informar. Como Gaye Tuchman (1978) documenta con cierto detalle, las agencias informativas aseguran no abrigar creencias ni opiniones; se limitan a informar sobre hechos, incluyendo hechos sobre las creencias y las opiniones de otros.

Esta «historia oficial» sobre los hechos es, en sí misma, una construcción. Por ejemplo, una de las preocupaciones comunes de los realizadores de documentales televisivos sobre temas de actualidad que nos encontramos almorzando en el capítulo anterior, era encontrar un conjunto de informadores para el documental que encajara con el guión planificado de antemano. El siguiente fragmento muestra esta preocupación.

4. *Thompson*: Así que s- sabemos lo que va a hacer (.) en las preguntas uno a nueve, pero no sabemos qué va a hacer en la diez y la once.
(1,8)
Y ésa es la parte donde [necesitamos (.) que sea mejor.
Chitty: [Ya lo creo.
(Cinta 5, pág. 2)

La cuestión es que este cuidadoso procedimiento de selección y estímulo acaba produciendo un reportaje que presenta a los autores como si se limitaran a informar sobre puntos de vista ajenos y carecieran de puntos de vista propios. La narración parece originarse en los entrevistados y no en los autores del reportaje.

Ahora bien, volviendo a nuestro ejemplo actual, si presuponemos que los mismos tipos de consideraciones se aplican al informe de la National Provincial Radio sobre el atentado a la taberna, podemos ver que presentar la participación de la UPLAR como una creencia de los presentadores o periodistas sería problemático. Oficialmente por lo menos, su trabajo no consiste en abrigar creencias.

Otra manera en que los presentadores abordan la cuestión de la creencia sobre la participación de la UPLAR, consiste en atribuirla a algunos individuos u organizaciones. Esto es lo que cabría esperar del trabajo de Clayman sobre el posicionamiento. Sin embargo, aquí se plantean dos problemas potenciales. En primer lugar, presentadores y espectadores podrían considerar que alguna de las partes implicadas tenía un interés en afirmar que la UPLAR estaba implicada. Por ejemplo, la policía surafricana es una fuente evidente de informaciones sobre acciones violentas de este tipo, pero existía la creencia generalizada (!) de que no merecía mucho crédito como fuente. Y si se hubieran mencionado políticos de raza blanca, cabría sospechar que habían hecho inferencias basadas en estereotipos o, simplemente, que deseaban difamar al Congreso Panafricano durante el pe-

ríodo preelectoral. En segundo lugar, las fuentes de información podrían ser frágiles o estar limitadas de muchas maneras: las noticias rara vez incluyen afirmaciones atribuidas a «lo que otro periodista me dijo en un bar» o a «algo que oí de pasada».

A la luz de estas consideraciones, podemos ver el valor potencial de la construcción «se consideró que fue», ya que comunica una creencia que es necesaria para construir la narración general de la noticia, y al mismo tiempo evita hacer atribuciones potencialmente problemáticas a organizaciones informativas o a partes interesadas o limitadas de Sudáfrica. Sin desear entrar en más detalles, la cuestión es que la construcción empirista «se consideró que fue» se puede entender como algo más que un simple elemento dentro de un vocabulario general empleado para justificar hechos. Más bien se puede ver como una solución diseñada específicamente para una gama de problemas relacionados con la construcción y la justificación de hechos. Naturalmente, no es la única solución, ya que es fácil imaginar la historia del fragmento 3 construida de maneras diferentes, pero es una manera ingeniosa de controlar la preocupación común por la factualidad y la responsabilidad.

Agencia y evidencia

Además de la impersonalidad gramatical, un aspecto fundamental del repertorio empirista es su atribución de la agencia a los datos experimentales: «los resultados muestran», «los datos apoyan», etc. Otra búsqueda realizada en un CD-ROM con programas informativos de reciente emisión pudo encontrar construcciones recurrentes de una naturaleza similar como, por ejemplo, «los registros indican», «los hechos implican» y «las evidencias muestran». He aquí tres ejemplos en los que se destaca la construcción «los hechos demuestran»:

5. *Los hechos demuestran que* no se produce un aumento en el consumo de drogas a causa del programa [de reparto gratuito de jeringuillas] y es probable que su aplicación conduzca a una disminución de casos de infección por VIH. Quien examine estos hechos con la misma objetividad que nosotros llegará, creo yo, a las mismas conclusiones.

(CNN, 30 de septiembre de 1993)

6. [El gobernador de Florida hablando sobre la muerte de un turista británico] creo *que los hechos demuestran con toda claridad* que este año hemos tenido muchas menos agresiones contra turistas que el año pasado, que el año anterior a este suceso. Cada-cualquier acto de este tipo es inaceptable.

(CNN, 18 de septiembre de 1993)

7. [En respuesta a afirmaciones de que el «gangsta rap» es antisocial] ¿Y por qué tendríamos que decir a los jóvenes, sabe usted, que, bueno, que deben ir a la escuela porque tendrán [éxito], cuando *los hechos demuestran que* eso no va a suceder?

(CNN, 27 de enero de 1994)

He reproducido estos tres ejemplos porque ilustran algunas características comunes en el empleo de este tipo de construcción. Es de destacar que no pertenecen al discurso del periodista; es decir, no pertenecen a las noticias ni son una aportación del periodista a la discusión. Además, se dan en contextos donde se plantea una cuestión polémica y donde el hablante se encuentra, en potencia, en una posición minoritaria o débil. El médico que habla de las virtudes de la distribución gratuita de jeringuillas en el fragmento 5 se presenta en el contexto de una condena oficial de esta política. En el fragmento 6 el gobernador de Florida responde a preguntas sobre la muerte, divulgada profusamente, de un turista británico en este estado. En el fragmento 7 el hablante defiende los valores de su tipo de música, el «gangster rap», ante los comentarios críticos de espectadores que llaman por teléfono al programa.

Ya he destacado que en situaciones de conflicto, tanto en contextos cotidianos como científicos, las personas ofrecen un apoyo cada vez más técnico a sus posturas y se esfuerzan cada vez más en proporcionar una base a sus afirmaciones (Latour, 1987; Pomerantz, 1984b). Esta forma de discurso empirista se puede entender como una extensión de este proceso. El apoyo se elabora construyendo los hechos, los registros y las evidencias como poseedores de una agencia propia. Estas construcciones enmascaran el trabajo de interpretación y construcción hecha por el productor de la descripción: «los hechos», en primer lugar, no se construyen como hechos y, en segundo lugar, su importancia no es generada por su productor, sino que la proporcionan los hechos mismos. Ellos constituyen su propia demostración.

Así pues, la cuestión general a destacar aquí es que el repertorio empirista encarna características de la construcción de hechos que se encuentran en otros contextos aparte del científico. El sociólogo Seven Yearley (1985) ha planteado un argumento similar en relación a otras características del repertorio empirista. Los elementos particulares del repertorio que tienen una difusión más general son las construcciones de impersonalidad («se consideró que») y la agencia de los hechos («los hechos demuestran»). En vez de considerar que estas construcciones se inscriben en un repertorio que se emplea como un todo y que tiene consecuencias generales, como ocurre en la ciencia según Gilbert y Mulkay (1984), yo propongo que es mejor considerar que tienen unos usos discretos en las prácticas de construcción de hechos que implican justificación y responsabilidad. Será interesante investigar más estos usos además de seguir explorando el empleo epistémico de

estas formas en el discurso cotidiano. Mientras tanto, el repertorio empirista se puede considerar como un conjunto de recursos a los que recurrir cuando se exteriorizan hechos despojando de la agencia a los constructores de estos hechos y adjudicándola a los hechos mismos.

Consenso y corroboración

Se ha dedicado mucho espacio a cuestiones técnicas relacionadas con el repertorio empirista. Sin embargo, la transferencia de una agencia explícitamente formulada del hablante a los hechos por medios gramaticales en general, no es más que uno de los muchos mecanismos exteriorizadores existentes. Las construcciones de consenso y de corroboración son otros dos mecanismos exteriorizadores estrechamente relacionados entre sí.

Una manera de transformar una descripción en un hecho consiste en obtener la sanción de testigos fiables. Obsérvese que esto es bastante diferente del argumento, superficialmente similar, según el cual una creencia es verdadera o está justificada porque es sostenida por muchas personas, o la afirmación de que una actividad es aceptable porque muchas personas la realizan (véase Hilton y otros, 1988). El aspecto crucial de este tipo de razonamiento cotidiano sobre los hechos es que el consenso en los informes proporciona una corroboración de la factualidad de una versión: si un testigo de un accidente de tráfico afirma que el conductor iba a demasiada velocidad, su testimonio puede ser rechazado; sin embargo, si todos o casi todos los testigos afirman lo mismo, es probable que sean más convincentes.

Con todo, este tipo de justificación por consenso presenta unos problemas potenciales que pueden requerir el empleo de otra forma de justificación cotidiana. Aunque los testigos de un suceso pueden estar de acuerdo entre sí porque todos han visto lo mismo, el acuerdo se puede alcanzar de otras maneras. Por ejemplo, pueden inventarse una historia entre todos o, de una manera más inocente, al interactuar unos con otros pueden alcanzar una comprensión común, pero errónea, del suceso. Esto otorga un gran valor al hecho de encontrar testigos que no se hayan comunicado entre sí o que sean independientes porque sus versiones no se han podido contaminar con las de los demás. Por tanto, esta segunda forma de construcción de hechos acentúa la independencia de quienes mantienen un punto de vista consensuado.

Así pues, la cuestión es: ¿cómo se pueden construir el consenso y la corroboración? ¿Cómo se pueden desplegar como recursos para la construcción de hechos? Me centraré especialmente en dos estudios que ya hemos examinado, a cargo de Dorothy Smith y Robin Wooffitt. Estos autores abordan esta pregunta con cierto detalle.

Smith y Henny-penny

Ya hemos considerado las características del estudio de Smith sobre un relato que establece la factualidad de la enfermedad mental de una muchacha en relación a la gestión de intereses. Smith también examinó la construcción de la objetividad del relato mediante el empleo de testigos independientes. De hecho, la estructura narrativa del relato de Angela sobre la degeneración progresiva de K, añade una serie de testigos del problema de una manera que Smith equipara a cuentos infantiles como la historia de Henny-penny, donde una cantidad cada vez mayor de personas le cuenta al rey que el cielo se está cayendo. Algunos fragmentos nos ayudarán a comprender este proceso. Obsérvese la manera en que se producen las descripciones del (presunto) problema conductual de K como procedente de cada uno de los testigos.

Primero nos encontramos a Angela, la narradora de la historia:

8. Íbamos a la playa o a la piscina en un día caluroso y yo me mojaba un poco y me echaba a tomar el sol, mientras que K insistía en que tenía que nadar 30 largos de piscina.

(Smith, 1990, pág. 18)

Y luego nos encontramos con Angela y Trudi:

9. ... una amiga común, Trudi, que se estaba especializando en inglés, había leído uno de sus ensayos y un día me dijo: Escribe como una niña de 12 años — yo creo que le pasa algo.
(Smith, 1990, pág. 18)

Y después tenemos a Angela, Trudi y la madre de Angela:

10. En aquella época la madre de Angela pensó, bueno, me entendió mal. Pero luego notó que K era incapaz de poner la tapa de una tetera correctamente, no le daba la vuelta para que encajara, sino que trataba de cerrarla a golpes.

(Smith, 1990, pág. 19)

Se van añadiendo otros comentarios a la narración como, por ejemplo, la explicación de Betty y de una mujer amiga de la familia.

Como destaca Smith, el efecto es que cada uno de estos testigos inspeccionan independientemente el comportamiento de K y cada uno llega independientemente a la conclusión de que K no está bien. El juicio consensuado de que K está mentalmente enferma recibe una corroboración independiente. Naturalmente, al análisis de Smith se le podría objetar que se limita a escoger características de un texto descriptivo perfectamente claro. ¿Qué tiene de extraña la afirmación de que

este relato es una simple descripción que comunica de una manera totalmente insípida el descubrimiento independiente, por parte de varias personas, de la enfermedad mental de K?

La primera respuesta es que a estas alturas del libro ya debe estar claro —así lo espero— que una descripción puede ser cualquier cosa menos simple y directa. Sin embargo, Smith no se contenta con hacer el tipo de afirmación general de que las descripciones son selectivas e implican categorizaciones, como vimos en capítulos anteriores. Esta autora sugiere que la independencia de los diferentes testigos es cuidadosamente controlada por la organización de la narración, que pasa por alto varios otros elementos que han sido minimizados. Por ejemplo, hay porciones del relato que sugieren que Angela, Trudi y las demás son, de hecho, muy buenas amigas y pueden haber mantenido un contacto regular entre sí. Estas características podrían utilizarse para construir narraciones alternativas en las que, en realidad, K no está mentalmente enferma sino que su presunta enfermedad mental es una ficción compartida que se desarrolla dentro del grupo de amigas a causa de conflictos y celos. De hecho, Smith dedica algún esfuerzo a elaborar la credibilidad de esta versión alternativa de los sucesos. La cuestión aquí es que el consenso y la corroboración se están elaborando para que tengan unos efectos concretos.

Wooffitt y la expresión activa

Vale la pena repetir que el estudio de Robin Wooffitt sobre relatos de sucesos paranormales se aprovecha del escepticismo con que se suelen recibir. A causa de este escepticismo, es probable que estos relatos se diseñen para resistir la socavación y que ésta sea la razón de que constituyan un campo tan revelador para el estudio de la construcción de hechos. Una de las observaciones de Wooffitt es que cuando las personas producen relatos de sucesos extraordinarios suelen incluir fragmentos de citas de discursos. Normalmente, estos fragmentos se indican mediante cambios de entonación aunque no siempre son nombrados explícitamente como tales («X dijo que...»). Por razones que pronto quedarán claras, Wooffitt denomina a esto expresión activa.

Wooffitt identifica varios usos específicos de la expresión activa en el establecimiento de la factualidad de ciertas afirmaciones. El primero consiste en proporcionar corroboración. Tomemos el siguiente fragmento, que sigue a una historia sobre una experiencia extraña que el esposo de la hablante había experimentado en una cabaña cuando vivía en el extranjero.

11. Y, bueno, lo que es aún más fascinante de esta historia es que se pone a contar la experiencia a otras personas y éstas le dicen

→ «Pues tampoco es que sea una experiencia tan extraña» porque ya la habían oído antes, y en relación a la misma cabaña.

(Wooffitt, 1992, pág. 158)

Esta manera general de establecer la objetividad funciona mostrando que otras personas han tenido la misma experiencia o han visto lo mismo. En este ejemplo, esto se construye proporcionando una cita que, supuestamente, procede de un grupo de testigos. En este caso, la expresión activa confirma que en esta situación había algo que también podía ser experimentado por otras personas. Además, el hecho de que otras personas hubieran experimentado algo en la cabaña no es una simple opinión del hablante: tenemos sus propias palabras para probarlo. Ésta es la belleza de la expresión activa: pone en escena a actores corroboradores separados que, como los muñecos de un ventrílocuo, parecen tener vida, opiniones y personalidad propias.

Este fragmento también ilustra por qué Wooffitt denomina a esto expresión activa. En estos casos, la cita no se presenta como procedente de un individuo; es lo que ellos dijeron. A menos que nos imaginemos a un coro de hablantes sincronizados, esto hace que su estatus como cita real sea inverosímil. Más bien se puede tomar como algo emblemático, como el tipo de cosa que dijeron unas personas, o que hubieran podido decir, o como una versión abreviada que es verdadera en esencia o espíritu. Esto demuestra que se elabora activamente como la voz de unos hablantes. Aunque esto está claro en el caso del fragmento 11, Wooffitt propone que los analistas deberían hacer la presuposición de que todas estas citas se expresan activamente o que, visto desde el otro extremo, los analistas no deberían presuponer que las palabras presentadas como citas realmente sean citas. Como dice Wooffitt, es «útil partir de la presuposición de que los hablantes diseñan ciertas expresiones para que se oigan como si se hubieran dicho en el momento pertinente» (1992, pág. 161). Si volvemos a examinar la discusión sobre el posicionamiento del capítulo anterior, se puede ver que Wooffitt explora el despliegue retórico de la distinción animador/origen.

En este fragmento hay otro elemento que vale la pena destacar en relación a la construcción. La expresión se hace en plural: «ellos dijeron». Esto hace que sea más fácil oírla como el informe de una experiencia general de una variedad de personas (recuérdese que esto se inscribe en el contexto rápido y fluido de una conversación; la interacción cotidiana no funciona con la lentitud de una transcripción, que se puede inspeccionar y releer a voluntad). Sin embargo, sin ningún detalle adicional no podemos saber si sólo lo habían dicho unas pocas personas —quizá no más de dos— y tampoco sabemos si eran independientes; ¿se les preguntó acerca de la cabaña en distintas ocasiones, o quizá alguna persona se limitó a respaldar amablemente lo que decía un solo hablante? (¡Naturalmente, nosotros ni siquiera sabemos si hubo algún hablante!) La cuestión es que el plural inespe-

cífico evita estas embarazosas dificultades con el relato. Permite inferir la presencia de independencia y de un amplio consenso; pero el hablante no ha afirmado realmente o explícitamente que muchas personas oyeron el sonido, ni que eran independientes. Por tanto, no es responsable de las inferencias creativas de los demás.

La cuestión general es que, si bien el relato hace que estas inferencias estén disponibles, éstas no se afirman explícitamente y, en consecuencia, se pueden negar. Ésta es una característica común de la construcción factual de relatos. Por ejemplo, si volvemos a examinar el fragmento 3 —el informativo sobre el atentado en Sudáfrica— podemos ver que la formulación anónima «se consideró que» permite hacer la inferencia de que esta creencia está muy extendida, lo que contribuye a su rol constructor de hechos sin que dependa explícitamente de la existencia de más de un creyente.

El trabajo de Wooffitt sobre la expresión activa muestra la importancia general del posicionamiento y de la manera en que se pueden construir diversas características de la posición al servicio de la tarea de construir hechos. También muestra que «ver lo mismo» —algo básico en este tipo de razonamiento popular sobre el consenso y la corroboración— no es algo sencillo; más bien es algo que se puede controlar y elaborar. De hecho, un ejemplo que ilustra vivamente esta cuestión es el trabajo sociológico sobre las replicaciones en la ciencia que vimos en el capítulo 1. La replicación se puede concebir como un foro institucionalizado para testigos independientes. Como Harry Collins y otros han demostrado, lo que se considera una réplica competente o adecuada con frecuencia se convierte en algo tan polémico como el resultado que pretende replicar. Si Wooffitt hubiera sido un parapsicólogo escéptico en vez de un investigador de la conversación, hubiera interrogado a los participantes acerca del número y el estatus de los testigos del ruido. Los propios testigos «ventriloquizados» se habrían convertido en el centro de la disputa y necesitarían sus propios procedimientos para controlar la factualidad.

Detalle y narración

Antes, en el capítulo 3, examiné el trabajo postestructuralista sobre el discurso realista, especialmente el estudio de Barthes en *S/Z* sobre las operaciones del relato breve «realista» de Balzac. Uno de los principales roles de este trabajo era poner de manifiesto las limitaciones de las ideas simples sobre el discurso realista y, en particular, la idea de que el discurso realista obtiene su sentido de una secuencia simple de descripciones de objetos y sucesos. Lo que menos interesaba a Barthes era el papel de la prosa descriptiva en el establecimiento de la factualidad de un texto. La cuestión de la factualidad no se nos plantea de inmediato cuando

abordamos la literatura, que es una forma de ficción paradigmática, aunque es bastante difícil establecer distinciones claras entre la verdad en la literatura y en otros ámbitos (Whiteside e Issacharoff, 1987; Searle, 1975). No obstante, varios teóricos de la literatura se han interesado en la manera en que se generan determinados efectos literarios y, más concretamente, en la manera de crear un mundo vívidamente realista. Uno de los intereses fundamentales es el papel de las descripciones detalladas y su lugar en las narraciones. Para nuestros fines, lo que nos interesa es la medida en que estos efectos se pueden generalizar a otros textos y al habla.

Detalle y enfoque

Lo primero a tener en cuenta en este apartado es qué se entiende cuando se habla de detalle. Evidentemente, se trata de una categoría relativa. Lo que se considera detallado desde una perspectiva puede considerarse vago e impreciso desde otra. El tipo de detalle sobre la estructura de una viga de acero que nos puede ofrecer un físico nuclear es bastante diferente del tipo de detalle que nos puede dar un ingeniero. Además, el término «detalle» se puede emplear peyorativamente para designar cosas relativamente insignificantes; existe la imagen general y existen los detalles. Sin embargo, yo utilizaré la noción de detalle ciñéndome a su definición en el diccionario: «pormenores de una cosa o un suceso» *(OED)*. Concretamente, deseo contrastar las descripciones que reseñan procesos y categorías generales con las descripciones que capturan los detalles de escenas o sucesos tal como podrían ser vistos por un observador.

Tomemos, por ejemplo, los fragmentos de artículos científicos reproducidos anteriormente (1 y 2). En ellos se recurría a tipos generales de descripciones de las acciones de los científicos. Sin embargo, incluso en los apartados de los artículos científicos dedicados a los procedimientos, de los que se suele afirmar que proporcionan una descripción de las acciones de los experimentadores, las descripciones son de prácticas genéricas («se prepararon partículas mitocondriales mediante una modificación de los procedimientos de Madden»); es decir, son descripciones que podría hacer «cualquiera». No se nos dice si se rompieron los tubos de ensayo, si estaba lloviendo fuera o si los inodoros del servicio del laboratorio disponen de puerta. Lo que les importa es demostrar que se hizo algo estándar o universal; cualesquiera características únicas o individuales carecían de importancia y, en consecuencia, no era procedente describirlas. Contrastemos esto con un fragmento de una sesión de terapia donde Jimmy, el «marido celoso» al que conocimos brevemente al final del capítulo 4, habla de una tarde en un bar. Se trata de un fragmento muy pequeño de un pasaje bastante largo.

12. *Jimmy*: E:m (.) cuando: entraron esas personas. (.) >eran:< (.) John y Caroline. (1,0) Y además también estaba- (.) este otro tío Dave. °con ellos.°
[...]
E:m. (1,2) Él e- él entró- (.) bueno todos entraron en el bar. (1,0) Bueno (.) Connie se sentó al lado de (0,6) Caroline. y yo me senté (más atrás). Así que (.) que estábamos separados. Se sentaron en- al otro lado. (1,0) Las únicas palabras que Connie me dirigió (1,0) en toda la tar:de (0,8) fueron (.) trae otra copa. °Trae otra copa.°
(DE-JF:C2:S1:10)

En contraste con los fragmentos del artículo científico, lo que sorprende de esta descripción es que está llena de referencias específicas. No se trata de formulaciones de características genéricas, típicas de ir de copas a un bar, aunque una comprensión adecuada de este fragmento se podría basar en el conocimiento de estas características. Más bien está llena de personajes definidos (Caroline, Dave), de indicaciones («estábamos separados») y de expresiones activas («trae otra copa»).

Con el fin de desmenuzar algunas de las cuestiones relacionadas con la construcción de hechos en descripciones de este tipo, deseo recurrir a un concepto procedente del estudio de la narrativa conocido como enfoque. Este concepto se desarrolló en el trabajo de Gerard Genette (1980) y Mieke Bal (1985). La manera más sencilla de concebir el enfoque es en función del punto de vista que presenta una narración. Por ejemplo, en algunas narraciones existe un narrador omnisciente, de carácter cuasi divino, que puede revelar detalles de cualquier personaje, irrumpir en cualquier escena y meterse en los pensamientos de cualquiera. Genette denomina a esto, quizá de una manera un tanto confusa, enfoque cero. En otras narraciones, el narrador contempla escenas pero no tiene acceso a los pensamientos o sentimientos de cada uno de los personajes; esto es el enfoque externo. El discurso del fragmento anterior correspondería a lo que Genette denomina enfoque interno. Es decir, la narración se construye desde el punto de vista de un personaje concreto: tiene acceso a los pensamientos y sentimientos de ese personaje, pero no a los de otros personajes, salvo mediante inferencias. Por ejemplo, veamos un fragmento posterior del relato de Jimmy sobre la tarde en el bar:

13. *Jimmy*: Eh: a estas alturas (.) ya estaba muy quemado y cabreado de verdad con Connie (.). Y eh subí a acostarme y (.) me eché en la cama. (0,7) °me metí en la cama.° (0,6) y- eh (.) podía oír las risitas (y todo eso) que venían de abajo y entonces (.) la música cambió (.) música lenta.
(DE-JF:C2:S1:11)

Jimmy describe sus propios sentimientos en un informe sencillo que no requiere hacer inferencias. En cambio, esta descripción sólo permite inferir indirec-

tamente las acciones y los sentimientos de los demás. Jimmy describe los sonidos que podía oír desde su dormitorio. Estos sonidos no son meros detalles conductuales carentes de sentido. Permiten hacer inferencias precisas sobre lo que ocurría abajo. Incluso sin la riqueza de detalles contextuales que aparecen en las cerca de 80 líneas anteriores del relato, me imagino que es difícil resistirse a la implicación de que lo que se alcanzaba a oír era algo de cariz íntimo y potencialmente sexual. Aunque no conozcamos la asociación etimológica de *giggle* —risita en inglés— («mujer lasciva y sensual; muchacha juguetona y ligera de cascos», *OED*), está claro que las risitas no son características de interacciones entre personas desconocidas o de situaciones formales; es señal de una cierta informalidad, de bromas compartidas. Naturalmente, el cambio a una música lenta se asocia a un baile «agarrado» e íntimo, parecido al que se puede dar cuando se forman parejas al final de una salida a una discoteca; o, como cantaba Chuck Berry en una época algo anterior, «but when the sun went down the rapid tempo of the music fell, c'est la vie say the old folks it goes to show you never can tell».

Por tanto, la cuestión es que el enfoque interno es un estilo narrativo que presenta lo que ocurre desde lo que vagamente se podría denominar el campo perceptivo de un participante concreto. En estos fragmentos podemos ver que este campo perceptivo atiende tanto a la posición del perceptor («y yo me senté... así que estábamos separados», «me eché en la cama») como a lo que se percibe («trae otra bebida», las risitas). Estas narraciones permiten al oyente o lector adoptar la posición del perceptor. Podemos comprender cosas a través de los ojos y los oídos del personaje principal. En su discusión del enfoque, Bal indica el vínculo con la construcción de hechos: «Si el enfoque coincide con un personaje, *este personaje tendrá una ventaja técnica sobre los otros personajes*. El lector observa con los ojos del personaje y, en principio, *tenderá a aceptar* el punto de vista presentado por él» (Bal, 1985, pág. 104; la cursiva es mía). Aparte del ámbito puramente literario, este tipo de enfoque se corresponde con un tipo especial de acreditación de categorías. La persona está acreditada para proporcionar una descripción autorizada de una escena o un suceso porque es un testigo.

La acreditación de la categoría de testigo

Como ocurre con otras acreditaciones de categorías, podemos preguntarnos cómo se construye y se socava la acreditación de la categoría de testigo. ¿Cuál es su retórica ofensiva y defensiva? Una manera de obtener la categoría de testigo consiste en proporcionar descripciones gráficas y vívidas. Éstos son los tipos de descripciones que se pueden derivar de un examen cuidadoso de una escena, y pueden tener características que pueden parecer difíciles de inventar a causa de su especificidad o, quizá, de su extrañeza. Por ejemplo, una cita directa es el tipo de

elemento que sólo un testigo puede comunicar adecuadamente. No sólo demuestra que el testigo estaba presente, sino que también tiene facultades de observación. Tomemos «trae más bebida» del fragmento 12. Ciertamente, tiene algún peso en relación a las identidades morales de las partes implicadas, quizá mostrando a Connie como indiferente con Jimmy o absorta en su interacción con el otro hombre. Pero también muestra a Jimmy como un testigo que comunica un suceso real en vez de inventárselo o especular sobre él y que, al mismo tiempo, puede comunicar detalles precisos (véase también Juhila, 1995).

Otra manera de conseguir la categoría de testigo consiste en acreditar el acceso a la escena presenciada. Esto otorga autoridad a la presencia del testigo y también alinea al lector u oyente con la narración del testigo. Paul Atkinson (1990) ha explorado esto con bastante detalle en su estudio de la construcción de etnografías en las ciencias sociales. Atkinson comparó el párrafo introductorio de un relato breve de Hemingway con un estudio etnográfico muy conocido sobre la vida de unas camareras. Propone que ambos atraen al lector hacia la historia de una manera muy parecida, proporcionando descripciones externas de lo que se percibe, como la descripción de Jimmy en el fragmento anterior, y elaborando un contraste entre lo interior y lo exterior mediante referencias aparentemente gratuitas al tiempo («fuera empezaba a oscurecer», «fuera, una lluvia ligera daba un toque de suavidad al aire nocturno de la ciudad»). Según Atkinson, este tipo de descripción «ofrece la "garantía" de un informe presencial, expresado en función de un observador imparcial, y que emplea el estilo convencional del escritor realista de ficción o del periodista documental» (1990, pág. 70). La narración de Jimmy no hace ninguna referencia a la meteorología pero sí que dedica algún tiempo a establecer por qué Connie y él fueron al bar, quién se encontraba allí y dónde se sentaron.

Una de las características efectivas de la acreditación de testigo es que la descripción que hace un testigo de una escena se considera un informe de esta escena tal como ha sido percibida, a diferencia de cualquier otra interpretación o formulación de carácter general. Proporciona detalles observados o escuchados y permite que el receptor de la descripción realice inferencias. El papel de juzgar y evaluar parece traspasarse al receptor. Por ejemplo, en el fragmento 13, Jimmy no acusa directamente a Connie de serle infiel, pero su descripción se organiza para hacer que esta inferencia sea difícil de resistir. De esta manera, la categoría de testigo actúa como un mecanismo de exteriorización.

Durante la mayor parte de este capítulo he examinado mecanismos exteriorizadores que desvían la atención del productor de la descripción y, en consecuencia, de sus potenciales conveniencias e intereses en los sucesos, basándose en un discurso empirista impersonal o destacando la corroboración y el consenso entre varios observadores. Sin embargo, en el caso de la categoría de testigo la exteriorización se efectúa basándose en una distinción implícita entre observación y evaluación; entre describir los hechos y decir qué significan.

La importancia de la distinción cotidiana entre describir e inferir se demuestra en el estudio de Dorothy Smith sobre los relatos de enfermedades mentales y la manera en que se organizan para que los receptores extraigan sus propias conclusiones. El estudio de Maria Wowk (1984) de una confesión de asesinato establece una distinción similar. En el ejemplo que esta autora estudió, el agresor no hizo una acusación directa de que la víctima era una prostituta en vez de una «víctima inocente». Una afirmación directa como ésta se podría haber considerado interesada, como un intento de atenuar el crimen. En cambio, construye una descripción a partir de la cual se puede inferir la categoría de prostituta.

Esta distinción popular entre testificar e inferir puede que entrara en juego en un estudio realizado por Kim Scheppele (1994), donde observó que unas mujeres víctimas de violaciones y agresiones sexuales tenían unas dificultades especiales al revisar sus historias después de un período de tiempo. Estas revisiones eran aprovechadas por la acusación basándose en la suposición de que las versiones iniciales tendían a ser precisas mientras que los cambios posteriores probablemente estaban deformados o motivados en algún sentido. En contraste con esto, Scheppele sugirió que, en estos casos, las expectativas normales se pueden invertir mediante las estrategias psicológicas de negación y autoculpa que suelen seguir las víctimas de agresiones sexuales y que implican un rechazo inicial de la realidad de la agresión. Sobre este tema y su relación más general con la construcción de hechos, véase el estudio de Michele Davies (1995) sobre la construcción de hechos en una autobiografía basada en recuerdos reprimidos de abusos sexuales durante la infancia. Este estudio aborda tanto las cuestiones del testimonio y el recuerdo como la noción, más general, de legitimar el conocimiento por medio de la experiencia (véanse Kitzinger, 1994; Manzo, 1993).

Socavar el detalle en favor de la vaguedad

Aunque la descripción de detalles se puede utilizar para elaborar la acreditación de testigo, también se puede socavar de muchas maneras. De hecho, es de esperar que cualquier método establecido para la construcción de hechos también tenga establecidas sus propias contrapartidas. El empleo de retóricas ofensivas estimula el desarrollo de retóricas defensivas y viceversa. Una característica de los detalles es que se pueden examinar en busca de contradicciones y confusiones o que se pueden reelaborar en un tipo de narración totalmente diferente. Por ejemplo, el hecho de que Smith pueda releer el relato de Angela sobre la enfermedad mental de K y reconstruir a los testigos supuestamente independientes como un grupo conectado que puede tener intereses propios en describir a K como enferma, depende de su reelaboración de los detalles ofrecidos. Aunque la riqueza de detalles permite al lector «hacerse una idea», también le permite intervenir acti-

vamente en la historia e invertir su fuerza moral, dejando a K como víctima de una persecución en vez de considerarla un caso psiquiátrico.

Este procedimiento de desenmarañar detalles tiene un pasado destacado. James Herrick estudió el enfoque retórico empleado por los deístas del siglo XVIII para criticar los relatos cristianos de milagros. Herrick sugirió que la principal forma de ataque era una forma de ridiculización que se basaba en una lectura detallada de textos cristianos en busca de elementos problemáticos, confusos o «ridículos». Estos elementos se convirtieron en el centro de un debate intenso y frecuentemente exagerado que normalmente despojaba a los detalles de su contexto original. Por ejemplo, Herrick cita un ataque que se concentra en la frase «flujo de sangre» en una descripción de Jesús sanando a una mujer que sangraba.

> Ninguno de los evangelistas indica cuál era el grado de hemorragia, ni en qué parte del cuerpo se producía, ni con qué frecuencia se daba. Que sepamos, podía ser una simple hemorragia nasal que se le reproducía de vez en cuando; o podría ser una infección de orina con evacuación de sangre: o también podría ser, y no sería nada extraño, una hemorragia de tipo menstrual. De lo escrito sobre el caso de esta mujer, cabría deducir cualquiera de estas posibilidades; y no veo que ninguno de nuestros teólogos haya determinado de qué se trataba. Pero, según ellos, su curación fue un gran milagro aunque no sepan cuál era la enfermedad (citado en Herrick, 1989, págs. 322-323).

Por tanto, el método consistía en trabajar con detalles o problemas potencialmente nimios y elaborarlos de manera que pusieran en duda todo el relato. Desde una perspectiva bastante diferente, Malcolm Ashmore (1993) ha mostrado cómo una combinación de detalles narrativos y ridículos puede servir para socavar una teoría científica establecida.

Volvamos ahora a la narración de Jimmy sobre la traumática tarde en el bar. Podremos ver cómo funciona el proceso de socavación en la respuesta inmediata de Connie. (Recuérdese que se trata de una sesión de terapia y que tanto Connie como el consejero estaban presentes durante la narración de Jimmy.) La respuesta inmediata de Connie destaca la flexibilidad en la producción de versiones de sucesos, y cómo se pueden producir para mostrar cosas distintas (véase Simons, 1989).

> 14. *Connie*: yo sólo quiero decir: que cuando yo cu<u>en</u>:to la <u>mis</u>:ma historia (.) suena <u>muy</u> pero que <u>muy</u> dife<u>ren</u>te.
> (DE-JF:C2:S1:11)

Y prosigue reelaborando los detalles del relato de Jimmy para, por ejemplo, volver a caracterizar un suceso que Jimmy ha descrito como subirse la falda para enseñarle las piernas a un muchacho, Dave.

15. *Connie*: Quizá la falda se me subió hasta aquí. ((*Jimmy inspira con fuerza*)) Quizá un pelo más arriba. No lo hice para- nunca miré a ese tío cuando lo hice fue mi amiga que comentó Vaya esta noche estás enseñan:do: mucha cacha.
(DE-JF:C2:S1:11)

Así pues, detalles de este tipo constituyen un arma retórica de doble filo. Se pueden utilizar para elaborar la acreditación de testigo y para realizar una gama de acciones específicas, pero también se pueden reelaborar, socavar y ridiculizar. En realidad, se puede volver a contar la misma historia para que suene diferente. Por esta razón, se pueden construir relatos factuales empleando formulaciones globales o vagas. Las formulaciones globales pueden ser un elemento importante en el arsenal de la retórica defensiva.

Paul Drew y Elizabeth Holt (1989) nos ofrecen un ejemplo del empleo retórico de la vaguedad en su estudio del empleo de «expresiones idiomáticas»; es decir, de expresiones proverbiales o tópicas como «dos no se pelean si uno no quiere» o «estar entre la espada y la pared». Sugieren que estas expresiones no se insertan al azar en las conversaciones y que tienden a aflorar en momentos concretos. Por ejemplo, suelen decirse cuando alguien se queja de algo a un amigo o a un pariente, y éste se niega a ofrecer apoyo o simpatía. Esto se ilustra en el siguiente fragmento, donde Ilene se queja de las acciones de una empresa.

16. *Ilene*: .hhh Hemos comprobado todos los papeles que tiene y en Moss and Company han dicho que los enviaron por correo pero a nosotros no nos ha llegado n:nada.
(0,3)
Ilene: De cualquier modo. (.) E:so es e- eh ¿sabes? no puedes (.) discutir eh es como (.) eh:[m
Shirley: [Esto::
(.)
Ilene: darte cabezazos contra la: pared
(Drew y Holt, 1989, pág. 508)

Si Shirley hubiera apoyado la queja de Ilene habríamos esperado que expresara este apoyo en diversos momentos de la interacción. Sin embargo, su única interjección aquí es «Esto::», que, como vimos en el capítulo 3, suele ser un indicio de que probablemente se producirá algún tipo de rechazo o una falta de simpatía (Levinson, 1983; Nofsinger, 1991; Shiffrin, 1987). Es en este momento cuando Ilene produce la expresión idiomática «darte cabezazos contra la pared». Drew y Holt sugieren que estas expresiones desempeñan dos funciones. En primer lugar, tienden a terminar o redondear la secuencia y, posiblemente, a cambiar de tema (véase Drew y Holt). En segundo lugar, son robustas a causa de su cualidad figu-

rativa o formularia. En otras palabras, no son fáciles de desafiar mediante informaciones o hechos específicos. Esto significa que son adecuadas para situaciones donde se da un conflicto o, por lo menos, una falta de apoyo. Aquí la vaguedad no es una debilidad: es una virtud. Dar cabezazos contra una pared puede ser «correcto» o descriptivo, en todo tipo de situación y de cualquier tipo de manera. Es algo muy difícil de socavar.

Naturalmente, los comentarios generales o vagos no tienen que ser de carácter idiomático. Por ejemplo, ya dedicamos algún tiempo a examinar la versión de Connie sobre la tarde en el bar al final del capítulo 4. Ella la formuló como «un episodio, con un tipo, en un bar, ¿sabe usted? Y yo bebiendo un poco y enrollándome por ahí». Esta descripción no posee el enfoque interno de la narración de Jimmy. No posee un punto de vista narrativo, no comunica percepciones individuales o emociones; en cambio, proporciona una categorización amplia del suceso. La inocencia de «enrollarse» contrasta —y va en contra— de lo que se desprende de las risitas y la música lenta que suenan desde abajo en el fragmento 13. Por tanto, este ejemplo muestra un choque entre dos prácticas de construcción de hechos bastante diferentes, cada una con sus propios puntos fuertes y débiles.

Hayden White, Oliver North y la justificación narrativa

La noción de narración ha llegado a ser cada vez más prominente en las ciencias sociales durante los últimos años. Se ha propuesto como concepto organizador fundamental de la psicología (Bruner, 1990; Gergen, 1994; Polkinghorne, 1988; Sarbin, 1986) y se considera fundamental en la etnografía (Atkinson, 1990; Clifford y Marcus, 1986) y en otros campos. Como vimos en el capítulo 3, la narración se considera epistemológicamente fundamental en algunos argumentos posmodernos, especialmente en los de Jean-François Lyotard relativos a la descomposición de narraciones grandilocuentes de legitimación. Todo esto ha conducido a que la narración se utilice en una gama de sentidos con frecuencia bastante vagos. A veces es difícil ver qué no es una narración. No obstante, existen importantes líneas de trabajo relacionadas con la construcción de hechos, y el pensador que probablemente ha hecho más para abordarlas ha sido el teórico de la historia Hayden White.

White es un teórico ambicioso y sutil; sin embargo, el tema fundamental de su trabajo se puede expresar fácilmente. Su argumento es que es un error considerar que hacer historia consiste en recopilar hechos sobre el pasado. En cambio, hacer historia es una combinación de descubrir hechos y producir narraciones que dan sentido a esos hechos. Consiste en producir coherencia además de correspondencia. Como dice él mismo:

> Cada historia debe cumplir con unas normas de coherencia y de correspondencia si quiere pasar por un relato plausible de «las cosas como realmente fueron»... Una mera lista de afirmaciones existenciales singulares y confirmables no constituye un relato de la realidad si no existe algún grado de coherencia, lógica o estética, que las conecte entre sí (White, 1978, pág. 122).

Así pues, el argumento es que los relatos plausibles y creíbles del pasado se producen colocando hechos dentro de una narración. El principal trabajo de White (1973) fue un intento de caracterizar a los principales historiadores del siglo XIX según su estilo de narración favorito (romántico, trágico, cómico, satírico), sus modos básicos de argumentación (contextualista, mecanicista) y las consecuencias ideológicas que se extraen de sus historias (radicales, conservadoras). Se consideraba que las formas narrativas de la historia subyacían a la superficie de los textos históricos formando una «estructura profunda».

La analogía con la lingüística de Chomsky que predominaba en aquella época es muy clara. En el trabajo de Chomsky, se consideraba que las expresiones seguían formas gramaticales como consecuencia de una «estructura profunda» subyacente que está «cableada» en el cerebro de los seres humanos. Tanto Chomsky como White caracterizan estas estructuras profundas como parte de la dotación psicológica de los miembros de una cultura.

> En virtud de su participación en un proceso específico de comprensión que lo identifica como miembro de una dotación cultural particular, el historiador comparte con su público unas *nociones generales* de las formas que deben adoptar las situaciones humanas importantes. [...] La novedad, el misterio o el exotismo originales de los sucesos se disipan y éstos adquieren un aspecto familiar, aunque no en sus detalles sino en sus funciones como elementos de un tipo familiar de configuración. [...] No sólo son familiares porque el lector tiene ahora más *información* sobre los sucesos, sino también porque se le ha mostrado cómo se ajustan los datos a un *icono* de un proceso acabado inteligible, a una estructura argumental con la que está familiarizado como parte de su dotación cultural (White, 1978, pág. 86).

White escribe más sobre la comprensión que sobre la construcción de hechos, pero su argumento se puede ampliar con toda facilidad. Un relato del pasado se convierte en factual cuando recurre a una forma narrativa que forma parte de la competencia cultural del lector. Lee la historia y la experimenta como factual porque se ajusta a sus expectativas narrativas. Parece «correcta», «bien hecha», «coherente».

Este argumento es bastante plausible. O, como White podría decir, proporciona una narración inicialmente creíble del funcionamiento de la comprensión histórica. Incluso existe alguna investigación experimental que la apoya en términos generales (Bennet y Feldman, 1981). Sin embargo, también presenta algunos

problemas potenciales. Aparte de las dificultades, ahora ya bien establecidas, de las nociones cognitivas y estructurales profundas relacionadas con la comprensión (¿cuál es el estatus de esta estructura profunda?, ¿cómo funciona?), White ha desarrollado su argumento más en un plano abstracto que basándose en análisis de ejemplos concretos. Ciertos estudios específicos han intentado aplicar esta idea general de la narración a un conjunto de textos. Por ejemplo, Moya Ann Ball (1991) exploró la construcción narrativa del «incidente del golfo de Tonkin», aduciendo que se planificó como una narración específica y familiar para justificar el aumento de la intervención estadounidense en la guerra de Vietnam. Y John Sorenson (1991) estudió las construcciones realizadas por los medios de comunicación sobre la hambruna de Somalia sugiriendo que en los informes se reproducía una parábola ideológica familiar. Sin embargo, en este estudio y en estudios similares no se establece claramente ni la presencia de una narración única y coherente, ni su papel en la construcción de hechos.

Otra dificultad de la explicación de White es que parece depender de una distinción entre los hechos históricos y las narraciones dentro de las cuales se inscriben. Y digo «parece» porque, en ocasiones, White ofrece una explicación más constitutiva según la cual «los hechos» son constituidos por la narración en vez de ser objetos preexistentes que se organizan posteriormente en narraciones. He aquí a White en uno de sus momentos más constitutivos: «Lo trópico es un proceso mediante el cual todo discurso constituye los objetos que únicamente pretende describir de manera realista y analizar de manera objetiva» (1978, pág. 2). Se podría utilizar cualquiera de las perspectivas teóricas examinadas en los primeros tres capítulos de este libro para plantear cuestiones minuciosas sobre la distinción entre hechos y narraciones.

Otra peculiaridad de los argumentos sobre los hechos históricos y las interpretaciones narrativas nos la presentan Michael Lynch y David Bogen en un estudio sobre Oliver North y su testimonio en el caso Irán-Contra. Estaban especialmente interesados en la política de generar una «negación plausible», que era el objetivo de una gama de prácticas de la comunidad de servicios de inteligencia estadounidenses. El objetivo de esta política era poder llevar a cabo operaciones secretas de tal manera que el rastro de documentos y grabaciones oficiales dejadas por una operación permitiera negarla oficialmente y que, además, esta negativa fuera plausible porque encajaría con los registros. Por ejemplo, el almirante Poindexter citó esta política de «negación plausible» como pretexto para aceptar toda la responsabilidad del desvío a la Contra nicaragüense del dinero obtenido por la venta secreta de armas a Irán; al hacerse responsable, protegía al presidente. Lynch y Bogen afirman que «en su testimonio ante la comisión, afirmó haber ocultado expresamente al presidente los documentos que autorizaban la operación, con el fin de exculpar a Reagan en el caso de que este desvío de fondos llegara a hacerse público» (Lynch y Bogen, 1996, ms. 8; véase también Bogen y Lynch, 1989).

Lynch y Bogen utilizan las audiencias del caso Irán-Contra para destacar un aspecto de la interpretación de los registros históricos. Sugieren que la manera en que se reconstruyeron los registros históricos, prácticamente sobre la marcha durante las audiencias, proporciona una lección más general sobre la historia y su interpretación.

> En el transcurso de estas audiencias llegó a quedar claro que el archivo histórico era, en sí mismo, el producto de un trabajo organizado: recopilar, ensamblar y eliminar archivos, recuperar documentos o destruirlos, codificar y recodificar mensajes, etc. Esta circunstancia sugiere, a su vez, la siguiente propiedad general, y más bien diabólica, de la imaginación histórica: no sólo comporta interpretaciones de evidencias, sino que la evidencia misma se encubre mediante los manejos de una sensibilidad histórica (1996).

En vez de unos hechos históricos y neutrales que los historiadores organizan en narraciones, la imagen que se nos ofrece aquí es la de unos documentos que supuestamente registran unos hechos históricos, y que son generados y seleccionados precisamente para apoyar unas narraciones (ficticias) determinadas. De hecho, para Lynch y Bogen existe algo fundamentalmente posmoderno en el enfoque que North da a la historia. Al trabajar de manera íntima y práctica con materiales históricos, difumina las distinciones entre lo francamente factual y lo ingeniosamente ficticio y, entre lo literal y lo irónico. North se ha trasladado —con fines totalmente distintos— al tipo de terreno histórico ocupado por David Byrne y su «historia» de la población de Virgil, Texas, en *True Stories/Historias verdaderas.*

Lynch y Bogen recurren extensivamente al pensamiento etnometodológico, y su estudio de las audiencias del escándalo Irán-Contra encaja estrechamente en la tradición de los trabajos que examinamos en el capítulo 2 sobre las prácticas institucionales de producción de hechos. Su advertencia de que el archivo histórico estuviera diseñado para encajar con determinadas reconstrucciones narrativas, es comparable al argumento de Max Atkinson (1978) sobre la intercalación de teorías sobre el suicidio en la actividad de los jueces de instrucción y en la construcción de datos estadísticos sobre suicidios.

Narraciones generales y descripciones específicas

La anterior discusión deja bastante empañada la imagen originalmente sencilla de que los relatos factuales se justifican colocándolos en un conjunto de formas narrativas fundamentales o familiares. Sin embargo, no muestra que la narración sea irrelevante para la construcción de hechos; muy al contrario. Una de las dificultades se refiere a los distintos sentidos en que se emplea la noción de narración. Es útil distinguir la narración en el sentido amplio de géneros o formas literarias

(comedia, novela negra, etc.) de la idea de que se pueden producir versiones de sucesos empleando tipos distintos de convenciones narrativas (por ejemplo, enfoque cero contra enfoque interno) y que esta producción está relacionada con aspectos de los motivos y los personajes. Producir narraciones también implica elegir dónde empezar y dónde acabar, qué incluir y qué excluir, qué poner al lado de qué, etc.

Esto plantea una gama de cuestiones generales relativas a la importancia del control y la gestión de las versiones. Por ejemplo, una de las características más importantes del estudio de Smith sobre la construcción narrativa de Angela de la enfermedad mental de K, es que K no está presente para intervenir en el relato, para proporcionar versiones alternativas, para añadir otras cosas que sucedieron y que podrían proporcionar otros contextos a los sucesos o, simplemente, para negar que algunos de los sucesos expresados hubieran tenido lugar. Los estudios de la interacción en salas de justicia y en audiencias oficiales destacan la importancia de controlar dónde empieza y dónde acaba cada respuesta, y qué se considera que es una respuesta completa (Molotch y Boden, 1985). Por ejemplo, en otro estudio del testimonio de Oliver North en la audiencia sobre el escándalo Irán-Contra, Tim Halkowski (1992) mostró que el Consejo de la Comisión controlaba con eficacia la versión de los testigos tratando algunas de sus respuestas como incompletas y faltas de elaboración, e interrumpiendo algunos intentos de explicación.

Anita Pomerantz (1988/1989) proporciona otro ejemplo del control narrativo de las versiones, en un estudio de una noticia sobre la implicación del presidente George Bush en el desvío a la Contra nicaragüense de fondos procedentes del blanqueo de dinero del narcotráfico. (La Contra nicaragüense puede haber sido políticamente nefasta, ¡pero sin querer ha sido enormemente beneficiosa para la investigación social sobre la construcción de hechos!) La noticia detalla la leve implicación de un colaborador de Bush con la CIA basándola en «evidencias documentales», y luego muestra un corte de una entrevista donde esta persona niega cualquier conexión con la CIA. Pomerantz argumenta que se prepara a la audiencia para que sea escéptica mediante la afirmación factual que se hace en la noticia de la implicación de este hombre con la CIA, y que el desmentido inmediatamente posterior se convierte en una prueba más de su culpabilidad. El efecto de esta noticia no sólo es demostrar que este hombre forma parte de la operación secreta de la CIA, sino que también es un mentiroso descarado. Parte de la eficacia de este procedimiento es que el equipo del programa informativo tiene un control total sobre el material y que, además de yuxtaponer las versiones contrapuestas, puede reunir una serie de evidencias que apoyen una de ellas. Aunque este procedimiento puede parecer evidente, constituye una faceta importante de la construcción de hechos que vale la pena aclarar.

Para finalizar esta discusión de las narraciones y la construcción de hechos, volvamos a Connie y a Jimmy, y a su polémica tarde en el bar. Una de las cuestio-

nes importantes que recordar es que, como el reloj de Balzac en el Elysée-Bourbon, lo importante no son los detalles empíricos concretos. En este caso, lo importante de la narración es lo que muestra acerca de la naturaleza de las partes implicadas y, especialmente, de sus identidades morales. ¿Es Connie una coqueta impenitente que volvería loco a cualquier compañero? ¿O los celos de Jimmy son tan patológicos que exagera cualquier incidente más allá de toda proporción? La elaborada narración de Jimmy, con su implacable construcción de elementos como enseñar las piernas, mostrar una indiferencia premeditada, gorrear descaradamente la bebida y, por último, iniciar un baile lento e íntimo con otro hombre, construye una sólida justificación de la versión según la cual Connie es una coqueta impenitente o algo peor. En función de la terapia, Jimmy trata de indicar que es ella la persona con problemas (para un relato más completo, véase Edwards, 1995).

La cuestión que deseo destacar es que el trabajo de Jimmy orientado a identificar a Connie de esta manera es una construcción narrativa. Sin embargo, no es el tipo de género básico de narración examinado por Hayden White y otros (véase Gergen, 1994). No es especialmente cómico ni particularmente trágico, a pesar de que más adelante se describe un intento de suicidio bastante descafeinado. Se trata más bien de un conjunto acumulado y organizado de descripciones desde el punto de vista de Jimmy, que hacen que su construcción de los sucesos sea creíble y comprensible. Dicho en otras palabras, sugiero que su condición de narración de un género particular no es, en sí, algo crucial ni para el rol constructor de hechos de este discurso ni para su orientación específica hacia la acción. En cambio, sugiero que «narración» se debería concebir como una categoría más bien vaga y preliminar que recopila con eficacia una gama de fenómenos discursivos dispares pero importantes.

La verdad supera la ficción

Existe un cliché muy conocido según el cual la verdad supera la ficción. Sin embargo, los tipos de cuestiones planteadas en este capítulo sugieren que no existe una separación nítida entre los tropos de hecho y los tropos de ficción. Con frecuencia, los recursos para construir ficciones plausibles y vívidas son, precisamente, los mismos recursos que se emplean para construir hechos creíbles. Esto plantea muchas preguntas interesantes acerca de las relaciones entre las representaciones literarias y las prácticas figurativas en ámbitos como las salas de justicia y el hablar cotidiano. Por ejemplo, ¿es una de estas formas parásita de la otra? Los cambios históricos documentados por Erich Auerbach (1957) en la concepción de lo real en los textos literarios, ¿están relacionados con cambios en otras formas institucionales o quizá con cambios en las concepciones del yo? Estas preguntas son difíciles de abordar y

hasta ahora se han realizado muy pocos trabajos sobre las características poéticas y narrativas del habla cotidiana que se podrían emplear para, por lo menos, empezar a establecer comparaciones razonables con estudios literarios (aunque Harvey Sacks, 1992, ofrece varios comentarios jugosos y sugerentes sobre este tema). Por ejemplo, podría ser especialmente revelador un estudio más sistemático de los tipos de enfoque que se producen en el habla cotidiana y en el habla de las entrevistas de programas informativos. La historia de Jimmy estaba enfocada internamente; ¿en qué tipo de situaciones se emplean narraciones con enfoque cero adoptando un punto de vista omnisciente, de carácter cuasi divino?

A pesar de algunas limitaciones en la explicación de Hayden White sobre la narración, su énfasis en la importancia dual de la correspondencia y la coherencia de los relatos históricos tiene un uso más amplio. No es difícil, por ejemplo, encontrar casos donde «equivocarse» conduce a que un relato sea más plausible; es decir, donde la coherencia, en un sentido amplio, triunfa sobre la correspondencia. En algunos casos recientes de encarcelamientos injustos en el Reino Unido, la «extraña» similitud entre las versiones de la policía sobre lo que sucedió en las celdas se empleó como evidencia de que fueron confabulaciones cuidadosamente ensayadas. El argumento era que los «testimonios verdaderos» presentan contradicciones y confusiones; el hecho de que todos los policías describieran los mismos sucesos era «demasiado bueno para ser verdad», y era mucho más probable que fuera el resultado de una conspiración ensayada que un recuerdo personal espontáneo (véase en las págs. 152-155 cómo socava el ministro Lawson el consenso entre unas noticias).

Un artículo periodístico sobre el encuentro del poeta Philip Larkin con la primera ministra Thatcher ilustra un empleo más complejo de la misma idea:

> Ya se la habían presentado en otra ocasión, durante una recepción en Downing Street en 1980, y le gustaba contar la historia de cómo le dio la bienvenida diciéndole: «Oh, doctor Larkin, soy una gran admiradora de sus poemas». «Entonces, cíteme una estrofa» [...] Larkin dice que la señora Thatcher se equivocó con la estrofa diciendo: «Su mente estaba llena de dagas». «Yo me lo tomé como un enorme cumplido.» [...]. «*Pensé que si no hubiera sido espontánea, la hubiera citado correctamente*. También pensé que podía concebir una mente llena de dagas a su propio aire, aunque esto no quita que bese el terreno por donde pisa» (*Independent on Sunday*, 3 de julio de 1994; la cursiva es mía).

Obsérvese cómo se comunica que Larkin ha utilizado el error de la señora Thatcher en recitar correctamente la estrofa como un indicio de que realmente conocía el poema, aunque tuvo que recuperarlo de la memoria. Es decir, su equivocación se considera evidencia de un recuerdo genuino, a diferencia del tipo de corrección —con frecuencia demasiado oportuna— que indica una instrucción reciente al respecto (véanse Lynch y Bogen, 1996; Edwards y Potter, 1992).

Esto plantea el tema de las nociones populares de la memoria y su relación con la construcción de hechos. Para que unas descripciones detalladas funcionen como meros recuerdos y, en consecuencia, como mecanismos exteriorizadores, es más eficaz tener una imagen de la memoria como un espacio neutro de almacenamiento del cual se pueden extraer recuerdos. Los hechos se cargan en la memoria por medio de la vista y el oído, y se recuperan tiempo después limpios de intereses, expectativas o deseos. La explicación ofrecida por el análisis conversacional de la manera en que se construye el habla socava esta imagen. Propone que los detalles de las versiones, en vez de descargarse pasivamente, se diseñan para la realización de acciones. Tomemos, por ejemplo, la narración de Jimmy. A primera vista podría parecer un registro sencillo de los sucesos de aquella tarde: un volcado de memoria. Sin embargo, cuando empezamos a examinar el detalle que se incluye en la narración, podemos ver que es muy selectivo y que está cuidadosamente organizado. Lo que se incluye en la narración está ahí por el papel que desempeña en la construcción de una identidad moral para el propio Jimmy y para Connie.

Empecé este capítulo con una discusión de la noción de repertorio empirista de Gilbert y Mulkay. En su concepción original, el repertorio empirista es un vocabulario integrado por términos, maniobras explicativas y metáforas, usados todos ellos con un estilo gramatical uniforme que minimiza el papel del autor del artículo y maximiza el poder de los datos mismos en su propia interpretación. Así pues, el repertorio empirista es un procedimiento justificativo sistemático para la exteriorización. He examinado en qué medida se puede generalizar el repertorio empirista estudiando la presencia de tropos empiristas en programas informativos. En este contexto, no se cohesionan entre sí para formar un repertorio completo y coherente, sino que se inscriben en varios otros tipos de discurso donde desempeñan tareas específicas, como permitir hacer afirmaciones sin explicitar sus fuentes o su alcance, o reforzar la credibilidad de determinadas afirmaciones. Esto abre una línea de estudio potencialmente fructífera orientada a examinar el empleo de tropos empiristas en diversos contextos no científicos.

El siguiente tema abordado en este capítulo ha sido el consenso y la corroboración. El carácter fundamental de la corroboración en la evaluación de la factualidad está bien establecido y se inscribe en procedimientos institucionales para la evaluación factual como, por ejemplo, el empleo de múltiples testigos en causas judiciales y el énfasis en la replicación de experimentos en los debates sobre métodos científicos de investigación. Aquí el interés residía en la manera de elaborar el consenso y la corroboración en contextos determinados. La corroboración se puede construir de muchísimas maneras: algunas son más explícitas y otras menos. Me he centrado en el estudio de Smith sobre la construcción de testimonios independientes en su artículo sobre la supuesta enfermedad de K, y en el análisis que hace Wooffitt del empleo de la expresión activa para «ventriloquizar» una gama de personajes corroboradores. La fabricación del consenso y la corrobora-

ción es, en potencia, una forma especialmente potente de exteriorización, ya que reparte la responsabilidad del relato factual entre otros agentes.

La parte final del capítulo se ha centrado en el detalle y la narración. El detalle trabaja a varios niveles. En el nivel más sencillo, los detalles pueden ofrecer una representación vívida de una escena o un suceso que hace improbable su invención. En una narración enfocada internamente, los detalles se pueden organizar para presentar sucesos desde el punto de vista de un participante y, en consecuencia, para construir una acreditación especial del hablante como testigo. Además, los detalles se pueden organizar para que reflejen técnicas literarias con el fin de atraer al oyente o al lector hacia la narración. El resto de este apartado se ha centrado en algunas de las cuestiones planteadas al relacionar narraciones con la construcción de hechos y en algunos de los problemas que se plantean cuando se ofrece un relato con gran riqueza de detalles.

Por tanto, ¿dónde nos encontramos? A estas alturas del libro hemos terminado nuestra exploración de lo que he denominado orientación epistemológica de relatos factuales; las maneras en que los relatos se construyen como creíbles y factuales. Si un relato se establece como factual mediante un control adecuado de los intereses y las acreditaciones combinado con unas técnicas de exteriorización adecuadas, ¿cómo se diseña el relato para que realice unas acciones particulares? ¿Existen procedimientos regulares para realizar acciones comunes? En el próximo capítulo deseo profundizar en el tema complicado, pero fascinante, de la orientación hacia la acción de los relatos factuales.

7 ELABORACIÓN DE REPRESENTACIONES

En el capítulo 4 presenté la distinción entre la *orientación epistemológica* y la orientación hacia la acción de las descripciones. Esta distinción pretende expresar la diferencia entre los elementos de una descripción que actúan para establecerla como factual o neutral y los elementos que se orientan hacia alguna acción o serie de acciones. Uno de los objetivos de este libro ha sido demostrar que la orientación epistemológica no es una característica abstracta de las descripciones que se decide basándose en su relación con una realidad, sino que tiene una naturaleza práctica y retórica. Constituye un orden de actividad en sí misma. Hace poco acabamos de examinar una gama de procedimientos para elaborar o socavar el carácter factual de las descripciones; es decir, cómo se cosifican o se ironizan las descripciones. Sin embargo, es importante que estos procedimientos no se vean como una dimensión aislada de la interacción; las descripciones no se elaboran como factuales simplemente porque sí: se construyen así por el rol que desempeñan en una actividad. En este capítulo examinaremos algunas de las maneras en que las descripciones pueden formar parte de las prácticas de las personas.

Es necesario dejar claro desde el principio que este tema tiene un alcance enorme. Las descripciones pueden intervenir en las acciones de muchas maneras diferentes y, por otro lado, muchas de ellas pueden limitarse a unas culturas determinadas y a unos contextos dados dentro de estas culturas. Por todo esto, las miras de este capítulo serán relativamente modestas. El objetivo es explorar ciertas características generales de la orientación de las descripciones hacia la acción, para demostrar cómo se puede abordar este tema analítico y para empezar a identificar algunas cuestiones y características comunes. La discusión se organizará en tres vertientes que se superponen parcialmente entre sí.

La primera vertiente está formada por la categorización y la manipulación ontológica. Se centra en las prácticas de categorización y formulación que se emplean para constituir una acción, un objeto, un suceso, una persona o un grupo como

poseedor de un carácter distintivo y específico adecuado para alguna acción. Esto es, en sí, un tema importante, con intereses que van desde la selección de palabras individuales hasta el empleo de repertorios interpretativos o discursos alternativos. Además de esta selección de palabras o repertorios, otras cuestiones se refieren a la manera en que se hacen pertinentes o se ignoran determinados ámbitos de entidades o terrenos argumentales. Esto es lo que se destaca en la noción de manipulación ontológica.

La segunda vertiente incluye el extremismo y la minimización. La importancia de estos dos aspectos es que, en muchas situaciones, las actividades llevadas a cabo por las descripciones se orientan a indicar lo grande, bueno, grave, etc., que es algo. El trabajo realizado por la descripción es elaborar esta bondad o gravedad. Propongo que estas descripciones son un aspecto fundamental de la retórica.

La tercera vertiente se refiere a la normalización y (a falta de una palabra más eficaz) la «anormalización»: los relatos hechos por individuos y grupos constantemente procuran presentar sus propias acciones y las de otros como normales y naturales, o como injustificadas, sospechosas o problemáticas en algún sentido. Si la responsabilidad es una de las características fundamentales de la conducta de las personas, no es sorprendente que existan maneras muy desarrolladas de demostrar o socavar esta responsabilidad mediante descripciones.

Categorización y manipulación ontológica

Cuando los psicólogos sociales han abordado la categorización, generalmente se han centrado en cómo se asignan los individuos a diversos tipos de grupos sociales. En cambio, los analistas conversacionales se han centrado en las diferentes propiedades inferenciales y organizativas de las categorizaciones hechas por personas y grupos. Aunque los dos enfoques son importantes, los lingüistas, especialmente los que adoptan un enfoque crítico, han destacado un tipo más difundido de categorización que tiene lugar siempre que se utilizan descripciones (Hodge y Kress, 1993; Lakoff, 1987). Estos autores han indicado que el empleo de una palabra descriptiva cualquiera implica una categorización: se especifica alguna cosa o entidad (Grace, 1987). Esta especificación se puede entender de maneras diferentes. En el discurso realista, donde el lenguaje es el espejo de la naturaleza, la categorización se entiende como un proceso de denominación más bien banal; se asigna la palabra correcta a aquello que posee las propiedades adecuadas. En cambio, en el discurso de «taller de construcción» que he elaborado hasta ahora, la categorización es mucho más consecuente. El sentido específico de algo se constituye mediante la categorización.

Imágenes de constitución de la realidad

Es fácil equivocarse y ver la constitución como un proceso más bien místico si lo consideramos en abstracto. Para quienes se han quedado atrapados por la metáfora de la realidad y de su espejo para comprender la descripción, la alternativa construccionista parece venir de un espacio metafórico totalmente diferente; un espacio en el que la realidad se produce a partir del trabajo de palabras aisladas, como un huevo que se coagula en agua hirviendo (me viene a la cabeza una secuencia de la película de David Lynch *Cabeza borradora*). La manera de rescatar al construccionismo de este sistema de metáforas, consiste en destacar que la función constituyente de la realidad del lenguaje descriptivo opera en el contexto de unas prácticas específicas.

Formular algo como algo, hace que ese algo sea real únicamente en la medida en que se entienda o se trate como tal en una interacción concreta. Lo que existe es la descripción —no se crea ninguna entidad misteriosa— y esta descripción se puede entender de varias maneras, o como generadora de varias consecuencias e implicaciones. Naturalmente, lo que se deduce de los dos últimos capítulos, en los que se exploraron los mecanismos para la construcción de hechos, es que los participantes en una interacción pueden tener la sensación de que existe algo aparte de la descripción y que ese algo produce la descripción. Sin embargo, no creo que sea útil presuponer que las personas asimilan tal cual estos objetos construidos. Ocuparnos de esto nos puede apartar fácilmente de las cuestiones relacionadas con la retórica y la práctica, y llevarnos al reino de la psicología cognitiva especulativa. Igualmente, creo que a los analistas de la construcción de hechos les basta con considerar que la constitución de la realidad es un aspecto de las prácticas descriptivas; el interés reside en la interacción, y las cuestiones filosóficas de la ontología se pueden dejar en manos de los expertos en el tema.

Tomemos como ejemplo las dos descripciones de unos periodistas que examinamos en el capítulo 5 en el contexto de las acreditaciones de categorías.

1. 10 *periodistas* totalmente experimentados en taquigrafía

2. Por tanto, los cuadernos de los *cazanoticias* sólo contienen un resumen superficial. (ambas citas de Edwards y Potter, 1992, pág. 62; la cursiva es mía)

Es posible imaginar un experimento de cognición social donde se pide a unas personas que esbocen un breve retrato de un periodista y de un cazanoticias. Para describir al cazanoticias nos podrían presentar a un reportero sensacionalista, de traje raído y andrajoso, que husmea en busca de escándalos sexuales llenos de morbo; en cambio, la palabra periodista podría evocar una figura más bien más valiente, quizá a Redford y Hoffman como Bernstein y Woodward investigando el es-

cándalo Watergate. Sin embargo, las cuestiones sobre la construcción de hechos no nos exigen clasificar esta psicología cognitiva antes de abordarla: la función constructora de hechos que desempeñan las categorías periodista y cazanoticias en una disputa, se puede entender mediante un análisis retórico como el que hicieron Edwards y Potter (1992). Obsérvese que esto significa que sólo existe la retórica y que no hay diferencias de significado en las palabras. Es un simple recordatorio de lo que han destacado los analistas conversacionales: los significados flexibles y abiertos de las palabras se convierten en concretos y particulares en contextos específicos.

Categorías y terapia

Se podría utilizar virtualmente cualquier fragmento de análisis de los tres últimos capítulos para ilustrar cómo se vincula la elección de unas palabras con unas actividades concretas. Sin embargo, para mantener el interés presentaré nuevos fragmentos de la sesión de terapia relacional de Connie y Jimmy. Empezaré con un fragmento de la sesión que sigue al fragmento 10 del capítulo 4. Connie había respondido a la pregunta de cómo se les había ocurrido pedir consejo, relatando el «episodio» del bar. El consejero se basa en esta respuesta para preguntar acerca de la relación entre este episodio y el primer período de separación de la pareja.

3. *C*: Fue entonces cuando usted se fue?=
E: =Se fue en:tonces de eso hace- [casi] dos años.
C: [°Ajá.°]
E: Se largó entonces. Así tal cual (.) se largó. (0,8)
C: ↑Muy bi↓en. Entonces, (0,5) por lo que he o:í↓do (.) ustedes han llevado una vi:da
→ (0,5) rica y, (.) compleja, nece:sito saber algo de su his [toria para poner-]
E: [Sí. mmm,=]
[Mmm. (.) Sí:h. (.) Muy bie:n]
H: [=Sí. (.) eso es (.) justo lo que] eh °em°
(DE-JF/C2/S1:4)

Me interesa especialmente la formulación global del consejero de que los clientes han llevado una «vida rica y compleja». Estoy seguro de que no tendremos ningún problema para reconocer en esta frase un fragmento característico del habla de «terapia» o «consejo». Sin embargo, ¿qué es lo que nos permite reconocerlo? Creo que una de sus características fundamentales es que es muy «audible»; es una formulación que convierte un relato bastante doloroso de problemas y conflictos en algo positivo o, al menos, interesante. Obsérvese el cuidado que se muestra en la selección de los términos, con pausas antes de los términos descriptivos «rica» y «compleja» combinadas con un énfasis especial en cada caso.

Sin intentar realizar un estudio sistemático de las formulaciones que se dan en el habla de las sesiones de terapia (para más información, véase Buttny y Jensen, 1995), me permitiré sugerir unas cuantas cosas que puede hacer esta descripción. En primer lugar, sirve de contraste para las respuestas fuertemente críticas o llenas de inquietud ante su problema, que la pareja podía esperar recibir o podía haber recibido de amigos y parientes; a diferencia de éstos, el consejero no juzga ni se inquieta por el hecho de hablar sobre unos difíciles problemas de relación. Muy al contrario, el estudio de cosas ricas y complejas puede ser interesante y gratificante; desde luego, se trata de una formulación que anticipa con interés la exploración de estas complejidades.

En segundo lugar, se trata de una formulación imparcial. Ni critica ni elogia a ninguna de las partes en relación a la otra. Esto, por supuesto, es una cuestión delicada en la terapia relacional, donde la confianza se podría deteriorar fácilmente si el consejero se alineara con una de las partes en detrimento de la otra. En su particular posición secuencial, después de las críticas de la mujer hacia su esposo, este comentario ni quita ni da la razón a estas críticas. Como si dijéramos, se ponen sobre de la mesa para una posible discusión posterior. El éxito de esta formulación se puede ver en el acuerdo claro y simultáneo de la pareja con la misma.

En tercer lugar —aunque quizá no sea tan evidente— la precaución de no tomar partido y de no tratar los sucesos como malos o preocupantes, puede formar parte del objetivo más general de mostrar a la pareja cómo trabajar para recomponer su relación de una manera constructiva. Un paso en este sentido sería llegar a abordar los problemas de una manera más relajada y con menos miedo a sus consecuencias. Empleando los términos etnometodológicos de Lawrence Wieder (1974), estas caracterizaciones son multiformulativas y multiconsecuentes; formulan el mundo de varias maneras distintas y ofrecen una variedad de resultados prácticos.

Una consideración final sobre la palabra «compleja». Una de las cosas que hace este término descriptivo es caracterizar los problemas de la relación como un enigma que se puede desenmarañar por medio del asesoramiento. Es decir, hace que la terapia parezca una opción sensata en la que se ponen en juego, con todo fervor, una serie de habilidades técnicas para desenmarañar las complicaciones.

Por tanto, la cuestión es que si deseamos comprender la selección de los términos «rica» y «compleja» no llegaremos muy lejos si nos limitamos a comprobar la verdad o precisión de estos términos. Tampoco necesitamos llevar a cabo un estudio psicológico cognitivo de las imágenes mentales evocadas por «rica» y «compleja» como palabras aisladas. Hacer una de estas dos cosas equivaldría a pasar por alto la función desempeñada por el despliegue local de estas categorías descriptivas. Para comprender esto necesitamos examinar su despliegue en interacciones específicas y la naturaleza de estas interacciones.

Categorías y metáforas

Una de las literaturas más desarrolladas sobre el empleo de las categorías descriptivas es la que se ocupa de las metáforas, y dentro de ella destaca especialmente el trabajo de George Lakoff (Lakoff y Johnson, 1980; Lakoff, 1987). No quiero dedicar aquí mucho espacio a las metáforas, aunque ciertos aspectos de las mismas son especialmente pertinentes a las cuestiones de la factualidad y la categorización. Además, se suele considerar que las metáforas constituyen un campo donde las descripciones se emplean para realizar algo. Las descripciones literales se pueden limitar a contar las cosas como son, mientras que las metáforas lo hacen de una manera solapada.

Lo primero que cabe destacar es que la distinción entre metafórico y no metafórico no está nada clara por razones prácticas, filosóficas e históricas. Históricamente, ciertos usos metafóricos del lenguaje han ido adoptando un sentido más literal y podemos utilizar un término sin ser conscientes de su raíz metafórica (Cooper, 1986). En términos conceptuales, es muy difícil mantener una distinción fiable y clara entre los usos literales y metafóricos del lenguaje. Como demuestra el filósofo e historiador de la psicología John Soyland (1994) en una discusión muy profunda de esta cuestión, el problema fundamental es que los intentos mismos de distinguir el discurso metafórico del literal dependen de metáforas para que funcionen. Obsérvese que ya he recurrido abundantemente al empleo de metáforas en este párrafo sobre las metáforas: clara, tajante, raíz, fiable, trabajo y abundante. Se trata de términos que proceden de un campo y se utilizan en otro. La búsqueda de un lenguaje no metafórico desde el cual examinar la metáfora es inútil o, como mínimo, plantea la pregunta de cuáles pueden ser los usos literales del lenguaje. ¿Existe algún ámbito de empleo del lenguaje que sea literal, inmune a los efectos de la figuración que Derrida y otros postestructuralistas identifican como característicos del empleo del lenguaje? Cada vez parece más inverosímil. Uno de los temas principales de este libro es, precisamente, la complejidad y la sutileza de las descripciones supuestamente literales.

En la práctica suele ser difícil decidir qué es metafórico y qué no lo es. Tomemos la formulación que hace el consejero de la relación de Connie y Jimmy como rica y compleja. Puedo pensar en varios sentidos de rica: una persona puede ser rica (adinerada), una tarta puede ser rica (con muchas frutas y especias), un bebé puede ser muy rico (gracioso y simpático). Sin embargo, como usuario de un lenguaje mundano, el significado original no me es en absoluto evidente. Si busco la etimología de «rico» en un diccionario descubriré que define a alguien adinerado u opulento, o que posee cosas en abundancia, y que se utiliza con diversos sentidos figurativos (es decir, metafóricos). Por ejemplo, se menciona que Robert Boyle (a quien conocimos justificando el papel de la observación en los experimentos en el capítulo 1) escribió en 1692 que «la naturaleza es mucho más rica en objetos, que

nuestros diccionarios en palabras» (*OED*). Con todo, es evidente que no tiene sentido intentar explicar el funcionamiento del discurso factual exigiendo que los participantes realicen un análisis etimológico completo, ni siquiera a nivel mental.

Como respuesta a estas dificultades y cuestiones propongo que no es necesario clarificar la distinción metafórico/literal para estudiar el funcionamiento del discurso descriptivo y que todo discurso se puede estudiar por su trabajo constructivo y retórico. Por tanto, las observaciones que hice antes sobre «rica» y «compleja» no se ven afectadas por ninguna decisión técnica sobre si estas palabras son metafóricas o literales.

Sin embargo, este argumento requiere un par de precisiones. En primer lugar, afirmar que esta distinción no es un requisito previo para estudiar la construcción de hechos no significa que, ocasionalmente, no pueda constituir una distinción importante para los participantes. Una descripción se podría descartar como «una simple metáfora» o se podría construir como «totalmente literal»; y esto puede ser un importante tema de estudio. De hecho, la distinción literal/metafórico es difícil de separar de la distinción factual/ficticio.

En segundo lugar, el estudio de las propiedades sistemáticas de diferentes sistemas metafóricos puede ser muy revelador, como ha demostrado George Lakoff (1991) en su análisis de los distintos sistemas de metáforas empleados en los Estados Unidos para justificar el papel de este país en la guerra del Golfo de 1990. Por ejemplo, muestra la importancia de comprender la guerra como un tipo de política y la política como un tipo de negocio. Según él, los debates públicos no se centraron en si era adecuado considerar la guerra como un tipo de política y, en consecuencia, como una forma de negocio, «sino sólo en el cálculo, por parte de diversos analistas, de las ganancias y pérdidas relativas» (1991, pág. 3). Desde el punto de vista expuesto aquí, no existe desacuerdo con el revelador análisis de Lakoff sino con la idea (no destacada por Lakoff) de que este tipo de análisis se debe limitar a construcciones metafóricas.

Esta cuestión se puede ilustrar mediante dos análisis complementarios de las descripciones de violaciones y agresiones sexuales; Linda Coates y sus colegas (1994) se centraron en juicios, y Linda Wood y Heather Rennie (1994) se centraron en los relatos de víctimas de violaciones. Los dos grupos de investigadores argumentaron que es difícil formular de una manera adecuada la naturaleza de sucesos violentos, a causa de las deficiencias de los dos repertorios principales de términos descriptivos que están disponibles. Por un lado, existe lo que Wood y Rennie denominan «construcción de violaciones al estilo de Hollywood», donde el violador suele ser una persona anónima, desempleada e itinerante que se dedica a violar y asesinar; por otro lado, existe un sexo consensuado y cariñoso/erótico entre amigos. Coates y otros muestran que en los casos, mucho más comunes, de violaciones cometidas por personas conocidas, los jueces tienden a recurrir a los repertorios de términos asociados al sexo erótico consensuado, mientras que

Wood y Rennie muestran que las víctimas de estas agresiones tienen problemas considerables para construir comprensiones y narraciones coherentes del suceso. Indudablemente, algunos de los términos empleados en estas descripciones se podrían considerar metafóricos, pero ninguna conclusión de estos estudios gira en torno a esta identificación.

Categorías y control de la agencia

Existen muchas maneras de utilizar las categorías para la acción. Es muy probable que algunas de ellas sean específicas de un ámbito muy concreto, pero otras pueden aplicarse a pautas más generales. Para ilustrar algunas de las maneras en que se podrían estudiar las regularidades en el empleo de categorías, citaré dos ejemplos donde las categorías se relacionan con inferencias sobre la agencia: el empleo de «nominalizaciones», que pueden oscurecer la agencia, y el empleo de verbos «promotores de intenciones», que pueden implicar una agencia indebida.

Lingüistas críticos como Roger Fowler, Gunter Kress y Robert Hodge se han interesado especialmente en los procesos de transformación que modifican unas estructuras sintácticas determinadas para generar unos efectos concretos (Fowler, 1991; Hodge y Kress, 1993). Uno de estos procesos de transformación es la nominalización, que transforma un verbo en un sustantivo. Por ejemplo, el verbo «matar» en «la policía mató a los amotinados» se puede transformar en una «matanza» nominal como en «la matanza de ayer ha tenido unas repercusiones muy graves» (Trew, 1979). Los lingüistas críticos argumentan que estas transformaciones oscurecen las pautas de agencia. Así, en el caso de «la policía mató a los amotinados» el lector determina sin problemas quién es el agente de la matanza, mientras que en el caso de «la matanza de ayer» el agente de la matanza no se puede identificar directamente.

La nominalización es una técnica para categorizar acciones y procesos que permite al hablante o escritor evitar pronunciarse sobre la responsabilidad de una historia concreta. Puede desempeñar un papel ideológico al controlar la cobertura periodística de acciones que ponen en duda la legitimidad de suposiciones dominantes. Es decir, la represión estatal se puede oscurecer mediante nominalizaciones que difuminan la agencia. Pero la nominalización también puede ser una consecuencia de las complejas tareas simultáneas de comunicar noticias por un lado, y prestar atención a la tendenciosidad y a la neutralidad por otro. Como el empleo del posicionamiento en los programas de entrevistas descritos en el capítulo 5, la nominalización se puede emplear como mecanismo para demostrar neutralidad (que, insisto, no equivale a una neutralidad real).

Mientras que los lingüistas críticos se han dedicado principalmente a la nominalización como técnica para oscurecer la agencia, existen otros tipos de descripciones que construyen la impresión de agencia. Uno de estos métodos consis-

te en emplear lo que Randal Marlin (1984) denomina verbos «promotores de intenciones». Marlin dio como ejemplo el titular de un periódico: «El Papa deshonra la bar mitzvah». La historia en sí se refería al efecto que tuvo la reunión de una gran muchedumbre para ver al Papa. Marlin sugirió que, si bien es estrictamente cierto que la visita del Papa ocasionó el problema, esta descripción particular implicaba algo más drástico: que el Papa deseaba esta consecuencia y que, de hecho, puede tener una predisposición malévola hacia las bar mitzvahs.

Marlin argumenta que distintos verbos ofrecen un grado diferente de «opacidad» en cuanto a la manera de explicitar la intención y la agencia (véanse también Coulter, 1983; Davies, 1995). Por ejemplo, sugiere que la expresión «como James no se presentó, John perdió» no implica que James quisiera que John perdiera, aunque podría sugerirlo ligeramente. Sin embargo, «James ayudó a perder a John» implica la presencia de una intención que se puede recalcar aún más mediante construcciones como «James hizo perder a John». El argumento de Marlin se limita a análisis conceptuales y a noticias periodísticas, pero parece probable que la relativa opacidad de los distintos verbos se pueda explotar en muchas otras situaciones. Lo que no explora Marlin son cuestiones sobre la responsabilidad que pueden indicar estas descripciones en contextos más interactivos donde se puede combinar la promoción de agencias con un grado de negación; ¡después de todo, el titular antes presentado no afirmaba explícitamente que el Papa quisiera boicotear la bar mitzvah! En resumen, la pregunta es: ¿qué resultados se obtienen en las conversaciones cotidianas con descripciones que promueven intenciones?

El comentario general con el que deseo concluir es que el empleo de categorías descriptivas es una parte esencial de cualquier cosa que hacemos. Aunque algunas características generales de la categorización como las metáforas, la nominalización y la opacidad pueden ser especialmente interesantes por su empleo en la promoción de determinados tipos de explicaciones o para controlar inferencias sobre la agencia, el aspecto más importante en un análisis sería la secuencia específica de habla o escritura donde se inscribe la categorización, además de las alternativas retóricas hacia las que se puede dirigir. Para comprender las palabras «rica» y «compleja» del fragmento 3, debemos tener en cuenta cómo se despliegan en esta secuencia particular y de esta manera concreta.

Esta manera de comprender la categorización contrasta claramente con el interés de las ciencias sociales en la correspondencia entre palabras y objetos, en el apuntalamiento de la verdad y la factualidad mediante lo que Steve Woolgar (1988b) denomina «ideología de la representación». Aunque deseo argumentar que las cuestiones de la categorización descriptiva son fundamentales en cualquier discusión de la construcción de la realidad, existe una manera de que puedan, en potencia, inducir a engaño, centrando demasiado la atención en el lenguaje descriptivo que se emplea y desviándola del lenguaje descriptivo que no se emplea. Si hacemos caso de las advertencias postestructuralistas del capítulo 3 contra una in-

sistencia exagerada en la presencia, nos irá bien disponer de algún método para considerar aquello cuya ausencia sea significativa y pertinente. Una idea que nos puede ayudar en este propósito es el concepto de «manipulación ontológica».

Categorización y manipulación ontológica

Steve Woolgar y Dorothy Pawluch (1985) introdujeron la noción de manipulación ontológica con un objetivo muy específico. Les interesaba estudiar cómo se utilizaban las explicaciones en la investigación social construccionista dedicada a los problemas sociales. Por ejemplo, Joseph Gusfield (1989) comenta la diferencia que existe entre constituir un problema como «abuso infantil» o como «negligencia o abandono», y propone que la segunda expresión es más «política» y centra la atención en cuestiones como la pobreza, la falta de hogar y la desnutrición, mientras que la primera llama la atención sobre los problemas de familias concretas y los procedimientos para controlarlos.

En esta explicación, Woolgar y Pawluch no se oponían al análisis construccionista de «el» problema ni, desde luego, a la crítica política que es su fin analítico, sino a su combinación con un relato realista del sistema social del que el problema forma parte. Por ejemplo, afirmar que a los gobiernos y a los reformadores les interesa favorecer la definición «abuso infantil» ante los gastos y las dificultades que provoca la pobreza en que se basa, es un análisis realista relativamente claro. La presencia de cosas como «intereses», «gobiernos», «reformas», etc., se da por sentada. El problema de esta ontología realista es que ella misma se puede someter a un análisis construccionista, pero este análisis se evita porque socavaría la explicación total. Esto es la manipulación ontológica. Como dicen Woolgar y Pawluch:

> ...el éxito en la explicación de los problemas sociales depende de poner en duda el estatus de verdad de los estados de cosas elegidos para analizar y explicar, y de socavar o minimizar, al mismo tiempo, la posibilidad de que estos mismos problemas también se apliquen a las presuposiciones en las que se basa el análisis. Mediante la manipulación ontológica, los proponentes de una explicación definidora establecen una frontera entre las presuposiciones que se deben considerar (ostensiblemente) problemáticas y las que no (1985, pág. 216).

Aunque Woolgar y Pawluch limitan esta noción a manipulaciones concretas que protegen partes de un argumento del análisis construccionista, yo deseo emplearla en un sentido más general porque capta con gran nitidez parte de las actividades fundamentales que se llevan a cabo cuando se emplean descripciones.

Una característica de cualquier descripción es que elegirá dar importancia a unos fenómenos determinados e ignorará otros fenómenos potencialmente rele-

vantes. Éste es el sentido ampliado de la manipulación ontológica; en toda descripción se constituye un ámbito de entidades al tiempo que se evita otro. Presentaré tres ejemplos para aclarar esta idea un poco más.

El primer ejemplo procede de un tribunal que investigaba a unos miembros del RUC (Royal Ulster Constabulary) por no arrestar a unos alborotadores y no proteger unas propiedades durante unos disturbios que se produjeron en Irlanda del Norte. Aquí, el Consejo (C) está interrogando a un testigo (T) del cuerpo policial RUC.

4. *C*: ¿Vio usted cómo tiraban un cóctel molotov al quiosco que está frente a Disvis Street?
T: Sí.
C: ¿Cuántos cócteles molotov recibió el quiosco?
T: Sólo un par. Me pareció que la ventana ya estaba rota y como una parte ya se estaba quemando las llamas se reavivaron.

(De Atkinson y Drew, 1979, pág. 137)

En su análisis de este material, Atkinson y Drew sugieren que aquí actúan, por lo menos, dos cuestiones de culpa. Una es el fracaso en proteger una propiedad privada que está siendo atacada; la otra es el fracaso en arrestar a las personas que lanzaron los cócteles molotov. Al centrarse en la propiedad, el policía que comparece como testigo selecciona una cuestión potencialmente menos censurable para montar su defensa. Es decir, en función de la manipulación ontológica, la descripción del testigo selecciona un ámbito de entidades (la naturaleza del daño a una propiedad) e ignora otras (las sanciones a quienes arrojaron los cócteles molotov). De la misma manera que se podría manipular el sentido del voto definiendo las circunscripciones electorales a conveniencia, la defensa se apuntala trazando el límite retórico en torno a las cuestiones más ventajosos.

Podemos volver a la disputa entre Jimmy y Connie para encontrar otro ejemplo de manipulación ontológica. Esta práctica aparece en sus descripciones contradictorias de la conflictiva tarde del bar. Una de las características que distingue sus versiones es el trazado de los límites de los sucesos descritos. La versión de Connie formula el suceso como si hubiera tenido lugar en un bar:

5. *W*: Y en ese momento, se produjo un episo:dio, con
→ (.) un tipo, (.) en un bar, ¿sabe usted? Y yo: bebiendo un poco y enrollándome por ahí. (0,8)

(DE-JF/C2/S1:4)

Ya hemos examinado parte de la función desempeñada por las categorías vagamente descriptivas episodio y tipo. Lo que nos interesa destacar aquí es que la descripción selecciona el terreno relevante para la disputa; la descripción del episodio se ciñe exclusivamente a lo ocurrido «en» el bar, en vez de incluirlo en un contexto más amplio.

La importancia de esta selección se ve con mayor claridad cuando comparamos la versión de Connie con la de Jimmy y vemos que éste selecciona el terreno de una manera muy diferente. Su versión también construye los sucesos que se produjeron en el bar (si bien con muchos más detalles que Connie), pero su narración continúa hasta alcanzar el clímax en casa de la pareja, con sospechas de infidelidad, arrebatos de emoción y un intento frustrado de suicidio. La amplitud de su descripción es esencial para mostrar hasta qué punto ha llegado a provocarle Connie. Lo provocativo del suceso llega a su máximo para Jimmy cuando, echado en la cama, oye la actividad que se desarrolla abajo (véase el fragmento 13 en el capítulo 6). La cama es un espacio privado y seguro prototípico. En cambio, la versión de Connie, más limitada a los sucesos acaecidos en el bar, actúa para restar importancia al suceso y dar a entender que la reacción de Jimmy fue exagerada.

Ya vimos en el capítulo 3 que las categorías de situación pueden ser muy importantes. La categoría bar desempeña aquí una actividad esencial (Edwards, 1995; véanse Drew, 1992; Widdicombe y Wooffitt, 1995). En el Reino Unido e Irlanda (donde viven y de donde proceden Connie y Jimmy) el bar o pub constituye uno de los principales ámbitos de vida social. Es un lugar público y familiar. «Enrollarse» en un bar contrasta enormemente con percibir desde la cama, estando en el propio hogar, unas presuntas insinuaciones sexuales.

El tercer ejemplo procede del estudio realizado por Margaret Wetherell, Andrew Chitty y yo mismo sobre la elaboración y la recepción de un programa televisivo dedicado a un tema «de actualidad» (Potter y otros, 1991). En el programa estudiado se argumentaba que las personas que hacían donaciones a entidades benéficas contra el cáncer estaban siendo estafadas, porque gran parte de los fondos recaudados se destinaban a investigaciones bioquímicas básicas que poco tenían que ver con la lucha contra el cáncer. En los debates del propio programa y en los que giraron en torno a él aparecieron muchas maneras de concebir la lucha contra el cáncer: por ejemplo, se podía destacar la curación, o el aumento del índice de supervivencia, o la mejora de la calidad de vida de los pacientes, o su prevención. Por tanto, un primer aspecto de la manipulación se refiere a plantear un argumento seleccionando de antemano un método de combatir el cáncer y evitando los demás.

El programa de televisión abordó el fracaso en la investigación contra el cáncer centrándose exclusivamente en la curación como criterio para el éxito. Sin embargo, la misma noción de «curación» se entendía de maneras diferentes. Los realizadores del programa adoptaron un criterio estricto (aunque común en ambientes médicos) que exigía un elevado porcentaje (en torno al ochenta por ciento) de supervivencia al cabo de cinco años para que un cáncer se considerara curado. Gran parte del argumento subsiguiente giró en torno al terreno seleccionado para mostrar el fracaso de la investigación. Por ejemplo, cuando se preguntó a la responsable de relaciones públicas (RRP) de la asociación benéfica contra el cáncer más importante del Reino Unido (junto a su asistente personal, AP) qué

opinaba del programa, se quejó amargamente del sentido dado a la noción de curación y, sobre todo, de que se mostrara una larga lista de tipos de cáncer destacando en amarillo los que se podían curar (véase la tabla 7.1).

6. *RRP*: Estoy muy muy disgustada [por la lista]. Porque no existe ningún tipo de cáncer (0,2) que no (.) tenga cura. Si estuviera usted en casa con un cáncer de mama con (.) cuál es la proporción de curaciones (1,0) un ses- (AP: cincuenta por ciento) un cincuenta por ciento y viera (0,2) que sólo se pueden curar los tipos cáncer que están en amarillo y que el cáncer de mama está en blanco, pensaría que los médicos le han estado mintiendo y (0,2) yo cr- yo creo que esto es totalmente irresponsable
AP: Hasta los tipos de cáncer más difíciles de tratar (.) como el cáncer de pulmón que tiene un índice de supervivencia inferior al diez por ciento tras cinco años (.) se pueden curar si se diagnostican a tiempo.

(entrevista a Wilkins, pág. 5, ligeramente simplificada)

En este pasaje, la noción de curación se hace depender del criterio amplio según el cual si algunas personas pueden sobrevivir a un tipo de cáncer (aunque sólo sea en el diez por ciento de los casos), es erróneo considerar que este cáncer es incurable. Por tanto, mientras los realizadores del programa emplean una definición técnica que minimiza el éxito de la investigación dedicada a encontrar un remedio contra el cáncer, la noción más «de sentido común» empleada por los representantes de las organizaciones benéficas ofrece una imagen mucho más optimista. Obsérvese, sin embargo, que el hecho de que los realizadores del programa y los representantes de las asociaciones benéficas empleen estas versiones de la curación en esta ocasión, no significa que en otros casos consideren más conveniente caracterizar la curación de una manera muy distinta o que, por ejemplo, prefieran destacar la prevención como índice crucial del éxito.

En cada uno de los tres ejemplos examinados anteriormente, una parte importante del trabajo hecho por las descripciones se basa en manipular el terreno: seleccionar y formular un ámbito que sea ventajoso e ignorar los restantes. En el primer ejemplo, el testigo del RUC se centra en el fracaso en proteger la propiedad y no en la incapacidad de detener a los atacantes. En el segundo ejemplo, Connie formula el suceso que dio pie al problema como ocurrido dentro del bar, mientras que Jimmy proporciona una narración más extensa que sitúa gran parte de los sucesos más graves en su propio hogar. En el tercer ejemplo se produce una manipulación anidada donde los realizadores del programa seleccionan inicialmente el terreno de la curación (y no, por ejemplo, el alivio del dolor) y después seleccionan una noción determinada de curación con la que trabajar.

Antes de pasar a considerar la maximización y la minimización, deberíamos abordar una importante cuestión analítica relacionada con la manipulación ontológica: con frecuencia, el poder de una descripción estriba en lo que deja de des-

cribir, en lo que ignora o pasa por alto. Sin embargo, como es inevitable que cualquier descripción omita un número infinito de elementos, la identificación analítica de los elementos significativos que se omiten es potencialmente difícil y polémica. En los tres ejemplos anteriores, esta identificación se hace de maneras diferentes. En el ejemplo de la policía y los alborotadores, existen dos bases para identificar como significativa la ausencia del fracaso en arrestar o detener a los alborotadores. Por un lado, aprovecha las expectativas generales compartidas sobre lo que hace la policía y lo que debería hacer; por otro, aprovecha la importancia dada al aspecto que se discute en otras partes del interrogatorio. Las líneas de interrogación destacan qué se considera censurable y qué no, de una manera que contribuye al análisis. En los ejemplos de Connie y Jimmy y las muertes por cáncer, la identificación de ausencias significativas se puede hacer de una manera más directa, ya que existen versiones totalmente contrapuestas que destacan la ausencia de aspectos potencialmente polémicos en la otra descripción.

De hecho, como los semiólogos han destacado especialmente, una de las características del empleo de categorizaciones descriptivas es el conjunto de términos que no se emplean. Por tanto, en realidad hay dos tipos de ausencias que tienen interés: la ausencia de unos términos descriptivos concretos y la ausencia de unos campos argumentativos particulares. Si combinamos el papel de las categorías descriptivas en la construcción de acciones y sucesos con la potencialidad de manipular selectivamente lo que se va a formular y lo que se va a ignorar, nos encontramos con un sistema extremadamente potente para producir versiones diseñadas para llevar a cabo unas acciones determinadas. La elección de límites y la enorme gama de términos descriptivos disponibles significa que se pueden producir versiones totalmente contrapuestas de «lo mismo» que, al mismo tiempo, sean resistentes a acusaciones de inexactitud, falsedad o confabulación activa. De nuevo podemos ver que, en estas situaciones prácticas, las cuestiones de adecuación referencial pueden tener poca importancia.

Maximización y minimización

Anita Pomerantz (1986) ha propuesto que cuando alguien intenta justificar, desacreditar o contradecir alguna conclusión, suele recurrir a la formulación de «casos extremos», una práctica descriptiva común que consiste en utilizar los extremos de las dimensiones descriptivas pertinentes. Así, por ejemplo, alguien que protesta en una tintorería porque le han estropeado un vestido, en vez de decir que el vestido era nuevo dice que estaba «recién comprado»; cuando una persona recomienda a otra, no sólo dice de ella que es simpática, dice que «cae bien a todo el mundo». Estas descripciones trabajan con eficacia para apoyar la causa; maximizan el valor del vestido y la simpatía del recomendado.

Esta práctica es muy común. He aquí un ejemplo que ya hemos visto anteriormente.

7. E: En ese mo:mento, (0,6) Jimmy ha- (.) mi- Jimmy
→ es extremadamente celoso. Es una per:sona ex-
→ extremadamente celosa. Siem:pre lo ha ↓sido, desde el dí:a que nos conocimos. ¿sabe usted?
(DE-JF/C2/S1:4)

Aquí no se describe a Jimmy como una persona meramente celosa: es una persona extremadamente celosa. Y obsérvese que esta descripción se inscribe en una disputa; está diseñada retóricamente para contrarrestar las alternativas que Jimmy pueda producir (y que de hecho produce).

En su artículo, Pomerantz se centra en los términos modales (como «cada», «completamente», «nunca») y otras palabras similares que modifican descripciones: el acusado no sólo es inocente: es «totalmente inocente». Sin embargo, en una descripción se puede manipular la cantidad de otras maneras para conseguir que algo parezca extremo o mínimo, o para construir algo como bueno o malo. Presentaré dos ejemplos para ilustrar distintos procedimientos de maximización y minimización: el primero emplea la cuantificación y el segundo emplea unos estilos de referencia determinados.

Maximización y minimización de datos estadísticos sobre la mortalidad del cáncer

Antes, en el contexto de la manipulación ontológica, hemos examinado un estudio sobre la elaboración y la recepción de un reportaje de actualidad centrado en el fracaso de la lucha contra el cáncer. Este estudio también ilustra algunas maneras de emplear la cuantificación para maximizar y minimizar. Tomemos los dos fragmentos siguientes, en los que se formula el éxito de la investigación contra el cáncer, teniendo presente la tabla 7.1. El comentario del fragmento 8 pertenece al programa emitido y estaba acompañado en pantalla por la tabla 7.1, que se empleaba en el programa para detallar los tipos de cáncer. El fragmento 9 es un fragmento no emitido de una entrevista con Jeremy Kemp, la cabeza visible de la segunda —en cuanto a importancia— institución benéfica del Reino Unido dedicada a la lucha contra el cáncer.

8. *Comentario*: Pero estos tres tipos de cáncer que se pueden curar se encuentran entre los más raros - representan en torno a un uno por ciento del cuarto de millón de casos de cáncer que se diagnostican cada año.

La mayoría de las muertes se deben a un número pequeño de tipos de cáncer que son muy comunes.

(De Potter y otros, 1991, pág. 339)

9. *Kemp*: Er, una manera de encarar este tema que yo considero útil es que er, cada año, en el Reino Unido, dos — más o menos doscientas cuarenta mil personas enferman de cáncer. Cada año er, cerca de ciento sesenta mil personas mueren de cáncer, por tanto existe una diferencia de ochenta mil personas, y ochenta mil es una tercera parte de doscientas cuarenta mil, que es el número de personas que contraen la enfermedad, así que se podría decir que hay una tercera parte de posibilidades de sobrevivir. No es una manera totalmente inútil de considerar el problema y, en ocasiones, es bastante conveniente. Por tanto, se han producido avances, pero seguramente aún estamos a medio camino.

(De Potter y otros, 1991, pág. 349; transcripción hecha por los propios realizadores del programa)

El fragmento 8 sigue a una cita del señor Kemp (el responsable de una organización benéfica que habla en el fragmento 9) en la que ofrecía tres ejemplos para dar una imagen optimista del éxito de la lucha contra el cáncer. El comentario del fragmento 8 contrarresta esta evaluación y minimiza el supuesto éxito de varias maneras. En primer lugar, emplea dos maneras de contar —tipos de cáncer y casos de cáncer— y formula las dos cantidades como si fueran pequeñas. En segundo lugar, ofrece una caracterización cuantitativa de la fracción de tipos de cáncer que son «curables»: «en torno al uno por ciento de un cuarto de millón de casos». Esta caracterización es interesante porque mezcla una cantidad relacional (el porcentaje) con una cantidad absoluta (X casos), en vez de dar dos cifras absolutas. ¿Por qué se da esta mezcla? Una razón de su empleo parece ser la eficacia del contraste: «uno por ciento» denota una pequeñez casi concluyente, mientras que «un cuarto de millón» es un orden de numeración totalmente diferente; se habla de «millones», no de «miles». En tercer lugar, el acento en que las muertes son producto de «un número pequeño de tipos que son muy comunes» es interesante porque introduce otra dimensión de cuantificación, raro/común, según la cual se tiene éxito con tipos raros de cáncer pero no con los tipos comunes. Esto asocia el progreso a unos tipos de cáncer atípicos o esotéricos, con unas propiedades inusuales que pueden facilitar su tratamiento pero que quizá son poco interesantes para un público preocupado por la lucha contra los tipos de cáncer más mortales, como el cáncer de pulmón y el cáncer de mama.

Estas características del comentario se combinan con una representación visual que se resume en la tabla 7.1. Mientras suena el comentario del fragmento 8 se desplaza por la pantalla una lista de tipos de cáncer con cifras que indican el

TABLA 7.1. Incidencia de los tipos de cáncer

Casos anuales de cáncer	
Placenta	20
*Leucemia infantil	350
Ojo	400
Intestino delgado	400
Pleura	500
Huesos	550
Boca	900
Tejido conjuntivo	900
Tiroides	950
*Testículos	1.000
Faringe	1.000
Hígado	1.200
Vesícula	1.300
*Enfermedad de Hodgkin	1.400
Laringe	2.000
Mieloma	2.300
Melanoma	2.600
Cerebro	3.200
Riñón	3.500
Útero	3.700
Cuello uterino	4.400
Leucemia	4.400
Linfoma de Hodgkin	4.600
Esófago	4.800
Ovario	5.100
Páncreas	6.400
Próstata	10.400
Vejiga	10.500
Recto	10.600
Estómago	13.100
Colon	16.800
Mama	24.600
Piel	25.000
Pulmón	41.400
Total	243.000

* Las líneas señaladas con un asterisco aparecían en pantalla de color amarillo para destacar los tipos curables de cáncer (las restantes líneas aparecían de color blanco). Las cifras indicaban los casos de cáncer diagnosticados en un solo año.

número de casos detectados cada año para cada tipo. La mayoría de los tipos de cáncer aparecen de color blanco, pero los tres tipos que se habían mencionado anteriormente como curables aparecen en amarillo. Esta exhibición visual refuerza el comentario e intensifica el contraste entre curable e incurable, y entre común y raro. Una manera de concebir la función que desempeña la tabla consiste en considerar cómo construye un comerciante el contraste entre el valor de una mercancía y su precio de venta (Pinch y Clark, 1986). Un método común consiste en construir el valor de las mercancías vendiéndolas como una colección (una pluma se vende junto con un lápiz, un rotulador, un estuche, etc.). En el parloteo comercial se pueden enumerar exhaustivamente todos los elementos para que la colección parezca grande en relación a su bajo precio. En el reportaje, el listado exhaustivo de «tipos de cáncer incurables» ayuda a construir un contraste con los escasos «tipos de cáncer curables» y, en combinación con la función contrastante del comentario, ayuda a vender el mensaje del fracaso de la lucha contra el cáncer, que es esencial para el argumento principal del reportaje (véase también Orcutt y Turner, 1993).

Siempre existe la tentación de considerar que estas prácticas figurativas y de cálculo son maneras simples y evidentes de captar la realidad; es decir, existe la tentación de considerar que son meramente descriptivas pasando por alto su carácter constructivo y retórico. Para vencer esta tentación es útil examinar versiones contrarias; en este caso, el fragmento 9 ilustra el empleo de unas prácticas de cálculo muy distintas y con efectos diferentes. Mientras que el comentario compara la cantidad total para los tres tipos de cáncer «curables» con la cantidad total de tipos de cáncer diagnosticados, Kemp cita la cantidad de muertes que se producen cada año («ciento sesenta mil») y luego resta estas muertes de la cantidad de casos diagnosticados («existe una diferencia de ochenta mil personas»). A continuación expresa esta diferencia como una fracción del total (una tercera parte) y añade el siguiente comentario: «Se podría decir que hay una tercera parte de posibilidades de sobrevivir». Al final vuelve a insistir: «Seguramente aún estamos a medio camino».

En estos fragmentos vemos dos prácticas de cálculo diferentes que pueden formular una misma cantidad —que actúa de línea base para medir el progreso de la lucha contra el cáncer— o bien como «en torno al uno por ciento» o bien como «a medio camino». Obsérvese que los hablantes son capaces de llegar a unas conclusiones totalmente distintas a pesar de basarse en las mismas cifras: por tanto, no es un simple caso de utilización de métodos distintos para recopilar datos estadísticos sobre la mortalidad y el diagnóstico del cáncer. Por otra parte, tampoco existe una manera directa y clara de establecer que una versión es la correcta y la otra no, aunque los proponentes de cada versión fueron extremadamente críticos con la versión contraria a la suya.

En términos más generales, este ejemplo muestra cómo se emplean conjuntos de categorías descriptivas y prácticas de cálculo para producir versiones maximi-

zadas o minimizadas de algo. Además, la cuantificación se suele concebir como una forma especialmente clara y precisa de descripción que contrasta con los juicios de valor y las evaluaciones cualitativas de carácter vago; sin embargo, en este ejemplo vemos que existe una gran variedad de procedimientos matemáticos que otorgan una considerable flexibilidad a las versiones. Y esta conclusión encaja con una serie de estudios que han empezado a examinar la construcción retórica de la cantidad (Ashmore, 1995; Ashmore y otros, 1989; McCloskey, 1985; Porter, 1992).

Descripción de la violencia

Para presenciar otros ejemplos de descripciones maximizadoras y minimizadoras, propongo examinar relatos de violencia. ¿Cómo se construyen descripciones que maximicen la violencia y, más interesante aún, que la minimicen? Dicho en otras palabras: ¿cómo se puede describir un acto violento para que parezca espantoso, malo o condenable?; o, alternativamente, ¿cómo se le puede restar importancia o hacer que parezca aceptable? En esta discusión me centraré en la producción de versiones suavizadas o minimizadoras.

Para empezar a abordar este tema podemos examinar la terminología que se puede emplear para designar los actos de violencia física. Consideremos, por ejemplo, la diferencia entre «puñetazo» y «tortazo», o entre «patada» y «puntapié». En abstracto, el segundo término de cada par es el más suave. Y éstos son, por ejemplo, los términos que aparecen con más frecuencia en las descripciones de las historietas infantiles, o en los «bocadillos» que aparecen en pantalla cuando Batman y Robin luchan contra Joker y sus secuaces en la vieja serie de televisión (y que no aparecen en las versiones cinematográficas).

El ejemplo que presento a continuación es bastante más complejo, y procede de un artículo que describe la conocida agresión de un futbolista del Manchester United a un espectador que lo había estado provocando con comentarios racistas (obsérvese, de paso, que incluso esta mínima descripción establece una gama de expectativas sobre la naturaleza de la acción y los potenciales relatos de la misma). Este artículo, redactado expresamente para contrarrestar las fuertes críticas de la prensa hacia el futbolista, se centraba en la fragilidad psicológica de los genios del balón empleando historias ilustrativas como la siguiente anécdota sobre Hughie Gallacher («¡Ah, Hughie Gallacher... alcohólico y genial!»):

10. [Gallacher] dijo una vez al eminente árbitro Bert Fogg que su apellido (*fog* = niebla) reflejaba el estado en el que se había pasado toda la tarde. Hughie fue a disculparse ante el señor Fogg después del partido y, al entrar en el vestuario, lo vio de pie, desnudo y de espaldas a él. No pudo resistir la tentación y arreó tal *puntapié* al desnudo trasero del árbitro que lo envió volando al cuarto de baño.

(*New Zealand Herald*, 3 de febrero de 1995; la cursiva es mía)

Aquí, la suavización implícita en el término «puntapié» se combina con otras características para formar una narración que describe este suceso como un momento de excesiva jovialidad (véase Squire, 1994). Obsérvese la repetición del nombre vagamente humorístico del árbitro y el escenario general que recuerda a las comedias del cine mudo. Obsérvese también que la tentación se trata como una parte intrínseca y comprensible de la situación; es una tentación que cualquiera podría tener, igual que cuando encontramos un billete en el suelo. No se trata de un ataque brutal, sin que medie aviso ni provocación, a un hombre que se encuentra en un vulnerable estado de desnudez (se podría construir fácilmente esta narración con los mismos materiales); al contrario: es un acto comprensible y más bien simpático de un personaje famoso. La descripción suaviza la violencia. Se plantean cuestiones similares en el trabajo de Adams y otros (1995) sobre hombres que hablan de su violencia contra las mujeres, y en Auburn y otros (1995) en el contexto de interrogatorios policíacos.

Para muchos de nosotros, la principal exposición a la violencia procede de los medios de comunicación y de construcciones ficticias en novelas, televisión y cine. Sin embargo, existen situaciones donde la violencia es algo concreto que se debe abordar de una manera directa o indirecta. A situaciones como éstas se enfrentan los asistentes sociales que trabajan con padres de niños tomados «en custodia» a causa de agresiones sexuales o físicas. El siguiente fragmento procede de un conjunto de material sobre asistencia social recopilado por Mick Roffe (véase Roffe). Empieza casi al inicio de una entrevista de evaluación, donde el asistente social (AS) habla con una pareja («Lucy» y «Mark») cuyos dos hijos viven actualmente con padres adoptivos. Mark está pendiente de juicio por presuntos malos tratos a uno de los niños.

11. *AS*: Repasando los archivos, que es lo que tenía que hacer,
Lucy: [Cla:↓ro]
AS: [para reunir todo] lo del tribunal (0,2) ya sabe, que usted ya tuvo problemas co:n (.) respuestas incontroladas, hacia los niños
Lucy: [Cla:↓ro]
AS: ¿Sabe? Eso es lo que yo creo que ocurre. Mi evaluación es que (.) ustedes dos:, (0,4) n- no pegan sistemáticamente a los niños. Quiero decir que algunas personas (.) lo lo hacen, algunas formas de maltratos infantiles son así.=
Lucy: =°Emhm° (0,2)
AS: Para ustedes dos es como una respuesta incontrolada. Saben?, los niños son demasiado, el- el mundo es demasiado y entonces (.) se ponen furiosos, hh en un momento en que no se pueden controlar. .hhh Ahora bien es por- es a- causa de esto y como creo que esto (.) se puede arreglar
Lucy: Um↓hmm (.)
AS: pues (.) queremos apoyar mucho a la familia para reducir los niveles de tensión que ustedes experimentan y trabajar con usted ↑y con Mark

Lucy: °umhmm°
AS: para (*continúa con su propuesta*)
(MR-AS/TE:4-5, ligeramente modificado)

Empecemos considerando las dos categorizaciones descriptivas de acciones «respuesta incontrolada» (empleada dos veces) y «ponerse furioso».

Cuando emplea la frase «respuesta incontrolada», el asistente social presenta la violencia como algo producido o provocado, y el problema es la posterior falta de control. Esto se subraya mediante la caracterización «problemas que usted ya tuvo»; es decir, para describir la violencia no se emplea un vocabulario de acciones: la violencia se describe como una aflicción, como algo que les sucede a Lucy y a Mark. Y este carácter no agencial, de algo «que ocurre», se destaca aún más subrayando su contraste con el «pegar sistemático» de otros maltratos infantiles.

Hay aquí dos cosas que deseo destacar de manera especial. En primer lugar, esta descripción actúa en un nivel de abstracción que evita la mención de acciones concretas que podría hacer un «testigo»: «respuestas incontroladas» podría significar patadas, golpes, chillidos o, desde luego, tortazos, puntapiés y gritos. Tampoco se presenta ninguna consecuencia de estas acciones, algo común en las descripciones de actos violentos: «hizo que perdiera el sentido», «le rompió la cara», «le partió el brazo». En segundo lugar, la descripción «respuesta incontrolada» ya incorpora un sentido de responsabilidad. Es decir, a diferencia, por ejemplo, de «patada», la explicación de la violencia empieza, al menos mínimamente, en la misma descripción: aquí el problema son unas respuestas que no se controlan adecuadamente. Es probable que esto se refuerce mediante las connotaciones técnicas/psicológicas de la frase.

La otra expresión —«ponerse furioso»— es interesante porque, a primera vista, parece describir una acción más directa que «respuesta incontrolada». Sin embargo, propongo que también tiene una cualidad genérica e incluye su propia responsabilidad. «Ponerse furioso» no es algo premeditado o planificado; es una reacción de enojo inmediata y emocional ante una provocación. Es el tipo de descripción que se suele emplear para las acciones de un animal acorralado. Veamos a continuación otro ejemplo donde un entrevistado rebate una acusación de brutalidad policial:

12. Yo creo que la policía actuó muy bien. Son seres humanos y estoy seguro de que si se *pusieron furiosos* y rompieron alguna cabeza, no fue más que, hah, por una reacción muy humana.

(Potter y Wetherell, 1987, pág. 112)

Esto construye «ponerse furioso» como algo que cualquiera podría hacer ante unas circunstancias adecuadas. Obsérvese que esta expresión no se utiliza para describir una acción específica, como golpear a alguien con una porra; su función es más bien agrupar una gama de acciones diferentes bajo esta categoría.

Es importante ser consciente de que, en el fragmento 11, estas frases no actúan por su cuenta. Su sentido se va solidificando mediante su organización en los turnos de la conversación. Así, «respuesta incontrolada» se contrasta con «pegar sistemáticamente a los niños», algo más intencionado y premeditado y, presumiblemente, más censurable. Y el sentido de «ponerse furioso» se construye cuidadosamente enumerando circunstancias que podrían constituir una provocación: «los niños son demasiado», «el mundo es demasiado». Como dice el asistente social unos momentos después: «es como un volcán» a lo que Lucy responde: «que entra en erupción».

Por tanto, podemos ver que este pasaje descriptivo pone en juego un tipo específico de minimización. Ofrece descripciones relativamente abstractas de sucesos violentos, no formula ninguna consecuencia de estos sucesos y proporciona motivos y mecanismos (presiones acumuladas, respuestas incontroladas). Podremos comprender el sentido de esto considerando los tipos de prácticas que incluyen esta forma de describir la violencia.

Lo primero que hay que destacar es que, en este caso, la práctica del asistente social se orienta hacia el futuro: trabajar con la pareja y quizá conseguir que recuperen la custodia de los niños. Esto es bastante diferente de la orientación retrospectiva que presenta, por ejemplo, el juicio pendiente de Mark, donde está en juego una culpabilidad pasada. Además, la asistencia social implica una interacción mucho más personal que la que se da en un juicio; los asistentes sociales suelen hablar de construir una relación de confianza o de colaboración con sus clientes. Esto es un problema en situaciones donde es necesario aludir constantemente a la violencia. El peligro es que la conversación puede llegar a embrollarse con cuestiones morales de culpabilidad y admonición que pueden perturbar la interacción y socavar la confianza. Al mismo tiempo, negar totalmente la importancia de la violencia podría hacer que los clientes no se tomaran en serio la sesión o convirtieran el problema en una cuestión de injusticia, evitando mejorar su personalidad. Por tanto, podemos ver que las maneras específicas de construir estas descripciones de la violencia encajan perfectamente con los diversos aspectos locales con que se enfrenta el asistente social.

Así pues, en este apartado he argumentado que existe una gama de técnicas que se pueden utilizar para maximizar o minimizar alguna cualidad de una acción o algún aspecto del mundo. Este tipo de trabajo descriptivo se centra en dimensiones como grande-pequeño, violento-no violento y en lo que, con frecuencia, equivale a lo mismo: bueno-malo. Con todo, las descripciones presentan otro aspecto recurrente que es la manera de construir acciones o sucesos como normales o anormales.

Normalización y anormalización

La cuestión de cómo una descripción puede presentar una acción como anormal se abordó en el estudio de Dorothy Smith sobre la enfermedad mental de K.

Probablemente fue este estudio, más que cualquier otro, el que estableció la construcción de hechos como un tema analítico y no como una tesis filosófica o teórica de carácter más bien abstracto. El rasgo fundamental de este caso es que Angela (supuestamente amiga de K) describe sistemáticamente las acciones de K como extrañas y desconcertantes. Un aspecto destacado por Smith es que lo que se considera normal es indicativo. En otras palabras, no basta con describir una acción que, por consenso, se considera anormal o extraña; al contrario: esta anormalidad se debe construir durante el discurso.

En el relato estudiado por Smith, la anormalidad se elabora principalmente mediante el empleo de un mecanismo descriptivo particular que Smith denomina «estructura de contraste», y que es una organización discursiva que describe una actividad y que, al mismo tiempo, proporciona pistas para verla como anormal o extraña. Por ejemplo:

13. Cuando una amiga le pidió, en plan casual, que la ayudara a cuidar de su jardín, empezó a pasarse horas, sin parar, sin apenas levantar la vista del suelo (Smith, 1990, pág. 18).

Smith observa que no es difícil caracterizar lo que aquí se describe como algo meritorio: como las acciones de alguien que, de una manera consciente y enérgica, hace un favor a una amiga. ¡Seguramente sería una bendición tener a alguien que nos ayudara así a cuidar nuestro jardín! Sin embargo, tal como se describen aquí, estas acciones no son concienzudas: son extrañas. Existe un contraste entre la petición «en plan casual» y la fuerza del compromiso. Y las acciones de K se presentan de una manera que hace que parezcan forzadas u obsesivas, sobre todo en un contexto lleno de estructuras de contraste (Smith identifica 24 en las 138 líneas de la transcripción).

En ocasiones se plantean unas dificultades especiales para presentar como problemático el comportamiento de K. Tomemos la siguiente descripción: «Los días de calor se iba a nadar a la playa o a la piscina». Es difícil no ver esto como algo totalmente normal o hasta envidiable, especialmente en una persona que se ha descrito como muy atlética. ¿Cómo se puede reelaborar esta descripción para dar la impresión de que K se comportaba de una manera extraña? Así es como lo describe Angela en su relato:

14. Los días de calor nos íbamos a la playa o a la piscina y yo me mojaba un poco y me echaba a tomar el sol, pero K insistía en que tenía que nadar 30 largos de piscina (Smith, 1990, pág. 18).

Aquí hay varios elementos que actúan para construir la anormalidad de K. Smith destaca el papel de la descripción que hace Angela de su propia actividad: mojarse un poco y tomar el sol se presentan como actividades adecuadas que con-

trastan con las ganas de nadar de K. Sin embargo, como destaca Robin Wooffitt (1992), es probable que esta función contrastante no baste, por sí sola, para producir este efecto. Es la expresión introductoria «insistía» lo que caracteriza la actuación de K como compulsiva y no como meramente ociosa, y la especificación precisa de «30 largos de piscina» puede insinuar una tendencia obsesiva. Comparemos el fragmento 14 con la siguiente versión, modificada por mí para eliminar el término insistía y la especificación precisa de los largos de piscina:

15. Los días de calor nos íbamos a la playa o a la piscina y yo me mojaba un poco y me echaba a tomar el sol, pero K se ponía a nadar.

Aquí el contraste no funciona para presentar las acciones de K como anormales, y mucho menos como extravagantes.

El fragmento 14 presenta otro aspecto notable. El empleo repetido del tiempo pretérito («íbamos a...», «me mojaba...») no presenta estos hechos como algo extraordinario sino como algo de carácter general. Éste es un aspecto importante de la construcción de K como alguien que tiene problemas, porque presenta sus acciones como ejemplos genéricos o representativos y no como casos aislados o malentendidos. Wooffitt también destaca que el empleo repetido del pretérito desempeña un papel en la construcción de hechos: Angela no extrapola a partir de un caso aislado sino que ha hecho observaciones repetidas, observaciones que le permiten ofrecer detalles tan precisos como el número exacto de largos de piscina que nadaba K.

Esta última observación nos recuerda que la cuestión de la normalidad está estrechamente vinculada con la cuestión de la regularidad. De hecho, suele ser difícil distinguir entre ambas. Por tanto, se plantea la cuestión de determinar cómo se hace que una descripción justifique la caracterización de algo como normal o regular. Y el trabajo de Gail Jefferson sobre las listas nos ofrece un método para abordar esta cuestión.

Jefferson y las listas de tres elementos

Al estudiar transcripciones de conversaciones cotidianas, Gail Jefferson (1990) observó que era muy común la presencia de listas con tres elementos o partes. Por ejemplo:

16. *Matt*: Los buenos actores se están muriendo.
Tony: Se están- se están muriendo todos, [ya lo creo
Matt: [Tyrone Po- wer. Clark Gable, Gary Cooper,]
Tony: Todos se mueren.
(Jefferson, 1990, pág. 74)

En este caso, Matt lista tres ejemplos para mostrar su acuerdo con la afirmación de que todos los actores buenos se van muriendo.

La mención de listas presenta varias características que indican que estas agrupaciones de tres elementos pueden tener una condición normativa o convencional. Por ejemplo, es muy infrecuente que se interrumpa a una persona después de mencionar el segundo elemento de una lista, aun cuando existan muchas oportunidades de hacerlo mientras trata de encontrar un término conveniente para el tercer elemento. Y con frecuencia recurren a «finales generalizados de listas» como «etcétera» o «y cosas por el estilo».

Ahora bien, Jefferson no quiere decir que las listas que carecen de tres elementos no están bien formadas; después de todo, las listas de compras, las listas de cosas para llevarse de vacaciones, etc., tienen una cantidad de elementos muy variable y no por ello dejan de ser muy útiles. Su propuesta es que las listas específicas de tres elementos se suelen emplear para resumir una clase general de cosas. Bastan tres elementos para indicar que disponemos de ejemplos que representan algo general y no de simples ejemplos aislados. Por ejemplo, en el fragmento 16 la lista de tres actores se emplea para apoyar la afirmación general de que los buenos actores se mueren; obsérvese también que mi lista de tipos específicos de listas que aparece al principio de este párrafo, representa la clase de las listas en general.

He aquí un ejemplo procedente de un estudio sobre la argumentación política. La entonces primera ministra, Margaret Thatcher, está siendo presionada por un entrevistador (Ent) de televisión para que responda a la pregunta de si ella provocó la dimisión de uno de sus ministros.

17. *Ent.*: Pero usted no afirma que hubiera un acuerdo total entre usted misma y el ministro, ¿no es ↑así?
Thatcher: .hhh Digo que he respaldado y apoyado totalmente al ministro (.) naturalmente debatíamos cosas
1→ >debatíamos en el consejo de ministros
2→ debatíamos en la comisión económica .hh
3→ debatíamos con muchos asesores<
(Edwards y Potter, 1992, pág. 143)

Aquí existen muchas complejidades (véase Edwards y Potter, 1992). Sin embargo, destaca la combinación de categorización y listado. La señora Thatcher no utiliza el término «acuerdo» empleado por el entrevistador (con su opuesto implícito, «desacuerdo») sino que lo reemplaza por «debate». Como un debate puede incluir un desacuerdo, no contradice directamente al entrevistador y, al mismo tiempo, sugiere un proceso más constructivo y cooperador. Para destacar el contraste entre acuerdo/desacuerdo y debate, se ofrece una lista con tres tipos diferentes de debate. Caracteriza el debate como algo que se da de manera rutinaria

en varios contextos diferentes. Los debates —que pueden implicar desacuerdos o que algunas personas pueden confundir con desacuerdos— son algo normal.

Como ejemplo final, consideremos el siguiente fragmento de la terapia de Connie y Jimmy. Aquí, Connie responde a una pregunta que le ha planteado el consejero acerca de la confianza.

18. *E*: Sí definitivamente (.) ya no tengo confianza (.) siento que ya no puedo volver a confiar en él (0,4) ahora no (0,2) yo-(.) creo que el noventa y cinco por ciento de lo que (0,2) me ha dicho es verdad (0,2) pero como dije hay demasiadas coincidencias (.) y siento (0,4) bueno (.) que si sólo fuera una noche (.)
1→ pero una noche me lo encuentro hablando por teléfono con ella (.)
2→ otra noche una amiga mía lo ve con ella en un bar,
3→ y otra amiga lo vio en un *nightclub* otra noch- (.) para mí (0,2) es: es demasiado. (.)

(DE-JF/C2/S2: 3)

Como antes, la lista sirve para destacar el carácter general de algo. En este caso, los tres ejemplos se consideran suficientes para demostrar que las promesas de Jimmy de que su *affaire* se había acabado no eran de fiar.

La cuestión general a destacar aquí es que las listas de tres elementos se pueden emplear para construir ciertos sucesos o acciones como comunes o normales. Naturalmente, es una más de las diversas técnicas que se pueden emplear para este fin. Como estas cuestiones ya han sido desarrolladas por Derek Edwards, en la parte final de este capítulo me centraré en sus estudios sobre la formulación de guiones.

Formulación de guiones y rupturas

Edwards introduce la formulación de guiones y rupturas en contraste directo con la noción de guión de la psicología cognitiva (Edwards, 1994a, 1995, 1996). La idea que subyace a la teoría clásica del guión es que las personas abordan las situaciones cotidianas y rutinarias siguiendo guiones codificados mentalmente. La analogía con los guiones cinematográficos es evidente. De la misma manera que un guión guía a los actores durante una escena, determinando qué deben decir y en qué momento, los guiones cognitivos establecen instrucciones para abordar situaciones comunes, como ir a cenar a un restaurante. La meta final de la teoría clásica del guión era partir de estos casos supuestamente simples y directos para explicar la naturaleza «guionada» de actividades más personales e idiosincrásicas (Schank y Abelson, 1977).

Edwards adoptó esta noción y pensó cómo reelaborarla para que interesara no sólo a los psicólogos, sino también a las personas que intervienen en una con-

versación o a los lectores de periódicos. Los psicólogos cognitivos parten de la regularidad como un fenómeno que ya viene dado, y se han preguntado qué mecanismo cognitivo la puede explicar; sin embargo, es posible considerar la regularidad como algo construido y potencialmente polémico, y no como un aspecto natural del mundo. Es decir, en vez de preguntarse qué organización mental ordenada es responsable de la conducta metódica de una persona, Edwards se pregunta cómo se puede hacer que, en una descripción, la conducta de una persona parezca metódica o no. ¿Cómo se constituye el carácter metódico o común de una acción? O también, ¿cómo se construye la descripción de una acción para presentarla como una desviación de este orden? Recordemos cómo se construía una sospecha en torno a la conducta de K presentándola como una nadadora obsesiva y no como alguien que simplemente se lo pasaba bien.

He aquí un ejemplo relativamente sencillo que Edwards toma del material de Connie y Jimmy. Ambos responden a una pregunta del consejero sobre su matrimonio.

19. *C*: Cuan:do (.) antes de que se mudaran aquí ccómo era su matrimonio. (0,4)

E: ↑O↓h. (0,2) yo- (.) para mí: siem:pre (.) ha ido bien hasta ahora, (0,2) mi matrimonio era fuerte como una roca.(0,8) Fuerte como una roca.= =Teníamos discusiones como todo el mundo, (0,4) perohh (0,2) para mí no había ningún problema importante. ¿sabe usted? Eso (0,2) pienso yo pero (0,4) Jimmy lo ve mu[y muy distinto.]

J: [Bueno (1,0)] Al ser: (0,8) una persona celosa, (0,8) e:m, (0,6) volvamos- (.) volvamos a: (0,6) cuando éramos novios (1,0) cuando empezamos a salir (0,8) bueno nos conocimos en un: bar precisamente. (1,0) >Cuando empezamos a salir allí estábamos,< <CAda semana> nos peleábamos. (0,2) Siempre estábamos co:mo el perro y el gato.

(DE-JF/C2/S1:7)

Uno de los aspectos polémicos de esta sesión es que el problema general en la relación de Connie y Jimmy está inextricablemente relacionado con quién tiene la culpa de sus dificultades actuales. Por ejemplo, ¿se ha deteriorado su relación a causa de un *affaire* reciente de Jimmy (una afirmación que se hace directamente en otra parte de la sesión)?, ¿o bien se remonta el problema al principio de la relación? Estas cuestiones entran en juego en las versiones contrapuestas que se ofrecen en el fragmento 19.

Connie construye una descripción de una estabilidad conyugal fuerte y perdurable; ha sido «fuerte como una roca» hasta ahora, es decir, hasta los problemas actuales de su relación. Obsérvese en particular el trabajo descriptivo realizado en la caracterización de las «discusiones». Éstas se describen como algo rutinario; el tipo de discusiones que tiene todo el mundo. Según Edwards, estas discusiones

son formulaciones de guiones. Naturalmente, nos podríamos preguntar por qué Connie saca a relucir la cuestión de las discusiones en una versión que establece la solidez de su relación. ¿Por qué no se limita a manipular los sucesos y las acciones pertinentes para que refuercen mejor su versión? Sin embargo, esto equivaldría a no reconocer la complejidad retórica de una situación con tres participantes.

Consideremos el material de Dorothy Smith sobre la enfermedad mental de K. K no estaba presente para contrarrestar las afirmaciones de Angela. No podía desarrollar una descripción de la naturaleza rutinaria o recomendable de nadar en una piscina, y mucho menos reprochar a Angela que se limitara a tomar el sol. En el fragmento anterior las cosas son muy diferentes porque Jimmy se sienta al lado de Connie y tiene la oportunidad de hablar a continuación. Puede contradecir la descripción «fuerte como una roca» construyendo una alternativa que haga referencia a numerosas discusiones; algo que, muy probablemente, ya ha hecho en el pasado. Por tanto, podemos ver que cuando Connie hace referencia a las discusiones, pero las caracteriza como el tipo de discusiones rutinarias que suelen tener las parejas en general, su intención es atajar esta contradicción. Su descripción está organizada retóricamente para rebatir una alternativa potencial.

Como podemos ver en el fragmento, Jimmy no tarda ni un segundo en contrarrestar la afirmación de que su relación era fuerte como una roca y sin más discusiones que las normales en cualquier pareja, con una versión que destaca la presencia de un conflicto endémico y de raíces muy profundas. Obsérvese su énfasis cuando dice «<CAda semana>» y «Siempre». Además, Jimmy sustituye el término «discusión» empleado por Connie por el término «pelea», más fuerte y negativo. Es una formulación de guión, pero ahora el guión establece la existencia de un conflicto grave y problemático en una relación que, como dice Edwards, «más que ser fuerte como una roca, es más dura que una piedra» (1995, pág. 328). Al formular este guión, Jimmy desvía la atención del posible papel de sus actividades extramaritales y la centra en la relación misma.

Por tanto, el argumento general es que se puede utilizar toda una gama de enfoques descriptivos para presentar una actividad como rutinaria o como excepcional, y para vincular esta actividad con las predisposiciones permanentes de un individuo o, al contrario, para vincularla con una situación o unas circunstancias excepcionales. Aunque Edwards nos advierte que sería prácticamente imposible confeccionar una lista exhaustiva de las técnicas o mecanismos que emplean «guiones y predisposiciones», él mismo destaca que en el material sobre la terapia de Jimmy y Connie se dan unas construcciones recurrentes.

Estas construcciones se suelen basar en formas modales y verbales que tienen un cariz iterativo («yo me mojaba un poco», «se enfada tanto conmigo»), es decir, que implican algo regular o perdurable. Pueden pluralizar sucesos («teníamos discusiones...») y emplear adverbios de tiempo («siempre», «normalmente») con el mismo fin, o caracterizar explícitamente algo como ejemplo de una pauta («te daré

un ejemplo rápidamente...»). Alternativamente, las estructuras condicionales «si-entonces» («si apareciera alguien...») inducen pautas de actividad que difuminan la distinción entre lo real y lo hipotético (véase también Widdicombe y Wooffitt, 1995, pág. 120). Todo esto forma parte de un conjunto de recursos discursivos que se pueden utilizar para constituir pautas de actividades. Las acciones que se producen en una relación de pareja o en un debate político se pueden presentar como algo normal y corriente, o se pueden socavar presentándolas como algo extraño y anormal.

Representaciones en acción

Al principio de este capítulo destaqué la enorme magnitud de la tarea de estudiar cómo se emplean las representaciones para desempeñar acciones particulares. Este análisis se podría realizar en muchos niveles diferentes y existen muchas áreas que podrían ser objeto de estudio. No obstante, en este capítulo al menos he tratado de indicar la posibilidad de que pueden existir temas generales que se repiten en toda una gama de contextos.

El primero de estos temas era el papel fundamental de las categorizaciones básicas para construir descripciones que desempeñen acciones. Mediante la categorización, se formula una entidad, una acción o un suceso como poseedor de unas cualidades particulares. Describir a una persona como cazanoticias puede servir a una actividad, y describirla como periodista puede servir a otra. Mediante el empleo de determinadas categorizaciones, escritores y hablantes pueden apoyar o socavar inferencias particulares acerca de ellos mismos; por ejemplo, un consejero puede mostrar neutralidad y entusiasmo a la vez, categorizando como «rica y compleja» una relación problemática cuya culpa se ha hecho recaer en una de las partes.

Este argumento destacaba la importancia de prestar atención a los sistemas metafóricos que pueden intervenir en las descripciones. En este mismo capítulo se ha presentado la guerra en términos políticos, mientras que en el capítulo 3 se presentó la guerra en términos deportivos. Sin embargo, ya advertí del peligro de considerar que el discurso no metafórico es menos interesante o tiende menos a orientarse hacia la acción, o de creer que existe una distinción analítica clara y tajante entre el discurso literal y el discurso metafórico.

Aunque he destacado que las categorizaciones pueden intervenir en la acción de muchísimas maneras, he considerado especialmente interesantes los ejemplos donde la sustantivación de un verbo oscurece al agente, y donde el empleo poco transparente de un verbo promueve una agencia. Así, la nominalización «matanza» en el informe de unos disturbios puede evitar la necesidad de determinar explícitamente quién ha hecho la matanza y quién ha muerto, mientras que «James ayudó a perder a John» puede insinuar unas intenciones sin tener que manifestarlas explícitamente.

Una característica de estos argumentos es que se centran en las descripciones que se expresan. Sin embargo, es interesante considerar la categorización como un proceso que, al tiempo que selecciona unas descripciones, rechaza otras. La noción de manipulación ontológica de Woolgar y Pawluch es otra manera de expresarlo: muestra cómo hacer que unos argumentos y unas afirmaciones sean eficaces, tratando como discutibles unas entidades particulares y dando otras entidades por sentadas. Si esta noción se considera de una manera más amplia, se puede aplicar a cualquier situación donde se seleccione un terreno argumentativo particular de entre una gama de opciones disponibles.

Además de los procesos básicos de categorización y manipulación, he destacado dos dimensiones constructivas de las descripciones: maximización y minimización por un lado, y normalización y anormalización por otro. En muchas ocasiones, el objetivo de una descripción es mostrar que algo es muy bueno o muy malo, muy grande o muy pequeño, o que una ofensa es extremadamente grave, o que es tan trivial que no cabe preocuparse por ella. Aunque Anita Pomerantz destacó el fenómeno concreto de las formulaciones explícitas de casos extremos («recién comprado», «nadie respeta los límites de velocidad»), la cuestión del extremismo tiene una difusión más general. Después me he centrado especialmente en el empleo de diferentes prácticas de cálculo y fraccionamiento para maximizar o minimizar los avances realizados en la lucha contra el cáncer, y en cómo se pueden formular ciertas acciones violentas de una manera indirecta y minimizadora para facilitar un tipo determinado de interacción.

La cuestión de determinar qué es normal y rutinario y qué no, es fundamental en los asuntos humanos porque está estrechamente relacionada con la cuestión de determinar qué acciones requieren explicación y cuáles no. Por tanto, no es sorprendente que existan muchas maneras de presentar unas actividades como rutinarias o, al contrario, como rupturas de una pauta estándar. Dorothy Smith destacó el papel de las estructuras de contraste en hacer que unos sucesos parezcan anormales o problemáticos, contrastándolos con algo que se caracteriza como adecuado («pasárselo bien» en contraste con «nadar 30 largos de piscina»). Derek Edwards ha desarrollado la noción de formulaciones de guiones y rupturas, y ha mostrado cómo estos mecanismos permiten presentar unas acciones particulares como sucesos excepcionales o, alternativamente, como ejemplos de pautas generales. Estas formulaciones proporcionan una base para asignar responsabilidades y permiten que la descripción de una acción proporcione indicios sobre la «predisposición» de una persona, es decir, sobre su carácter, su personalidad o su estado de ánimo. Así, las acciones de Jimmy se pueden presentar como perfectamente rutinarias y como una consecuencia comprensible de su desesperación ante el coqueteo de su esposa con otro hombre, o se pueden formular como la reacción exagerada e irracional de un marido con celos endémicos y patológicos ante unas actividades sociales que son típicas de cualquier bar.

8

CRÍTICA DE HECHOS

Después de todo lo visto, ¿dónde nos encontramos ahora? De momento nos hemos centrado en algunas de las principales maneras de establecer una descripción como neutral, factual e independiente del hablante. Hemos examinado cómo se las hace ascender y descender por la jerarquía de la «modalización». También hemos estudiado algunas de las tareas desempeñadas por el discurso factual y cómo contribuyen a su logro determinadas construcciones discursivas. En este capítulo final trataremos de desmenuzar algunas de las implicaciones de los argumentos y los análisis presentados anteriormente.

Para empezar, volveremos a considerar las implicaciones de este trabajo en nuestra manera de comprender la naturaleza de las descripciones y, de una manera más general, en la perspectiva teórica del construccionismo. Después de esto nos centraremos en la investigación social. Las descripciones intervienen en la investigación social a varios niveles. Existen las interacciones en las que se basan la mayoría de las investigaciones, las descripciones teóricas de actividades y estructuras que ofrecen los investigadores sociales y el lenguaje empleado en la literatura y en el discurso académicos. Las descripciones rara vez se han considerado un problema en la ciencia social, y tampoco han recibido mucha atención las consecuencias de esta omisión. Terminaremos este libro examinando la importante cuestión de la crítica. Los análisis y las perspectivas aquí desarrolladas, ¿en qué medida proporcionan una base para criticar hechos? Por ejemplo, ¿pueden estos análisis vincularse coherentemente con un programa político, o quizá la noción de una crítica social construccionista es incoherente de por sí?

Hechos, actos discursivos y construccionismo

Actos discursivos y descripciones

Una manera de explicar la naturaleza de la perspectiva sobre los hechos y las descripciones desarrollada en este libro, es estableciendo su relación con la teoría del acto discursivo del filósofo John Austin. Como vimos en la introducción, en *Cómo hacer cosas con palabras* Austin introduce una distinción entre dos tipos de expresiones (Austin, 1962). Por un lado, existen expresiones que afirman cosas —«el gato está echado en la estera», «Jimmy es extremadamente celoso»— y, por otro, existen expresiones que hacen cosas —«cierra la puerta», «que venga la policía al mil ciento sesenta de Arvin Avenue North»—. Según Austin, podemos distinguir estos tipos de expresión examinando su manera de fallar. El primer tipo de expresión puede tener dificultades en función de su verdad o falsedad: el gato podría estar en cualquier sitio menos en la estera; Jimmy podría ser atento y de mente abierta en vez de extremadamente celoso. En cambio, las expresiones del segundo tipo no se evalúan en función de su verdad. «Cierra la puerta» no es ni verdadero ni falso; sin embargo, puede «fallar», como dijo Austin, de otras maneras. Imaginemos lo extraño que sonaría «cierra la puerta» si un paciente se lo dijera al cirujano justo antes de empezar la operación; nos podríamos preguntar si es el producto de una alucinación o si la anestesia no ha funcionado, pero no nos preguntaríamos si la expresión es verdadera. O imaginemos que la expresión «que venga la policía al mil ciento sesenta de Arvin Avenue North» forma parte de una broma telefónica a la policía; lo que estaría en juego sería la sinceridad y no la veracidad.

Ahora bien, el objetivo de Austin al establecer esta distinción era combatir los enfoques que trataban el lenguaje como un sistema de representación abstracto. Habiendo establecido una avanzadilla con la noción de que ciertas expresiones desempeñan acciones, continuó proponiendo que desempeñar acciones es, en realidad, un aspecto general de las expresiones. De hecho, lo que hizo Austin fue apartar la atención de los filósofos del papel de los sustantivos en el lenguaje, y afirmar que los verbos tenían una importancia similar. Los filósofos ya no podían centrarse exclusivamente en la relación entre el sustantivo «gato» y el minino peludo y real que bebe leche; en cambio, debían considerar qué hace que una expresión como «prometo que...» sea una acción propiamente dicha (véase Searle, 1969).

Austin diseñó una «prueba» para ver si una expresión es un acto discursivo «ejecutivo» o no, consistente en traducir esta expresión a primera persona singular del presente de indicativo. Las expresiones que admiten esta traducción son actos discursivos. Así, decir «cierra la puerta» se convierte en una manera abreviada de decir «te pido que cierres la puerta». Lo interesante para nosotros es

cómo aborda Austin las descripciones, es decir, las expresiones que afirman cosas. Austin observó que las afirmaciones, lejos de ser una categoría en contraste con los actos discursivos, pueden pasar fácilmente la «prueba» del acto discursivo. Por ejemplo, «el gato está echado en la estera» se puede traducir a la forma de acto discursivo «afirmo que el gato se encuentra echado encima de la estera», donde la acción que se hace es la de afirmar. Este argumento actuó como una fuerte crítica para los enfoques entonces dominantes que consideraban el lenguaje como un sistema abstracto. La afirmación vuelve a ocupar su lugar como elemento de los asuntos humanos.

Esto constituye un buen punto de partida. El problema es que, habiendo centrado la atención en el papel práctico del lenguaje, Austin se dio por satisfecho tratando la acción llevada a cabo por las descripciones como una simple afirmación. Esto es relativamente convincente en el caso de ejemplos inventados como «el gato está echado en la estera», de los que no se exige nada más que ilustrar argumentos filosóficos. Sin embargo, cuando tomamos ejemplos reales, la paráfrasis en forma de acto discursivo no es tan directa. El estatus de «Jimmy es extremadamente celoso» como afirmación puede ser, precisamente, lo que esté en juego en una disputa; «no me estoy quejando, sólo digo las cosas como son» es un intento común de controlar este problema. Así pues, el hecho de que los participantes en una interacción consideren que una expresión es realmente (simplemente, solamente) una afirmación y no una queja, un cumplido, un coqueteo, etc., no tiene nada que ver con la forma gramatical de la expresión. Como vimos en la disputa entre Jimmy y Connie, cada parte trata a la otra como si realizara una serie de acciones complejas empleando expresiones que adoptan la forma gramatical de las descripciones. La noción de una sencilla prueba de traducción puede tener sentido en el ámbito de la filosofía, donde el objetivo es desarrollar una teoría del lenguaje aún más abstracta, pero es manifiestamente inadecuada en el ámbito controvertido de las prácticas descriptivas humanas que se dan en unas situaciones concretas.

La cuestión, pues, no es que Austin careciera de razón al argumentar que hacer una afirmación es un tipo de actividad: el error estriba en que trabajar con ejemplos inventados de expresiones individuales fuera de contexto, y considerar que la prueba de la paráfrasis la podría realizar un analista imparcial, omite precisamente aquello que es crucial en las interacciones reales. Como ya he tratado de ilustrar mediante una amplia gama de ejemplos distintos y recurriendo a varias tradiciones diferentes de investigación, las descripciones se establecen como meras descripciones mediante una gama de procedimientos y, al mismo tiempo, se pueden socavar haciendo que parezcan parciales, interesadas, estratégicas, etc. Las descripciones poseen una orientación epistemológica que puede convertirse en el tema de investigación. Cuando prestamos atención a este tema, la distinción entre cuestiones de verdad y cuestiones de práctica se difumina aún más. No es,

como dice Austin, que una afirmación sea una simple acción; afirmar puede llevar a cabo una gama de acciones, y hacer que una expresión sea factual constituye, en sí mismo, una actividad.

Algunas de las acciones desempeñadas por las descripciones se pueden caracterizar fácilmente mediante verbos de «acto discursivo» como «invitar», «culpar», «cumplimentar» (además de otros ejemplos más oscuros examinados por Austin). Sin embargo, muchas acciones hechas por medio de descripciones no son fáciles de especificar empleando un solo verbo. Por ejemplo, no es fácil encontrar un verbo que caracterice la compleja actividad realizada por el consejero de Connie y Jimmy cuando dice «ustedes han llevado (0,5) una vi:da rica y (.) compleja» (véanse las págs. 228-229); aunque es posible imaginar que, si esta acción fuera lo suficientemente común y explícita, llegaría a adquirir un nombre propio. Por esta razón he seguido el hilo del análisis conversacional y he escrito sobre la orientación hacia la acción de las descripciones. Las descripciones están estrechamente ligadas a las prácticas de las personas, y los verbos de un lenguaje son un recurso importante para caracterizar estas prácticas, aunque no exista necesariamente una correspondencia entre unas y otros.

Esta insistencia en que las descripciones forman parte de las prácticas, va totalmente en contra de la imagen objeto-palabra que ha sido tan fundamental en la manera de interpretar las descripciones y los hechos durante el siglo XX. La cuestión de si las palabras «rica» y «compleja» de la frase del consejero son precisas o verdaderas es, virtualmente, la menos interesante de todas. De hecho, los participantes no retoman estos elementos en la interacción posterior. O tomemos cazanoticias y periodistas como descripciones de categorías contrapuestas (véanse págs. 172-173). Ante estas alternativas comunes es improbable que la cuestión crucial para los participantes sea si son verdaderas o no: lo que importa es qué se hace con ellas en una interacción particular.

Construccionismo sistemático

En las ciencias sociales hay una amplia gama de trabajos que pueden ser, o han sido, catalogados como construccionistas. Algunos de estos trabajos se han revisado en los tres primeros capítulos de este libro, y no deseo dedicar aquí más tiempo a intentar especificar en qué sentido son o no construccionistas, y mucho menos tratar de presentar alguna definición de construccionismo. El construccionismo ha significado cosas diferentes en distintas disciplinas y con frecuencia se ha empleado como un término general para designar toda una gama de perspectivas «radicales» en un sentido amplio, sin prestar demasiada atención a la cuestión analítica y epistemológica de qué es una construcción y qué es lo que se construye (Potter, 1996b). De hecho, una característica destacada de numerosas

investigaciones construccionistas, buenas y malas, es lo poco que se han tomado los procesos de construcción *per se* como tema de investigación. En general, la construcción aparece en estos trabajos como punto de partida y no como tema de estudio.

Uno de los objetivos fundamentales de este libro ha sido indicar en qué nos deberíamos basar para estudiar sistemáticamente los procedimientos empleados para construir la factualidad de las descripciones. El primer requisito que he propuesto es adoptar una postura simétrica ante las descripciones que los participantes consideran verdaderas y falsas. Este requisito se debería complementar con el reconocimiento de la distinción entre la orientación hacia la acción y la orientación epistemológica de las descripciones. En términos analíticos y teóricos, la atención se debería centrar en el discurso y en la retórica más que en la cognición.

También he identificado una gama de temas en el estudio de la construcción de hechos, revisando y desarrollando la literatura de la sociología de la ciencia, la etnometodología, el análisis conversacional, el postestructuralismo y el posmodernismo. Algunos de estos temas han sido desarrollados mediante ejemplos analíticos en capítulos posteriores.

Un tema fundamental es cómo se elabora o se socava la credibilidad del productor de una descripción, construyendo acreditaciones de categorías o aludiendo a conveniencias e intereses. En realidad, este tema se refiere a las cuestiones, fundamentales para los participantes, de determinar qué motiva las descripciones del productor y cómo sabe éste lo que sabe.

Otro tema importante es cómo se controla la responsabilidad en las descripciones que incluyen citas, posturas, ideas o incluso puntos de vista del propio hablante o escritor. Ésta es la función del posicionamiento. Aunque el posicionamiento está muy vinculado con toda clase de prácticas, es especialmente importante cuando centramos nuestro interés en la orientación epistemológica de las descripciones.

Otro tema fundamental es cómo se producen las descripciones para que parezcan externas e independientes del hablante o el escritor. Las diversas técnicas para alcanzar este objetivo incluyen el discurso empirista, el consenso y la corroboración, diversos tipos de construcciones narrativas y la manipulación del grado de detalle y vaguedad.

Estos temas no agotan en absoluto los medios empleados para estabilizar y cosificar versiones, pero están muy extendidos y son muy frecuentes. Pueden servir como punto de partida para un examen sistemático de las maneras de convertir descripciones en hechos y las maneras de estabilizar y cosificar ciertas versiones del mundo como si reflejaran la realidad. Se pueden concebir como un conjunto de intereses que guían la producción y la socavación de descripciones factuales.

La estabilización y la construcción de hechos no son unos intereses abstractos centrados en la verdad y la falsedad, sino que están estrechamente ligadas con

prácticas de todo tipo y son inseparables de ellas. Las categorías descriptivas formulan el mundo de unas maneras concretas que son pertinentes, y se pueden utilizar, en las actividades en curso. Las descripciones y las formulaciones intervienen en las actividades de muchas maneras diferentes. Ya examinamos algunos ejemplos donde las formulaciones podían demostrar neutralidad («rica y complicada»), oscurecer la agencia («la matanza») o promoverla («El Papa deshonra la bar mitzvah»), y también vimos que el empleo de una categorización concreta puede desviar la atención de otras categorizaciones alternativas retóricamente pertinentes («se produjo un episo:dio, con (.) un tipo, (.) en un bar»). Se pueden construir descripciones para que algo parezca extremo o grande o, al contrario, para minimizarlo y hacer que parezca pequeño; también se pueden utilizar descripciones para presentar una acción como normal o rutinaria, o para presentarla como anormal o problemática. Por ejemplo, la descripción de un acto de violencia se puede construir para destacar su gravedad y maldad, o para suavizarlo y considerarlo disculpable y hasta divertido. Nadar en la playa se puede describir como una actividad normal y corriente, típica de ese contexto; pero también se puede presentar como una actividad obsesiva y extravagante.

Es indudable que estos temas y distinciones tienen limitaciones y ofrecen diferentes grados de generalidad. Por ejemplo, la categorización es un aspecto ineludible del discurso descriptivo, pero aludir al consenso y la corroboración no es más que una de las muchas posibilidades retóricas existentes. Me han sorprendido muchas veces la sutileza y la omnipresencia de la orientación epistemológica en las prácticas descriptivas y sus implicaciones para diferentes áreas de investigación. Al optar por centrarme en un conjunto determinado de temas, parte de mi objetivo es mostrar, simplemente, que esta cuestión es importante y que su estudio podría beneficiar a investigadores con diferentes intereses. Mi esperanza es que estos temas puedan constituir un punto de partida para el análisis, y que estimulen a los investigadores a desarrollar aún más el estudio de las descripciones y a examinar sus implicaciones en contextos no abordados hasta ahora. Por tanto, la conclusión general es que abordar en serio el problema de la construcción sería muy provechoso para la ciencia social construccionista. En vez de considerar la construcción como un punto de partida dado por sentado, la construcción y la desconstrucción se deberían considerar aspectos fundamentales de los asuntos humanos que merecen ser investigados.

Ciencia social y construcción de hechos

La ciencia social recurre al discurso factual y descriptivo de varias maneras, y puede ser conveniente distinguir tres esferas de discurso descriptivo en la ciencia social. Existen descripciones que intervienen en las interacciones que se producen

durante una investigación; existe un lenguaje descriptivo específico de la ciencia social (concretamente, términos como «rol», «personalidad» y «familia»); y finalmente existe el discurso general de la ciencia escrita: informes, artículos, libros (como el presente). Ahora me centraré en las dos primeras esferas y dejaré para más adelante el grueso de la discusión sobre la naturaleza general de la ciencia social escrita, inscribiéndola en una discusión más amplia de la crítica y la construcción de hechos.

La primera esfera de discurso de la investigación social se genera en el mismo momento en que se generan los materiales (los «datos»). La investigación social suele requerir que los participantes hagan descripciones cuando responden a cuestionarios, pruebas y encuestas, rellenan protocolos experimentales o hablan con entrevistadores y etnógrafos. Al mismo tiempo, los propios investigadores sociales producen una amplia variedad de descripciones al producir el discurso de los elementos de un cuestionario, en las instrucciones experimentales y en las interacciones conversacionales que tienen lugar en la etnografía y en las entrevistas abiertas.

Todo esto plantea la siguiente cuestión: qué consecuencias tiene, para la investigación de la ciencia social, considerar que las descripciones son construcciones activas orientadas hacia la acción. Me centraré en dos ejemplos contrarios para ilustrar cómo se podría modificar nuestra comprensión adoptando esta perspectiva: las encuestas de opinión pública y las representaciones sociales.

Las descripciones en el proceso de investigación: encuestas de opinión pública

La investigación de la opinión pública es uno de los campos de la ciencia social moderna que más ayuda económica recibe. Se dedican grandes sumas a recopilar opiniones sobre presidentes, productos y cambios políticos. Las descripciones contenidas en las preguntas de una encuesta se suelen considerar representaciones directas de alguna parte de la realidad. No podemos colocar el INEM delante de alguien para pedirle su opinión sobre él, pero se considera que incluir la palabra «INEM» en una pregunta cumple el mismo papel. Las opiniones mismas se tratan como entidades mentales cuyo sentido es independiente de cualquier contexto particular de expresión; se considera que las fluctuaciones de opinión son consecuencia de diversos procesos de influencia social. Varios trabajos realizados desde una perspectiva discursiva y retórica han ido criticando esta imagen (Billig, 1987, 1991; Potter y Wetherell, 1987, 1988), y el argumento que aquí se desarrolla refina esta crítica todavía más. En particular, destaca que las descripciones contenidas en las preguntas de las encuestas de opinión, construyen versiones que están potencialmente alineadas, por ejemplo, con actividades de crítica o de elogio.

Tradicionalmente, el problema de «redactar» las preguntas de una encuesta se ha centrado en determinar si las preguntas son neutrales o están sesgadas, si su formulación es imparcial o induce una respuesta determinada. Pero construir el problema de esta manera presupone la existencia de una forma de descripción factual y neutral, capaz de capturar la realidad, en contraste con formas sesgadas que tienden a deformarla. Ni los críticos más sofisticados de las encuestas de opinión pública se han librado de recurrir a esta noción simplista de preguntas sesgadas e imparciales, como ilustra el ejemplo siguiente:

> Los psicólogos han escrito profusamente sobre la eliminación del sesgo en los cuestionarios. Pero en una encuesta se preguntaba: «¿Cree usted que las tropas británicas deberían retirarse de Irlanda del Norte, aunque esto condujera a una guerra civil como parecen opinar muchas personas?» (*Daily Telegraph*, 13 de febrero de 1972). Esta pregunta, planteada en la República de Irlanda, obtuvo un cuarenta y cinco por ciento de acuerdo. La pregunta neutral: «¿Cree usted que las tropas británicas deberían retirarse de Irlanda del Norte?» siempre ha obtenido un acuerdo superior al cincuenta por ciento cada vez que se ha planteado en Inglaterra, indicando que el sesgo de la redacción tiene un efecto considerable (Roiser, 1983, pág. 159).

Es evidente que la primera pregunta citada por Roiser incluye una amenaza de consecuencias terribles que no aparece en la segunda. Sin embargo, afirmar, como hace Roiser, que la primera pregunta está sesgada en comparación con la segunda, no sólo es hacer un juicio sobre la pregunta: es hacer un juicio sobre el mundo. Esta afirmación presupone que es posible identificar las disparidades entre las palabras y el mundo. Veamos en qué medida podemos socavar esta noción simple de sesgo. La primera pregunta trata la retirada de las tropas como algo distinto de la violencia que esa retirada puede ocasionar. Y si la violencia es la consecuencia más probable, entonces se puede argumentar que la segunda pregunta realiza una intensa tarea implícita para desvincularla de la retirada.

Otra cuestión es que la primera pregunta presenta la retirada en un escenario concreto; la sitúa en un contexto práctico de sucesos y consecuencias. En la segunda pregunta, la retirada se puede entender de una manera más abstracta. Una de las características destacadas por diversos análisis de la argumentación es que el discurso se organiza en torno a dilemas sobre la práctica y los principios (Billig y otros, 1988; Wetherell y Potter, 1992; Wetherell y otros, 1987). Una persona podría afirmar categóricamente que se debería hacer una cosa en principio, y aceptar al mismo tiempo que sería poco realista ponerla en práctica. En este caso, no es difícil imaginar a alguien afirmando que las tropas británicas deberían abandonar Irlanda del Norte, aceptando al mismo tiempo que tienen que seguir allí porque, desde su punto de vista, la alternativa es la horrible realidad de los conflictos sectarios. Visto así, la segunda pregunta permite al encuestado elegir la opción fácil de expresar sus principios, mientras que la primera pone en primer

plano una posible consecuencia dolorosa y compleja de la puesta en práctica de estos principios.

Ahora bien, no deseo pasarme al otro extremo y sugerir que las dos preguntas son igual de válidas o invertir la afirmación de Roiser diciendo que la segunda pregunta es sesgada y la primera no. La cuestión es que las dos son construcciones de sucesos, que estas construcciones se relacionan con juicios más amplios y que es probable que se utilicen de maneras diferentes en distintos contextos argumentativos. Estas preguntas se deberían evaluar en función de las versiones del mundo que construyen y de las prácticas en las que se inscriben.

Ahondemos en esta idea mediante otro ejemplo. Una cosa que inquieta a los responsables de las encuestas de opinión pública es la variabilidad que se da en los resultados de encuestas sobre el mismo tema que utilizan preguntas diferentes. Consideran esta variación como algo irritante y anómalo, algo que hay que eliminar siempre que sea posible: lo cierto es que no la consideran interesante por derecho propio. El ejemplo que presento aquí es muy espectacular y nos permitirá explorar cómo funcionan las descripciones implícitas en las preguntas para generar resultados diferentes. Las dos preguntas siguientes fueron planteadas en el espacio de un mes por la empresa EMNID, de la en otros tiempos República Federal de Alemania (RFA). Ambas se refieren al muy polémico despliegue de misiles nucleares Pershing y Cruise en la Europa de principios de los años ochenta.

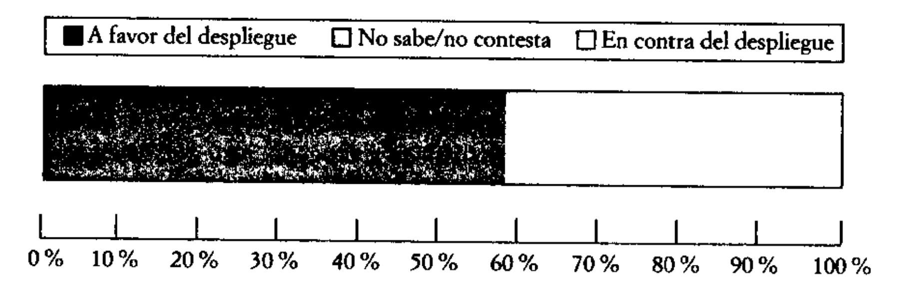
Quizá sea peligroso especular *a posteriori* sobre qué generó la diferencia entre el cincuenta y ocho por ciento a favor del despliegue de una encuesta, y el simple dieciséis por ciento de la otra. Pero seamos valientes y lancémonos sin miedo. Empezaré partiendo de la presuposición de que la diferencia entre estos resultados tiene que ver con la manera de construir el problema del despliegue dentro de las preguntas. ¿Qué diferencias había en la descripción de las opciones y las circunstancias para que se produjeran unos resultados tan distintos? No me ocuparé aquí de la orientación epistemológica de estas descripciones, sino de su orientación hacia la acción: ¿qué hacían estas descripciones? Las dos preguntas presentan diversos contrastes que, en potencia, permiten explicar el gran apoyo que recibió el despliegue en la primera encuesta y el escaso apoyo que recibió en la segunda. Para ilustrar las consideraciones que se han venido destacando en los argumentos de este libro, me centraré únicamente en tres de estos contrastes.

El primer contraste, y probablemente el más importante, se da en las descripciones de la sede de los misiles. En la primera pregunta se menciona «Europa Occidental» y en la segunda se dice «aquí, en la República Federal». Esto significa que la segunda pregunta no plantea el despliegue de los misiles en abstracto, sino que plantea su despliegue en el país del propio encuestado («aquí»). En aquellos tiempos, ese «aquí» también era la primera línea de combate de cualquier conflicto potencial entre Occidente y la Unión Soviética. Esto vuelve a demostrar la importancia de la construcción retórica de dilemas de principios y de práctica

Pregunta 1

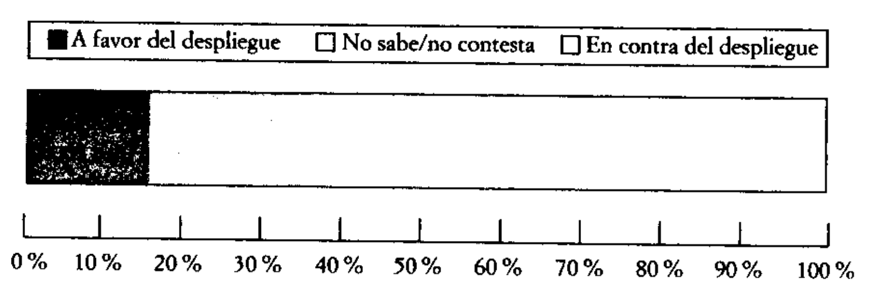
Le presentamos una serie de afirmaciones, rogándole que diga si tiende a estar de acuerdo o en desacuerdo con cada una de ellas.

> Occidente debe mantenerse suficientemente fuerte en relación a la Unión Soviética. Por tanto, es necesario el despliegue de armas nucleares modernas en Europa Occidental si la Unión Soviética no desmantela sus nuevas armas de alcance medio. (A favor = acuerdo; En contra = desacuerdo.)



Pregunta 2

En el caso de que las negociaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética no den ningún resultado, es de suponer que se desplegarán nuevos misiles, incluso aquí en la República Federal. ¿Está Ud. a favor o en contra del despliegue de nuevos misiles? ¿Qué haría Ud. si pudiera elegir? (A favor = despliegue de nuevos misiles; En contra = oposición al despliegue.)



Fuente: Opinion Roundup (1984), Question Wording Makes a Difference: German Public Attitudes to Deployment, *Public Opinion* (diciembre/enero), págs. 38-39.

Nota: La versión en inglés de estas preguntas procede del artículo original de *Opinion Roundup*.

FIGURA 8.1 Respuestas variables a encuestas de opinión

por parte de los participantes. Una cosa es aprobar algo en principio (la enseñanza preescolar universal) y otra muy diferente es aceptar las medidas prácticas necesarias para alcanzarlo (elevar los impuestos).

El segundo contraste es que los actores del conflicto se formulan de maneras muy distintas. En la primera pregunta son «Occidente» y «la Unión Soviética». Una consecuencia de emplear estas categorías descriptivas de inclusión es que hacen entrar en juego la pertenencia del encuestado a una de las partes; el conflicto se presenta como «nuestro», como algo en lo que estamos potencialmente implicados y de lo que somos un poco responsables. En la segunda pregunta, los actores son «los Estados Unidos» y «la Unión Soviética». No es sólo que «los Estados Unidos» no tiene relación con «nosotros»: es que, además, la pregunta se formulaba en la antigua RFA, donde los sentimientos hacia los Estados Unidos eran bastante ambivalentes.

El tercer contraste se da en las descripciones del armamento. En la primera pregunta, Occidente se proponía desplegar «armamento nuclear moderno». La descripción «moderno» es potencialmente eficaz en dos sentidos. Por un lado, en el discurso político, lo moderno suele ser algo bueno que simplemente se debe apoyar (por ejemplo, Wetherell y Potter, 1992, cap. 7). Por otra parte, es frecuente que «moderno» se contraponga a anticuado y obsoleto; por tanto, se da a entender implícitamente que se va reemplazar un armamento anticuado por otro moderno. En contraste con esto, las armas nucleares soviéticas se describen como «nuevas», sugiriendo la adición de más armas y no una mera sustitución. De esta manera, el despliegue de armamento nuclear se puede justificar como una manera de ponerse al día y de igualar el potencial soviético. En la segunda pregunta, sin embargo, son las armas estadounidenses las que se construyen como «nuevos misiles» (frase que se repite dos veces) y no se hace ninguna mención al despliegue soviético. En este caso, el despliegue de armamento nuclear ya no es una respuesta necesaria para contrarrestar una acción de la Unión Soviética.

Esta discusión sólo nos permite vislumbrar las complejas diferencias existentes en el lenguaje descriptivo de estas dos preguntas. No obstante, pone de manifiesto que la construcción de hechos plantea problemas incluso en simples encuestas de opinión que sólo piden el apoyo o el rechazo de los encuestados. Es importante destacar que no estoy afirmando que los investigadores de opinión no sean conscientes de estos problemas; en realidad, hacen grandes esfuerzos por resolverlos. Y es probable que formulen sus preguntas recurriendo sin reparos a consideraciones de este tipo, aunque de una manera menos explícita que como yo he hecho aquí. La cuestión es que tratan estos problemas como efectos de la redacción de las preguntas; es decir, como efectos del sesgo propio del lenguaje, como si una selección lingüística más cuidadosa pudiera producir una formulación neutral y no sesgada. Se echa en falta una perspectiva claramente construccionista que trate estos fenómenos como un aspecto endémico del estrecho vínculo que mantienen las descripciones con la acción y la evaluación.

Todo lo expuesto se resume en un corolario para la investigación. Mi discusión de estas preguntas se ha basado en mis propias intuiciones lingüísticas y culturales acerca del sentido particular que tenían las palabras «nuevo» y «moderno» —o, más precisamente, sus equivalentes en alemán— para los habitantes de la RFA a finales de la guerra fría. Sin embargo, estos términos también adquieren estos sentidos cuando se emplean en otros contextos discursivos particulares como una columna periodística de cariz político, o una conversación en la cola de un supermercado. Para comprender mejor, y con un matiz más analítico, el papel sistemático de estas construcciones, sería conveniente investigar cómo construyen las personas sus mundos sociales en estos contextos, como ha hecho Michael Billig (1992) con el habla de la familia real, y como hicimos Margaret Wetherell y yo (1992) con el discurso sobre la «raza» y la política. Quizá sea improbable que las organizaciones dedicadas a realizar encuestas de opinión se presten a patrocinar investigaciones de este tipo, que podrían socavar algunas presuposiciones comunes a todas las encuestas. Sin embargo, puede que en el futuro se desarrolle un nuevo estilo de realizar encuestas, que se beneficie verdaderamente de abandonar la presuposición de que el mundo está poblado de objetos y políticas que se pueden describir con neutralidad, y que las personas acarrean consigo opiniones acerca de estas cosas que son independientes del contexto de su expresión y que se pueden separar de argumentos morales, factuales y políticos de carácter más general. Aunque a primera vista el estudio de las descripciones y las opiniones puede parecer bastante independiente, mi conclusión es que el estudio de las descripciones tiene importantes consecuencias para el estudio de las opiniones.

Las descripciones en el proceso de investigación: representaciones sociales

El segundo ejemplo procede de una tradición de investigación totalmente diferente. La teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici (1984) es un sofisticado enfoque construccionista que se centra en el rol psicológico de las representaciones compartidas del mundo. A pesar de poner más énfasis en la representación que cualquier otro enfoque de las ciencias sociales, esta teoría no aborda la representación como una práctica; es decir, no se ocupa ni de cómo se construyen y se hacen factuales las representaciones, ni de qué se hace con ellas (véase McKinlay y otros, 1993). En cambio, se centra casi exclusivamente en el papel de las representaciones sociales para percibir el mundo como seguro y ordenado, y para fomentar la comunicación entre las personas. Los trabajos dedicados a las representaciones sociales han empleado diversas técnicas de investigación cualitativas y cuantitativas. Aquí deseo centrarme en el conocido ejemplo de un trabajo basado en el análisis cualitativo de unas entrevistas abiertas. Como antes, mi obje-

tivo es mostrar cómo pasan a un primer plano ciertos aspectos de la construcción de hechos, cuando examinamos cuidadosamente estos materiales y las inferencias que los científicos sociales han realizado a partir de ellos.

En su estudio de «la locura» y las representaciones sociales, Denise Jodelet (1991) se interesó por las representaciones de los pacientes de una comunidad pionera en el tratamiento de enfermedades mentales que tenía su sede en la población francesa de Ainay-le-Château, y especialmente en el empleo de representaciones específicas para clasificar a los pacientes, para hacer que sus acciones fueran inteligibles y para controlar los sentimientos de miedo o inquietud que pudieran provocar en otras personas. El libro de Jodelet es denso y complejo y contiene una enorme cantidad de interpretaciones de entrevistas abiertas. He optado por centrarme en un solo fragmento, el primero del que Jodelet extrae conclusiones sustantivas sobre las representaciones sociales. Jodelet lo emplea como ejemplo de la incapacidad de las personas de la población para liberarse totalmente de la conciencia de «la amenaza cercana y silenciosa de la locura». He aquí a Jodelet citando a una de las personas de la población:

> Tengo la impresión de que algunas personas van a poner reparos porque tienen miedo. Porque se nota, ¿sabe? Siempre voy a esperar a mi niña cuando sale de la escuela, en una plazoleta que tiene una parada de autobús. Me espero allí, junto a muchas otras madres, dentro del coche. Algunos vienen a hablar conmigo, haciendo bromas porque soy una mujer. De todos modos, no creo que algunos sean muy buenos para la comunidad. De unos no te das cuenta, pero hay otros... Hay uno, en el camino que va hacia Saint-Mamet, que no me gusta ni un pelo. Si saliera en bicicleta sé que me lo encontraría. A lo mejor es inofensivo. No lo sé. Es la manera en que me mira. Me impresiona mucho. Camina como un bailarín y tiene la cara negra, y sus ojos... se te queda mirando. Es verdaderamente terrible y me asusta. Hay algo en él que me asusta. Su cara es... no sé cómo describirla pero me preocupa. Sus ojos se te clavan. Te clava los ojos cuando te mira. Y eso es todo. No puedo describir el efecto que tiene sobre mí. Me trastorna (1991, pág. 54).

Jodelet continúa ofreciéndonos el siguiente análisis de la cita y de lo que ésta revelaba.

> Ante esta presencia incesante y multiforme de la locura, surge y se desarrolla un conocimiento sutil que permite amortiguar la aparición de esta aprensión oscura, que se transforma en el sucinto leitmotif «me asusta» y que a veces abruma a su víctima con una enfermedad concreta: el «ataque de pánico». Desde este punto de vista, la suavización de las reacciones emocionales parece ser el resultado de una técnica colectiva orientada a mantener una fachada de calma y armonía social (1991, págs. 54-55).

Como indican sus comentarios analíticos, Jodelet no se interesa por lo que se hace en este fragmento; no lo considera una descripción organizada para desem-

peñar unas actividades particulares. En cambio, su interés se centra en cómo se controla la inquietud de la participante mediante el empleo de una representación particular de la locura. Existen varios obstáculos para desarrollar una alternativa al relato de Jodelet que destaque la construcción de hechos que contiene. Jodelet no proporciona información sobre la secuencia en la que se inscribe el fragmento, y sólo podemos adivinar lo que puede haber dicho antes el entrevistador. Además, es una versión limpia de la transcripción, que ha transformado el habla de la participante en el tipo de expresión ordenada que es característica de los guiones teatrales o cinematográficos. Como también es una traducción, se podrían haber pasado por alto matices idiomáticos importantes en el francés original (naturalmente, Jodelet trabajaba en francés). No obstante, incluso con los materiales tal como están, es posible empezar a desarrollar una alternativa.

Basándose en lo que se dice al principio del fragmento, parece que la cuestión esencial son las objeciones reales o potenciales de los habitantes de la población al programa terapéutico de la comunidad. Ésta es la típica cuestión delicada donde el hablante puede evitar demostrar prejuicios contra un grupo minoritario, en este caso personas mentalmente enfermas. Obsérvese, pues, que si bien la hablante no se alinea directamente con quienes pueden plantear objeciones al programa terapéutico, dedica algún tiempo a elaborar la razón («miedo») que se puede emplear como base para plantear objeciones. Esta interpretación es totalmente contraria a la de Jodelet: para ella, el miedo es algo que impregna todo el fragmento y que principalmente se amortigua o suaviza para que no aflore a la superficie; en cambio, mi propuesta es que el miedo se subraya precisamente porque hace explicable una reacción que, en caso contrario, se podría considerar producto de un prejuicio.

Hay otra característica del fragmento que encaja con esta interpretación. Obsérvese que, inmediatamente después de presentar la cuestión del miedo, la entrevistada emplea una «formulación de guión» para presentar la imagen de unas conversaciones jocosas normales con algunos «pacientes mentales», mientras espera que su hija salga de la escuela. Obsérvese que el adverbio «siempre» y el presente de indicativo construyen la naturaleza rutinaria de lo que se describe. Ésta es una manera muy hábil de mostrar que la hablante no tiene prejuicios contra los enfermos mentales en general: tiene miedo de algunos que la miran y actúan de una manera extraña, pero es feliz compartiendo bromas con otros. Y obsérvese con qué cuidado se controla esta apreciación. La entrevistada muestra su racionalidad indicando que podría estar equivocada («a lo mejor es inofensivo») y, quizá, que tiene una actitud imparcial («no lo sé»; véanse las págs. 170-171). Su miedo no se basa en un prejuicio ciego; se presenta a sí misma como una mujer abierta pero que siente temor ante algunas personas (véase Wetherell y Potter, 1992, cap. 8). Por tanto, lo que Jodelet considera una expresión «multiforme» de la enfermedad mental, se puede ver como una distinción entre tipos de pacientes que indica fal-

ta de prejuicios; la entrevistada bromea con algunos y tiene miedo de otros: no tiene una respuesta (una predisposición) general.

No estoy sugiriendo que las afirmaciones de Jodelet sobre el fragmento sean erróneas sin más. Presenta un relato rico y riguroso que se basa en muchos otros materiales además de las entrevistas. Pero atender a la naturaleza orientada hacia la acción y constructora de hechos del habla, plantea problemas importantes a algunas de sus interpretaciones, y al mismo tiempo abre unas perspectivas interesantes sobre algunos aspectos de estos materiales. Hablando en términos generales, deseo emplear este ejemplo para ilustrar que la construcción de hechos no es una mera cuestión complementaria que los investigadores sociales pueden examinar si así lo desean; la construcción de los hechos es inseparable de la actividad que se lleva a cabo mediante el habla y los textos. En consecuencia, la atención a la construcción de hechos es una parte esencial de cualquier análisis bien hecho. Obsérvese también que, aunque he optado por centrarme en encuestas de opinión y en entrevistas abiertas, igualmente podría haber tomado ejemplos de la investigación con cuestionarios (Cicourel, 1974), la etnografía (Atkinson, 1990; Clifford y Marcus, 1986) o cualquier otro campo de la ciencia social.

El lenguaje descriptivo de la ciencia social

Cada una de las tres tradiciones examinadas en los capítulos iniciales de este libro, ha planteado argumentos consecuentes con la manera de concebir el lenguaje descriptivo de la ciencia social. En la sociología del conocimiento científico existe el argumento relativo al «vasallaje». Michael Mulkay (1981) argumentó, desde una perspectivo analítica del discurso, que a medida que los investigadores sociales construyen versiones definitivas de las creencias y las acciones de los científicos a partir de su habla y de sus textos, pueden caer en una relación de vasallaje donde la descripción «técnica» del analista apoya implícitamente los fines de la descripción cotidiana de los participantes. En la etnometodología, el interés se centraba en que los investigadores sociales, siguiendo métodos no explicitados, basaban sus análisis en nociones cotidianas en vez de considerarlos temas de investigación por derecho propio (Zimmerman y Pollner, 1971). Y en el pensamiento postestructuralista, y especialmente en los trabajos inspirados por Michel Foucault, se ha dado un interés permanente en cómo la investigación social, con sus diversas prácticas de observación, contabilización y clasificación, constituye precisamente aquello que estudia.

En este apartado deseo ilustrar brevemente las consecuencias de este conjunto de cuestiones utilizando parte de los estudios analíticos que se han centrado en diversas nociones fundamentales de la ciencia social. Todos son estudios sobre nociones que se han convertido en elementos establecidos de la terminología técni-

ca de la ciencia social —motivos, roles, etc.— y consideran su empleo práctico en contextos institucionales o cotidianos. El argumento que presento aquí es sencillo y ya se ha planteado antes otras veces, aunque sus implicaciones rara vez se han tomado en serio. Y lo que deseo argumentar es que el lenguaje descriptivo de la ciencia social proporciona un conjunto de construcciones del mundo social que pueden estar, y de hecho están, orientadas hacia la acción. Dicho en otras palabras, si estas nociones se desarrollan a nivel local para constituir unos objetos particulares y generar unos efectos determinados, los trabajos de la ciencia social que ignoren esta constitución y estos efectos pueden resultar defectuosos y confusos. Áreas enteras de trabajo pueden haber entablado inadvertidamente una relación de vasallaje con los proyectos de grupos de participantes.

Dorothy Smith formula esta cuestión de una manera muy sucinta:

> Un problema metodológico crucial para la ciencia social es su práctica de utilizar el lenguaje de los procesos sociales que se dan de manera natural, separando los términos de sus contextos e incorporándolos en el discurso científico social como conceptos teóricos o categorías que identifican características del mundo social... En este proceso, estos términos establecen relaciones teóricas con el discurso, convirtiéndose en los objetos y los instrumentos de la teorización. De esta manera, las conexiones, el significado y el empleo de estos términos en las relaciones sociales donde se originan, se atenúan y llegan a desaparecer. Este problema metodológico fundamental se ha convertido en un motivo para construir un edificio metodológico dedicado a descubrir los fenómenos de la realidad que creemos describir (1983, págs. 309-310).

Ahora bien, no creo que este argumento demuestre que estos términos no puedan describir con eficacia. Creer lo contrario equivaldría a determinar qué es factual y qué no, y constituiría una desviación fundamental del principio de simetría. Lo que se argumenta aquí es la ventaja de estudiar, en primer lugar, cómo se utiliza la terminología de la ciencia social en una gama de contextos no técnicos y, en segundo lugar, de considerar las implicaciones de emplear esta terminología en contextos técnicos.

Existen muchos estudios reveladores que muestran cómo se recurre a los conceptos y a la terminología descriptiva de la ciencia social en contextos institucionales y cotidianos, aunque no siempre se caractericen de esta manera. Estos estudios consideran que las categorías de la ciencia social son tema de investigación y no simples recursos sin más. Es decir, en vez de utilizar, por ejemplo, la noción de rol para comprender y explicar el comportamiento de las personas, el tema de investigación es la manera en que las personas mismas utilizan esta noción. Deseo examinar estos estudios brevemente para mostrar la amplitud de su alcance. Estos estudios abarcan, a grandes rasgos, un *continuum* que va desde los objetos y procesos intrapsíquicos que son el tema común de la psicología, pasando por las descripciones de las personas y sus acciones, las colectividades pequeñas y los proce-

sos sociales generales que se difuminan en la sociología, para llegar, finalmente, a las colectividades que son tema de la ciencia política y de los estudios de las relaciones internacionales. Abordaré estos estudios en este mismo orden.

Motivos. Algunos estudios de nociones psicológicas «internas» son especialmente interesantes en la práctica a causa de su papel epistemológico. En el capítulo 5 exploramos cómo se puede recurrir a la noción de motivación para socavar descripciones, y examinamos el control de los intereses para producir versiones neutrales, factuales y desinteresadas, o para presentarlas como predispuestas o distorsionadas. El lenguaje psicológico de los motivos proporciona recursos para construir una amplia gama de historias centradas en el interés. Producir versiones adecuadas de motivos es una manera básica de establecer la factualidad de una descripción. Por ejemplo, la afirmación del doctor Post de que la locura estimulaba la creatividad se consideraba objetiva, en parte, por la afirmación explícita de que su motivo para realizar la investigación era establecer precisamente lo contrario (el doctor Post era inicialmente escéptico). En un ejemplo bastante más complejo, Derek Edwards y yo mismo (1992, cap. 6) estudiamos las descripciones empleadas por un ministro británico para presentar las razones de su dimisión como adecuadas y honestas. Por último, una serie de estudios de interrogatorios sobre asesinatos ha mostrado que los sospechosos construían unas descripciones particulares de los crímenes y de sus circunstancias para insinuar unos motivos menos censurables (por ejemplo, aducir que un homicidio era el resultado de una provocación y no un simple acto de codicia; Watson, 1983; Watson y Weinberg, 1982; Wowk, 1984). La conclusión más evidente es que el lenguaje de los motivos sirve para constituir las acciones de una manera determinada y para construir o socavar su legitimidad. Los científicos sociales soslayan esto y construyen sus propias historias sobre los motivos, insípidas y faltas de motivación, por su cuenta y riesgo. Según el célebre argumento del sociólogo C. Wright Mills, «las distintas razones que dan los hombres para sus acciones no carecen, ellas mismas, de razones». (1940, pág. 904).

Esta discusión de los motivos también ilustra una cuestión más general. En la interacción entre personas se da una relación circular entre versiones del mundo y versiones de la vida interior. Los participantes dan descripciones que construyen motivaciones adecuadas para elaborar sus versiones factuales, y proporcionan descripciones factuales de pautas de sucesos en el mundo que pueden justificar la existencia de un motivo particular. Así pues, los procesos de construir versiones factuales del mundo y de la mente están estrechamente vinculados entre sí (Potter y otros, 1993). Existe una interacción compleja y muy poco documentada entre la construcción cognitiva y la construcción de hechos. Esto se explora con más detalle en Edwards (1996, cap. 2).

Memoria. La noción de memoria también tiene un rol epistemológico importante. En vez de considerar que los recuerdos son objetos mentales cuya exactitud pueden comprobar los psicólogos, recordar se puede ver como un conjunto de prácticas sociales relacionadas con una gama de acciones y que proporcionan unos tipos particulares de responsabilidad (Middleton y Edwards, 1990). En su aspecto más simple, recordar puede ser una cuestión muy importante y polémica en contextos tan variados como un juicio o la discusión de una pareja. No recordar puede ser un potente mecanismo para controlar cuestiones delicadas o incriminatorias, o para justificar la omisión de alguna descripción o algún conocimiento (Goodwin, 1987). Uno de los estudios más elaborados al respecto es el que se comunica en el libro de David Bogen y Michael Lynch (1996) sobre el testimonio de Oliver North, donde se documentan las diversas maneras en que North negaba recordar para controlar las acusaciones.

Rol y personalidad. Los conceptos de rol y personalidad aparecen como opuestos retóricos en una variedad de contextos cotidianos. Las acciones de una persona pueden ser una consecuencia natural de su naturaleza como persona, es decir, de su personalidad, o se pueden determinar, de una manera más institucional, por su trabajo o su estilo de vida. Éste es el dilema que entra en juego, por ejemplo, en la dimisión del ministro; ¿es esta dimisión la consecuencia de un choque básico de personalidades con un consejero político, o es una acción legítima y de principios de alguien que cumple con las exigencias de su trabajo (rol)? El discurso del rol y la personalidad se puede utilizar para construir sucesos que hay que justificar o socavar (Edwards y Potter, 1992). Margaret Wetherell y yo (1989) propusimos algo similar cuando estudiamos cómo se podían mitigar unas acciones policiales, descritas como brutales y no provocadas, empleando descripciones que aludían a la personalidad (sus acciones violentas eran «reacciones muy humanas») o describían roles («cumplían el trabajo» encomendado por sus superiores; véanse Halkowski, 1990; Mehan, 1986).

Influencia social. Los tipos de procesos de influencia social que figuran en los relatos de los científicos sociales, también se pueden estudiar en contextos no técnicos para ver qué se puede hacer mediante ellos. Por ejemplo, Peter Stringer examinó el muy conocido análisis psicológico social de *groupthink*, idea según la cual los grupos que toman decisiones bajo presión pueden reunir una constelación de procesos psicológicos diferentes que pueden tener consecuencias irracionales y potencialmente desastrosas (Potter y otros, 1984). Esta noción se desarrolló a partir de un conjunto de estudios sobre diversos fiascos internacionales estadounidenses, como la frustrada invasión de Cuba en Bahía de Cochinos patrocinada por la CIA a principios de los años sesenta. Stringer argumentó que el término *groupthink* no es una descripción neutral y abstracta de lo que sucedió.

Más bien es un caso de jerga técnica construido a partir de las descripciones de las diversas partes implicadas en el fiasco, que intentaban mitigar sus propias acciones y las del presidente Kennedy. *Groupthink* es un término perfecto para describir este proceso general no iniciado por ninguna de las partes implicadas; es el equivalente psicológico social de un tornado: algo malévolo y destructivo, pero de lo que no cabe culpar a nadie.

Encontramos otro ejemplo en Wetherell y Potter (1992), donde se estudiaba cómo se desplegaban dos de las principales explicaciones de la influencia social (la influencia «normativa» y la influencia «informativa») en relatos cotidianos sobre conflictos sociales. Estos relatos técnicos no actúan totalmente aparte de lo que sucede fuera del mundo de los libros de texto y los artículos periodísticos: lo técnico y lo cotidiano se funden entre sí. En las entrevistas sobre problemas políticos examinadas en este estudio, se empleaba el relato normativo —que no se destila en una sola palabra sino que se representa mediante una constelación de términos o tropos— para socavar acciones y presentarlas como el resultado de factores irracionales, o se podía emplear el relato informativo —tampoco condensado en una sola palabra— para hacer que esas mismas acciones parecieran racionales, meditadas y legítimas. En realidad, los entrevistados de este estudio describían complejos escenarios de influencia, poblados por un florido muestrario de grupos sociales: agitadores, extremistas histéricos, muchedumbres influenciables. Las ideas y la terminología de la ciencia social les proporcionaban una amplia gama de recursos para construir versiones de su mundo; pero esas versiones no eran simples representaciones en abstracto, sino que intervenían en ese mismo mundo, lo evaluaban, apoyaban algunos cambios y socavaban otros.

Categorías sociales. Las diversas categorías empleadas por la ciencia social para catalogar los colectivos sociales, constituyen un terreno extenso y fértil para estudiar el empleo ejecutivo de las descripciones. A pequeña escala, las nociones de «familia» y «comunidad» han recibido una atención especial por su poder retórico para constituir y legitimar simultáneamente algunas acciones y convenciones sociales (Gubrium y Holstein, 1990; Holstein y Gubrium, 1994; Potter y Halliday, 1990; Mulkay, 1994). Por ejemplo, describir unos alborotos o disturbios como un problema de «relaciones entre comunidades», puede formar parte de una versión de los sucesos orientada a promover medidas políticas interpersonales que aborden sus causas, como un aumento de la sensibilidad o una «vigilancia comunitaria»; por otra parte, caracterizar estos disturbios como un «conflicto entre la comunidad y la policía», prepara el terreno para una crítica más organizada del racismo de la policía y del paro estructural (Potter y Reicher, 1987).

Es importante destacar que nociones como éstas no tienen un significado estático y consensuado. Por ejemplo, «familia» tiende a emplearse como algo bueno y normal en el debate político contemporáneo del Reino Unido. Algunos políticos

afirman apoyar la «vida familiar» mientras acusan a la oposición de destruir «la familia». Sin embargo, en sus discursos, los políticos reconstruyen la noción de «familia» según la versión dictada en cada momento por la ideología de partido (Gill y otros, 1995).

A una escala mayor, el lenguaje de «regiones», «países» y «Estados-nación» ha sido objeto de diversos estudios críticos (Anderson, 1993; Billig, 1995; Shapiro, 1988; Todorov, 1985). Michael Shapiro destaca que la región conocida como «Sudeste asiático» no es una consecuencia natural de la organización física de la masa terrestre. Un estudio histórico del trazado de mapas revela que esta región se constituyó cuando los cartógrafos seguían los movimientos militares de los aliados durante la segunda guerra mundial: el territorio abarcado por el mapa no es un hecho natural de la organización espacial (si tal cosa fuera concebible) sino una consecuencia del despliegue de una estrategia militar. Como dice Shapiro:

> ...esta práctica de representación es tan familiar que parece natural (es decir, no parece una práctica), pero esta representación de áreas delimitadas participa de un venerable gesto retórico: el mapa es un tropo espacial que, lejos de limitarse a representar límites (naturales), constituye una práctica agresiva que formula el territorio discursivo dentro del cual se puede producir un discurso legítimo sobre las áreas delimitadas (1988, pág. 93).

Por otra parte, el concepto de «Estado-nación» ha enraizado con fuerza en la disciplina de las «Relaciones Internacionales»; sin embargo, el Estado-nación es una entidad relativamente reciente en términos históricos y coloca en primer plano ciertas características de la política moderna —economía nacional, ciudadanía— pero relega otras —la economía multinacional, la política de sexos— a un segundo plano.

Por tanto, el discurso factual de la ciencia social también es un discurso ejecutivo; interviene en todas partes, en versiones relacionadas con evaluaciones y acciones. El peligro es que las versiones técnicas pueden apoyar inadvertidamente la visión del mundo de ciertos grupos de participantes y oscurecer la de otros. Y también constituyen un discurso retórico en el sentido de Michael Billig (1987). Cada vez que se recurre a una de estas categorías descriptivas, no sólo se refuerza una forma particular de comprensión que constituye el mundo de una manera determinada, sino que también se contradicen otras descripciones y formas de comprensión.

¿Cuál es la consecuencia de este intenso recorrido por los estudios de la ciencia social y la práctica cotidiana? La conclusión no es que la ciencia social sea insostenible como empresa porque sus categorías descriptivas están estrechamente vinculadas con una gama de prácticas a través de contextos sociales diferentes (aunque Schegloff, 1988b, se acerca a esta conclusión); la conclusión es que los

trabajos de este tipo deberían instar a los investigadores sociales a prestar atención a dos cosas. En primer lugar, deberían tener en cuenta el bagaje teórico, en términos generales, que pueden acarrear consigo las categorías descriptivas de la ciencia social que se suelen dar por sentadas. En segundo lugar, deberían prestar atención a las complejas relaciones bidireccionales existentes entre estas categorías teóricas y los tipos de prácticas cotidianas de construcción, evaluación y consecución de hechos que se producen en otros contextos. Estos estudios destacan la posibilidad de que la ciencia social caiga en el vasallaje y esbozan los tipos de objetos sociales que se constituyen mediante la ciencia social. Su reto es seguir hasta el final las consecuencias de esta concepción ejecutiva de las categorías de la ciencia social en la práctica de la investigación.

Criticar hechos

Para terminar este libro, deseo examinar las consecuencias de los argumentos que he desarrollado para la crítica de los hechos. Me interesan las implicaciones y los aspectos más generales de los argumentos de este libro y de la variedad de literaturas y proyectos sobre la construcción de hechos que en él se revisan. ¿Podrían —y deberían— servir de ayuda, por ejemplo, al juez instructor de un caso de fraude? ¿Se hubiera beneficiado el consejero de Connie y Jimmy de una comprensión más teórica de la relación entre las descripciones y las acciones antes de las sesiones? ¿Existen algunas implicaciones más generales para los argumentos sobre la objetividad de los medios de comunicación o el estatus del conocimiento cotidiano? ¿Se puede vincular este tipo de examen de la construcción de hechos a tradiciones más generales de la crítica ideológica? Estas preguntas son de gran calado y complejidad, y no es posible ni deseable obtener respuestas definitivas: con todo, su misma importancia hace que valga la pena plantearlas.

Para elaborar estas cuestiones tomaré como punto de partida dos sólidas posturas que adoptan puntos de vista contrapuestos sobre el papel de los hechos y la crítica. En el banco azul se sientan Graham Button y Wes Sharrock (1993) con su anticonstruccionismo inspirado en la etnometodología y la filosofía lingüística; en el banco rojo tenemos representantes del Análisis Crítico del Discurso como Robert Hodge y Gunther Kress (1993), Norman Fairclough (1992, 1993) y Roger Fowler (1991). Dicho en pocas palabras, la postura del banco azul es que cualquier crítica generalizada de los hechos es incoherente, porque no es posible trascender las maneras acordadas de establecer la objetividad que se encarnan en las prácticas humanas; en cambio, según el banco rojo las descripciones de los artículos periodísticos y otros textos son ideológicos en cuanto que construyen versiones que deforman las relaciones de poder y oscurecen la agencia. Por tanto, la postura roja es que la crítica de las versiones factuales es uno de los roles más im-

portantes de los científicos sociales. Una vez hechas estas advertencias sobre las dos posturas, exploraré varias otras maneras de conceptualizar productivamente la crítica de los hechos.

El anticriticismo anticonstruccionista de Button y Sharrock

El objetivo específico de los etnometodólogos Graham Button y Wes Sharrock (1993) eran los sociólogos construccionistas del conocimiento científico que nos encontramos en el capítulo 1 (y especialmente Harry Collins, Nigel Gilbert y Michael Mulkay, y Steve Woolgar). Pero sus sofisticados argumentos en defensa de las nociones de objetividad y comprobación empírica de los científicos, constituyen un reto para cualquier enfoque construccionista de los hechos. En realidad, amenazan con demostrar que el replanteamiento construccionista del establecimiento de los hechos es a la vez erróneo e irrelevante. Por esta razón vale la pena dedicarles un poco de tiempo, aunque para ello tengamos que forcejear un poco con sus complejidades.

El argumento de Button y Sharrock tiene varios pasos. El primero consiste en afirmar que los construccionistas han entendido mal la naturaleza de las prácticas humanas. En particular, se han quedado atrapados por una versión del cognitivismo que Garfinkel y Wittgenstein han mostrado que es errónea. El construccionismo es cognitivista en su tratamiento de las prácticas sociales como producto del conocimiento y las creencias de las personas; es decir, de sus cogniciones:

> [los cognitivistas] piensan que la acción se basa en conocimientos y/o creencias, [mientras que] la correcta postura de Wittgenstein y Garfinkel es exactamente la contraria: que primero están las actividades y que el conocimiento y el acuerdo surgen del espacio que se abre en la organización de la acción (1993, pág. 3).

El problema de este cognitivismo es que no aborda la manera en que las representaciones forman parte de las prácticas y, en cambio, se centra en la relación abstracta entre las descripciones y el mundo. Según Button y Sharrock, lo único que distingue a los modernos construccionistas de los caducos empiristas es la dirección de la causalidad. Los empiristas consideraban que las representaciones son producto de los objetos y los construccionistas consideran que los objetos son producto de las representaciones.

El segundo paso del argumento consiste en especificar cómo conciben estos autores la noción construccionista de la objetividad. Según Button y Sharrock, mientras que los científicos tratan la factualidad como una consecuencia de la aplicación de métodos normalizados y de criterios formales para comprobar una verdad, los construccionistas consideran que lo que los científicos llaman objeti-

vidad, en realidad es una consecuencia del acuerdo entre los distintos científicos producido por el despliegue de mecanismos retóricos. La imagen tradicional de la objetividad de la ciencia «es rechazada de plano por las explicaciones construccionistas, ya que, según éstas, los métodos empleados por los científicos para establecer resultados objetivos en realidad *son técnicas retóricas empleadas para persuadir a otros a estar de acuerdo y a mostrar consenso*» (Button y Sharrock, 1993, pág. 5; la cursiva es del original).

El tercer paso consiste en destacar una distinción entre dos tipos de acuerdo. Existe una noción (cognitiva) del consenso que implica llegar a un acuerdo sobre representaciones y creencias, y existe otra noción más fundamental del consenso, inspirada por Garfinkel y Wittgenstein, que considera el consenso como un acuerdo en las acciones. El acuerdo de esta última forma de consenso se deriva de prácticas compartidas, como realizar experimentos científicos o catar distintas cervezas.

El cuarto y último paso consiste en indicar que la investigación construccionista de la ciencia ha demostrado la falta de consenso en el nivel de las creencias, pero no ha demostrado la ausencia de un consenso más fundamental en las prácticas, y es en este nivel más fundamental donde operan las nociones científicas (y, presumiblemente, cotidianas) de la objetividad. Así, aunque dos científicos podrían disentir radicalmente sobre la idoneidad de unos resultados experimentales, avalarían el empleo de las mismas prácticas para resolver su desacuerdo.

Los problemas de Button y Sharrock

Cada paso del argumento de Button y Sharrock presenta problemas. Se puede estar en desacuerdo con gran parte de su caracterización del construccionismo; por ejemplo, no tengo claro que ninguno de los autores de la sociología de la ciencia contra los que se dirige el argumento —Collins, Gilbert y Mulkay, Woolgar— trate las representaciones como ellos dicen o que no tengan en cuenta la naturaleza práctica de la ciencia; aunque discutir qué se entiende por práctico en este contexto podría dar mucho de sí. Sin embargo, me limitaré a abordar la afirmación más importante y potencialmente dañina de Button y Sharrock, según la cual la objetividad se basa en un acuerdo fundamental en las prácticas y, por tanto, no está amenazada por el análisis construccionista.

Button y Sharrock ilustran el acuerdo en las prácticas mediante el ejemplo de la cata de cervezas. Piden que imaginemos a dos hipotéticos bebedores que, estando de excursión por los pubs de Manchester, discuten si sabe mejor la cerveza de Boddington o la cerveza de Marston. Button y Sharrock sugieren que bajo este desacuerdo superficial sobre el gusto se encuentra un acuerdo más fundamental sobre lo que se entiende por gusto. Los bebedores estarán de acuerdo, por ejemplo, en «qué es amargo y qué es dulce» (1993, pág. 16). Cualquier crítica cons-

truccionista de la objetividad sería inofensiva si sólo destacara el desacuerdo superficial y no abordara el acuerdo más fundamental que se da sobre las prácticas.

El problema es que su argumento sobre las prácticas básicas de degustar no es difícil de desmontar. Tengo frente a mí un artículo de la sección dedicada a los vinos del periódico de hoy. En él se informa de la discrepancia entre dos grupos de catadores de vino en cuanto a la manera de comprender y describir los gustos.

> Los antiguos intentan expresar la estructura del vino; los modernos están más interesados en los sabores concretos. Mientras que los primeros hablarán de «crianza», «clase», «equilibrio», «armonía» y «cuerpo», los segundos hablarán de melocotones, crema, virutas de melón y, por si fuera poco, de un exclusivo posgusto subliminal con reminiscencias de especias y azahar (*Observer Life*, 18 de junio de 1995, pág. 53).

Obsérvese que lo que aquí está en juego no es simplemente la terminología descriptiva empleada, sino la estructura misma del gusto que sirve de base para evaluar los vinos («aromas» en contraste a «cuerpo»). Es de suponer que los catadores de ambos grupos seguirán enjuagándose la boca con el vino para escupirlo después; pero las categorías básicas que emplean para describir y evaluar las sensaciones son diferentes. No sé si alguna vez se han planteado debates de este tipo durante la elaboración de la *Good Beer Guide*, pero parece perfectamente posible; seguramente será tan plausible como la anecdótica ronda cervecera de Button y Sharrock por los pubs de Boddington y Marston. De hecho, el gusto se puede entender de maneras diferentes en culturas distintas (y puede que ni siquiera exista una categoría simple y natural de «gusto» a la que poder aludir para mostrar las diferentes maneras de comprenderla).

Por tanto, lo que deseo destacar es la sensatez de plantear ciertas cuestiones sobre la investigación; no es satisfactorio considerar que el acuerdo sobre el gusto es una cuestión puramente conceptual, y menos aún que surge del sentido común. Cabe aplicar el mismo argumento a la defensa que hacen Button y Sharrock de la objetividad científica. Aunque ellos no la citan, la teoría del progreso científico de Thomas Kuhn generó precisamente un debate de este tipo (véase cap. 1, págs. 41-42). Los filósofos encontraron deficiente la explicación del progreso de Kuhn según la cual las ciencias se desarrollan mediante ciclos de revolución y ciencia normal, porque no parecía proporcionar ningún criterio para juzgar si una ciencia era mejor después de una revolución que antes de ella. El problema era que las revoluciones propuestas por Kuhn no sólo implicaban echar por la borda los resultados acordados en un campo científico determinado, sino también los propios métodos y formas estándar de investigación. Según Button y Sharrock, estas revoluciones no sólo modifican las creencias (cognitivas): también modifican gran parte de las prácticas que las sostienen. Ante el papel tan fundamental asignado al

cambio, no estaba claro qué podía actuar como árbitro neutral para determinar el progreso (véase Lakatos y Musgrave, 1970).

Más adelante, el propio Kuhn se ocupó de este problema y propuso una explicación modificada del progreso científico basada en la existencia de verdaderos valores básicos, que se encuentran fuera de cualquier campo científico particular y que, en consecuencia, pueden actuar como árbitros cruciales del progreso (1977, cap. 13). Él escogió la precisión, la coherencia, la simplicidad, la fertilidad y el alcance como valores especialmente importantes. Si siguiéramos los argumentos de Button y Sharrock, deberíamos considerar que estos valores no son meras creencias o descripciones, sino formulaciones del acuerdo práctico básico que expresan los científicos en sus actividades. Esto es lo que hace entrar a la ciencia en vereda.

El problema de esta explicación es el siguiente: ¿cómo podemos juzgar si existe un acuerdo en relación a estos valores superiores? Es muy diferente afirmar que estos valores son importantes que demostrar que realmente inciden en el progreso científico. No es sencillo verificar si las acciones de los científicos se ajustan a estos valores. La coherencia, por ejemplo, es una cuestión técnica que implica una gama de juicios científicos. Una manera de abordarla consiste en estudiar las construcciones que hacen los científicos de la coherencia; es decir, centrarse en lo que los propios científicos consideran coherente en un conjunto de resultados (Mulkay, 1991, cap. 10; Potter, 1984). Este método descubre considerables variaciones en las descripciones. Button y Sharrock podrían objetar que estos estudios se centran en las representaciones y no en las prácticas, pero esto los dejaría en la situación anómala de reivindicar el consenso sobre nociones como la coherencia, frente a los desacuerdos de los propios científicos. Lo más fundamental es que la distinción entre las representaciones y las prácticas se difumina en cuanto empezamos a abordar las representaciones como parte de las prácticas, tal como he venido haciendo en todo el libro.

Así pues, el argumento de Button y Sharrock empieza a chirriar en cuanto se traslada desde el ámbito conceptual de los ejemplos imaginarios al ámbito práctico de la investigación. De hecho, no especifican en absoluto las prácticas que acuerdan los científicos como base para la objetividad; se limitan a compartir la confianza de muchos filósofos y científicos en que estas prácticas existen. Como ejemplo final del artículo de Button y Sharrock me centraré en el dolor, ya que parece presentar muchísimos problemas para un enfoque construccionista.

Recurriendo intensamente a Wittgenstein, Button y Sharrock tratan el dolor como parte de una «práctica natural» previa a todo conocimiento o creencia sobre él. Sin embargo, si el dolor fuera una práctica de este tipo, ello no demostraría que un análisis construccionista fuera irrelevante. Incluso como «reacción natural», el dolor es susceptible a lo que Sacks (1992, pág. 120) denomina «subversión». Es decir, las personas pueden hacer ver que sienten dolor mostrando

comportamientos típicos de quienes lo sufren; asimismo, pueden fingir no sentir dolor. La autenticidad del dolor en contextos cotidianos, como cuando los padres se ocupan de sus hijos, los médicos de sus pacientes o los abogados de casos de indemnización, no está justificada por ningún supuesto estatus de reacción natural. Uno de los más famosos ensayos de Roland Barthes (1972) destacaba la diferencia entre las muestras de dolor de la lucha libre, con sus rebuscadas muecas y sus angustiosos aullidos, y las del boxeo, con su fría indiferencia ante el castigo propinado por el contrario. Pensemos en Hulk Hogan, del Campeonato Mundial de Lucha Libre, y después pensemos en el boxeador Mike Tyson. La exhibición del dolor es un campo adecuado, y ciertamente fascinante, para el análisis de la construcción de hechos.

Los argumentos de Button y Sharrock pueden atacar con más eficacia otras formas de construccionismo, especialmente las variedades que consideran que el análisis de una construcción equivale a descubrir su falsedad (por ejemplo, véase Anderson, 1994). Sin embargo, la variante de construccionismo que he estado desarrollando en este libro ni propone esto, ni depende de los juicios de los analistas sobre el consenso. Como he argumentado en el capítulo 6, el consenso es importante para los participantes cuando construyen y socavan la objetividad de una versión, y como tal se puede estudiar. Un estudio de este tipo no requiere que un analista produzca una explicación técnica de si realmente existe un consenso o no: el consenso se estudia como una maniobra en el contexto de una pugna retórica. Además, el construccionismo aquí desarrollado es específicamente no cognitivo. En vez de ocuparse de la construcción de hechos en función de mecanismos cognitivos de conocimiento y creencia, se ha centrado en cómo se utilizan las descripciones en determinadas prácticas y cómo estas descripciones se construyen como factuales o se socavan como interesadas, falsas, etc.

Button y Sharrock reivindican el apoyo etnometodológico en su causa contra el construccionismo; sin embargo, es importante destacar que los etnometodólogos no respaldan en absoluto su ataque a la crítica construccionista social. Existen varios grados de aceptación de la intervención de la etnometodología en la crítica social. En su variante más débil, Lena Jayyusi (1991) no aboga por ninguna postura crítica, pero sí sugiere que para los etnometodólogos es incoherente intentar adoptar por principio una postura de «independencia cultural», porque los miembros de una cultura siempre tendrán la opción de tratar su análisis como pertinente y como partidista. En una variante más fuerte, tanto Dorothy Smith (1990) como Alex McHoul (1988) han intentado vincular los intereses de la etnometodología con una meta claramente crítica. Y en el trabajo de Paul Jalbert (1992, 1995), el análisis etnometodológico se traslada hasta una posición muy cercana al Análisis Crítico del Discurso, que es el tema del próximo apartado.

Es difícil evitar la conclusión de que Button y Sharrock han acabado adoptando una postura conservadora que oculta las nociones de objetividad de los par-

ticipantes de un escrutinio adecuado, presuponiendo que estas nociones dependen de prácticas consensuadas y naturales. Su explicación trata las prácticas como consensuadas y, para todo fin y propósito, como intemporales y culturalmente independientes, dando poca cabida a comentarios sobre el cambio social.

El Análisis Crítico del Discurso

Si la versión de la etnometodología desarrollada por Button y Sharrock implica un anticriticismo por principio, el Análisis Crítico del Discurso implica todo lo contrario. Considera que la crítica es un elemento intrínseco del análisis. El Análisis Crítico del Discurso es una etiqueta amplia que abarca un campo surtido de investigaciones inspiradas en autores tan diversos como Foucault, Halliday y Chomsky, que se mezclan con la lingüística en un extremo (desde luego, gran parte de este trabajo se denominó originalmente «lingüística crítica») y con la semiótica y los estudios culturales en el otro (Fairclough, 1992; Fowler, 1991; Fowler y otros, 1979; Hodge y Kress, 1993; Martin, 1989). Como campo de investigación incluye algunos análisis profundos y reveladores que destacan cómo funcionan ciertas características de las descripciones que anteriormente se habían pasado por alto. De hecho, constituye un rico recurso para quienquiera que esté interesado en la construcción de hechos y en la relación entre versiones y acciones. Sin embargo, desde la perspectiva que he desarrollado en este libro, se observan problemas en algunas de las maneras típicas de llevar a cabo la crítica de los hechos.

Hay dos cuestiones que vale la pena destacar especialmente. Los analistas críticos del discurso suelen centrarse en la construcción de la realidad en un fragmento de discurso, pero recurren a su propia comprensión (con frecuencia implícita) de la realidad «verdadera» para fundamentar sus análisis. Así, los estudios sobre la información que ofrecen los medios de comunicación sobre conflictos laborales, se suelen basar en presuposiciones implícitas sobre quién ha iniciado realmente el conflicto, quién se equivoca y quién está en lo cierto, etc. Los analistas críticos del discurso también tienen dificultades con la pragmática del empleo del lenguaje, es decir, con la intervención del habla y de los textos en actividades. Esto es, en parte, una consecuencia de sus orígenes en las perspectivas lingüísticas tradicionales de Noam Chomsky y Michael Halliday, que o bien ignoraban la pragmática del lenguaje, o bien la trataban de una manera limitada. Mi discusión se centrará en la obra clásica de Robert Hodge y Gunther Kress (1993) *Language as Ideology*, por ser el texto que ha definido este campo.

La noción de transformación del lenguaje es fundamental para el Análisis Crítico del Discurso. En su forma original en el trabajo de Chomsky (1957), el término «transformación» se refería a las modificaciones posibles de una oración nuclear. Así (¡simplificándolo de una manera exagerada!), la oración fundamental (o

«de estructura profunda») «el gato está echado en la estera» se puede transformar en las oraciones superficiales (o «de estructura superficial») «¿estaba el gato echado en la estera?», o bien «¿se encontraba la estera debajo del gato?». En el trabajo de Chomsky esta cuestión era fundamental para explicar la forma gramatical y, en última instancia, para explicar los tipos de procesos cognitivos mediante los cuales se produce el lenguaje. Kress y Hodge querían aplicar estas ideas a cuestiones de carácter más interactivo e ideológico, argumentando que las transformaciones actúan borrando, uniendo o reordenando «los elementos que se encuentran en las estructuras subyacentes» (1993, pág. 34), y que esto produce «supresiones», «distorsiones» o «mistificaciones», y puede enmascarar contradicciones y confusiones o imponer «un consenso sin examen» (1993, pág. 35).

La siguiente cita pertenece a su presentación de la noción de transformación.

> Imaginemos una situación donde alguien debe llevar a cabo un trabajo y otra persona pregunta si ya lo ha hecho: el trabajo en cuestión podría ser vaciar el cubo de la basura. La mujer podría preguntar: «¿Está sacada la basura?» y podría recibir la respuesta airada: «Si sabes que he estado fuera de casa todo el puto día, ¿cómo quieres que haya sacado la basura?» (o algo parecido). Ante esto nos podríamos preguntar: ¿por qué se ha enfadado el marido? y ¿cómo sabía que la mujer se lo preguntaba a él? Después de todo, él no ha sido mencionado. La respuesta es que la esposa había elegido presentar la realidad de una manera, pero luego «transformó» esta versión de la realidad en otra que difería de la versión original. En la forma original, el marido aparecía como la persona que supuestamente debía vaciar el cubo de la basura: «¿Has sacado la basura?». Pero en la versión transformada el «has» ha desaparecido; la mujer lo ha borrado mediante el proceso lingüístico de convertir una oración activa en pasiva (1993, págs. 15-16).

Esto es fascinante por varias razones. Obsérvese la ambivalencia con que Hodge y Kress caracterizan la realidad de la situación. Al principio del fragmento, sacar la basura se presenta como un trabajo que «se debe llevar a cabo», pero luego se describe como la manera en que la mujer eligió presentar la realidad en primer lugar; es decir, empieza como un aspecto objetivo del mundo, pero luego se trata como una comprensión específica de la mujer. Además, la versión objetiva es ambigua: es plausible que la expresión «se debe llevar a cabo» implique la construcción de una regularidad (normalmente es el marido quien lo hace), la construcción de un deber (el marido se ha comprometido a hacerlo siempre) o la construcción de una intención aislada (el marido dijo que lo haría ese día). Esta ambigüedad es importante, porque cada una de estas construcciones distintas implica un contexto diferente de responsabilidad para el esposo y, en consecuencia, sugiere un sentido diferente para su respuesta. Como vimos en el capítulo 7, estos tipos de construcciones desempeñan un papel importante en actividades que formulan guiones.

Ahora bien, para Hodge y Kress la ambivalencia entre la situación objetiva y la construcción de la mujer no es accidental. Lo que ellos describen como «forma original» de la expresión de la mujer («¿has sacado la basura?») encaja con la situación real: era él quien tenía que hacerlo. La correlación entre el pensamiento de la mujer y la realidad de la situación ayuda a justificar que esta forma se trate como «real» y no como «superficial». El problema de esto es que se convierte en una teoría del lenguaje moral y normativa. La «forma real» es proporcionada por un análisis lingüístico al estilo del primer Chomsky, que trata las oraciones como poseedoras de unas formas básicas que se pueden transformar de varias maneras. En el ejemplo de Hodge y Kress, la expresión transformada de la mujer oscurece esta forma básica para atajar una disputa sobre quién debe sacar la basura. Su expresión complica la situación con fines estratégicos.

Aquí hay tres cosas que merece la pena destacar. En primer lugar, la situación «real» (el marido tenía que sacar la basura) se inventa para que sea precisamente como es. En las investigaciones reales, no existe una manera simple de indicar «cómo son los hechos» antes de su reconstrucción en las versiones de los participantes. En segundo lugar, esta situación «real» es fundamental para el análisis. Sólo sabiéndola pueden Hodge y Kress especificar la transformación que constituye su «descubrimiento» fundamental. En tercer lugar, se considera que la mente de la mujer contiene la forma inicial y fiel de la expresión, y que luego la transforma para su consumo público.

Continuemos explorando este ejemplo con seriedad, a pesar de su naturaleza inventada, ya que es posible explicar lo que ocurre de una manera totalmente diferente a como lo hacen Hodge y Kress. En lugar de realizar un análisis lingüístico, abordemos la secuencia desde la perspectiva interactiva desarrollada por el análisis conversacional y consideremos que el segundo turno ofrece una interpretación del primero.

Mujer: ¿Está sacada la basura?
Marido: Si sabes que he estado fuera de casa todo el puto día, ¿cómo quieres que haya sacado la basura?

Propongo que la réplica del marido no responde a la pregunta de la mujer y que, en consecuencia, no la considera una pregunta implícita acerca de si ha sacado la basura o no. Es decir, el marido no orienta su habla hacia lo que, según Hodge y Kress, es el sentido de la expresión antes de la transformación. Pero tampoco la trata como una pregunta meramente abstracta acerca de alguien (incluyéndole a él) que pudiera haber sacado la basura (la forma superficial). Lo que hace es responder a ella, a grandes rasgos, como si fuera una queja irrazonable. Este tipo de análisis se centra en los detalles de lo que realizan el habla y los textos, y no en idealizaciones gramaticales. Evita la correlación triple del Análisis Crítico del Dis-

curso entre el mundo, la construcción cognitiva del mundo por parte del hablante y la oración básica. Y evita la presuposición de que ciertas expresiones son, necesariamente, transformaciones de partes más fundamentales del lenguaje.

Lo que ilustra este ejemplo es cómo Hodge y Kress han producido una teoría normativa y moral; las oraciones básicas (en el sentido de Chomsky) se consideran más reales y honestas que las transformadas (de nuevo en el sentido de Chomsky), que son engañosas y estratégicas. La distinción profunda/superficial de Chomsky se traduce en las distinciones real/deformada, correcta/errónea de Hodge y Kress. Obsérvese que esto es más una presuposición de su análisis que una conclusión o algo demostrado por él. Bien pudiera ser que determinados estudios realizados desde la tradición del Análisis Crítico del Discurso mostraran, efectivamente, que las oraciones «transformadas» se emplean para desviar la atención de procesos particulares, como se examinó en el capítulo 7. Sin embargo, esto no significa que las oraciones básicas sean mejores o más radicales o más reales. Por ejemplo, la expresión «¿Está sacada la basura?» se podría utilizar de muchas maneras en contextos diferentes. Un análisis puramente lingüístico consideraría que oscurece al agente que debe vaciar el cubo, y es posible que esta consideración sea útil en cualquier análisis; pero un análisis interactivo podría revelar toda una variedad de actividades en marcha o, ciertamente, la ocultación de otros tipos de cosas.

Centrémonos ahora en otro ejemplo y en otra forma de transformación, que en este caso implica la nominalización. En su análisis de la cobertura periodística de conflictos laborales, Hodge y Kress destacan la frecuencia de las nominalizaciones (verbos que se han transformado para adoptar la forma sintáctica de sustantivos). Por ejemplo, se puede utilizar la descripción nominal «ocupación» en lugar de «los huelguistas ocupan la fábrica», que según ellos es la forma básica. Hodge y Kress critican las descripciones sustantivadas porque eliminan a los agentes (los huelguistas) y oscurecen el «proceso causal» concreto: «Una actividad que fue iniciada y llevada a cabo por los mineros, en un lugar y en un momento concretos, ahora parece tener una existencia autónoma y puede aparecer como el actor de una nueva construcción» (1993, pág. 21).

Como en el ejemplo anterior, no sugiero que las diferencias lingüísticas entre estas construcciones no sean interesantes y potencialmente importantes. Los problemas que plantean se deben a su empleo de nociones (implícitas) de lo que realmente ocurrió para evaluar la descripción, y de considerar que la forma básica suele ser mejor que la forma transformada. Obsérvese que la presuposición de que la ocupación fue «iniciada y llevada a cabo» por los mineros implica juicios sobre lo que precisamente suele estar en juego en los conflictos laborales: quién los empieza. ¿Inició este conflicto la patronal al abonar unos salarios ridículamente bajos para un trabajo tan sucio y difícil? ¿Lo iniciaron los líderes mineros como parte de un intento de hacer caer a un gobierno de derechas? ¿Lo inició el

propio gobierno para generar un enfrentamiento que socavara el poder de los sindicatos? Relatos de este tipo son comunes cuando se describen huelgas. Esto significa que limitarse a equiparar la forma básica de la oración con la situación real puede conducir a muchos equívocos.

La idea fundamental del Análisis Crítico del Discurso según la cual los procesos causales están representados adecuadamente por la forma básica de una oración, pero quedan oscurecidos por su forma transformada, también es problemática. Es posible argumentar lo contrario en el caso de la nominalización. Por ejemplo, cuando se nominaliza, «ocupar» deja de ser un proceso causal y se convierte en «ocupación», es decir, en un objeto de nuevos órdenes de proceso causal: X ocasionó la «ocupación», la «ocupación» ocasionó X. Sin embargo, el que esto sea engañoso o no, depende de juicios sobre el mundo. Por ejemplo, la forma nominal puede destacar precisamente las relaciones causales que se suelen destacar en los análisis que hacen las ciencias sociales del proceso social, donde se identifican relaciones entre entidades más o menos abstractas que van más allá de sucesos concretos. La cuestión es que la forma básica ocupar puede ocultar estos procesos abstractos, pero al mismo tiempo políticamente cruciales, detrás de los detalles empíricos. Estos análisis no son, intrínsecamente, ni radicales ni reaccionarios. Sus consecuencias políticas dependen de una gama de consideraciones.

En resumen, he destacado una gama de problemas del Análisis Crítico del Discurso. Estos problemas tienden a hacer que el análisis lingüístico sea convincente comparando una versión textual con una versión casi siempre implícita de lo que realmente ocurre. Dicho en otras palabras, el Análisis Crítico del Discurso se aparta del principio de simetría que tan importante ha demostrado ser en el estudio de la factualidad. Tiende hacia un análisis cognitivo y estratégico, muy dependiente de las nociones de lo que pretenden los hablantes y de las dificultades que plantea el tratamiento de la información que generan algunas construcciones. Y se basa en una teoría moral del lenguaje que trata ciertas formas de oración como más verdaderas y menos engañosas que otras. Estas características se mantienen, en parte, centrando la atención en textos formales como los periodísticos, donde están ausentes las orientaciones de los hablantes, que son tan importantes para el análisis conversacional, y donde es más fácil mantener afirmaciones acerca de la eficacia ideológica. Algunos de estos problemas se desprenden claramente del nombre mismo «Análisis Crítico del Discurso». El criticismo se considera esencial para la tarea de investigación (e, implícitamente, se tiene por ausente en otras formas de análisis del discurso); una alternativa menos presuntuosa y mecánica sería considerar que la crítica es un objetivo que se puede alcanzar o no, independientemente del éxito del análisis.

De historias verdaderas a True Stories/Historias verdaderas

De acuerdo con la lógica narrativa que he utilizado hasta ahora en esta sección, la continuación evidente de esta descripción de dos posturas imperfectas sobre la crítica de los hechos sería otra postura, quizá más moderada, que navegara razonablemente entre ambos extremos y corrigiera sus fallos. Sin embargo, no voy a intentar tan ingeniosa resolución. De hecho, ante la extensa línea de argumentación que he desarrollado en los últimos capítulos, esta resolución sería difícil de sostener; y abogar por una posición moderada tiene algo de aburrido. Voy a terminar este libro con algunos argumentos y dilemas, esperando que sean constructivos y, tal vez, provocativos.

Para empezar, examinemos el problema de la reflexividad. Aplacé su discusión en el apartado sobre la ciencia social y la construcción de hechos a causa de su importancia más general. La reflexividad se refiere a un conjunto de cuestiones que se plantean cuando consideramos la relación existente entre el contenido de una investigación y los escritos y las acciones de los investigadores. El examen más profundo de esta cuestión se ha producido en la sociología del conocimiento científico, gracias al estímulo de la crítica denominada *tu quoque*. *Tu quoque* se puede traducir como «hay otro» o «tú también». La *Encyclopaedia of Reflexivity and Knowledge* de Malcolm Ashmore lo define como el argumento según el cual: «Una postura (teoría, argumento) es incoherente (ilegítima, errónea) si cuando se aplica reflexivamente a sí misma se produce un resultado absurdo, es decir, se produce una autocontradicción (autorrefutación, autodestrucción, autoderrota, autosocavación)» (1989, pág. 86). Y el argumento reza así: los sociólogos del conocimiento científico afirman haber demostrado la naturaleza socialmente construida de los resultados científicos, pero sus conclusiones se deben aplicar también a sus propias investigaciones científicas, en cuyo caso sus resultados también deben estar socialmente construidos, y si el resultado de que los resultados científicos se construyen socialmente está, él mismo, socialmente construido, no se debe tomar muy en serio y, en consecuencia, toda la empresa se viene abajo.

Se han dado varias respuestas al argumento *tu quoque*. Algunas se limitan a expresar un total desacuerdo. Por ejemplo, Harry Collins (1981) argumentó que el *tu quoque* confunde el análisis construccionista con la desestimación realista. Basándose en este argumento, demostrar el rol de las prácticas constructivas en la elaboración de un hecho científico pertenece a un orden de cosas totalmente diferente que demostrar que este hecho es erróneo. Aceptar el *tu quoque* es confundir la sociología de la ciencia con un intento de atacar la ciencia, cuando en realidad es un intento de atacar algunas historias simplistas sobre el funcionamiento de la ciencia y sobre la singularidad del conocimiento científico en comparación con otros tipos de conocimiento (véase Collins y Pinch, 1993).

Malcolm Ashmore, Michael Mulkay y Steve Woolgar (Ashmore, 1989; Mulkay, 1985; Woolgar, 1989) también rechazaron que la sociología del conocimiento científico se pueda refutar mediante un argumento *tu quoque*. En particular, rechazaron la noción de lógica en que se basa esta refutación y la idea de unas normas universales de verdad que se tambalearían ante una afirmación universal de que no existen normas universales. Sin embargo, en contraste con Collins, consideraron que el argumento *tu quoque* ponía de manifiesto la importancia de la tensión entre la descripción del conocimiento como algo generado que ofrece la investigación social sobre la ciencia, y la presuposición de un conocimiento universal e intemporal que se encuentra implícita en las formas textuales de los investigadores. Dicho en pocas palabras, proponían que es difícil plantear una oposición frontal al empirismo y el objetivismo de los relatos tradicionales de la ciencia, si las formas textuales empleadas en esta oposición están ellas mismas construidas a base de tropos empiristas y objetivistas.

Por ejemplo, de varios trabajos de la sociología de la ciencia, y especialmente de análisis discursivos en este campo, se desprende la conclusión de que los textos mediante los cuales se escribe la ciencia tienen un gran peso en los procesos de construcción de hechos. Espero que, a estas alturas del libro, ya no sea polémico afirmar que los textos escritos de la ciencia no son descripciones neutrales y transparentes de la realidad y de las acciones de los científicos. En vez de limitarse a repetir los tropos que constituyen estos textos en un nivel más elevado del análisis de la ciencia social, Ashmore, Mulkay y Woolgar han tratado de presentar textos que emplean tropos diferentes para llamar la atención sobre su propia contingencia y artificialidad; el objetivo de esto es demostrar cómo opera la construcción de hechos. Por ejemplo, el principal trabajo de Ashmore en este campo incluye parodias, diálogos, una conferencia, una enciclopedia, un texto doble y una falsa presentación de una tesis doctoral. En cada caso, las propias formas textuales son una parte constitutiva del argumento.

Esta propuesta de disolución del argumento *tu quoque* se puede considerar, a grandes rasgos, posmoderna. En vez de rechazar la representación, el realismo, el empirismo o las versiones locales de estas posturas, esta propuesta intenta trabajar con ellas de una manera irónica o autorreferencial que destaque las tensiones y las fracturas de los discursos referenciales en vez de arreglarlas o evitarlas. Por ejemplo, cuando Malcolm Ashmore, Greg Myers y yo mismo (1995) escribimos una revisión de la literatura sobre el discurso, la retórica y la reflexividad, empleamos la ficción de una estudiante de doctorado que, desilusionada con su investigación, se había interesado por la retórica y la ciencia. Presentamos la revisión como si fuera su diario de una semana en la biblioteca y mediante esta ficción exploramos algunas de las ausencias destacadas que se dan en la forma estándar que adoptan las revisiones de la ciencia social. Por ejemplo, la ficción presenta a quien hace la revisión como alguien situado en el espacio y en el tiempo, y que for-

ma parte de una red de relaciones; es una persona con una historia y unos intereses. También se destaca el papel de la serendipidad, de la naturaleza consumada de las reglas de selección y del espacio físico de la biblioteca. Tuviera éxito o no (sea lo que sea el éxito en un caso como éste), su objetivo era proporcionar una revisión que comentara y criticara a la vez la naturaleza de las revisiones. Cuanto mejor funcionara, mejor desenredaría su propia base.

Evidentemente, el argumento *tu quoque* también se podría aplicar a las afirmaciones más generales sobre la construcción de hechos que se han desarrollado en este libro. Ya he intentado presentar algunas características de la organización del habla y de los textos orientadas a presentar las descripciones como factuales. Al mismo tiempo, he intentado demostrar cómo se producen las descripciones en las prácticas sociales y cómo intervienen en ellas. Es decir, he intentado demostrar que están orientadas hacia la acción. ¿Qué decir, entonces, de este texto? ¿Qué decir de cómo construye sus descripciones como factuales y de su orientación hacia la acción? Estas prácticas no tienen escapatoria; no deseo plantear ninguna exención especial para el discurso de este libro.

Podría haber explorado reflexivamente las prácticas de construcción de hechos empleadas en este libro paralelamente a mi análisis de otros discursos y textos, o podría haber empleado una forma textual diferente para el texto como un todo. Si hubiera hecho algo así lo suficientemente bien, el libro resultante sería mejor que éste. Temeroso de hacerlo mal y acabar produciendo un trabajo aún más complicado que el actual, opté por un discurso realista convencional tanto en los apartados analíticos como en los dedicados a la revisión. Mi objetivo era plantear los argumentos de la manera más accesible posible. Lo ideal sería que fueran tan accesibles que los lectores pudieran aplicarlos inmediatamente a este mismo texto y empezar a desconstruir los tropos que emplea para construir hechos. Esta descripción también es un relato que lleva a cabo una actividad. ¡Plantea una propuesta y la desestabiliza al mismo tiempo!

Trabajos críticos y acríticos sobre la construcción de hechos

No creo que investigar la construcción de hechos sólo tenga valor porque puede proporcionar algún tipo de intervención práctica o crítica. Como ya debería ser evidente, creo que es interesante por derecho propio. La sofisticación y la elegancia con que se construye el más mundano de los relatos, con el fin de otorgarle un estatus factual, es algo que nunca cesa de impresionarme. Describir los procedimientos empleados para alcanzar este objetivo me parece una actividad totalmente satisfactoria, interesante y hasta divertida. Espero que el texto refleje algo de este placer personal. Por lo demás, el peligro de enfatizar la crítica en exceso es que puede convertirse fácilmente en arrogancia: los investigadores presu-

ponen que saben qué es erróneo en un ámbito, y la investigación se convierte en un mecanismo que hace pasar estas presuposiciones por resultados de una investigación. Con esto no quiero decir que el trabajo sobre la construcción de hechos tenga que ser acrítico; digo simplemente que su motivación se puede basar en una fascinación académica, por otra parte totalmente legítima, y no en un deseo inmediato de cambio o en un presunto problema.

Con todo, el trabajo sobre la construcción de hechos tiene un potencial crítico real. Existen varias maneras diferentes de entender la noción de crítica. Para simplificar (¿o por elegancia retórica?) se pueden distinguir tres tipos de crítica: la crítica práctica *ad hoc*, la Crítica con C mayúscula y la crítica reflexiva. Permítaseme decir algo sobre cada una.

Por crítica práctica *ad hoc* entiendo los tipos de ayuda práctica que este conjunto de ideas y análisis puede proporcionar, por ejemplo, a un abogado que examina a un cliente, a un espectador de un informativo de televisión o a una mujer enzarzada en una discusión conyugal. El discurso factual se construye y utiliza en tribunales de justicia, en aulas, en discusiones familiares y en conversaciones íntimas, en debates políticos y en controversias científicas. Un relato explícito de algunos de los procedimientos que intervienen en esta construcción y de las relaciones existentes entre la naturaleza de una descripción y la manera de utilizarla, bien podría ayudar a realizar una evaluación crítica de lo que ocurre en un contexto, tanto a los participantes como a los analistas. Me complacería enormemente que este trabajo pudiera hacer alguna aportación, por pequeña que fuere, a la capacidad de las personas para descifrar y contrarrestar relatos factuales.

Sin embargo, este camino hacia la utilidad también tiene sus peligros. En el primer caso podría acabar en condescendencia. Como ya he destacado, una de las características más sorprendentes de las prácticas cotidianas para construir y destruir hechos es su gran sutileza y habilidad. Connie y Jimmy, la pareja en crisis que ha estado con nosotros durante los últimos capítulos, a primera vista no parecen ser muy elocuentes ni inteligentes. Sin embargo, a medida que examinamos con más y más detalle su discusión, podemos ver cómo recurren a un conjunto imbricado e intrincado de mecanismos de construcción de hechos y cómo organizan sus versiones para que actúen a su favor en las diversas cuestiones que se dirimen. Sacamos la impresión de que no hace falta educarles al respecto; puede que no lleven muy bien su relación conyugal, pero merecen una nota alta en construccionismo práctico. En este caso, son ellos quienes tienen mucho que enseñarnos.

Otro peligro es el abuso de autoridad, es decir, el riesgo de que unas herramientas de construcción y destrucción de hechos, en vez de emplearse de una manera crítica o creativa, sirvan para apuntalar un *statu quo* particular o se hagan encajar hábilmente en el arsenal retórico de los ya poderosos. Un ejemplo que describe muy bien este peligro es el popular estudio analítico conversacional realizado por Max Atkinson (1984) sobre los mecanismos retóricos que intervienen

en el éxito de la oratoria política. Atkinson publicó su libro con la esperanza de ayudar a los ciudadanos a ponderar de una manera más crítica qué es lo que se aplaude en un discurso político y cómo se provocan los aplausos. Sin embargo, diez años después, parece que la capacidad de los ciudadanos para escuchar con escepticismo sólo ha aumentado de una manera marginal y que, por contra, los políticos han llegado a ser extremadamente expertos en el empleo de las técnicas retóricas básicas. Hoy en día es muy poco corriente oír a un líder político que no recurra repetidamente a los mecanismos identificados por Atkinson.

La segunda forma de crítica se puede concebir como Crítica con C mayúscula, como en la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt o en el Análisis Crítico del Discurso examinado anteriormente. Aquí, los tipos de ideas y habilidades para desconstruir relatos factuales se combinarían con el análisis histórico y teórico. Norman Fairclough (1992) proporciona una versión lingüísticamente sofisticada de esta crítica, mientras que John Thompson (1990) proporciona una versión más sofisticada en el plano sociológico. Margaret Wetherell y yo mismo (1992) intentamos combinar estos elementos en nuestro estudio del discurso racista en Nueva Zelanda. Uno de los objetivos sólidamente establecidos en los diversos tipos de ciencia social crítica ha sido desenmarañar las descripciones establecidas de convenciones sociales, y no parece haber ninguna razón por la que un enfoque sistemático al estudio de la construcción de hechos no deba contribuir a este desenmarañamiento.

La virtud de enfoques como éstos es el poder y el alcance que les otorga la teoría sociológica. Sin embargo, en mi discusión del Análisis Crítico del Discurso ya he destacado algunos problemas prácticos que se pueden plantear. La principal cuestión es que, por su misma naturaleza, este trabajo crítico suele socavar algunas versiones de convenciones sociales, mientras que al mismo tiempo presupone la verdad de otras. Esto hace que sea susceptible al argumento que Steve Woolgar y Dorothy Pawluch (1985) desarrollaron en su crítica de una serie de investigaciones construccionistas sociales, por su manipulación ontológica implícita. Esta crítica difícilmente podrá rebajar la importancia de esta línea de análisis social, pero sí que plantea unos profundos interrogantes. Algunos de ellos empiezan a ser abordados en trabajos que examinan la posibilidad de desarrollar una Crítica social general basada en los conocimientos y las incertidumbres del construccionismo y el posmodernismo (por ejemplo, Nicholson y Seidman, 1995; Sampson, 1993b).

El tercer tipo de crítica es la crítica reflexiva, que se mueve en una dirección más posmoderna. El tipo de reflexividad sistemática y minuciosa defendida por Ashmore (1989), rechaza los compromisos y las incoherencias que suele requerir el trabajo Crítico. Este trabajo es crítico en el sentido de que tiende a ser corrosivo para cualquier relato autorizado, incluyendo el del propio analista y escritor. Esta línea de argumento no se opone a la producción de historias y afirmaciones generales, pero las trata precisamente como historias (y no como versiones fac-

tuales intemporales). En realidad, en este trabajo toda invención es bien recibida, como proclama el 2nd of January Group en su «Manifiesto Posmoderno»: «Los racionalistas se han limitado a interpretar el mundo, ¡cuando lo importante es inventarlo!» (1986, pág. 31).

El peligro de este enfoque, destacado por algunos analistas sociales (por ejemplo, Parker, 1992), es que la crítica puede perder su filo a causa del interés en controlar totalmente la simetría de las versiones factuales o por el giro hacia la reflexividad. Los ricos y los poderosos seguirán explotando a los pobres y a quienes no tienen poder, y los investigadores, embrujados por la reflexividad, seguirán mirándose sus ombligos textuales (véase Edwards y otros, 1995). Una respuesta reflexiva a esta observación podría ser que el propio ombligo textual es un excelente punto de partida para estudiar la constitución y la mistificación del poder.

Voy a terminar sin tomar ningún partido. Por tanto, en vez de proponer una elección entre estas diferentes líneas críticas (acrítica, *ad hoc* y con C mayúscula), prefiero destacar el valor de todas ellas y, especialmente, de las tensiones analíticas y teóricas que mantienen entre sí. Una situación donde estas posturas actúen conjuntamente, complementándose y socavándose entre sí, es preferible a la victoria aplastante de una de ellas o a una coexistencia bucólica y pacífica. Deseo ensalzar la tensión misma por su gran productividad (aunque con esto me adhiera más a la vía reflexiva y posmoderna que a las otras). Espero que los dilemas aquí expuestos contribuyan a la vitalidad de este ámbito general de exploración, y que al mismo tiempo planteen un desafío a los investigadores de (y en, y mediante) la construcción de hechos.

APÉNDICE: CONVENCIONES DE TRANSCRIPCIÓN

Las convenciones de transcripción empleadas en este libro se basan en el sistema desarrollado por Gail Jefferson (por ejemplo, Jefferson, 1985; Sacks y otros, 1974). Este sistema se desarrolló para poder emplear los símbolos disponibles en los conjuntos de caracteres típicos de las máquinas de escribir y para destacar las características del habla que los analistas conversacionales consideran importantes en una interacción. Se pueden encontrar útiles resúmenes de este sistema en la mayoría de recopilaciones de artículos sobre análisis conversacional (por ejemplo, Have y Psathas, 1995). Psathas y Anderson (1990) proporcionan una descripción y una discusión más completas del empleo de las transcripciones en la práctica.

La mayoría de las convenciones del sistema de Jefferson se pueden ilustrar brevemente usando el siguiente fragmento del capítulo 7:

1. *C*: Fue entonces cuando usted se fue?=
2 *E*: =Se fue en:tonces de eso hace- [casi] dos años.
3 *C*: [°Ajá.°]
4 *E*: Se largó entonces. Así tal cual (.) se largó.
5 (0,8)
6 *C*: ↑Muy bi↓en. Entonces, (0,5) por lo que he o:í↓do (.) ustedes han llevado una vi:da
7 → (0,5) rica y, (.) compleja, nece:sito saber
8 algo de su his [toria para poner-]
9 *E*: [Sí. mmm,=]
10 [Mmm. (.) Sí:h. (.) Muy bie:n]
11 *H*: [=Sí. (.) eso es (.) justo lo que] eh °em°
(DE-JF/C2/S1:4)

- Subrayar (Se largó entonces) indica palabras o partes de palabras que son acentuadas por el hablante.
- Los dos puntos (:) marcan la prolongación del sonido inmediatamente anterior (en:tonces), y cuantos más haya más larga es la prolongación (Ah:::).
- Las flechas preceden a subidas y bajadas marcadas de entonación (↑Muy bi↓en).
- El interrogante final de la línea 1 marca una entonación interrogativa (no existe una correspondencia necesaria con expresiones que los participantes tratan como preguntas).
- Un punto final (por ejemplo, en la línea 2) marca una entonación completa (no necesariamente un punto gramatical).

- La coma de la línea 6 marca una entonación continua (no necesariamente una coma gramatical).
- Un guión (por ejemplo, gra-gra:cias) marca una finalización brusca y perceptible de una palabra o sonido.
- Las corchetes que abarcan las líneas 2 y 3, 8 y 9, y 10 y 11, marcan el inicio y el final de una superposición en el habla.
- Cuando se produce un cambio de turno sin interrupción, se marca mediante el símbolo «igual a» (=) (líneas 1 y 2, 9 y 11).
- Los números entre paréntesis (0,5) reflejan la duración de las pausas en décimas de segundo; un simple punto entre paréntesis (.) indica una pausa audible pero demasiado breve para medir.
- Las expresiones más silenciosas que el habla circundante se encierran entre símbolos de graduación (línea 3).
- Las expresiones más sonoras que el habla circundante se escriben en mayúsculas (<u>DÓNDE</u>).
- Las flechas del margen (línea 7) simplemente indican líneas de transcripción que se discuten en el texto; no indican ninguna característica del habla.
- Cuando la persona que hace la transcripción tiene dudas sobre una palabra o expresión la pone entre paréntesis; si no puede resolver las dudas, coloca unos paréntesis vacíos.
- Los comentarios clarificadores se colocan entre dobles paréntesis: ((risas)), ((se levanta)).
- La omisión de material de una cinta por razones de brevedad se indica encerrando tres puntos entre corchetes [...].
- El código que se coloca al final de una transcripción proporciona diversa información. Por ejemplo, el fragmento presentado procede de una transcripción realizada por Derek Edwards y Jon Fong (DE-JF). El habla pertenece al segundo caso de la muestra (C2) durante su primera sesión (S1) y aparece en la cuarta página de la transcripción.

Have, P. y Psathas, G. (comps.), *Situated Order: Studies in the Social Organization of Talk and Embodied Activities*, Washington, DC, International Institute for Ethnomethodology and Conversation Analysis y University Press of America.

Jefferson, G. (1985), «An exercise in the transcription and analysis of laughter», en T. van Dijk (comp.), *Handbook of Discourse Analysis*, Londres, Academic Press, vol. 3, págs. 25-34.

Psathas, G. y Anderson, T. (1990), «The "practices" of transcription in conversation analysis, *Semiotica*, 78, págs. 75-99.

Sacks, H., Schegloff, E.A., y Jefferson, G. (1974), «A simplest systematics for the organization of turn-taking for conversation», *Language*, 50(4), págs. 696-735. Reimpreso en J. Schenkein (comp.), *Studies in the Organization of Conversational Interaction*, Nueva York, Academic Press, págs. 7-55.

BIBLIOGRAFÍA

Adams, P.J., Towns, A. y Gavey, N. (1995), «Dominance y entitlement: the rhetoric men use to discuss their violence towards women», *Discourse and Society,* 6, págs. 387-406.

Aman, K. y Knorr Cetina, K. D. (1988), «The fixation of (visual) evidence», *Human Studies*, 11, págs. 133-169.

Anderson, B. (1993), *Imagined Communities*, Londres, Verso.

Anderson, M.L. (1994), «The many and varied social constructions of intelligence», en T.R. Sarbin y J.I. Kitsuse (comps.), *Constructing the Social*, Londres, Sage.

Antaki, C. (1994), *Explaining and Arguing: the Social Organization of Accounts*, Londres y Beverly Hills, CA, Sage.

Ashmore, M. (1988), «The life and opinions of a replication claim: refexivity and symmetry in the sociology of scientific knowledge», en S. Woolgar (comp.), *Knowledge and Reflexivity: New Frontiers in the Sociology of Knowledge*, Londres, Sage.

Ashmore, M. (1989), *The Reflexive Thesis: Wrighting Sociology of Scientific Knowledge*, Chicago, University of Chicago Press.

Ashmore, M. (1993), «The theatre of the blind: starring a Promethean prankster, a phoney phenomenon, a prism, a pocket, and a piece of Wood», *Social Studies of Science,* 23, págs. 67-106.

Ashmore, M. (1995) «Fraud by numbers: quantification rhetoric in the Piltdown forgery discovery», *South Atlantic Quartery,* 94, págs. 591-618.

Ashmore, M., Mulkay, M. y Pinch, T. (1989), *Health and Efficiency: a Sociological Study of Health Economics* Milton Keynes, Open University Press.

Ashmore, M., Myers, G. y Potter, J. (1995), «Discourse, rhetoric and reflexivity: seven days in the library», en S. Jasanoff, G. Markle, T. Pinch y J. Petersen (comp.), *Handbook of Science, Technology and Society*, Londres, Sage, págs. 321-342.

Ashmore, M., Wooffitt, R. y Harding, S. (comps.) (1994), «Humans and others: the concept of "agency" and its attribution», número especial de *American Behavioral Scientist,* 37 (6).

Atkinson, J. M. (1978), *Discovering Suicide: Studies in the Social Organization of Sudden Death*, Londres, Macmillan.

Atkinson, J.M. (1984), *Our Master's Voices: the Language and Body Language of Politics*, Londres, Methuen.

Atkinson, J.M. y Drew, P. (1979), *Order in Court: the Organization of Verbal Interaction in Judicial Settings*, Londres, Macmillan.
Atkinson, P. (1990), *The Ethnographic Imagination: the Textual Construction of Reality*, Londres, Routledge.
Atkinson, P. (1995), *Medical Talk and Medical Work*, Londres, Sage.
Auburn, T., Willig, C. y Drake, S. (1995), «You punched him, didn't you': versions of violence in accusatory interviews», *Discourse and Society*, 6, págs. 353-386.
Auerbach, E. (1957), *Mimesis*, Princeton, Princeton University Press.
Augoustinos, M. y Walker, I. (1995), *Social Cognition: an Integrated Introduction*, Londres, Sage.
Austin, J.L. (1961), «A plea for excuses», en J.D. Urmson y G. Warnock (comps.), *Philosophical Papers*, Oxford, Clarendon Press.
Austin, J.L. (1962), *How to Do Things with Words*, Oxford, Clarendon Press (trad. cast.: *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós, 1996).
Baker, G.P. y Hacker, P.M.S. (1984), *Language, Sense and Nonsense*, Oxford, Blackwell.
Bakhtin, M.M. (1981), *The Dialogic Imagination: Four Essays*, Austin, TX, University of Texas Press.
Bal, M. (1985), *Narratology: Introduction to the Theory of Narrative*, Toronto, University of Toronto Press.
Bal, M. (1993), «First person, second person, same person: narrative as epistemology», *New Literary History*, 24, págs. 293-320.
Ball, M.A. (1991), «Revisiting the Gulf of Tonkin crisis: an analysis of the private communication of President Johnson and his advisers», *Discourse and Society*, 2, págs. 28-96.
Barnes, B. (1977), *Interests and the Growth of Knowledge*, Londres, Routledge.
Barnes, B. (1981), «On the conventional character of knowledge and cognition», *Philosophy of the Social Sciences*, 11, págs. 303-333.
Barnes, B. (1982), *T.S. Kuhn and Social Science*, Londres, Macmillan.
Barthes, R. (1972), *Mythologies*, Londres, Paladin.
Barthes, R. (1974), *S/Z*, Londres, Jonathan Cape.
Barthes, R. (1977), *Image, Music, Text*, Londres, Fontana.
Barthes, R. (1981), *Camera Lucida: Reflections on Photography*, Nueva York, Hill & Wang (trad. cast.: *La cámara lúcida: nota sobre la fotografía*, Barcelona, Paidós, 1ª ed., 4ª reimp., 1995).
Barthes, R. (1983), *The Fashion System*, Londres, Cape.
Bennet, W.L. y Feldman, M.S. (1981), *Reconstructing Reality in the Courtroom*, Nueva Brunswick, NJ, Rutgers University Press.
Bennington, G. y Derrida, J. (1993), *Jacques Derrida*, Chicago, University of Chicago Press.
Berger, P.L. y Luckmann, T. (1966), *The Social Construction of Reality*, Garden City, NY, Doubleday.
Bijker, W.E. y Pinch, T. (comps.) (1992), *Shaping Technology, Building Society: Studies in Sociotechnical Change*, Cambridge, MA, MIT Press.
Billig, M. (1982), *Ideology and Social Psychology*, Oxford, Basil Blackwell.
Billig, M. (1987), *Arguing and Thinking: a Rhetorical Approach to Social Psychology*, Cambridge, Cambridge University Press.

Billig, M. (1989), «Conservatism and the rhetoric of rhetoric», *Economy and Society*, 18, págs. 132-148.

Billig, M. (1991), *Ideologies and Beliefs*, Londres, Sage.

Billig, M. (1992), *Talking of the Royal Family*, Londres, Routledge.

Billig, M. (1995), *Banal Nationalism*, Londres, Sage.

Billig, M., Condor, S., Edwards, D., Gane, M., Middleton, D.J. y Radley, A.R. (1988), *Ideological Dilemmas: a Social Psychology of Everyday Thinking*, Londres, Sage.

Bilmes, J. (1987), «The concept of preference in conversation analysis», *Language in Society*, 17, págs. 161-181.

Bloor, D. (1982), «Durkheim and Mauss revisited: classification and the sociology of knowledge», *Studies in the History and Philosophy of Science*, 13, págs. 267-297.

Bloor, D. (1991), *Knowledge and Social Imagery*, 2ª ed., Chicago, University of Chicago Press.

Bogen, D. (1992), «The organization of talk», *Qualitative Sociology* (número especial sobre etnometodología), 15, págs. 273-295.

Bogen, D. y Lynch, M. (1989), «Taking account of the hostile native: plausible deniability and the production of conventional history in the Iran-Contra hearings», *Social Problems*, 36, págs. 197-224.

Bruner, J.S. (1990), *Acts of Meaning*, Cambridge, MA, Harvard University Press.

Bunge, M. (1992), «A critical examination of the new sociology of science, Part 2», *Philosophy of the Social Sciences*, 22, págs. 46-76.

Buttny, R. y Jensen, A.D. (1995), «Telling problems in an initial family therapy session: the hierarchical organization of problem-talk», en G.H. Morris y R.J. Chenail (comps.), *The Talk of the Clinic: Explorations in the Analysis of Medical and Therapeutic Discourse*, Hillsdale, NJ, Lawrence Erlbaum.

Button, G. y Sharrock, W. (1993), «A disagreement over agreement and consensus in constructionist sociology», *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 23, págs. 1-25.

Callon, M. (1995), «Four models for the dynamics of science», en S. Jasanoff, G. Markle, T. Pinch y J. Petersen (comps.), *Handbook of Science, Technology and Society*, Londres, Sage.

Callon, M. y Law, J. (1995), «Agency and the hybrid *collectif*», *South Atlantic Quarterly*, 94, págs. 481-507.

Chalmers, A. (1992), *What is This Thing Called Science?: an Assessment of the Nature and Status of Science and Its Metods*, 2ª ed., Milton Keynes, Open University Press.

Chomsky, N. (1957), *Syntactic Structures*, La Haya, Mouton.

Chomsky N. (1966), *Cartesian Linguistics: a Chapter in the History of Rationalist Thought*, Nueva York, Harper & Row.

Cicourel, A.V. (1964), *Method and Measurement in Sociology*, Nueva York, Free Press.

Cicourel, A.V. (1974), *Theory and Method in a Study of Argentine Fertility*, Nueva York, Wiley.

Clayman, S.E. (1992), «Footing in the achievement of neutrality: the case of news-interview discourse», en P. Drew y I. Heritage (comps.), *Talk at Work: Interaction in Institutional Settings*, Cambridge, Cambridge University Press.

Clifford, J. y Marcus, G.E. (comps.) (1986), *Writing Culture: the Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, CA, University of California Press.

Coates, L., Bevelas, J.B. y Gibson, J. (1994), «Anomalous language in sexual assault trial judgements», *Discourse and Society*, 5, págs. 189-206.

Cockcroft, R. y Cockcroft, S.M. (1992), *Persuading People: an Introduction to Rethoric*, Londres, Macmillan.

Collins, H.M. (1975), «The seven sexes: a study in the sociology of a phenomenon, or the replication of experiments in physics», *Sociology*, 9, págs. 205-224.

Collins, H.M. (1981), «What is TRASP? The radical programme as a methodological imperative», *Philosophy of the Social Sciences*, 11, págs. 215-224.

Collins, H.M. (1983a), «An empirical relativist programme in the sociology of scientific knowledge», en K.D. Knorr Cetina y M. Mulkay (comps.), *Science Observed Perspectives on the Social Study of Science*, Londres, Sage.

Collins, H.M. (1983b), «The meaning of lies: accounts of action and participatory research», en G.N. Gilbert y P. Abell (comps.), *Accounts and Action*, Aldershot, Gower.

Collins, H.M. (1985), *Changing Order: Replication and Induction in Scientific Practice*, Londres, Sage.

Collins, H.M. y Cox, G. (1976), «Recovering relativity: did prophecy fail?», *Social Studies of Science*, 6, págs. 423-444.

Collins, H.M. y Pinch, T. (1982), *Frames of Meaning the Social Construction of Extraordinary Science*, Londres, Routledge.

Collins, H.M. y Pinch, T. (1993), *The Golem: What Everyone Should Know About Science*, Cambridge, Canto.

Cooper, D.E. (1986), *Metaphor*, Oxford, Blackwell.

Costall, A. y Still, A. (comps.) (1991), *Against Cognitivism: Alternative Foundations for Cognitive Psychology*, Londres, Harvester Wheatsheaf.

Coulter, J. (1979), «Beliefs and practical understanding», en G. Psathas (comp.), *Everyday Language: Studies in Ethnomethodology*, Nueva York, Irvington.

Coulter, J. (1982), «Remarks on the conceptualization of social structure», *Philosophy of the Social Sciences*, 12, págs. 33-46.

Coulter, J. (1983), *Rethinking Cognitive Theory*, Londres, Macmillan.

Coulter, J. (1991), «Cognition: cognition in an ethnomethodological mode», en G. Button (comp.), *Ethnomethodology and the Human Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press.

Crittenden, R. y Potter, C. (comps.) (1986), «Confronting reality: some perspectives on documentary», *Cilect Revue: the International Journal for Film and Television Schools* (número especial), 2.

Culler, J. (1975), *Structuralist poetics*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

Culler, J. (1976), *Saussure*, Londres, Fontana.

Culler, J. (1983), *On Deconstruction*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

Dant, T. (1991), *Knowledge, Ideology and Discourse: a Sociological Perspective*, Londres, Routledge.

Davies, M. (1995), *Childhood Sexual Abuse and the Construction of Identity: Healing Sylvia*, Londres, Taylor & Francis.

Derrida, J. (1976), *Of Grammatology*, Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press.

Derrida, J. (1977a), «Signature event context», *Glyph*, 1, págs. 172-197.

Derrida, J. (1977b), «Limited Inc. abc...», *Glyph*, 2, págs. 162-254.

Derrida, J. (1982), «White mythology: metaphor in the text of philosophy», en J. Derrida, *Margins of Philosophy*, Londres, Harvester Wheatsheaf.

Dillon, G.L. (1991), *Contending Rhetorics: Writing in Academic Disciplines*, Bloomington, Indiana University Press.

Drew, P. (1978), «Accusations: the occasioned use of members' knowledge of religious geography in describing events», *Sociology*, 12, págs. 1-22.

Drew, P. (1984), «Speakers' reportings in invitation sequences», en J.M. Atkinson y J.C. Heritage (comps.), *Structures of Social Action: Studies in Conversation Analysis*, Cambridge, Cambridge University Press.

Drew, P. (1992), «Contested evidence in courtroom cross-examination: the case of a trial for rape», en P. Drew y J.C. Heritage (comps.), *Talk at Work: Interaction in Institutional Settings*, Cambridge, Cambridge University Press.

Drew, P. (1995), «Conversation analysis: the sequential analysis of intersubjectivity in conversation», en J. Smith, R. Harré, L. van Langenhove y P. Stearns (comps.), *Rethinking Psychology*, vol. 2, *Alternative Methodologies*, Londres, Sage.

Drew, P. y Heritage, J.C. (1992), «Analyzing talk at work: an introduction», en P. Drew y J. Heritage (comps.), *Talk at Work: Interaction in Institutional Settings*, Cambridge, Cambridge University Press.

Drew, P. y Holt, E. (1989), «Complainable matters: the use of idiomatic expressions in making complaints», *Social Problems*, 35, págs. 398-417.

Drew, P. y Holt, E., «The role of idioms in the organization of topic in conversation», en M. Everaert y otros (comps.), *Idioms*, Hillsdale, NJ, Lawrence Erlbaum.

Dreyfus, H.L. y Rabinow, P. (1982), *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*, Londres, Harvester Wheatsheaf.

Duhem, P. (1962), *The Aim and Structure of Physical Theory*, Nueva York, Atheneum.

Duranti, A. (1992), «Intentions, self, and responsibility: an essay in Samoan ethnopragmatics», en J.H. Hill y J.T. Irvine (comps.) *Responsibility and Evidence in Oral Discourse*, Cambridge, Cambridge University Press.

Edley, N. (1993), «Prince Charles – our flexible friend: accounting for variations in constructions of identity», *Text*, 13, págs. 397-422.

Edwards, D. (1994a), «Script formulations: a study of event descriptions in conversation», *Journal of Language and Social Psychology*, 13, págs. 211-247.

Edwards, D. (1994b), «Whorf's empty gasoline drum and the Pope's missing wife», *Journal of Pragmatics*, 22, págs. 215-218.

Edwards, D. (1995), «Two to tango: script formulations, dispositions, and rhetorical symmetry in relationship troubles talk», *Research on Language and Social Interaction*, 28, págs. 319-350.

Edwards, D. (1996), *Discourse and Cognition*, Londres, Sage.

Edwards, D., Ashmore, M. y Potter, J. (1995), «Death and furniture: the rhetoric, politics and theology of bottom line arguments against relativism», *History of the Human Sciences*, 8, págs. 25-49.

Edwards, D. y Mercer, N.M. (1987), *Common Knowledge: the Development of Understanding in the Classroom*, Londres, Routledge.

Edwards, D. y Potter, J. (1992), *Discursive Psychology*, Londres, Sage.

Edwards, D. y Potter, J. (1993), «Language and causation: a discursive action model of description and attribution», *Psychological Review*, 100, págs. 23-41.

Fairclough, N. (1992), *Discourse and Social Change*, Cambridge, Polity.

Fairclough, N. (1993), «Critical discourse analysis and the marketization of public discourse», *Discourse and Society,* 4, págs. 133-159.
Featherstone, M. (comp.) (1992), *Cultural Theory and Cultural Change*, Londres, Sage.
Feyerabend, P.K. (1975), *Against Method*, Londres, New Left Books.
Fiske, J. y Hartley, J. (1978), *Reading Television*, Londres, Methuen.
Foucault, M. (1972), *The Archaeology of Knowledge*, Londres, Tavistock.
Fowler, R. (1977), *Linguistics and the Novel*, Londres, Methuen.
Fowler, R. (1991), *Language in the News: Discourse and Ideology in the Press*, Londres, Routledge.
Fowler, R., Hodge, B., Kress, G. y Trew, T. (comps.) (1979), *Language and Control*, Londres, Routledge.
Fuller, S. (1995), «On the motives for the new sociology of science», *History of the Human Sciences,* 7, págs. 287-291.
Garfinkel, H. (1967), *Studies in Ethnomethodology*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall.
Genette, G. (1980), *Narrative Discourse*, Ithaca, NY Cornell University Press.
Gergen, K.J. (1994), *Realities and Relationships: Soundings in Social Construction*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
Gilbert, G.N. y Mulkay, M. (1982), «Warranting scientific belief», *Social Studies of Science*, 12, págs. 383-408.
Gilbert, G.N. y Mulkay, M. (1984), *Opening Pandora's Box: a Sociological Analysis of Scientists' Discourse,* Cambridge, Cambridge University Press.
Gill, R., Potter, J. y Webb, A. (1995), «Public policy and discourse analysis: A rhetorical approach», mimeografía.
Glasgow Media Group (1982), *Really Bad News*, Londres, Writers & Readers.
Goffman, E. (1979), «Footing», *Semiotica,* 25, págs. 1-29.
Goffman, E. (1981), *Forms of Talk*, Oxford, Basil Blackwell.
Goodwin, C. (1987), «Forgetfulness as an interactive resource», *Social Psychology Quarterly,* 50, págs. 115-130.
Goodwin, C. (1995), «Seeing in depth», *Social Studies of Science,* 25, págs. 237-274.
Grace, G.W. (1987), *The Linguistic Construction of Reality*, Londres, Croom Helm.
Greatbatch, D. (1986), «Aspects of topical organization in nuevas interviews: the use of agenda-shifting procedures by interviewes», *Media, Culture and Society,* 8, págs. 44-56.
Gubrium, J.F y Holstein, J.A. (1990), *What is Family?*, Mountain View, CA, Mayfield.
Gusfield, J. (1989), «Constructing the ownership of social problems: fun and profit in the welfare state», *Social Problems,* 36, págs. 431-441.
Hacking, I. (1983), *Representing and Intervening: Introductory Topics in the Philosophy of Natural Science*, Cambridge, Cambridge University Press.
Halkowski, T. (1990), «"Role" as an interactional device», *Social Problems,* 37, págs. 564-577.
Halkowski, T. (1992), «Hearing talk: accomplishing answers and generating facts», *Perspectives on Social Prablems,* 4, págs. 25-45.
Hammersley, M. y Atkinson, P. (1983), *Ethnography: Principles and Practice*, Londres, Tavistock.
Hanson, N.R. (1969), *Perception and Discovery*, San Francisco, Freeman, Cooper.
Haraway, D. (1989), *Primate Visions: Gender, Race and Nature in the World of Modern Science*, Londres, Routledge.

Haraway, D. (1991), «A cyborg manifesto: science, technology and socialist feminism in the late twentieth century», en D. Haraway, *Simians Cyborgs and Women: the Reinvention of Nature*, Londres, Free Association Books.

Haraway, D. (1992), «When Man™ is on the menu», en J. Crary y S. Kwinter (comps.), *Incorporations*, Nueva York, Zone Books.

Harre, R. y van Langenhove, L. (1991), «Varieties of positioning», *Journal for the Theory of Social Behaviour,* 21, págs. 393-408.

Harris, R. (1981), *The Language Myth*, Londres, Duckworth.

Harvey, D. (1989), *The Condition of Postmodernity*, Oxford, Basil Blackwell.

Heritage, J.C. (1974), «Assessing people», en N. Armistead (comp.), *Reconstructing Social Psychology*, Londres, Penguin.

Heritage, J.C. (1984), *Garfinkel and Ethnomethodology*, Cambridge, Polity.

Heritage, J.C. (1988), «Explanations as accounts: a conversation analytic perspective», en C. Antaki (comp.), *Analysing Everyday Explanation: a Casebook of Methods*, Londres, Sage.

Heritage, J.C. (1990/1991), «Intention, meaning and strategy: observations on constraints in interaction analysis», *Research on Language and Social Interaction,* 24, págs. 311-332.

Heritage, J.C. y Greatbatch, D.L. (1991), «On the institutional character of institutional talk: the case of new interviews», en D. Boden y D.H. Zimmerman (comps.), *Talk and Social Structure: Studies in Ethnomethodology and Conversation Analysis*, Oxford, Polity.

Heritage, J.C. y Watson, D.R. (1979), «Formulations as conversational objects», en G. Psathas (comp.), *Everyday Language: Studies in Ethnomethodology*, Nueva York, Irvington.

Heritage, J. C. y Watson, D.R. (1980), «Aspects of the properties of formulations in natural conversations: some instances analyzed», *Semiotica*, 30, págs. 245-262.

Herrick, J. (1989), «Miracles and method», *Quarterly Journal of Speech*, 9, págs. 321-334.

Hesse, M.B. (1974), *The Structure of Scientific Inference*, Londres, Macmillan.

Hesse, M.B. (1980), *Revolutions and Reconstructions in the Philosophy of Science*, Londres, Harvester Wheatsheal.

Hewstone, M. (1989), *Causal Attribution: From Cognitive Processes to Collective Beliefs*, Oxford, Basil Rlackwell.

Hill, J.H. e Irvine, J.T. (comps.) (1992), *Responsability and Evidence Oral Discourse*, Cambridge, Cambridge, University Press.

Hilton, D.J. Smith, R.H. y Alicke, M.D. (1988), «Knowledge-based information acquisition: norms and the functions of consensus information», *Journal of Personality and Social Psychology,* 55, págs. 530-540.

Hodge, R. y Kress, G. (1988), *Social Semiotics*, Cambridge, Polity.

Hodge, R. y Kress, G. (1993), *Language as Ideology,* 2ª ed., Londres, Routledge.

Hollway, W (1989), *Subjectivity and Method in Psychology: Gender, Meaning and Science*, Londres, Sage.

Holstein, J.A. y Gubrium, J. F. (1994), «Constructing family: descriptive practice and domestic order», en T. Sarbin y J.I. Kitsuse (comps.), *Constructing the Social*, Londres, Sage.

Hutcheon, L. (1989), *The Politics of Postmodernism*, Londres, Methuen.

Jalbert, P.L. (1992), «Charting the logical geography of the concept of "cease fire"», *Human Studies,* 15, págs. 265-290.

Jalbert, P.L. (1995), «Critique and analysis in media studies: media criticism and practical action», *Discourse and Society,* 6, págs. 7-26.

Jasanoff, S., Markle, G., Pinch T. y Petersen, J. (comps.) (1995), *Handbook of Science, Technology and Society*, Londres, Sage.

Jayyusi, L. (1984), *Categories and the Moral Order*, Londres, Routledge.

Jayyusi, L. (1991), «Values and moral judgment: communicative praxis as moral order», en G. Button (comp.), *Ethnomethodology and the Human Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press.

Jefferson, G. (1985), «An exercise in the transcription and analysis of laughter», en T. Van Dijk (comp.), *Handbook of Discourse Analysis,* vol. 3, Londres, Academic Press.

Jefferson, G. (1990), «List construction as a task and resource», en G. Psathas (comp.), *Interaction Competence*, Lanham, MD, University Press of America.

Jodelet, D. (1991), *Madness and Social Representations*, Londres, Harvester Wheatsheaf.

Juhila, K. (1995), «Factual accounting in the discourse on homelessness», *Scandinavian Journal of Social Welfare,* 4, págs. 44-54.

Kitzinger, C. (1994), «Experiential authority and heterosexuality», en G. Griffin (comp.), *Changing Our Lives: Dooing Women's Studies*, Londres, Pluto Press.

Knorr Cetina, K.D. (1981), *The Manufacture of Knowledge: An Essay on the Constructivist and Contextual Nature of Science*, Oxford, Pergamon.

Knorr Cetina, K. D. (1 982a), «Relativism – what now?», *Social Studies of Science,* 12, págs. 133-136.

Knorr Cetina, K.D. (1982b), «The constructivist programme in the sociology of science: retreats or advances», *Social Studies of Science,* 12, págs. 320-324.

Knorr Cetina, K.D. (1995a), «Laboratory studies: the cultural approach to the study of science», en S. Jasanoff, G. Markle, T Pinch y J. Petersen (comps.), *Handbook of Science, Technology and Society*, Londres, Sage.

Knorr Cetina, K.D. (1995b), «Liminal and referent epistemologies: the disunity of two leading sciences», en P. Galison y D. Stump (comps.), *The Disunity of Science: Boundaries, Contexts and Power*, Stanford, CA, Stanford University Press.

Knorr Cetina, K.D. (1996), *Epistemic Cultures: How Scientists Make Sense*, Cambridge, MA, Harvard University Press.

Knorr Cetina, K.D. y Aman, K. (1990), «Image dissection in natural scientific inquiry», *Science, Technology and Human Values,* 15, págs. 259-283.

Kristeva, J. (1980), *Desire in Language: a Semiotic Approach to Literature and Art*, Oxford, Blackwell.

Krohn, X. (1992), «Lookin' cool and talkin' tough», *Journal of Half Remembered but Plausible Research Studies,* 2, págs. 72-82.

Kuehl, J. (1986), «The camera never lies», *Cilcet Review: the International Journal for Film and Television Schools*, 2, 85-92.

Kuhn, T.S. (1970), *The Structure of Scientific Revolutions*, 2ª ed., Chicago, University of Chicago Press.

Kuhn, T. S. (1977), *The Essential Tension: Selected Studies in Scientific Tradition and Chang*, Chicago, University of Chicago Press.

Labinger, J.A. (1995), «Science as culture: a view from the petri dish», *Social Studies of Science*, 25, págs. 285-306.

Lakatos, I. (1970), «Falsification and the methodology of scientific research programmes», en L. Lakatos y A. Musgrave (comps.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press.

Lakatos, L. y Musgrave, A. (comps.) (1970), *Criticism and The Growth of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press.

Lakoff, G. (1987), *Women Fire and Dangerous Things: What Categories Reveal about the Mind*, Chicago, University of Chicago Press.

Lakoff, G. (1991), «Metaphor and war: the metaphor system used to justify war in the Gulf», trabajo que circuló en varias listas de correo electrónico.

Lakoff, G. y Johnson, M. (1980), *Metaphors We Live By*, Chicago, University of Chicago Press.

Latour, B. (1987), *Science in Action*, Milton Keynes, Open University Press.

Latour, B. (1993), *We Have Never Been Modern*, Hemel Hempstead, UK, Harvester Wheatsheaf.

Latour, B. y Woolgar, S. (1986), *Laboratory Life: the Construction of Scientific Facts*, 2ª ed. Princeton, NJ, Princeton University Press.

Laudan L. (1990), *Science and Relativism: Some Key Controversies in the Philosophy of Science*, Chicago, University of Chicago Press.

Law, J. (1994), *Organizing Modernity*, Oxford, Blackwell.

Leudar, I. y Antaki, C. (1996), «Discourse participation, reported speech and research practices in social psychology», *Theory and Psychology*, 6, págs. 5-29.

Levinson, S.C. (1983), *Pragmatics*, Cambridge, Cambridge University Press.

Levinson, S.C. (1988), «Putting linguistics on a proper footing: explorations in Goffman's concepts of participation», en P. Drew y A. Wootton (comps.), *Erving Goffman: Studies in the Interactional Order*, Cambridge, Polity.

Lynch, M. (1985), «Discipline and the material form of images: an analysis of scientific visibility», *Social Studies of Science*, 15, págs. 37-66.

Lynch, M. (1988), «The externalized retina: selection and mathematization in the visual documentation of objects in the life sciences», *Human Studies*, 11, págs. 201-234.

Lynch, M. (1993), *Scientific Practice and Ordinary Action: Ethnomethodology and Social Studies of Science*, Cambridge, Cambridge University Press.

Lynch, M. (1994), «Representation is overrated: some critical remarks about the use of the concept of representation in science studies», *Configurations: a Journal of Literature Science and Technology*, 2, págs. 137-149.

Lynch, M. y Bogen, D. (1996), *The Spectacle of History: Speech, Text and Memory of the Iran-Contra Hearings*, Durham, NC, Duke University Press.

Lynch, M. y Woolgar, S. (comps.) (1990), *Representation in Scientific Practice*, Cambridge, MA, MIT Press.

Lyotard, J.-F. (1984), *The Postmodern Condition: a Report on Knowledge*, Manchester, Manchester University Press.

McCabe, C. (1974), «Realism and the cinema: notes on some Brechtian theses», *Screen*, 15, págs. 7-27.

McCloskey, D. (1985), *The Rhetoric of Economics*, Brighton, Wheatsheaf.

McHoul, A.W. (1988), «Language and the sociology of mind: a critical introduction to the work of Jeff Coulter», *Journal of Pragmatics*, 12, págs. 229-286.

McKinlay, A. y Potter, J. (1987), «Social representations: a conceptual critique», *Journal for the Theory of Social Behaviour*, 17, págs. 471-487.

McKinlay, A., Potter, J. y Wetherell, M. (1993), «Discourse analysis and social representations», en G. Breakwell y D. Cantor (comps.), *Empirical Approaches to Social Representations*, Oxford, Oxford University Press.

Mandelbaum, J. (1987), «Couples sharing stories», *Communication Quarterly*, 35, págs. 144-170.

Mandelbaum, J. (1993), «Assigning responsibility in conversational storytelling: the interactional construction of reality», *Text*, 13, págs. 247-266.

Manzo, I.F. (1993), «Jurors' narratives of personal experience in deliberation talk», *Text*, 13, págs. 267-290.

Marcus, G.E. (1986), «Contemporary problems of ethnography in the modern world system», en I. Clifford y G.E. Marcus (comps.), *Writing Culture: the Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press.

Marlin, R. (1984), «The rhetoric of action description», *Informal Logic*, 6, págs. 26-29.

Martin, B., Richards, E. y Scott, P. (1991), «Who's a captive? Who's a victim? Response to Collins's methods talk», *Science, Technology and Human Values*, 16, págs. 252-255.

Martin, I.R. (1989), *Factual Writing: Exploring and Challenging Social Reality*, Oxford, Oxford University Press.

Mathews, G.H. (1965), *Hidatsa Syntax. Papers an Formal Linguistics 3*, La Haya, Mouton.

Mehan, H. (1986), «The role of language and the language of role in institutional decision making», en S. Fisher y A.D. Todd (comps.), *Discourse and Institutional Authority*, Norwood, NJ, Ablex.

Mehan, H. (1990), «Oracular reasoning in a psychiatric exam: the resolution of conflict in language», en A.D. Grimshaw (comp.), *Conflict Talk: Sociolinguistic Investigations of Arguments in Conversations*, Cambridge, Cambridge University Press.

Merton, R.K. (1970), *Science, Technology and Society in Seventeenth-century England*, Nueva York, Harper & Row.

Merton, R.K. (1973), *The Sociology of Science*, Chicago, University of Chicago Press.

Middleton, D. y Edwards, D. (comps.) (1990), *Collective Remembering*, Londres, Sage.

Mills, C.W. (1940), «Situated actions and vocabularies of motive», *American Sociological Review*, 5, págs. 904-913.

Mitroff, I.I. (1974), *The Subjective Side of Science*, Amsterdam, Elsevier.

Moi, T. (1985), *Sexual/Textual Politics*, Londres, Methuen.

Molotch, H.L. y Boden, D. (1985), «Talking social structure: discourse, domination and the Watergate hearings», *American Sociological Review*, 50, págs. 273-288.

Moscovici, S. (1984), «The phenomenon of social representations», en R.M. Farr y S. Moscovici (comps.), *Social representations*, Cambridge, Cambridge University Press.

Mulkay, M. (1976), «Norms and ideology in science», *Social Science Information*, 15, págs. 637-656.

Mulkay, M. (1979), *Science and the Sociology of Knowledge*, Londres, Allen & Unwin.

Mulkay, M. (1980), «Interpretation and the use of rules: the case of norms in science», en T.F. Gieryn (comp.), *Science and social structure: Festschrift for Robert Merton*, Transactions of the Nueva York Academy of Sciences, Series 111, 39, págs. 111-125.

Mulkay, M. (1981), «Action and belief, or scientific discourse: a possible way of ending intellectual vassalage in social studies of science», *Philosophy of the Social Sciences*, 11, págs. 163-171.

Mulkay, M. (1985), *The Word and the World Explorations in the Form of Sociological Analysis*, Londres, Allen & Unwin.
Mulkay, M. (1991), *Sociology of Science: a Sociological Pilgrimage*, Milton Keynes, Open University Press.
Mulkay, M. (1994), «Science and family in the great embryo debate», *Sociology*, 28, págs. 699-717.
Mulkay, M. y Gilbert, G.N. (1981), «Putting philosophy to work: Karl Popper's influence on scientific practice», *Philosophy of the Social Sciences*, 11, págs. 389-407.
Mulkay, M., Potter, J. y Yearley, S. (1983), «Why an analysis of scientific discourse is needed», en K.D. Knorr Cetina y M. Mulkay (comps.), *Science Observed*, Londres, Sage.
Myers, G. (1990), *Writing Biology: Texts in the Construction of Scientific Knowledge*, Madison, University of Wisconsin Press.
Neisser, U. (1976), *Cognition and Reality*, San Francisco, W. H. Freeman & Co.
Nichols, W. (1992), *Representing Reality*, Indiana, Indiana University Press (trad. cast.: *La representación de la realidad*, Barcelona, Paidós, 1997).
Nicholson, L. y Seidman, S. (1995), *Social Postmodernism: Beyond Identity Politics*, Cambridge, Cambridge University Press.
Nofsinger, R.E. (1991), *Everyday Conversation*, Londres, Sage.
Norris, C. (1987), *Derrida*, Londres, Fontana.
Norris, C. (1988), *The Deconstructive Turn: Essays in the Rhetoric of Philosophy*, Londres, Open University Press.
Orcutt, J.D. y Turner, J.B. (1993), «Shocking numbers and graphic accounts: quantified images of drug problems in the print media», *Social Problems*, 40, págs. 190-206.
Parker, I. (1992), *Discourse Dynamics: Critical Analysis for Social and Individual Psychology*, Londres, Routledge.
Peräkylä, A. (1993), «Invoking a hostile world: discussing the patient's future in AIDS counselling», *Text*, 13, págs. 291-316.
Pickering, A. (1981), «The role of interests in high-energy physics: the choice between charm and colour», en K.D. Knorr Cetina, R. Krohn y R.D. Whitley (comps.), *The Social Process of Scientific Investigation*, Dordrecht, Reidel.
Pickering, A. (1984), *Constructing Quarks: a Sociological History of Particle Physics*, Chicago, University of Chicago Press.
Pickering, A. (1992), «From science as knowledge to science as practice», en A. Pickering (comp.), *Science as Practice and Culture*, Chicago, University of Chicago Press.
Pinch, T. (1986), *Confronting Nature*, Dordrecht, Reidel.
Pinch, T. y Clark, C. (1986), «The hard sell: patter-merchanting and the strategic (re)production and local management of economic reasoning in the sales routines of market pitchers», *Sociology*, 20, págs. 169-191.
Polkinghorne, D. (1988), *Narrative Knowing and the Human Sicences*, Albany, NY, State University of New York Press.
Pollner, M. (1987), *Mundane Reason: Reality in Everyday and Sociological Discourse*, Cambridge, Cambridge University Press.
Pomerantz, A.M. (1980), «Telling my side: "limited access" as a fishing device», *Sociological Inquiry* 50, págs. 186-198.

Pomerantz, A.M. (1984a), «Agreeing and disagreeing with assessments: some features of preferred/dispreferred turn shapes», en J.M. Atkinson y J.C. Heritage (comps.), *Structures of Social Action Studies in Conversation Analysis*, Cambridge, Cambridge University Press.

Pomerantz, A.M. (1984b), «Giving a source a basis: the practice in conversation of telling "how I know"», *Journal of Pragmatics*, 8, págs. 607-625.

Pomerantz, A.M. (1986), «Extreme case formulations: a nueva way of legitimating claims», *Human Studies*, 9, págs. 219-230.

Pomerantz, A.M. (1987), «Descriptions in legal settings», en G. Button y R.E. Lee (comps.), *Talk and Social Organization*. Clevedon, Multilingual Matters.

Pomerantz, A.M. (1988/1989), «Constructing skepticism: four devices used to engender the audience's skepticism», *Research on Language and Social Interaction*, 22, págs. 293-314.

Pomerantz, A.M. (1990/91), «Mental concepts in the analysis of social action», *Research on Language and Social Interaction*, 24, págs. 299-310.

Popper, K.R. (1959), *The Logic of Scientific Discovery*, Londres, Hutchinson.

Popper, K.R. (1970) «Normal and science and its dangers», en I. Lakatos y A. Musgrave (comps.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press.

Porter, T.M. (1992), «Objectivity as standardization: the rhetoric of impersonality in measurement, statistics, and cost-benefit analysis», *Annals of Scholarship*, 9, págs. 19-59.

Potter, J. (1984), «Testability, flexibility: Kuhnian values in psychologists' discourse concerning theory choice», *Philosophy of the Social Sciences*, 14, págs. 303-330.

Potter, J. (1988), «Cutting cakes: a study of psychologists' social categorizations», *Philosophical Psychology*, 1, págs. 17-33.

Potter, J. (1992), «Constructing realism: seven moves (plus or minus a couple)», *Theory and Psychology*, 2, págs. 167-173.

Potter, J. (1996a), «Right and wrong footing», *Theory and Psychology*, 6, págs. 31-39.

Potter, J. (1996b), «Discourse analysis and constructionist approaches: theoretical background», en J.E. Richardson (comp.), *Handbook of Qualitative Research Methods*, Leicester, British Psychological Society.

Potter, J. y Edwards, D. (1990), «Nigel Lawson's tent: discourse analysis, attribution theory and the social psychology of fact», *European Journal of Social Psychology*, 20, págs. 24-40.

Potter, J., Edwards, D. y Wetherell, M. (1993), «A model of discourse in action», *American Behavioral Scientist*, 36, págs. 383-401.

Potter, J. y Halliday, Q. (1990), «Community leaders as a device for warranting versions of crowd events», *Journal of Pragmatics*, 14, págs. 725-741.

Potter, J. y Reicher, S. (1987), «Discourses of community and conflict: the organization of social categories in accounts of a "riot"», *British Journal of Sociol Psychology*, 26, págs. 25-40.

Potter, J., Stringer, P. y Wetherell, M. (1984), *Social Texts and Context: Literature and Social Psychology*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

Potter, J. y Wetherell, M. (1987), *Discourse and Social Psychology: Beyond Attitudes and Behaviour*, Londres, Sage.

Potter, J. y Wetherell, M. (1988), «Accomplishing attitudes: fact and evaluation in racist discourse», *Text*, 8, págs. 51-68.

Potter, J., Wetherell, M. y Chitty, A. (1991), «Quantification rhetoric – cancer on television», *Discourse and Society,* 2, págs. 333-365.

Psathas, G. (1995), *Conversation Analysis: the Study of Talk-in-interaction*, Londres, Sage.

Quine, W.V.O. (1961), *From a Logical Point of View,* 2.ª ed., Harvard, Harvard University Press.

Quine, W.V.O. y Ullian, J.S. (1970), *The Web of Belief,* Nueva York, Random House.

Reicher, S. (1987), «Crowd behaviour as collective action», en J. Turner, M. Hogg, P. Oakes, S. Reicher y M. Wetherell, *Rediscovering the Social Group*, Oxford, Blackwell.

Roeh, J. y Nir, R. (1990), «Speech presentation in the Israel radio news: ideological constraints and rhetorical strategies», *Text,* 10, págs. 225-244.

Roffe, M., «The Interactional organization of social work», tesis doctoral, Loughborough University.

Roiser, M. (1983), «The uses and abuses of polls: a social psychologist's view», *Bulletin of the British Psychological Society,* 36, págs. 159-161.

Rorty, R. (1980), *Philosophy and the Mirror of Nature*, Princeton, NJ, Princeton University Press.

Rorty, R. (1991), *Objectivity, Relativism, and Truth: Philosophical Papers,* vol. 1, Cambridge, Cambridge University Press (trad. cast.: *Objetividad, relativismo y verdad,* Barcelona, Paidós, 1996).

Rose, N. (1989), *Governing the Soul*, Londres, Routledge.

Ryle, G. (1949), *The Concept of Mind*, Londres, Hutchinson.

Sacks, H. (1963), «Sociological description», *Berkeley Journal of Sociology*, 8, págs. 1-16; reimpreso en J. Coulter (comp.), *Ethnomethodological Sociology*, Aldershot, Edward Elgar, 1990.

Sacks, H. (1984), «On doing "being ordinary»", en J.M. Atkinson y J.C. Heritage (comps.), *Structures of Sociol Action: Studies in Conversation Analysis*, Cambridge, Cambridge University Press.

Sacks, H. (1992), *Lectures on Conversation*. vols. I y II, editado por G. Jefferson, Oxford, Basil Blackwell.

Sacks, H. y Schegloff, E.A. (1979), «Two preferences in the organization of reference to persons in conversation and their interaction», en G. Psathas (comp.), *Everyday Language: Studies in Ethnomethodology*, Nueva York, Irvington.

Sacks, H., Schegloff, E.A. y Jefferson, G. (1974), «A simplest systematics for the organization of turn-taking for conversation», *Language*, 50, págs. 696-735; reimpreso en J. Schenkein (comp.), *Studies in the Organization of Conversational Interaction*, Nueva York, Academic Press.

Sampson, E.E. (1993a), «Identity politics: challenges to psychology's understanding», *American Psychologist,* 48, págs. 1.219-1.230.

Sampson, E.E. (1993b), *Celebrating the Other: a Dialogic Account of Human Nature,* Londres, Harvester Wheatsheaf.

Sarbin, T.R. (1986), «The narrative as root metaphor for psychology», en T.R. Sarbin (comp.), *Narrative Psychology: the Storied Nature of Human Conduct*, Nueva York, Praeger.

Saussure, F. de (1974), *Course in General Linguistics*, Londres, Fontana.

Schank, R.C., y Abelson, R. (1977), *Scripts, Plans Goals and Understanding,* Hillsdale, NJ, Erlbaum.

Schegloff, E.A. (1972), «Notes on a conversational practice: formulating place», en D. Sudnow (comp.), *Studies in Social Interaction*, Glencoe, IL, Free Press; reimpreso en Coulter (comp.), *Ethnomethodological Sociology*, Aldershot, Edward Elgar, 1990.

Schegloff, E.A. (1988a), «Presequences and indirection: applying speech act theory to ordinary conversation», *Journal of Pragmatics*, 12, págs. 55-62.

Schegloff, E.A. (1988b), «Description in the social sciences 1: talk-in-interaction», *Papers in Pragmatics*, 2, págs. 1-24.

Schegloff, E.A. (1991), «Reflections on talk and social structure», en D. Boden y D.H. Zimmerman (comps.), *Talk and Social Structure*, Cambridge, Polity Press.

Schegloff, E.A. (1992a), «Repair after next turn: the last structurally provided defence of intersubjectivity in conversation», *American Journal of Sociology*, 97, págs. 1.295-1.345.

Schegloff, E.A. (1992b), «On talk and its institutional occasions», en P. Drew y J.C. Heritage (comps.), *Talk at Work: Interaction in Institutional Settings*, Cambridge, Cambridge University Press.

Schegloff, E.A. (1995), «Discourse as an interactional achievement III: the omnirelevance of action», *Research on Language and Social Interaction*, 28, págs. 185-211.

Schegloff, E.A. y Sacks, H. (1973), «Opening up closings», *Semiotica*, 7, págs. 289-327; reimpreso en R. Turner (comps.), *Ethnomethodology*, Harmondsworth, Penguin.

Scheppele, K.L. (1994), «Practices of truth-finding in a court of law: the case of revised stories», en T.R. Sarbin y J.J. Kitsuse (comps.), *Constructing the Social*, Londres, Sage.

Scott, M.B. y Lyman, S.M. (1968), «Accounts», *American Sociological Review*, 33, págs. 46-62.

Searle, J.R. (1969), *Speech Acts: an Essay in the Philosophy of Language*, Cambridge, Cambridge University Press.

Searle, J.R. (1975), «The logical status of fictional discourse», *New Literary History*, 6, págs. 319-332.

Searle, J.R. (1977), «Reiterating the differences», *Glyph*, 1, págs. 198-208.

Semin, G.R. y Manstead, A.S.R. (1983), *The Accountability of Conduct: a Social Psychological Analysis*, Londres, Academic Press.

Shapin, S. (1982), «History of science and its sociological reconstructions», *History of Science*, 20, págs. 157-211.

Shapin, S. y Schaffer, S. (1985), *Leviathan and the Air-pump*, Princeton, NJ, Princeton University Press.

Shapiro, M.J. (1988), *The Politics of Representation: Writing Practices in Biography, Photography, and Policy Analysis*, Wisconsin, University of Wisconsin Press.

Shapiro, M.J.(1989), «Representing world politics: the sport/war intertext», en J. Der Derian y M.J. Shapiro (comps.), *International Intertextual Relations*, Lexington, MA, Lexington Books.

Shiffrin, D. (1987), *Discourse Markers*, Cambridge, Cambridge University Press.

Shotter, J. (1992), «Bakhtin and Billig: Monological versus dialogical practices», *American Behavioral Scientist*, 36, págs. 8-21.

Shuman, A. (1992), ««Get outa my face»: entitlement and authoritative discourse», en J.H. Hill y J.T Irvine (comps.), *Responsibility and Evidence in Oral Discourse*, Cambridge, Cambridge University Press.

Simons, H.W. (1989), «"Going meta" in political confrontations», en B. Gronbeck (comp.), *Spheres of Argument*, Annandale, VA, SCA.

Simons, H.W. (1990), «Introduction: the rhetoric of inquiry as an intellectual movement», en H.W. Simons (comp.), *The Rhetorical Turn: Invention and Persuasion in the Conduct of Inquiry*, Chicago, University of Chicago Press.

Smith, B.H. (1988), *Contingencies of Value: Alternative Perspectives for Critical Theory*, Cambridge, MA, Harvard University Press.

Smith, D. (1978), «K is mentally ill: the anatomy of a factual account», *Sociology*, 12, págs. 23-53.

Smith, D. (1983), «No one commits suicide: textual analysis of ideological practices», *Human Studies*, 6, págs. 309-359.

Smith, D. (1990), *Texts, Facts and Femininity: Exploring the Relations of Ruling*, Londres, Routledge.

Sorenson, J. (1991), «Mass media and discourse on famine in the Horn of Africa», *Discurse and Society*, 2, págs. 223-242.

Soyland, A.J. (1994), *Psychology as Metaphor*, Londres, Sage.

Squire, C. (1994), «Safety, danger and the movies: women's and men's narratives of aggression», *Feminism and Psychology*, 4, págs. 547-570.

Still, A. y Costall, A. (comps.) (1991), *Against Cognitivism: Alternative Foundations for Cognitive Psychology*, Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf.

Suchman, L. y Jordan, B. (1990), «Interactional troubles in face-to-face survey interviews», *Journal of the American Statistical Association*, 85, págs. 232-241.

Sudnow, D.N. (1967), *Passing On*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall.

Tarantino, Q. (1994), *Reservoir Dogs*, Londres, Faber & Faber.

The 2nd of January Group (1986), *After Truth: a Post-Modern*, Londres, Inventions.

Thompson, J.B. (1990), *Ideology and Modern Culture*, Cambridge, Polity.

Todorov, T. (1985), *The conquest of America: the Question of the Other*, Nueva York, Harper & Row.

Traweek, S. (1988), *Beamtimes and Lifetimes: the World of High Energy Physics*, Cambridge, MA, Harvard University Books.

Trew, T. (1979), «Theory and ideology at work», en R. Fowler, B. Hodge, G. Kress y T. Trew (comps.), *Language and Control*, Londres, Routledge.

Tuchman, G. (1978), *Making News: a Study in the Construction of Reality*, Nueva York, Free Press.

Volosinov, V.N. (1973), *Marxism and the Philosophy of Language*, Nueva York, Seminar.

Watson, D.R. (1978), «Categorization, authorization and blame-negotiation in conversation», *Sociology*, 12, págs. 105-113.

Watson, D.R. (1983), «The presentation of victim and motive in discourse: the case of police interrogations and interviews», *Victimology*, 8, págs. 31-52.

Watson, D.R. (1990), «Some features of the elicitation of confessions in murder interrogations», en G. Psathas (comp.), *Interaction Competence*, Lanham, MD, University Press of America.

Watson, D.R. y Weinberg, T. (1982), «Interviews and the interactional construction of accounts of homosexual identity», *Social Analysis*, 11, págs. 56-78.

Weedon, C. (1987), *Feminist Practice and Postructuralist Theory*, Oxford, Blackwell.

Wetherell, M. y Potter. J. (1989), «Narrative characters and accounting for violence», en Shotter y K. Gergen (comps.), *Text of Identity*, Londres, Sage.

Wetherell, M. y Potter, J. (1992), *Mapping the Language of Racism: Discourse and the Legitimation of Exploitation*, Londres, Harvester Wheatsheaf.

Wetherell, M., Stiven, H. y Potter, J. (1987), «Unequal egalitarianism: a preliminary study of discourses concerning gender and employment opportunities», *British Journal of Social Psychology,* 26, págs. 59-71.

Whalen, M.R. y Zimmerman, D.H. (1990), «Describing trouble: practical epistemology in citizen calls to the police», *Language in Society,* 19, págs. 465-492.

White, H. (1973), *Metahistory: the Historical Imagination in Nineteenth Century Europe,* Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press.

White, H. (1978), *Tropics of Discourse,* Baltimore, MD, Johns Hopkins University Press.

Whiteside, A. e Issacharoff, M. (comps.) (1987), *On Referring in Literature,* Bloomington, Indiana University Press.

Whorf, B.L. (1956), *Language. Thought and Reality: Selected Writhings of Benjamin Lee Whorf,* J.B. Carroll (comp.), Cambridge, MA, MIT Press.

Widdicombe, S. y Wooffitt, R. (1995), *The Language of Youth Subcultures: Social Identity in Action,* Londres, Harvester Wheatsheaf.

Wieder, D.L. (1974), «Telling the code», en R. Turner (comp.), *Ethnomethodology,* Harmondsworth, Penguin; reimpreso en J. Coulter (comp.), *Ethnomethodological Sociology,* Aldershot, Edward Elgar, 1990.

Williamson, J. (1978), *Decoding Advertisements,* Londres, Boyars.

Willis, P. (1977), *Learning to Labour: How Working Class Kids Get Working Class Jobs,* Farnborough, Saxon House.

Wolpert, L. (1993), *The Unnatural of Science,* Londres, Faber and Faber.

Wood, L.A. y Rennie, H. (1994), «Formulating rape», *Discourse and Science,* 5, págs. 125-148.

Wood, W. y Eagly, A.H. (1981), «Stages in the analysis of persuasive messages: the role of causal attributions and message comprehension», *Journal of Personality and Social Psychology,* 40, págs. 246-259.

Wooffitt, R. (1991), «"I was just doing X... when Y": Some inferential properties of a device in accounts of paranormal experiences», *Text,* 11, págs. 267-288.

Wooffitt, R. (1992), *Telling Tales of the Unexpected: The Organization of Factual Discourse,* Londres, Harvester Wheatsheaf.

Wooffitt, R. (1993), «Analysing accounts», en N. Gilbert (comp.), *Researching Social Life,* Londres, Sage.

Woolgar, S. (1981), «Interests and explanation in the social studies of science», *Social Studies of Science,* págs. 365-394.

Woolgar, S. (1983), «Irony in the social studies of science», en K.D. Knorr Cetina y M. Mulkay (comps.), *Science Observed: Perspectives on the Social Study of Science,* Londres, Sage.

Woolgar, S. (comp.) (1988a), *Knowledge and Reflexivity: New Frontiers in the Sociology of Science,* Londres y Beverly Hills, CA, Sage.

Woolgar, S. (1988b), *Science: the Very Idea,* Chichester, Ellis Horwood; Londres, Tavistock.

Woolgar, S. (1989), «The ideology of representation and the role of the agent», en H. Lawson y L. Appignanesi (comps.), *Dismantling Truth: Reality in the Post-modern World,* Londres, Weidenfeld & Nicolson.

Woolgar, S. y Pawluch, D. (1985), «Ontological gerry-mandering: the anatomy of social problems explanations», *Social Problems,* 32, págs. 214-227.

Worton, M. y Still, J. (1990), *Intertextuality: Theories and Practice*, Manchester, Manchester University Press.

Wowk, M. (1984), «Blame allocation: sex and gender in a murder interrogation», *Women's Studies International Forum*, 7, págs. 75-82.

Wynne, B.E. (1979), «Physics and psychics: science, symbolic action and social control in late Victorian England», en B. Barnes y S. Shapin (comps.), *Natural Order: Historical Studies of Scientific Culture*, Londres, Sage.

Yearley, S. (1981), «Textual persuasion: the role of social accounting in the construction of scientific arguments», *Philosophy of the Social Sciences*, 11, págs. 409-435.

Yearley, S. (1982), «The relationship between epistemological and sociological cognitive interests: some ambiguities underlying the use of interest theory in the study of scientific knowledge», *Studies in the History and Philosophy of Science*, 13, págs. 353-388.

Yearley, S. (1984), «Proofs and reputations: Sir James Hall and the use of classification devices in scientific arguments», *Earth Sciences History*, 3, págs. 25-43.

Yearley, S. (1985), «Vocabularies of freedom and resentment: a Strawsonian perspective on the nature of argumentation in science and the law», *Social Studies of Science*, 15, págs. 99-126.

Young, A. (1990), «Appeals to valuelessness», *Textual Practice*, 4, págs. 38-53.

Zelizer, B. (1989), «"Saying" as collective practice: quoting and differential address in the news», *Text*, 9, págs. 369-388.

Zimmerman, D.H. y Pollner, M. (1971), «The everyday world as a phenomenon», en J.D. Douglas (comp.), *Understanding Everyday Life: Toward the Reconstruction of Sociological Knowledge*, Chicago, Aldine; reimpreso en J. Coulter (comp.), *Ethnomethodological Sociology*, Aldershot, Edward Elgar, 1990.

ÍNDICE ANALÍTICO Y DE NOMBRES